

A romantic couple is shown in a close embrace, nearly kissing. The man has dark, slightly messy hair and a light beard, wearing a dark V-neck shirt. The woman has long, wavy brown hair and is wearing a light-colored, textured cardigan. They are positioned in the center of the frame. The background is a misty, atmospheric scene of ancient stone ruins, including tall columns and arches, partially covered by lush tropical foliage. The overall color palette is dark and moody, with shades of blue, grey, and green.

DETRÁS DE UN SUEÑO



Ces IL

Detrás de un Sueño

Detrás de un Sueño

© 2026 Ces IL

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente o transformada, total o parcialmente, por ningún medio físico, digital, electrónico, mecánico, fotográfico o de cualquier otra naturaleza, sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo en los casos permitidos por la ley.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, instituciones, empresas, eventos y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se utilizan símiles o reales de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares reales es mera coincidencia.

Primera edición digital: 2026

Primera edición Impresa: 2026

Kindle ASIN B0H48LBKB6

Registro INDAUTOR: [en trámite]

ISBN: 9798181321212

Autora: Ces IL

Diseño de portada: Ces IL/ Ces IL / IA

Imagen de portada: Ces IL/ IA/Royalty Free

Nota de contenido

Esta novela contiene escenas de intimidad sexual explícita entre adultos, lenguaje coloquial y temas relacionados con depresión, crisis familiar, autolesión, hospitalización y relaciones complejas.

Recomendada para lectores adultos.

Dedicatoria.

A mis cómplices lectoras, ustedes saben quiénes son.

A mi hermana: Sin ti mi vida no sería igual.

A mi hijo: Te amo.

Índice

1. La llegada
2. Primer encuentro
3. ¿Qué lees?
4. Cruda realidad
5. El sapo
6. Patrimonio histórico
7. La verdad
8. No quiero perderte
9. Ínguesu
10. Feliz Cumpleaños
11. Imparable
12. Es mi novia
13. La calma
14. Natalia y sus grandes ideas
15. La visita incómoda
16. Familia
17. Ente oscuro
18. La sorpresa
19. Primer día del año
20. De vuelta a la realidad
21. Buenas noticias
22. Cisne negro
23. Surreal

1. La llegada

Sé que estoy soñando cuando me veo de pie sobre un escenario y hay cientos de personas aplaudiendo. Algunas incluso están de pie, gritando y silbando, y sé que todos esos aplausos van dirigidos a mí, aunque no entiendo por qué.

Por supuesto que es un sueño. Detesto ser el centro de atención y sufro de pánico escénico desde que tengo memoria. De niña me quedaba congelada durante los bailables del Día de las Madres y las asambleas escolares. Con el tiempo, mis maestros se dieron por vencidos y dejaron de escogerme para participar en esos eventos, cosa que les agradecí infinitamente. Lo irónico es que estoy a punto de estudiar Comunicación, como si una parte de mí hubiera decidido jugarme una broma de muy mal gusto.

En fin. Creo que debería disfrutar este sueño, porque dudo mucho que algo así me suceda algún día en la vida real. Justo cuando estoy a punto de hablar y dar las gracias por tan merecida ovación, el aplauso se corta de golpe. En su lugar aparece el rechinido de los frenos, el olor encerrado del autobús y el peso muerto de mi brazo dormido.

Claro está: me quedé dormida. Y para colmo, en una posición incómoda, porque me duele el cuello. Levanto el brazo derecho para sobarme la nuca y creo que ya no sé qué me duele más: si el cuello o el maldito brazo por haberme dormido encima de mi pobre extremidad.

De todas formas, me sobo el cuello y me estiro como gato, cuidando de no pegarle a la pobre señora que viene sentada a mi lado. Desde que se subió al autobús y se acomodó en el asiento del pasillo, recargó la cabeza y se quedó completamente dormida con los brazos cruzados sobre su enorme bolsa de mano. Creo que no se ha movido ni un centímetro. Hasta me dan ganas de verificar si sigue respirando. Me inclino apenas, lo suficiente para ver si su pecho sube y baja. Sí respira. Bien. Una responsabilidad menos en mi primer día de independencia.

El autobús avanza lentamente. Al parecer estamos atorados en el tráfico para cruzar la última caseta de cobro antes de llegar a nuestro destino: la Ciudad de México. Le doy un trago a la botellita de agua que compré antes de salir, muevo un poco la cortina para ver por la ventana y confirmo que, en efecto, estamos atorados en una fila interminable de automóviles que esperan su turno para cruzar.

Me acomodo en el asiento por tercera vez en menos de un minuto, como si cambiar de postura pudiera hacer que el autobús avanzara más rápido. Reviso mi celular y ya tengo señal: me han llegado varios mensajes de mi

mamá y de Karla. El último de Karla dice: “Mándame ubicación en cuanto llegues, no te me vayas a perder en la capital, provinciana.” Me río sola, porque puedo escuchar su voz burlona incluso a través de la pantalla. Le contesto con una foto borrosa de la ventana y un “sigo viva”, aunque por dentro no estoy tan segura de estarlo.

Recuerdo haber comprado un boleto de primera clase y creo que a los dueños de la línea de autobuses no les explicaron muy bien lo que significa “primera clase”. Habría sido mejor pagar uno de línea ejecutiva, de esos con asientos enormes y reclinables. Al menos ahí habría podido subir los pies y tal vez hasta escoger un asiento para mí sola. Pero como tengo que cuidar mi tan escaso dinero, no me quedó de otra.

La espera me tiene ansiosa. No dejo de pensar en todo lo que tuve que decidir para llegar hasta aquí. Hace cinco horas, aproximadamente, me despedí de mis papás en la terminal de autobuses. El abrazo de mi mamá sigue pegado a mi cuerpo. Ella me acomodó el cabello detrás de la oreja como si todavía fuera una niña, y mi papá fingió revisar que la maleta estuviera bien cerrada, aunque lo vi limpiarse los ojos con el dorso de la mano.

Hace más o menos un año, cuando me postulé para becas en universidades que tuvieran la carrera de Comunicación, jamás imaginé que me aceptarían. Mucho menos en la UIM, la Universidad Internacional Mexicana. Amo la lectura, las historias, el cine y todo lo que hay detrás. No sé si quiero estar frente a una cámara, detrás de una, escribiendo, produciendo o haciendo quién sabe qué cosa. Lo único que tengo claro es que quiero aprender a contar historias, de la forma que sea, aunque aún no sepa cómo hacerlo sin morirme de miedo en el intento.

Mi papá estaba lívido el día que le enseñé la carta de aceptación y la confirmación de la beca. Leyó la carta dos veces: la primera en silencio y la segunda en voz alta, igual que si pronunciar las palabras pudiera hacer que sonaran menos reales. No le había contado que pensaba intentarlo porque, como dicen por ahí, más vale pedir perdón que permiso.

Mis padres juraban que me iba a quedar en Aguascalientes a estudiar en la universidad pública, pero la verdad es que nunca fue mi intención. Me urgía salir de esa ciudad o moriría de aburrimiento. En Aguas sabía exactamente qué calles tomar, qué caras iba a ver y qué respuestas me iban a dar antes de hacer las preguntas. Y eso, en lugar de tranquilizarme, me ahogaba. Si quería estudiar Comunicación en serio, necesitaba una ciudad donde pasaran cosas. Así que seré una provinciana más dentro del mar de gente que es la capital. Espero no perderme.

Finalmente, después de casi una hora de espera, logramos cruzar la caseta. Entramos por el Estado de México y observo por la ventana los edificios apilados, las casas amontonadas, varios centros comerciales y las múltiples fábricas que rodean la zona.

El contraste de una cuadra a otra me impresiona. Hay un choque de clases, desorden y poca limpieza que, aunque sé que no define a toda la ciudad, sí parece ser el común denominador al entrar por aquí.

Comienza a llover y el tráfico empeora. Parece no tener fin hasta que por fin llegamos al entronque que nos llevará a la Terminal del Norte. Claro que tiene que pasar una hora y media adicional antes de que entremos al andén.

Estoy tan desesperada por llegar que, en lugar de contar ovejas, me pongo a contar cuántos taxis veo en el camino.

La neta, pierdo la cuenta.

Me urge bajar, estirar los pies e ir al baño. El del autobús de plano me dio un buen de asco, así que, en cuanto me entreguen la maleta, voy directo a buscar el más cercano.

La terminal está atiborrada y no tiene nada de especial. Es un galerón enorme lleno de locales comerciales y taquillas. Eso sí, las tiendas venden de todo: abarrotes, curiosidades, revistas, audífonos, cargadores y cualquier cosa que puedas necesitar en una emergencia. Huele a café recalentado, fritanga y piso recién trapeado. Por las bocinas anuncian salidas que apenas se entienden, y todo el mundo parece tener más prisa que yo.

Justo en medio del pasillo por el que entro veo la taquilla de taxis autorizados. La fila para comprar boleto es una verdadera grosería, pero como no pienso salirme de aquí a buscar uno en la calle, tendré que formarme. Veo el precio en la pantalla y hago una resta mental dolorosísima. Adiós a dos comidas decentes esta semana. Intenté pedir uno por aplicación, pero era peor.

Menos mal que fui al baño.

Bien me lo advirtieron mis papás.

Que me cuidara, que no me subiera a taxis de la calle, que si los Uber, que no usara aplicaciones dudosas. Todo el numerito. Pensar en mi papá me recuerda que tengo que avisarle que llegué sana y salva. De inmediato empiezo a debatir si llamarle o mandarle mensaje.

La segunda opción suena mejor.

Si le llamo me va a inundar de preguntas y advertencias.

Termino de escribir el mensaje y ya estoy a dos personas de mi turno. En serio, estoy muerta de cansancio y aún tengo que aventarme todo el camino hasta el poniente de la ciudad.

Por fin, boleto en mano, espero mi turno para subir al taxi. Otros veinte minutos de espera y ya estoy a bordo, rumbo a Bosques de las Lomas.

Conforme avanzamos, la vista de la ciudad se torna más interesante. Ha dejado de llover justo antes de salir de la terminal y se escucha el roce de los automóviles sobre el pavimento mojado. El cielo se está despejando, pero sigue lleno de nubes. Algunos rayos de sol se asoman entre ellas, creando matices rojos y naranjas.

Por un instante, entre el cielo naranja y el reflejo de los coches sobre el pavimento mojado, la ciudad no parece tan intimidante. Casi parece estar dándome la bienvenida.

Falta poco para que oscurezca, así que supongo que la puesta de sol me tocará a bordo de este taxi.

Me pregunto si el cielo siempre se ve así de lindo o si solo sucede cuando llueve. Yo creo que no, porque me han dicho que usualmente la contaminación es fuerte y no deja ver mucho.

El taxista me informa que vamos por Circuito Interior y de ahí subiremos por Reforma para llegar a mi destino.

—Gracias —contesto a secas.

No tengo ganas de entablar conversación con este señor y, además, no tengo idea de las calles por las que navegamos. Prefiero admirar y digerir todo lo que voy viendo en silencio, porque seguro el trayecto será largo.

En este momento vamos a vuelta de rueda.

Definitivamente, lo más difícil que enfrenté al tomar la decisión de venir aquí fue encontrar un lugar donde vivir. Desgraciadamente, en México es difícil encontrar vivienda para estudiantes porque muy pocas universidades cuentan con ese servicio. Los pocos lugares que encontré en internet, o aquellos que me sugirió la universidad, estaban carísimos. Otros quedaban súper lejos y la única opción aparentemente viable era buscar gente ofreciendo compartir depa.

Por supuesto, esa última sugerencia fue un rotundo no cuando se la propuse a mis papás.

Por un segundo creí que tal vez podría convencer a mi mamá y que ella, a su vez, trabajaría el tema con mi papá, pero fue inútil. Ya frustrada y enojada por no tener ni siquiera un pariente lejano viviendo aquí, se me ocurrió revisar clasificados en línea, como me sugirió Karla, mi mejor amiga.

—Nat, ya sé dónde seguro vas a encontrar algo —me dijo una tarde, mega emocionada—. En Facebook Marketplace hay un madral de cosas. Seguro también hay cuartos o lugares para estudiantes.

Soy rara. Casi nunca uso redes sociales, así que ni siquiera se me había ocurrido.

La cara de felicidad y el entusiasmo de Karla al decirme esto me hicieron reír. Tomé el celular que, emocionada, puso en mis manos.

—Qué buena onda. Ojalá ahí encuentre algo, porque cada vez veo más difícil poder irme. Mi papá está a nada de llamar a la universidad para cancelar todo y, honestamente, no podría irme sin su apoyo. Aunque, técnicamente, ya soy mayor de edad, ¿no?

Lo dije haciendo carita de “yo no fui”.

—Ay, ajá, amiga. Ya parece que tú, señorita de su casa Natalia López Govea, te vas a salir de casa de tus papis sin su bendición.

El tono de burla de mi amiga me hizo reír a carcajadas. Tiene toda la razón. Adoro a mis papás y nunca les haría algo así.

—Ten tu teléfono, mensa. Cuando llegue a mi casa reviso con calma desde la compu, porque no tengo cuenta y no quiero gastarme tus preciados datos —le contesté, aún riendo.

Esa misma noche, cuando regresé a casa, lo primero que hice, aparte de cenar y platicar un rato con mi mamá, fue registrarme en Facebook y, ya de paso, en Instagram.

Cinco minutos después encontré lo que estoy segura fue una señal de Dios:

«Se rentan cuartos para señoritas universitarias en Bosques de las Lomas».

Lo de ‘señoritas’ me dio risa y tranquilidad al mismo tiempo. Sonaba anticuado, sí, pero también como algo que mi papá podría aceptar sin infartarse.

Inmediatamente llamé y pedí que me enviaran toda la información por correo electrónico. Digo que fue una señal de Dios porque el lugar sonaba perfecto, y cuando mi papá revisó las fotos y habló con la dueña de la casa, finalmente me dio su bendición para irme.

Por supuesto, su reacción estuvo completamente ligada al hecho de que la señora Rosa, la dueña de la casa, tiene sesenta y siete años, es viuda y explicó detalladamente que los cuartos son exclusivamente para mujeres y que están prohibidas las visitas del sexo opuesto. Eso, aunado a que el precio no era exorbitante, lo convenció.

Accedió a pagar íntegramente la renta siempre y cuando yo viera la manera de obtener dinero extra para mis necesidades esenciales y el material de la escuela.

Traducción: voy a tener que conseguir chamba.

Por eso acomodé mi horario de clases para tener las tardes libres y poder trabajar.

Una hora y media después, el taxi me deja en la puerta de una casa blanca, enorme y opulenta, que no alcanzo a ver muy bien porque la barda que la rodea mide fácilmente cuatro metros de alto y está cubierta por una enredadera. Bajo con el cuerpo entumido, la sudadera arrugada y las ruedas de la maleta llenas de mugre. Por un segundo me dan ganas de revisar la dirección otra vez, porque esta casa no parece el tipo de lugar al que una estudiante becada llega con dos maletas y un presupuesto peligrosamente limitado.

Toco el timbre e inmediatamente escucho el típico “¿Quién?” desde la camarita de la entrada.

—Natalia López. Me están esperando hoy. Soy quien va a rentar uno de los cuartos —exclamo un poco más fuerte de lo requerido.

—Claro. En un momento te abren —dice una voz femenina y chillante del otro lado.

No tengo que esperar mucho. La puerta se abre y, frente a mí, con una sonrisa de oreja a oreja, aparece una chica muy guapa, más o menos de mi edad, alta, delgada, tal vez de un metro setenta y cinco o más. El cabello, muy oscuro, por no decir negro, le cae perfectamente planchado hasta la altura de los codos. Su complexión es extremadamente blanca y delicada; esa clase de piel que parece no haber conocido jamás una desvelada, un granito o una mala decisión. Tiene los ojos grandes. Al parecer son oscuros, pero no alcanzo a distinguir bien por la iluminación.

—¡Hola! —exclama emocionada, extendiéndome la mano para saludarme —. Me llamo Denisse Cuén. ¡Bienvenida a la casa de la abuela Rosa!

Me lo dice riendo, sin soltarme la mano.

—Te estábamos esperando. Me imagino que tardaste en llegar por tanto tráfico. Mi abu ya estaba un poco preocupada, pero le dije: “Abu, no te agobies. Seguro está atorada por ahí. No debe tardar”.

Dice todo eso mientras me quita una maleta de la mano sin preguntarme. Luego se asoma hacia la calle, como si quisiera comprobar con sus propios ojos que el tráfico sigue existiendo.

No sé por qué está tan emocionada de verme. Tal vez así sea de eufórica con todo el mundo, pero se ve buena onda.

—Hola, mucho gusto, Denisse. Sí, el tráfico estaba pesadísimo. Tardé como dos horas más de lo planeado. ¿Puedo pasar? —contesto, intentando sonar amable.

—No manches, pero qué formalidad. ¿Así hablas siempre? Me dijo mi abu que vienes de Aguascalientes, pero no tienes acento. Claro que no tengo

idea de cómo hablan allá, pero bueno. Pásale, pásale, que soy una insensata por tenerte aquí afuera con todos tus triques.

Sonríó porque no sé qué otra cosa hacer con tanta información encima. Es irónico que hable de mi acento cuando ella tiene ese tono fresa tan característico que muchas personas detestan. A mí honestamente me da igual. De hecho, me causa mucha gracia escucharla. Tiene muy buena vibra y eso me late.

La entrada de la casa está dividida por un pasillo de piedra y, de cada lado, hay un jardín. De hecho, parece rodearlo todo, aunque no alcanzo a distinguir mucho porque ya está muy oscuro. Hay árboles, arbustos y algunos rosales. Se nota que lo cuidan muy bien.

Denisse no para de hablar mientras caminamos jalando las maletas. Me dice que la casa es de su abuela paterna, que ella no vive aquí —lo cual, curiosamente, me decepciona un poco—, que acaba de regresar de un largo viaje de verano por Europa con su familia y que esa mañana llegó a la ciudad y se vino directo a verla. Es demasiada información en muy poco tiempo, pero no me quejo.

—En un momentito baja mi abu. La dejé en su recámara y supongo que se está poniendo la bata para bajar. Oye, ¿y qué onda? ¿Vas a estudiar en la UIM?

—Sí, Comunicación. De hecho, empiezo el lunes —respondo.

Seguramente ella también entrará a la universidad porque, entre todo lo que me acaba de soltar, entendí que tenemos la misma edad.

—¡Aghhhhh! ¿En serio? ¿Te cae? Qué casualidad. Yo también voy a entrar ahí. Y a la misma carrera. Qué cool.

Lo sabía. Me da gusto que le dé tanta emoción. El grito que se acaba de aventar lo comprueba. Algo me dice que Denisse Cuén será no solo una amiga, sino una persona importante en mi vida. Es una de esas corazonadas que a veces no sé de dónde vienen, pero casi nunca se equivocan.

Todo el piso es de madera y, a mi lado izquierdo, se alcanza a ver una sala enorme. De hecho, hay dos salas de tres piezas cada una, estilo Luis XV, típicas de casa de abuelita. Las mesas de centro se ven muy antiguas y alcanzo a distinguir que tienen grabados en tonos más oscuros. También hay tres vitrinas donde se guardan piezas finas: plata, cristalería y Lladró.

Mi mamá se desmayaría de ver estas cosas porque le encantan. No sé por qué, ya que a mí particularmente no me llaman la atención los adornos ostentosos. De pronto soy demasiado consciente de mi sudadera arrugada, mi cuello adolorido y las ruedas sucias de mi maleta.

Del lado derecho se alcanza a ver un pasillo con un largo tapete persa que, supongo, lleva al área del comedor, aunque no alcanzo a verlo. Al frente hay otro pasillo que pasa a un lado de las escaleras y, me imagino, conduce a otras áreas, incluida la cocina.

Toda la casa se ve vivida, como un hogar. Se siente que alberga recuerdos y momentos especiales. En el vestíbulo hay un mueble alto y varias repisas con una infinidad de fotos familiares. Denisse empieza a indicar quiénes son las personas cuando escucho una voz dulce.

—Natalia, qué gusto que al fin estés con nosotros —dice Rosa, bajando despacio, con una bata color crema y el cabello blanco recogido en un chongo impecable.

No baja con fragilidad, sino con esa calma de quien sabe que toda la casa se mueve a su ritmo. Cuando se acerca para abrazarme, huele a talco y a flores, como si la casa entera hubiera aprendido su perfume.

—Bienvenida a tu nueva casa.

—Gracias. Estoy feliz de haber llegado por fin.

Y es verdad. Aunque también estoy cansada, nerviosa y un poco perdida.

—Denisse, hija, por favor ayuda a Natalia a subir sus cosas al cuarto del fondo y muéstrale el resto de la casa. Aquí las espero para detallar las reglas, porque me imagino que Natalia debe estar cansada.

—Claro que sí, Abu. Vente, Nat —replica Denisse, tomando una de mis maletas.

—Con permiso, señora Rosa —digo, aún medio intimidada, mientras seguimos hacia las escaleras.

—Nada de señora, por favor. Dime solamente Rosa, ¿de acuerdo?

—Okey.

No puedo evitar sentirme tranquila. Tengo miedo, por supuesto, porque al final del día estoy sola en una ciudad enorme que apenas conozco. Pero también me reconforta saber que voy a estar con personas amables y en un lugar tan bello. Solo necesito cambiarme de ropa y darme un baño. Antes de subir el primer escalón, respiro hondo y pienso que tal vez no estoy entrando solamente a una casa, sino a una vida completamente distinta.

2. Primer encuentro

Una vez que llegamos a la recámara que será mi hogar durante los próximos cuatro años, espero, Denisse me ayuda a sacar mis cosas de baño mientras me cuenta que este cuarto es el más grande de todos y el que tiene el mejor baño. Luego me deja sola un momento para acomodarme y aprovecha para hacer una llamada en el pasillo.

Entro rápido al baño para refrescarme y tengo que admitir que Denisse tiene razón. Está increíble. La decoración es clásica, en tonos beige y dorado, y hay una tina de hidromasaje que me hace preguntarme qué clase de vidas viven las personas que tienen algo así dentro de su casa. Yo jamás he tenido una tina normal, mucho menos una que parece diseñada para resolver crisis existenciales.

La recámara también es cómoda y espaciosa. La cama es matrimonial, el colchón es firme, como me gusta, y el edredón blanco se siente tan suave que paso la mano sobre la tela para comprobar que no sea parte del cansancio o de mi imaginación. Las paredes están pintadas en un tono claro, cercano al amarillo; frente a la cama hay una cómoda de madera con una pantalla que supongo es de treinta y dos pulgadas y un reproductor de DVD bastante retro. Las cortinas son de tela color azul pálido y el clóset es un sueño hecho realidad, de esos en los que puedes entrar, con espacio para guardar zapatos, cajones de diferentes tamaños y más repisas de las que voy a necesitar, porque no tengo tanta ropa que digamos.

Quince minutos después bajo para hablar con Rosa, que ya me espera en el comedor, frente a una larga mesa de madera y una taza de café. Denisse está sentada a su lado, tomando una botellita de té verde.

—Siéntate, por favor, Natalia —me indica Rosa, señalando la silla frente a ella.

Me siento frente a ella e intento poner atención, aunque el cansancio ya empieza a instalarse en todos mis músculos.

—Solamente quiero recordarte las reglas básicas de la casa —dice Rosa, con una seriedad amable que me hace enderezarme un poco—. Puedes utilizar las áreas comunes durante el día y hasta las once de la noche. Si usas algo, lo regresas a su lugar. Vas a tener llave de tu cuarto y nadie va a entrar cuando esté cerrado. Si quieres que la señora del aseo limpie, lo dejas abierto cuando salgas y ella lo cierra al terminar.

Asiento con la cabeza, tratando de grabarme todo.

—En la cocina hay un refrigerador blanco para las huéspedes. Cada una tiene su estante. No puedes invitar amigos ni novios a la casa, ni siquiera al

jardín. Tus amigas sí pueden venir, máximo dos a la vez, y pueden estar en tu cuarto o en el jardín siempre y cuando se vayan antes de las once. Si sales o llegas muy tarde, solo te pido que no hagas ruido. Las otras tres chicas llegan en dos semanas y ya las conocerás.

La ardilla que corre dentro de mi cabeza queda exhausta después de semejante explicación. Me pregunto si tendrá las reglas por escrito en algún lado, porque ya se me olvidó la mitad de lo que dijo. Lo que sí me queda claro es que, mientras no altere la paz dentro de la casa, afuera puedo hacer prácticamente lo que quiera.

—Perfecto. Entiendo todo muy bien. Muchas gracias de nuevo — contesto, esperando sonar más tranquila de lo que me siento.

—Sé que apenas llegas y no tienes nada de mandado, así que, si tienes hambre, puedes pedirle lo que gustes de cenar y desayunar a Cristina. Ella es la señora que me cocina y me acompaña diariamente. Usualmente se va a las siete, pero hoy le pedí que se quedara hasta que llegaras.

En serio, Rosa parece un amor. Además, es muy distinguida. Aunque ya es mayor, es muy guapa y aparenta menos años. No alcanzo a verle bien el cabello porque lo trae recogido en un chongo, pero se nota que lo tiene lacio y oscuro como Denisse, con algunos matices grises. Aun con pijama y bata de algodón color crema, se ve elegante.

—¡Abu! —interrumpe Denisse, con tono acusatorio—. Me acaba de llegar un mensaje sospechoso avisándome que van a traer mi coche aquí. Dime, por favor, que no le escondiste la moto a Josa en tu casa.

—Yo no le escondí nada a tu hermano. La estacionó aquí antes de que te fueras de viaje y yo lo dejé —contesta Rosa, indignada.

—Abu, Josa le juró y perjuró a mi mamá que la había vendido. Lo va a ahorcar.

—Tu mamá tiene que entender que su hijo es un hombre y, si quiere andar en moto, aunque no nos guste, lo puede hacer. Además, si no confían en él, ¿cómo quieren que les haga caso después? Hasta parece que no lo conocen.

Rosa suspira, y por la forma en que Denisse pone los ojos en blanco, entiendo que no es la primera vez que tienen esta conversación.

—Ese es el problema, Abu. Más bien la que no lo conoce eres tú. Un día se va a matar en esa cosa. ¿Qué no has visto cómo maneja?

Me siento como audiencia de un espectáculo privado al que definitivamente no estoy invitada, así que tomo mi taza con ambas manos y me pongo de pie.

—Con permiso. Voy a terminar de desempacar.

Las dos me observan como si levantarme de la mesa no fuera lo que esperaban.

—No, aguanta —exclama Denisse—. No subas todavía. Deja que llegue mi hermano con mi coche. Sirve que te lo presento, para que cuando te lo encuentres aquí sepas quién es. Le encanta venir a darle lata a mi Abu y a veces aparece por la casa como si viviera aquí, aunque se supone que no debe andar molestando a las huéspedes.

La explicación no me deja muy tranquila. Hace unos minutos Rosa me acaba de decir que no pueden entrar hombres a la casa, pero quiero imaginar que la regla no aplica para la familia. Sonríe fingiendo que esa información no acaba de empeorar mi nivel de comodidad.

—No debe tardar —agrega Denisse, haciendo una mueca—. Seguro primero va a asaltar la cocina y ya después se digna a saludar.

—Denisse, deja de expresarte así de tu hermano. ¿Qué va a pensar Natalia? —replica Rosa.

—Pues la verdad, Abu, es que Josa es un perfecto patán. Así sabe a qué se atiene.

—¿Qué yo qué, Nisi?

La voz viene desde la puerta de la cocina. Intento reaccionar con normalidad, pero me cuesta trabajo ver cualquier otra cosa que no sea al hombre recargado en el marco, con un paquete de galletas Marías abierto en una mano y una galleta a medio camino de la boca.

Rosa sonrío de oreja a oreja, como si la persona más preciada de su vida acabara de aparecer. Denisse, en cambio, ni siquiera voltea a verlo. Primero, porque seguramente sabe lo que le espera después de su comentario. Segundo, porque a la que está observando es a mí, y creo saber por qué.

Su hermano es el tipo más guapo que he visto en mi vida.

Es alto, más que Denisse, y seguramente ronda el metro ochenta y cinco. Tiene el cabello tan oscuro que inmediatamente me recuerda las plumas de un cuervo, ligeramente largo en la parte de atrás y desordenado sobre la frente, como si se pasara los dedos por ahí todo el tiempo. Es muy blanco, igual que ella, pero sus facciones son más duras: nariz recta, pómulos marcados, mandíbula definida y unos ojos color miel que parecen demasiado expresivos para alguien que acaba de entrar comiendo galletas con la boca llena. No se ha rasurado en varios días y eso lo hace verse mayor, más descuidado y, para mi desgracia, mucho más atractivo.

El impacto me dura hasta que recuerdo mis pants grises, mi camiseta morada, mis chanclas de pata de gallo y el chongo mal hecho que traigo en la cabeza. Nunca me ha importado demasiado andar desarreglada, pero en este

preciso instante me arrepiento de no haberme dado un baño rápido antes de bajar.

—Qué onda, Abuela. Te extrañé muchísimo —dice él, todavía masticando—. Vine a rescatar mi moto antes de que la guacamaya de mi hermana arme un drama con mi mamá.

Se despega del marco de la puerta y se acerca a Rosa para darle un abrazo fuerte.

—Ángel, yo también te extrañé mucho, hijo. Y no le digas guacamaya a tu hermana, por favor. ¿Qué va a pensar mi nueva huésped? ¿Te quedas a cenar?

Excelente. Ahora soy parte de la conversación.

—No puedo, Abu. Voy a ver a mi papá. Al parecer quiere hablar conmigo a solas y eso amerita invitarme unos “drinks” en uno de sus tugurios elegantes —responde, haciendo comillas en el aire con los dedos.

Al terminar, toma otra galleta y le pone leche condensada encima como si estuviera en su casa, cosa que técnicamente no sé si es cierta o no. Denisse hace una mueca de asco.

—Josa, no manches. ¿Qué no puedes agarrar un plato o de perdida una servilleta?

—No lo necesito. ¿Qué no ves que no he tirado ni una morona?

—De verdad eres imposible.

—Y tú eres exagerada.

—Además, sería muy amable de tu parte que dejaras de intimidar a Natalia con la mirada —le suelta Denisse, cruzándose de brazos.

Siento que la cara se me incendia. Si alguien se estaba comiendo a alguien con los ojos, era yo, pero eso no pienso decirlo ni aunque mi vida dependa de ello.

—No empieces, Nisi —contesta él, perdiendo un poco la sonrisa—. No tienes que proteger a todas las personas que conoces de mí.

—Cuando dejes de comportarte como idiota, dejo de hacerlo.

—Ni siquiera la conoces.

—Me cayó bien.

—Llevas dos horas de conocerla.

—Y aun así me cayó mejor que tú en veintitrés años.

Rosa suspira con paciencia de santa agotada.

—De verdad no entiendo por qué ustedes dos no pueden estar más de cinco minutos en el mismo lugar sin pelearse. Además, están haciendo sentir a Natalia bastante incómoda.

—No, no se preocupe —digo rápido, aunque sí estoy incómoda, nerviosa y demasiado consciente de la presencia de su nieto demasiado cerca de mí.

—Natalia, este muchachito, que a veces es un poco maleducado pero bien intencionado, es mi nieto —dice Rosa, ignorando mi intento de mentir por educación—. José Ángel, Natalia. Natalia, José Ángel.

José Ángel.

Ahora entiendo por qué Denisse le dice Josa. No me gusta el apodo, por cierto.

Él se acerca, toma la silla que está a mi lado y se sienta entre Denisse y yo. En los pocos segundos que tarda en hacerlo, no deja de verme. Ya sentado, me despliega una sonrisa de niño a punto de hacer una travesura, y para acabarla de amolar, descubro que tiene hoyuelos.

—Mucho gusto —me dice, extendiendo la mano.

Estoy segura de que todo el color se me sube a la cara en cuanto me toca. Su mano es cálida y grande, y aunque suene como línea cursi de telenovela, el contacto me deja pensando en cosas que prefiero no mencionar.

—Hola —contesto.

Eso es todo lo que mi cerebro autoriza. Nada de “igualmente”, “mucho gusto también” o cualquier frase que me haga parecer una persona funcional. Solo “hola”. Para mi desgracia, él sonrío como si hubiera notado perfectamente mi colapso interno, me suelta la mano y sigue comiendo galletas con leche condensada.

—¿De dónde eres? —me pregunta, recargándose en la silla.

—De Aguascalientes. ¿Por?

—Hablas raro.

Me lo dice sin dejar de mirarme a los ojos. Su mirada es tan directa que no puedo evitar sentirme expuesta.

—¿Raro? ¿Crees que hablar perfectamente normal, con educación y sin groserías es raro? —replico, fingiendo estar más molesta que nerviosa.

—No. Solo tu acento está muy cagado y hablas como mi abuela.

—Josa, en serio, ya deja de joder —interrumpe Denisse.

—No te apures, Denisse. La verdad es que me tiene sin cuidado lo que piense tu hermano —contesto, con el mayor desinterés que logro fingir.

—Equis. Como quieras, abuelita.

Me lo dice levantando una ceja y regalándome una sonrisa a medias que, desgraciadamente, funciona mejor de lo que debería. Después se pone de pie, deja unas llaves sobre la mesa, supongo que las del coche de Denisse, y se va sin despedirse.

Denisse voltea a verme y pone los ojos en blanco, exasperada, aunque con cierta gracia. Parece que quiere reírse, pero se aguanta.

El tipo estará muy guapo, pero la mala educación y yo no somos compatibles. Si algo me enseñaron en mi casa fue a tratar a los demás con respeto. A las malas caras, buena cara. Y ante un insulto, silencio, salvo que mi mente alcance a procesar una respuesta sarcástica a tiempo.

Hablo como la abuela. Quisiera que él tuviera la mitad del vocabulario que tengo. Seguro no ha leído un solo libro en su vida.

—Nat, en serio, sorry —dice Denisse, visiblemente apenada—. Sé que todo esto estuvo rarísimo. Quiero mucho a mi hermano, pero a veces no lo soporto. Es una larga historia.

—No tienes que explicarme nada —respondo, aunque por supuesto quiero que me explique todo.

—Sí tengo, porque se te quedó viendo clarísimo y conozco esa cara. Será mi hermano, pero sabe que está guapo y lo usa a su favor. Les tira onda a las morras, las ilusiona y luego desaparece. Me choca.

Okey, Denisse no piensa muy bien de su hermano, pero su advertencia no es necesaria. Eso de arrastrarme por alguien no va conmigo. Claro que, siendo honesta, cualquier morra se sentiría soñada si un tipo como él le tirara la onda. En pocos minutos me hizo sentir vulnerable y eso no me encanta admitirlo.

—Gracias por advertirme —le digo—, pero no te preocupes. Vine a estudiar, a hacer amigos y a empezar mi vida. No a complicarla con alguien que ni siquiera conozco.

—Okey, pero igual te voy a contar. Ven, te acompaño para que puedas cenar y, mientras, te explico el contexto.

La cocina es inmensa. Tiene ese toque cálido de la madera, pero con un diseño moderno, hornos empotrados, un refrigerador gigante y más botones de los que sé usar. Me emociona ver que todo está en perfectas condiciones porque, si hay algo que me fascina en esta vida, es cocinar. De pequeña me la pasaba viendo a mi mamá entre ollas y sartenes; aprendí muchísimo observándola, y el resto lo fui descubriendo a prueba y error o en libros de cocina. No soy chef ni gourmet, pero sé defenderme bastante bien.

De inmediato ubico el refrigerador blanco que mencionó Rosa. Es más pequeño que el principal y tiene una nota con mi nombre en el estante superior y otra en el compartimento de la puerta. Los otros tres letreros dicen Adriana, Sandra y Estela. Al menos ya sé cómo se llaman las morras con las que voy a compartir casa.

Cristina me dejó un baguette con carnes frías y verduras que se ve delicioso, así que lo tomo y le pido a Denisse que me indique dónde están los platos, vasos y cubiertos. Agarro un plato de plástico, me sirvo un vaso de jugo y nos sentamos en las sillas altas alrededor de la isla central.

—Oye, Nat, ¿quieres que pase por ti el lunes para ir a la uni? —me pregunta Denisse, balanceando las piernas.

—Ay, pues si no te desví y no es mucha molestia, me encantaría. Aún tengo que descifrar cómo ir y venir en transporte.

—¿Cuál transporte? ¿En combi? —pregunta, arrugando la nariz como si acabara de mencionar una enfermedad contagiosa.

—Sí, en combi o camión.

—Estás operada del cerebro. Claro que no. Yo te llevo y te traigo. Y si por algo no coinciden nuestros horarios, no falta quién te dé aventón. No está lejos.

Anotado en mi lista de misiones pendientes: un día de estos la voy a subir a una combi para que se dé un baño de humildad. Es más, a ver qué invento, pero Denisse me va a acompañar a algún lado en transporte y en Metro. Por nada del mundo me pierdo la experiencia. Por ahora no me queda de otra más que decirle que sí, porque no va a escuchar razones si le explico que no me importa viajar así y que detesto ser una carga.

—Okey, acepto. ¿Y me ibas a contar el rollo de tu hermano?

—Exacto. Tú come mientras te cuento el desmadre —responde, acomodándose mejor en la silla—. A ver, Josa puede ser lindo y carismático cuando quiere, pero también es súper arrogante. Desde que entró a la universidad se puso raro. Más amargado, más distante. Empezó a salir demasiado, a reprobar materias y a llegar borracho a la casa como si nada.

Le doy un mordisco al baguette mientras ella continúa.

—Mi papá le puso un ultimátum. Le dijo que, si seguía así, lo iba a correr de la casa. Josa, orgulloso como siempre, dijo que mejor se largaba pero que se llevaba a mi mamá, osea no entendí eso. Esa misma noche salió en la moto y se accidentó.

Me quedo con el vaso a medio camino.

—No inventes. Qué horror.

—No pasó a mayores. Se rompió la muñeca y nos metió un susto espantoso, pero se calmó un poco. El problema es que después vino lo de mis amigas.

Denisse baja la mirada hacia su botella de té y juega con la etiqueta.

—Desde secundaria, muchas de mis amigas estaban obsesionadas con él. Iban a mi casa solo para ver si se lo topaban. Al principio me daba risa, luego me empezó a hartar, porque él les seguía el juego. Les ponía apodos, les sonreía, les daba alas. Y el año pasado, en una peda por su cumpleaños, se acostó con mis dos mejores amigas.

Dejo el plato sobre la barra, sin saber qué cara poner.

—¿Las dos?

—Las dos. Al día siguiente, según ellas, las corrió de su cuarto y ni les dirigió la palabra. Yo quedé fatal con ellas. Me dejaron de hablar, hicieron todo un drama y, aunque sé que ellas también decidieron meterse en esa situación, no dejo de sentir que mi hermano se portó horrible. Si no quería nada serio, mínimo pudo no tratarlas como basura después.

No sé qué decirle. Me cae muy bien que me tenga la confianza de contarme semejante cosa, pero no conozco a nadie lo suficiente como para emitir juicio. Siempre es bueno tener las dos versiones antes de opinar, como diría mi abogado padre. Aun así, entiendo que para Denisse debió ser horrible perder amigas por algo que involucraba a su propio hermano.

También me incomoda darme cuenta de que no quiero imaginar a Joseán con dos mujeres. No porque sea una puritana, sino porque me conozco y sé que, si esa imagen se me mete en la cabeza, no voy a poder sacarla fácilmente.

—Entiendo perfecto que estés enojada con él —contesto al fin—. Era tu hermano y eran tus amigas. Obvio te dolió. Pero también, siendo honesta, ellas sabían lo que hacían. No digo que él sea inocente, para nada, pero quizá no toda la culpa era tuya ni toda la historia es tan simple.

Denisse me escucha con atención.

—Y si esas dos hoy no te hablan —continúo—, tal vez es mejor para ti. Porque significa que tampoco cuidaron tu amistad. No tenías por qué cargar tú con algo que hicieron ellos tres.

—Ay, no sé. Tal vez podría ser menos dura con él —admite, suspirando—. Pero me dolió mucho perderlas por eso. Y sí, muy en el fondo sé que quizá no eran tan amigas como yo creía. En fin, Josa tampoco ayuda. Si saco el tema, se molesta y no quiere hablar. La burra no era arisca, Nat. No me gustaría volver a pasar por lo mismo, y no sé por qué, pero en serio me encantaría que fuéramos amigas. Desde que te vi me caíste súper.

Lo dice sonriendo, toma mi mano y me da un apretón cariñoso.

—¿Te digo algo? Yo también sentí lo mismo. Así que olvídalo, ¿sale? Prometo no tomar alcohol cerca de tu hermano.

Se me escapa una carcajada. Denisse hace lo mismo y terminamos dándonos un abrazo.

Minutos después, cuando termino mi baguette, Denisse se despide para irse a su casa. Quedamos en que el lunes por la mañana pasará por mí para ir a la universidad. Lavo los platos, me sirvo un vaso enorme de agua y por fin subo a mi cuarto para desempacar.

No me toma mucho tiempo organizar la ropa en el clóset, guardar los zapatos y poner cada cosa en su lugar. Aprovecho para preparar la tina y

darme un baño relajante. Vaya que lo necesitaba. Estoy cansadísima.

Mientras me envuelvo en la toalla, me detengo frente al espejo empañado. Limpio un círculo con la mano para evaluar los daños del día y unas ojeras enormes me devuelven la mirada. El cabello castaño claro me crece sin control y se ve opaco, apagado. En mi última visita al estilista me hicieron unas luces sutiles que con el sol se ven doradas y muy lindas, pero ahorita piden a gritos una visita a la estética, aunque sea para un despunte.

Al bajar la mirada, noto las líneas del traje de baño de mi última bronceada. Cuando estoy así, mis ojos aceituna se aclaran un poco, casi verdes. Es de las pocas cosas de mí que siempre me han gustado. Siempre me he considerado bonita, pero jamás espectacular. Tengo la nariz recta, la boca pequeña y unos cachetes que mi mamá insiste en llamar cara de niña, aunque a mí me desesperen. Soy delgada, pero mis pómulos nunca se marcan como deberían y, para rematar, mido uno cincuenta y siete. Fea no soy, pero sé que solo destaco cuando le echo ganas al asunto. A diario no voy parando el tráfico.

Ya instalada en mi nueva cama, que resulta gloriosamente cómoda, pienso en mandarle mensaje a Karla. Algo tipo: “Acabo de conocer al hombre más guapo y más insoportable del planeta”. Pero la conozco. Me va a pedir foto, nombre completo, signo zodiacal y antecedentes penales. Mejor no. Todavía ni yo sé qué hacer con esta información.

Opto por dejar que el efecto relajante del baño haga lo suyo y me quedo dormida en cuestión de minutos. Más tarde, estiro la mano a tientas para alcanzar el celular en el buró. La pantalla ilumina la habitación: son las tres treinta de la mañana.

Me despierto de golpe por un sueño del que solo conservo destellos borrosos. Recuerdo un escenario, el eco de unos aplausos retumbando en el lugar y, lo más extraño de todo, a Joseán en primera fila, mirándome fijamente con cara de felicidad.

3. ¿Qué lees?

Son poco más de las seis de la tarde y estoy tirada en uno de los sillones de la sala, leyendo una novela de suspenso que compré esta mañana.

Me urge comprar una Tablet. Leer en la laptop me desespera y en el celular siento que los ojos se me van a caer. Así que nueva misión financiera: ahorrar para una. Me urge poder comprar libros en línea, sobre todo en inglés. Me encanta la literatura contemporánea, la ciencia ficción, la fantasía y esas novelas románticas gringas que una empieza “nomás para distraerse” y termina leyendo hasta las tres de la mañana.

Sí, lo confieso: me encantan y no pienso pedir perdón.

Esa es una de mis rarezas, tal vez. Aunque el amor por la lectura viene de mi papá, que lee muchísimo. Como tiene parientes en Estados Unidos, siempre le mandan libros. Luego empezó a pedir algunos para mí, hasta que yo solita aprendí a encargarlos por internet. Supongo que de ahí también viene mi manía de usar palabras que, según ciertas personas maleducadas, nadie usa en una conversación normal.

El día se me fue volando. Quién diría que sobrevivir a mi primer domingo sola en la Ciudad de México iba a sentirse como desbloquear un nivel nuevo de adultez. Después de desayunar lo que Cristina muy amablemente me preparó, salí a caminar sin rumbo, repitiéndome que no tenía miedo, aunque revisé tres veces que la dirección de la casa estuviera guardada en mi celular.

Descubrí que, a tan solo dos cuadras, hay una zona que parece pueblito, con banquetas angostas, letreros de todos los colores y una cantidad inmensa de locales: abarrotes, florería, tlapalería, ferretería, comida corrida, tacos, hamburguesas de carrito, sushi, helados. La lista es interminable. Me gusta que, incluso en una zona tan elegante, haya esquinas que huelen a tortillas calientes, grasa, flores y pan dulce.

Por supuesto, encontré una estética pequeña —y bastante barata para la zona— donde me corté el cabello y me retocaron las luces. Tal vez suene tonto, pero salir de ahí con el pelo bonito me hizo sentir menos perdida. Me quedó muy bien, me lo dejaron justo debajo de los hombros y me sacaron algunas capas que enmarcan mi cara, lo cual hace que no se me vean tanto los cachetes. Eso me tiene muy feliz.

Además, me lo plancharon perfecto, así que no pienso lavarlo hasta el martes. Mi pelo es dócil, aguanta bien el planchado y así no se maltrata tanto.

El supermercado más cercano queda como a seis cuadras de la casa. Encontré un camioncito que me llevó directo a la puerta y me sentí ridículamente orgullosa de no haberme perdido. Aproveché para comer en una

cafetería de esas donde venden enchiladas, café americano, gelatina y pastel de tres leches en la misma carta y, ahí mismo compré el libro.

Tuve que tomar un taxi de regreso porque traía varias cosas. Mi bolsillo volvió a sufrir, pero al menos llegué con todas mis bolsas y mi dignidad intacta. Al llegar, guardé todo en mis estantes y en el espacio del refrigerador con mi nombre.

La casa estaba sola. Supongo que Rosa pasa los domingos con su familia. Sin sus voces, los pasillos parecían más largos y cada crujido de la madera sonaba importante.

Me senté en uno de los sillones de la sala a descansar. De pronto, comprar shampoo, encontrar el súper y ubicar una estética me parecieron logros enormes. Ridículos, tal vez, pero míos. Me da miedo empezar la universidad. Siento que ahora sí las cosas van en serio, que ya no basta con haber llegado. Ahora tengo que demostrar que merecía venir. Que no me equivoqué. Que mis papás no se equivocaron al dejarme ir.

Estar afuera y conocer, aunque sea esta zona, no deja de ser imponente. Sé que, si no me cuido, si no estoy alerta, la ciudad me va a comer. Y lo peor es que no lo haría con maldad; simplemente seguiría avanzando, con o sin mí. Sé que está llena de peligros, pero también promete demasiadas cosas: lugares que conocer, comida que probar, calles que caminar, conversaciones que todavía no imagino y personas que quizá me cambien la vida.

Hay tanta gente que a veces siento que nadie se fija en ti. Y eso, para alguien que odia ser el centro de atención, se siente casi como un regalo.

Ojalá me alcance el tiempo para conocer todo lo que pueda: calles, cafés, librerías, parques, historias. Gente. Sobre todo gente.

Siempre que salgo observo a las personas. Me imagino qué pasa por sus cabezas, de dónde vienen, a dónde van, quién las espera o de qué están huyendo. Mi cabeza hace lo que quiere y les inventa vidas completas: problemas, secretos, decisiones que tomar y finales felices que probablemente ni pidieron.

Otra más de mis rarezas.

O tal vez una virtud.

Me pongo a leer un rato. La casa está tan silenciosa y el sillón es tan cómodo que, sin darme cuenta, me quedo dormida con el libro abierto sobre el pecho.

Me despierto al sentir una presencia bastante cerca.

Abro los ojos.

Y casi grito.

Lo primero que veo son otros ojos, color miel, demasiado cerca de mi cara.

Joseán está parado justo detrás del descansabrazo, con la cabeza inclinada hacia la mía, observándome. El cabello le cae hacia adelante y le tapa un poco el rostro por los lados. Tiene un brazo recargado en el respaldo del sillón, lo cual hace que esté peligrosamente cerca de mi espacio personal.

Por supuesto, me sonrío de esa peculiar manera que está empezando a gustarme.

Qué molesto.

—¿Qué? ¿No te gusta tu cuarto? —me pregunta, levantando las cejas sin dejar de sonreír.

¿Será esto a lo que se refería Denisse cuando dijo que asusta a las huéspedes?

Anotado: sí asusta.

—Sí me gusta. De hecho, me encanta. Solo me puse a leer y me quedé dormida aquí —contesto, parloteando, mientras me escurro hacia abajo para alejar mi cabeza de su mirada y poder sentarme.

Inmediatamente, Joseán se mueve y se sienta a mi lado, a sus anchas, como si hubiera sido invitado. El sillón se hunde un poco de su lado y mi cuerpo, ridículamente, registra ese movimiento como si fuera una amenaza.

Tengo que reconocer que, si ayer se veía bien, hoy lo supera por mucho.

Está vestido todo de negro: camisa con las mangas enrolladas hasta abajo de los codos y pantalón recto de algodón, de esos a los que se les adhieren pelusitas durante el día. No trae zapatos, sino tenis de tela con agujetas.

Y así, sentado con las piernas separadas, un brazo estirado sobre el respaldo y la otra mano descansando en su regazo, mi mente traicionera decide imaginar con demasiada claridad cómo se sentiría sentarme a horcajadas sobre él.

Peor tantito: también imagino mis dedos en su cabello.

Okey.

No.

Eso no.

—¿Qué lees? —me pregunta, tomando el libro con la mano derecha e interrumpiendo los pensamientos inapropiados que pasan por mi cabeza.

—Es una novela de suspenso, pero ya la tienes en la mano, así que puedes corroborarlo tú mismo —replico con sarcasmo.

Joseán observa el libro, lee la portada y luego vuelve a verme.

—Ah, sí puedo ver. Pero es más interesante si tú me lo dices.

—Qué lógica tan peculiar.

—Gracias. Me esfuerzo.

Le arrebató el libro, pero él no parece ofendido. Al contrario, se acomoda mejor, pareciendo que mi irritación es parte del entretenimiento.

—¿Lees mucho? —continúa con la indagación.

—Trato de hacerlo seguido, pero a veces dejo pasar tiempo antes de comprar más libros, porque leo más rápido de lo que se recupera mi bolsillo.

No sé qué fue lo que dije, pero Joseán se me queda viendo como si me hubiera salido un cuerno en la frente.

Luego, sin mayor preámbulo, se empieza a carcajear. No parece una risa cruel, pero igual me arde.

Se me tensa la mandíbula.

No me gusta que se burlen de mí. Mucho menos de algo que sí me importa.

—Me alegra haberle puesto diversión a tu domingo, pero no entiendo de qué te ríes —digo, algo irritada, haciendo el intento de levantarme.

Joseán me toma de la muñeca. No aprieta, pero el gesto basta para detenerme.

—Tranquila, abuelita. Es que en serio no te das cuenta, pero hablas muy cagado.

—Ya me lo habías dicho y sigo sin entender dónde está la gracia —replico, aún molesta.

—¿Bolsillo? Nadie dice bolsillo.

—Mucha gente dice bolsillo.

—No. La gente normal dice cartera, dinero, lana, presupuesto, lo que sea. Tú dices bolsillo como señora que guarda monedas en una bolsita de terciopelo.

—Qué específico.

—Y además dijiste “corroborar”.

—¿Y?

—¿Y? ¿Quién dice corroborar en una conversación casual?

—La gente que sabe usar palabras de más de dos sílabas.

Lo hice reír. Me gusta.

—Ay, mira. También muerde.

—Solo cuando me molestan.

—Interesante dato.

Me cruzo de brazos y trato de mirarlo con toda la dignidad que puedo reunir usando pants, pantuflas de conejo y el cabello recién planchado, pero, ya medio aplastado por la siesta. No es mi momento más imponente, la verdad.

—No te estoy dando datos. Te estoy advirtiendo.

—Anotado —dice, levantando las manos en falsa rendición—. Pero perdón, en serio. Es que me da risa. Tienes un arsenal de palabras domingueras.

Levanta mi libro como tratando de fortalecer su opinión.

—Seguro de ahí viene todo.

Intento seguir enojada, pero su sonrisa me arruina el plan. Reconozco que a veces hablo diferente. También sé que leo más que la mayoría de las personas de mi edad y que se me pegan palabras que luego salen solitas, sin pedir permiso.

—Pues sí —le contesto, arrebatándole el libro y aprovechando el movimiento para ponerme de pie—. Palabras domingueras o no, no está padre que te burles de mí.

—No me burlo.

—Te estabas carcajeando.

—Eso fue una reacción involuntaria.

—Claro. Como respirar.

—Algo así.

—Qué conveniente.

—Solo me río porque en ti suena algo lindo —contesta, poniéndose de pie también—. Así que mejor tómallo como un cumplido.

Tengo que voltear hacia arriba para encontrar sus ojos. En serio es muy alto. Creo que ni siquiera le llego a la barbilla.

No tenía idea de que mis piernas podían traicionarme así, solo porque alguien invade mi espacio sin tocarme del todo.

Llevamos ahí cinco minutos hablando tonterías y para mí han pasado horas.

No entiendo por qué no me muevo.

Joseán da un paso hacia mí.

Demasiado cerca.

El aire cambia.

Me quedo quieta, con el libro apretado contra el pecho. Ya no es una novela de suspenso ahora es escudo. Él baja la cabeza hasta quedar cerca de mi oído. Me da la impresión que va a darme un beso en la mejilla. Pero no me toca.

Solo se queda ahí, a centímetros.

—Por cierto —susurra— lindas tus pantuflas, Nat.

Se me congela el alma.

Nat.

Nat.

¿Quién le dio autorización de llamarme así?

Y peor: ¿por qué me gustó?

Con una media sonrisa, se da la vuelta y va a recibir a su abuela, que justo está abriendo la puerta de la casa.

En cuanto él se aleja, subo las escaleras casi corriendo, como si la casa se estuviera incendiando. Llego a mi cuarto, cierro la puerta y me recargo en ella, lamentando la hora en que se me ocurrió ponerme las pantuflas de peluche.

Sí.

Esas que son unos conejitos. Con Orejas. Porque obviamente que tenían que tener orejas.

Ojalá el piso de madera desarrollara, en ese preciso instante, la capacidad de tragarse personas.

Y ahora aquí estoy, otra vez en mi cama, intentando leer un capítulo más para poder dormirme. Mañana tengo que levantarme temprano y llegar al primer día de clases con cara de persona funcional, no de alguien que pasó la noche pensando en el nieto de su casera.

Pero, por más que leo la misma página tres veces, mi cabeza no entra en el libro. No dejo de pensar en las palabras de Joseán.

¡Ah, para cumplidos los suyos!

No sé si sentirme halagada u ofendida. Creo que ambas. Lo cual, es súper injusto.

Lo peor del caso es que no puedo dejar de pensar en su respiración tan cerca de mi oído. En cómo mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. La piel se me puso chinita y una parte de mí se inclinó hacia él, aunque yo no moviera un solo músculo.

Eso me preocupa de sobremanera. Sí, de sobremanera. Que Joseán se burle si quiere.

No dejo de preguntarme si ese encuentro fue deliberado.

¿Por qué llegó antes que todos?

¿Acaso quería toparse conmigo?

Qué ridícula. El mundo no gira alrededor de mis pantuflas de conejo.

Mi cuerpo, que al parecer no recibió el memo de Denisse, no me deja en paz. Denisse me lo advirtió. Sé que no puedo perder la cabeza por un wey que ni conozco, por más bien que huelo.

Llevo dos días aquí y ya ando fantaseando con el nieto de mi casera.

O sea, no.

No, no, no, Natalia.

No te confundas.

Prefiero pensar que mañana voy a conocer, o de perdida ver, algunos especímenes del sexo opuesto. Tal vez, mi cerebro solo necesita variedad estadística. Sí, yo creo que eso es. Todo es atribuible —sí, atribuible— a que tengo dieciocho años y las hormonas andan a todo lo que dan.

Tiene que ser eso. Claro.

Eso y nada más.

Mi cerebro y yo estamos completamente de acuerdo. Mi cuerpo, por desgracia, no fue convocado a la reunión.

4. Cruda realidad

Justo ahora estoy tirada en una cama que no es la mía, con la boca seca, la cabeza partiéndose en dos y la sospecha terrible de que, por primera vez en mi vida, puedo decir que estoy cruda y no me gusta, me siento fatal.

Para ser justa, las últimas tres semanas tampoco han ayudado. Han sido intensas las clases y ya estoy muerta de cansancio. No ese cansancio que disfrutas, y que se arregla con una siesta. Cansada de verdad.

Mi horario quedó por la mañana tal y como lo acomodé antes de llegar. A la una de la tarde ya estoy libre, lo que me permitió buscar un trabajo de medio tiempo por las tardes, de lunes a viernes.

Mis días comienzan a las cinco treinta de la mañana. Hay días en que siento que amanezco antes que la ciudad. Entro a clase a las siete y, cuando pasa Denisse por mí, tenemos que estar mínimo veinte minutos antes porque la fila del estacionamiento es un verdadero infierno. Para acabarla de fregar, el maestro que me tocó en Teoría de la Comunicación es un intransigente que no deja entrar a nadie ni con treinta segundos de retraso.

Y sí, es de esas clases que son todos los días, sin falta.

Apenas me da tiempo de comer algo de volada y debo llegar a trabajar en la cafetería frente a la escuela a las tres. A esa hora ya huele a espresso quemado, pan dulce recalentado y estudiantes fingiendo que un frappe cuenta como comida. No es el trabajo mejor pagado del mundo, pero es divertido.

En los doce días que llevo ahí ya aprendí a hacer cafés de todo tipo y a descifrar pedidos que parecen conjuros: deslactosado, extra caliente, sin espuma, con hielo aparte, dos pumps de no sé qué y leche que no sabe a leche.

No dejo de preguntarme por qué no pueden pedir un café negro o con leche y ya.

Pero, en fin, eso también es culpa de la cafetería. Así han acostumbrado a los clientes desde siempre y aquí en la ciudad parece que no abrieron cafeterías, sino dulcerías disfrazadas, porque la gente paga lo que sea por un vaso de azúcar con complejo de café.

Mis dos compañeros de trabajo, Pablo y Javi, son una maravilla. Chistosos, adorables y expertos en hacer que un turno pesado se sienta menos miserable. Ambos son un poco más altos que yo. Javi tiene un piercing en la ceja, el brazo izquierdo tatuado con diseños tribales, el cabello casi a rape y los ojos azules. Es bastante guapo, aunque tiene una energía medio punk que contrasta rarísimo con el mandil de la cafetería.

Pablo es todo lo contrario. Ojos café con pestañas rizadas, moreno claro, cabello casi negro y muy abundante. Pero lo más impresionante es que, como

hace muchísimo ejercicio, está súper fuerte. De esos que impondrían si se te ponen al brinco, pero en cuanto lo oyes hablar o convives con él, te das cuenta de que tiene el corazón en la mano y sería incapaz de hacerle daño a una mosca.

Me encantaría que esos dos terminaran juntos porque hacen una pareja divina. Ellos juran que no, pero yo ya les escribí una novela completa en mi cabeza, con miradas intensas, negación absurda y final de cuento de hadas.

Ojalá me inviten a la boda que ya les organicé.

El trabajo se vuelve más ameno cuando tienes alrededor gente con tan buena vibra. Ya van más de dos ocasiones que salgo con ellos después de trabajar y tienen una resistencia nocturna que yo francamente no entiendo. Hasta Denisse fue con nosotros una vez y acabamos en un lugar por la Zona Rosa, de esos que abren de madrugada cuando todos los demás cierran. Por supuesto, al sábado siguiente dormí hasta las cuatro de la tarde.

Ayer salí con Denisse a un antro que está cerca de aquí, en un centro comercial. No es un lugar que me guste mucho porque la gente que va ahí parece esforzarse demasiado en demostrar que pertenece. El lugar grita: aquí solo se acepta gente con lana y presumida, o gente sin lana, pero con talento para fingirla.

El típico lugar con gente rogando por entrar detrás de una cadena, mientras el tipo de la entrada se venga de todas las veces que seguramente lo batearon en lugares similares.

Acabamos ahí porque Denisse quería ir. Un tipo de la escuela, que estudia Economía, la invitó y, como soy una amiga ejemplar —y una metiche preventiva—, por supuesto no iba a dejar que fuera sola a un antro a verse con alguien que no conoce bien.

Cabe mencionar que, en efecto, Denisse y yo nos hemos hecho mejores amigas. En tres semanas descubrimos que somos muy distintas en la superficie: ella habla hasta dormida, yo pienso demasiado; ella se avienta, yo calculo; ella parece no tenerle miedo a nada, yo hago listas mentales para sobrevivir. Pero por dentro nos parecemos más de lo que imaginé.

Y en eso nos hemos convertido.

Ayer también fue la primera vez que entré a casa de Denisse. Había estado evitando ir deliberadamente para no toparme con Joseán. Cuando escucho que visita a su abuela —cosa que, por cierto, ha sucedido muy seguido— me quedo en mi cuarto y no bajo hasta que sé que ya se fue. He desarrollado oído de animal perseguido para distinguir su voz desde el pasillo.

Las pocas veces que lo he llegado a ver en la escuela no pasa de un simple “hola” en el corredor o un saludo con la mano desde lejos. A veces, cuando

estoy en los patios o en la cafetería, siento su mirada. Cuando volteo a buscarlo, ahí está, a veces solo, a veces con mas gente, pero con la atención puesta en mí. Cada vez que sucede, le sonrío y, sin mayor gesto, continúo con lo que esté haciendo en ese momento.

Como si no me importara.

Claro.

La casa de Denisse es como me la imaginaba y más. Ultramoderna, con un diseño contemporáneo en tonos blancos y madera oscura casi negra. Ventanales grandes, espacios abiertos, piso de madera y, en algunas zonas, mármol.

La cocina es la madre de todas las cocinas. Toda con utensilios y línea blanca de última generación, acero inoxidable por todas partes y un refrigerador enorme tipo industrial que casi me hace llorar de emoción. Si el amor tuviera electrodomésticos, serían esos.

Así o más opulento.

La sala tiene un seccional negro con blanco donde caben fácil veinte personas y una sala de televisión que me hizo considerar cancelar cualquier plan de salir con tal de quedarme ahí a ver una película. Pantalla enorme, sonido de cine, ni un cable a la vista.

Arriba hay cinco cuartos. Cuatro son recámaras y el quinto, al fondo, es un salón de juegos con mesa de billar, air hockey, una mesa para cartas y una cantina de madera llena de botellas.

Cuando entramos, mientras Denisse me daba el tour oficial, ahí estaba Joseán, jugando billar y tomando cerveza con uno de sus amigos. Creo que se llama Carlos, pero todos le dicen Charlie. Denisse también me leyó la cartilla respecto a este tipo.

En cuanto nos ve entrar, la cara se le ilumina. O eso quise creer. O eso vi. O eso, mi autoestima decidió no analizar en ese momento.

No sé si él se dio cuenta, pero nos sonrió de oreja a oreja. Supongo que hasta a Denisse se le hizo raro, por la cara de asombro que puso cuando su hermano se acercó a saludarnos demasiado contento.

—Hasta que por fin Nat se dejó convencer y vino a visitarnos —comenta, acercándose para saludarme de beso en la mejilla.

—Hola —lo saludé.

El beso fue rápido, casual, totalmente normal.

Excepto porque a mí no me pareció nada normal.

—Josa, no empieces a molestar. Estoy segura de que la única razón por la que no había venido era para no toparse contigo, hermano insoportable —expresó Denisse con evidente desdén.

—Pues la verdad es que no había podido venir por falta de tiempo, pero está padrísima tu casa y me da gusto por fin estar aquí —interrumpí, antes de que Joseán le contestara.

Honestamente no quiero quedarme a presenciar otra pelea familiar. Entre más rápido vayamos al cuarto de Denisse, mejor.

—Cuando quieras también te invito a conocer mi casa. Está mucho más chingona que esta —comentó Charlie, sonriéndome de una manera que me dio mucha flojera.

Ah, perfecto.

Nada más falta que este wey me eche los perros.

Porque si Joseán tiene mala fama, este le dice: quítate, que ahí te voy.

—Por más tentadora que suene tu invitación, me temo que tengo que declinar porque... la neta no me interesa —le contesto, sonriendo amablemente.

Joseán se echó a reír a carcajadas, con una mano en el estómago.

Yo también.

Charlie y Denisse no captaron mucho el humor, pero igual sonrieron viéndose el uno al otro.

—Esa estuvo buena, dominguera —me dijo Joseán, guiñandome el ojo—. Sigán con el tour, pero deja mi cuarto para el final, Nisi. Ese tour solo lo puedo dar yo.

—Eres un idiota, Josa, hasta crees que se me ocurriría entrar —le gritó Denisse mientras él ya nos daba la espalda para regresar con Charlie a la mesa de billar.

—No dije mentiras —contestó sin voltear.

—Vente, amiga. Vámonos a poner guapas para ver si conseguimos hombres de verdad —dijo Denisse con toda la intención de que él la oyera, tomándome de la mano.

No pude evitar voltear para ver la reacción de Joseán.

Y, efectivamente, me estaba observando detenidamente.

La sonrisa de hacía unos segundos había desaparecido. Tenía la mandíbula apretada y una expresión que no logré descifrar. No sé si me incomodó o me gustó. Tal vez las dos, que es peor.

Interesante.

El cuarto de Denisse, obviamente, estaba espectacular. Cama king, tocador largo con espejos grandes, dos cómodas con cajones y un ventanal con puerta que da a un balcón con vista al jardín. El clóset es más grande que toda mi recámara en casa de mis papás y, obvio, está atascado de ropa, zapatos,

bolsas y accesorios. De hecho, parece una tienda. Una en la que yo tendría que pagar en abonos chiquitos por el resto de mi vida.

Mientras buscábamos qué ropa usar, estuve pensando en lo sorprendente que es Denisse. Aunque tiene muchísimo dinero, es súper sencilla. No es presumida, aunque obviamente que lo que tiene se nota. No tiene muchas amigas cercanas ni personas en quien confiar. Es precavida con su vida personal, muy sincera, y no le gusta que se le acerquen por interés ni que la traten como boleto de entrada a un mundo caro.

Sigo sin saber exactamente qué hace su papá. Lo único que sé es que es empresario y tiene varios negocios como bares o algo así.

—¿Cómo ves este? —me pregunta, mostrándome un vestido rojo bastante bonito pero muy corto.

—Pues... si lo vas a usar con pantalones o algo abajo, sí. Porque se ve muy cortito.

—No manches, Nat. Ya estás peor que mi papá. Aunque últimamente ni se fija muy seguido qué me pongo para salir —dice, acercándose el vestido al cuerpo para medir a qué altura le queda—. ¿En serio se te hace muy corto?

—Es que eres altísima, amiga. Cualquier vestido que ya es corto en alguien de estatura promedio, en ti parece blusa larga.

—Qué mensa eres, wey. Entonces este te lo pones tú y yo me pongo unos shorts de vestir con una blusa. Mira, estos están padrísimos y se me ven las piernas larguísimas con ellos.

Me avienta el vestido rojo mientras saca unos shorts color verde militar.

Muy obediente, me pongo el vestido. Es de algodón, suelto, con un ligero amarre en la cintura para darle forma. Me llega a medio muslo y tiene un poco de escote en la espalda. La verdad, se me ve súper bien. Sexy sin ser demasiado revelador.

Opto por ponerme unas sandalias color arena de tacón corrido algo altas y me dejo el cabello suelto.

Denisse tiene todos los aparatos necesarios para hacerte lo que sea en el pelo, así que me ondulo un poco las puntas con una tenaza para no traerlo tan lacio. Mi amiga se decide por los shorts y se los pone con una blusa beige que le cae a un hombro y unas sandalias color café, no tan altas como las mías, pero sí con tacón.

—Te ves súper guapa, Nat. En serio, el rojo te queda bien, sobre todo con el tono de piel que tienes. Deberías usarlo más seguido.

Solamente le sonrío.

La verdad es que sí me veo algo bien, así que decido dejar la modestia guardada en un cajón y divertirme. Y por qué no, tal vez hasta coquetear con

quien se deje.

Salimos de su cuarto para ir a la cochera y sacar el coche cuando, al pie de la escalera, nos está esperando Joseán recargado en la pared, con los brazos cruzados. Parece papá a punto de dar el sermón de seguridad a sus hijas antes de salir por primera vez.

De inmediato siento su mirada recorrerme de pies a cabeza, lenta, con el aire de alguien que no tiene prisa.

No dice nada, pero su mirada me deja la piel despierta.

—¿A dónde van? —pregunta.

—De antro, hermanito. ¿A dónde más? —contesta Denisse, exasperada.

—¿Y van solas? —pregunta, mirando primero a Denisse y luego a mí—. ¿Vestidas así?

—¿Es en serio? ¿Ahora ya eres mi papá o desde cuándo te importa que me pongo? —reclama Denisse.

—Siempre me ha importado, Denisse. Que no lo quieras ver es otra cosa. Y si nuestros papás no están, mínimo alguien te tiene que decir que ese antro está lleno de imbéciles.

—No seas exagerado. Como sea, nuestros papás me tienen confianza porque yo nunca he dado de qué hablar. No es como que voy al antro para organizar una orgía, ¿no crees? —contesta con sarcasmo.

—Denisse, por favor no empecemos.

Joseán ya se ve exasperado. Tiene las cejas enarcadas y esa tensión en la mandíbula que, por alguna razón absurda, me cuesta trabajo dejar de mirar.

—Ya, ya. Cualquier cosa te llamo. No te agobies, ¿sale? —puntualiza Denisse, en afán de olvidar el tema.

—Okey —asiente, derrotado.

Por supuesto, me quedé calladita durante toda la conversación. En estas situaciones prefiero mantenerme al margen porque es un tema familiar. Lo que no pasé por alto fue el tono con el que le habló a Denisse. Se notaba realmente preocupado por saber a dónde íbamos.

Denisse se adelanta un poco para tomar las llaves de la cocina y Joseán aprovecha para acercarse.

—Dame tu celular —dice, extendiendo la mano.

—¿Qué? ¿Me lo vas a quitar o qué onda?

—Que me des tu celular, apúrate. Te voy a anotar mi número. Si necesitan algo, lo que sea, me mandas un mensaje o me llamas, ¿sí?

Lo explica rápidamente.

Busco el celular en mi bolsa y, al sacarlo, lo toma rápidamente. Empieza a presionar botones con toda la confianza del mundo.

—Listo —finaliza, regresándome el aparato.

Escucho que su celular suena una vez y lo apaga.

Se envió mi número también.

Muy listo.

Le sonrío.

¡Tengo su número!

Saliendo lo voy a guardar en mis contactos.

—No sonrías tanto, Nat —murmura, inclinándose un poco hacia mí—.

Se supone que este es un momento serio.

—¿Ah, sí? Perdón. Es que te salen muy mal.

—¿Mis instrucciones?

—No. Tus intentos de parecer serio.

Se le escapa una mueca.

—Tú sí entiendes que el chiste de no contestarle a Charlie era no coquetearle, ¿verdad?

—Yo no le coquettee.

—Le dijiste que no te interesaba como si no supieras perfectamente lo que estabas haciendo.

—Soy educada.

—Eres peligrosa.

—No. Soy dominguera. ¿No era ese el diagnóstico?

Joseán baja la mirada a mi vestido rojo y luego vuelve a mis ojos.

—Hoy no.

No sé si fue la forma en que lo dijo o la manera en que me miró, pero siento que el aire se me atora.

Denisse aparece de nuevo con las llaves y nos interrumpe justo a tiempo.

—¿Nos vamos o qué?

—Sí —le contesto, por demás rápido.

Un rato después, Mario, el chico con el que quedó de verse Denisse, se portó muy buena onda con nosotras. Iba con otros dos amigos y estábamos sentados en una mesa de la zona VIP, intentando platicar pese al escándalo, comiendo botanas y tomando.

El antro estaba muy lleno y el aire olía a perfume caro, sudor, alcohol y humo artificial. Apenas podías caminar. No sé cuántas leyes se violan en estos lugares, pero no entiendo cómo meten tanta gente a un espacio que definitivamente fue hecho para albergar a la mitad. La música súper fuerte y tocaban un poco de todo, sobre todo lo más comercial.

Denisse pidió un Aperol Spritz porque, según ella, el ron con Coca era de gente que ya se había rendido en la vida. Al rato se paró a bailar con Mario y

yo me quedé en la mesa con los otros dos tipos. Si me preguntaban en ese momento sus nombres, no habría podido responder porque cuando me los presentaron no escuché nada. Honestamente, me daba igual cómo se llamaban. Ninguno me llamó la atención en lo más mínimo. Son bastante presumidos y están tomando alcohol a un ritmo que no me agrada.

Por supuesto, el hecho de estar sentada con ese par hizo que no se me acercara ni una mosca.

Así que, para abatir el aburrimiento, pedí una mezcalita.

¿Por qué no?

A la tercera mezcalita de la noche, ya me empezaba a marear. El piso no se movía, pero mi cerebro insistía en que sí. Casi nunca tomo y, cuando lo hago, siempre acabo probando bebidas raras que son las más traicioneras.

El par de tipos me llevaban mucha ventaja porque la botella que pidieron ya se había acabado. Uno de ellos me estaba jode y jode para bailar. Cansada de decir que no, y con tal de no soportar más la borrachera del tipo, decidí pararme al baño, no sin antes buscar a Denisse, que seguía baile y baile, para avisarle.

Ya en el baño, después de esperar casi diez minutos, por fin pude entrar. Aproveché para retocarme el maquillaje y comprar unos chicles de la tan afamada canastita de la señora que limpia el baño.

Cuando salí, cuál sería mi sorpresa al encontrarme con uno de los tipos de la mesa esperándome.

Me cerró el paso y me tomó de la mano para llevarme a bailar, según él.

El tipo ni siquiera podía caminar bien de lo pedo y, cuando estábamos casi saliendo del pasillo que lleva a los baños, se detuvo y me acorraló contra la pared.

—Dame un beso —me dijo, arrastrando la ese.

Inmediatamente puse mis manos sobre su pecho para empujarlo, pero fue inútil. No se movió. Sentí el estómago hundirse, pero mi instinto de supervivencia ganó. Por más que le dije que no, seguía acercándose, así que comencé a pensar en la mejor estrategia para salir de ese pequeño aprieto.

Si grito, no creo que me pelen. Hay tanto ruido que seguramente nadie va a escucharme.

Así que opté por levantar la pierna y darle un rodillazo en los huevos.

Inmediatamente me soltó, no sin antes acordarse de todo mi árbol genealógico.

—¡Pendejo! —exclamé, furiosa.

—Y la niña sí dice groserías.

Esa voz.

Sexy.

Rasposa.

Molesta.

A mi derecha, muy cerca, estaba Joseán, vestido todo de negro, con un trago en la mano y una sonrisa que se le fue borrando en cuanto vio mi cara. Me dieron ganas de hacerle lo mismo que al tipo que seguía retorciéndose en el suelo. Pero, al mismo tiempo, me sentí aliviada porque ahí estaba.

¿Hace cuánto que me vio?

¿Se dio cuenta del predicamento en el que me encontraba?

—Pues la ocasión lo amerita. No todos los días un borracho te acosa afuera del baño —contesté sarcásticamente.

El buen humor se le termina de borrar.

Lo suficiente para notarlo.

Sus ojos fueron al tipo que seguía insultando entre dientes, luego volvieron a mí.

—¿Estás bien?

La pregunta me agarró desprevenida porque venía sin burla.

—Sí.

—¿Segura?

—Sí. Estoy bien.

—Okey.

Se giró hacia el borracho, que intentaba incorporarse, y su tono cambió por completo.

—Lárgate.

El tipo lo miró pareciendo que va a decir algo, pero supongo que la diferencia de tamaño, de sobriedad y de intención lo hizo pensarlo dos veces. Se fue tambaleándose por el pasillo.

Joseán volvió a mirarme.

—Buena técnica, por cierto.

—Gracias. Defensa personal de provincia.

—Recuérdame no hacerte enojar.

—Ya deberías tenerlo anotado.

Sonrió de nuevo, pero esta vez diferente.

—Ven. No te voy a dejar aquí sola.

—No necesito guardaespaldas.

—No dije que lo necesitaras.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Estorbo preventivo.

No pude evitar reírme.

Eso fue un error, porque en cuanto me reí, se le puso esa cara de “ya gané”.

—Además —agregó, ladeando un poco la cabeza—, con ese vestido, cuesta trabajo fingir que uno no se distrae.

Lo miré mal de inmediato.

—¿Neta vas a salir con ese comentario?

—No dije que fuera tu culpa. Dije que yo me distraigo.

—El peligro es que los hombres creen que un vestido les da permiso de acercarse.

—Tienes razón —admitió sin discutir.

Eso sí no me lo esperaba.

—Pero también tengo razón —continúa.

—No abuses.

—Te ves muy guapa, Natalia.

Me quedé callada.

Porque eso tampoco me lo esperaba.

Ni el tono.

Ni la forma en que me miró al decirlo.

—Gracias —contesté, más bajito de lo que pretendía.

—Anda, ven. Baila conmigo.

Se acercó para dejar el vaso en una repisa, luego extendió la mano.

—¿Eso fue una invitación o una orden?

—Una oportunidad.

—Qué humilde.

—Estoy trabajando en eso.

No sé si fue por el alcohol, por el susto o por la manera en que esa noche parecía mirarme distinto, pero tomé su mano. Estaba tibia. La mía, consciente en exceso de estar ahí.

Al llegar a la pista, la música cambió. En lugar de pop comercial, empezó a sonar una cumbia de esas que todo mundo conoce, aunque jure que no. Una que me encanta.

Nos quedamos inmóviles por un instante.

Fue entonces que Joseán se movió primero.

Con esa expresión de “sé exactamente lo que hago”, se acercó para tomarme de la cintura y de la mano. Me marcó el paso con un ligero empujón en la cadera.

Y vaya que sabía lo que estaba haciendo.

El baile fue fluido. Fácil. Como si mi cuerpo hubiera entendido algo antes que yo.

No me costó trabajo seguirlo y no dejamos de sonreír ni un minuto. En las vueltas me tambaleaba y más de una vez me detuvo pegándome a su cuerpo, dejándome con las manos en su cintura, sabiendo que esa es la única opción lógica.

Seguimos bailando al ritmo de una cumbia que parecía hecha para meterse debajo de la piel. La letra hablaba de querer, de arrepentirse, de dejarse llevar ahí mismo, sin importar el lugar. Y con Joseán moviéndose tan cerca de mí, guiándome con una seguridad irritante, cada palabra sonaba menos como canción y más como provocación.

Cuando la canción terminó, acabé en los brazos de Joseán.

Y no me soltó

Simplemente se limitó a verme a los ojos con esa intensidad que parece ocupar espacio, aunque no diga nada. Ambos teníamos la respiración agitada. Sentía su pecho expandirse contra el mío, igual que el mío contra el suyo. Gotas de sudor nos corrían por la frente y, por un instante, me perdí en sus ojos.

No pude contener las ganas de tocar su cara, de delinear cada parte con mis dedos, de tomarlo del cuello y alzarme para darle un beso.

—¿Quieres algo de tomar o seguimos bailando? —me dice, con la voz más baja de lo normal, e interrumpiendo mi tren de pensamiento. Un tren que ya se andaba cambiando de carril.

Sonaba una canción que no me agrada mucho, así que opté por tomar algo.

Claro que mi decisión tuvo más que ver con el hecho de que, si me quedaba un segundo más ahí parada, las cosas podían escalar. Y no era buena idea, por más que mi cuerpo pidiera a gritos otra cosa.

Nos acercamos a la barra y pedí un shot de tequila. Él solo pidió una botella de agua y decidimos regresar a mi mesa.

Los dos borrachos ya se habían ido, así que nos sentamos con Mario y Denisse. Al llegar, Joseán me dejó pasar primero y jaló la silla para que me sentara. Como todo un caballero, aclaro. Después se colocó a mi lado en un banco más bajito.

Denisse me hizo una cara de “luego hablamos” que no pudo ocultar.

La verdad es que estuvimos platicando muy a gusto de cosas totalmente triviales. Joseán no dejó de darme lata con mis palabras domingueras, y al final creo que ya no tanto eran las palabras, sino la forma en que las decía. Porque al quinto trago de la noche ya me sentía algo jarra.

No me acuerdo muy bien de la salida. Solo tengo flashes: Denisse riéndose, Joseán quitándome el vaso de la mano, el aire frío de la calle y la

puerta de su coche abriéndose frente a mí.

Recuerdo haberme quedado dormida en el camino. Pero nada más.

La alarma interna se me prende de golpe y por fin abro los ojos.

Observo con detenimiento dónde estoy y sin lugar a dudas esta no es mi cama.

Logro sentarme y todo me da vueltas. Mi boca pide a gritos un vaso de agua y el cepillo de dientes.

No tengo puesta mi pijama, solamente una camiseta que no reconozco, mi tanga y nada más. La camiseta es rosa, me queda bien y huele a detergente limpio, no a un antro. Eso, por alguna razón, me tranquiliza apenas un centímetro.

Respiro para relajarme.

No estoy sola en la cama.

Es un hecho: ayer no me llevaron a casa de Rosa para dormir en mi cuarto.

Pasé la noche en casa de Denisse.

5. El sapo

—Denisse, Denisse, despierta, por favor.

La estoy moviendo del hombro, pero no logro que abra los ojos. Solamente me avienta la mano, torpe y pesada, como cuando espantas un mosquito.

—Muero de sueño, amiga. No me despiertes. Me subí a dormir como a las cinco —contesta finalmente con la voz adormilada, girándose hacia el otro lado para acomodarse y seguir durmiendo acurrucada.

Me quedo sentada en la cama y llevo las manos a mi cara para tallarme los ojos. La cabeza me late fuertísimo, parece que me están martillando.

Recuerdo que salimos del antro como a las tres de la mañana. Denisse y yo nos regresamos en el coche de Joseán; yo iba en el asiento de adelante y ella atrás, medio dormida y riéndose de quién sabe qué. Mario manejó el coche de Denisse.

Qué horror.

Denisse seguramente me ayudó a ponerme la camiseta porque claramente es de ella. Supongo que después se quedó haciendo algo hasta las cinco y se durmió tarde. O temprano, más bien.

Por eso me choca tomar alcohol. Me he puesto jarra tres veces en mi vida —bueno, cuatro contando la de ayer— y no me agrada en lo más mínimo. Me siento fatal, me quedo dormida como tronco y, para colmo, la memoria me falla mal plan.

Entre la cruda, la sed y el hambre, decido pararme de la cama. Apenas son las nueve de la mañana, lo cual significa que ya dormí suficiente. Tomo un cepillo de dientes nuevo —por supuesto Denisse tiene de todo en el baño—, me lavo los dientes, me lavo la cara y busco los pantalones que traía ayer antes de arreglarme.

Están un poco arrugados, pero no importa.

La camiseta que traigo está perfecta. Nada más me falta encontrar mi bra porque no pienso salir del cuarto sin él. Si hay algo que es un no rotundo en mi vida es andar por ahí con todo volando. Además, plana no estoy. Una copa C amerita soporte suficiente.

Salgo de la recámara aún riéndome de mi debate interno, rogándole a los dioses de la cruda no encontrarme a los papás de Denisse y, obvio, mucho menos a Joseán. Seguro sigue dormido si se acostó a la misma hora que su hermana.

No hay ruido.

Al parecer no hay nadie en el primer piso. Entra suficiente luz por los enormes ventanales y el cielo se ve despejado. Ha llovido tanto que el aire se siente más limpio, casi frío. Me abrazo para tallarme los brazos y crear algo de calor mientras camino hacia la cocina, con la boca seca y la cabeza todavía me flota fuera del cuerpo.

La elegancia y la opulencia de la casa no deja de sorprenderme, pero el ambiente no es como el de la casa de Rosa. Aquí no se siente que estás en un hogar, sino más bien en un museo modernista donde tocar cualquier cosa te puede costar carísimo.

Hoy es domingo, así que supongo que todos duermen hasta más tarde. Eso, para mí, está perfecto. Solo necesito jugo, algo de comer y salir de ahí antes de toparme con alguien. Tengo tarea que hacer y además necesito lavar mi ropa.

Finalmente encuentro un vaso grande, me sirvo jugo de naranja, tomo un paquete de galletas saladas de la alacena y me siento a comer en uno de los bancos que rodean la enorme barra de la cocina. Mientras como lentamente, observo todos los electrodomésticos. Me pregunto para qué sirven algunos de ellos, totalmente desconocidos para mí. Es ridículo estar en una cocina capaz de alimentar a un hotel entero y desayunar galletas saladas como náufraga.

Me cae que es una exageración.

No quiero imaginar cuánto cuesta todo esto.

—Buenos días. ¡Por fin despertó la bella durmiente!

La ya tan característica voz juguetona de Joseán me provoca un brinco en la silla. No lo escuché aproximarse y está justo detrás de mí, invadiendo, bastante cerca para alguien que no anuncia su llegada.

—Buenos días —contesto con voz somnolienta.

Volteo para verlo y me sorprendo al darme cuenta de que, aparentemente, viene de hacer ejercicio. Trae tenis, pants negros de lona con dos rayas blancas a los lados y una camiseta blanca.

Pero lo que realmente me deja sorprendida es que viene todo sudado, con el cabello escurriendo y la camiseta pegada al cuerpo. Se le marca el abdomen como si lo hubieran dibujado ahí nada más para arruinarme la paz mental. Me concentro en mi vaso de jugo con una disciplina que debería darme puntos extra en todas mis materias.

O sea, insisto: este hombre no coopera con mi estabilidad emocional.

Es obvio que me lo acabo de comer con los ojos porque me muestra su familiar sonrisa y camina para acomodarse del otro lado de la barra. Se inclina frente a mí, nuevamente más cerca de lo recomendable.

—¿Estás desayunando galletas saladas? ¿Es en serio? Tenemos el refri atascado de comida y ¿nada más vas a comer eso? —me pregunta, reclamando.

—Mmm. Las galletas son para quitarme la náusea. Estoy cruda — contesto, metiéndome otra galleta a la boca.

—¿A poco? Eso pasa cuando mezclas mezcalitas, tequila y quién sabe qué más en una sola noche.

Qué chistoso.

Me cae.

Además, fueron cinco bebidas nada más.

—Solo fueron cinco, así que no me vayas a levantar falsos.

—Como sea. El caso es que la cruda se cura mejor con unos chilaquiles, menudo, unas quecas con salsa bien picosa o algo por el estilo —dice, riendo.

—Sí lo creo, pero no tengo una varita mágica para hacer aparecer un desayuno espectacular —respondo con sarcasmo.

—Haberlo dicho antes, princesa. Dame veinte minutos y te prometo que vas a probar los mejores chilaquiles verdes de tu vida.

Lo dice entusiasmado.

Eso de princesa no se si es burla u otra cosa.

—Vengo de correr, así que me urge un regaderazo. Me baño en chinga y bajo, ¿va?

Lo dice con su característica arrogancia, pero se nota emocionado.

—Okey —me encojo de hombros.

En ese momento, Joseán levanta la mirada hacia un punto detrás de mí y su expresión cambia por completo. Aprieta la mandíbula, igual que anoche en el cuarto de juegos, y de inmediato siento tensión en el ambiente. Como cuando el aire se seca justo antes de que caiga una tormenta.

—Buenos días, hijo. No sabía que tenías compañía —expresa una voz masculina, madura, con un tono que deja demasiado claro el sentido de su comentario.

Me lleva la que me trajo.

¿En serio su papá creerá que me quedé aquí con él?

¿Pues qué tan seguido sucede? De pronto soy muy consciente de la camiseta ajena, los pantalones arrugados y mi cara de cruda

Joseán tuerce los ojos con molestia y endereza la postura. No me queda de otra más que voltear con la expresión más elocuente que pude conjurar para conocer al señor de la casa.

Detrás de mí está un hombre como de cincuenta años, muy alto, más o menos como su hijo, con el cabello oscuro, algunas canas y considerablemente

bien parecido. Viste ropa deportiva y lleva una mochila en el hombro. Se conserva bastante bien, pero lo engreído se le nota a mil por hora.

Es como ver a Joseán en veinticinco años.

Su expresión seria, casi de desdén, al verme sentada en su cocina, me incomoda.

—Papá, no es compañía. Es Natalia, la amiga de Denisse. ¿Te acuerdas? La ha mencionado mil veces estas semanas. Ah, no, espera. No has visto a tu hija desde que entró a la universidad, ¿verdad? —expresa Joseán con molestia.

La amiga de Denisse.

Técnicamente es verdad. Soy la amiga de su hermana, no de él.

No entiendo por qué ese comentario me molesta.

Y por lo que escucho, al parecer la relación padre-hijo no es muy buena que digamos.

—No empieces, Ángel. Te lo advierto. Sé que estás molesto, pero no hagas escenas frente a las visitas.

Ah, ahora soy la visita.

—Efectivamente, señor. Soy Natalia López Govea, estudio con su hija. Nos conocimos en casa de su mamá porque rento uno de los cuartos —digo, intentando sonar tranquila.

Ay, así o más bruta.

La casa de su mamá.

—Así que eres de provincia —contesta afirmando, levantando un poco las cejas, sin mostrar la más mínima emoción.

Eres de provincia.

Madre santa, qué viejo más mamón.

Espero que no sea así siempre. Pobre de su esposa.

—Sí, señor. Soy de Aguascalientes —respondo, sonriendo y asintiendo.

—¿Tus papás a qué se dedican?

¡Qué le importa!

O sea, ¿qué onda con las preguntas? ¿Cree que soy delincuente o qué diablos? Me enderezo en el banco antes de contestar, para lidiar la entrevista con más dignidad.

—Mi papá se llama Ricardo. Es abogado y tiene un despacho jurídico —contesto.

Nada más falta que me pregunte cuánto gana y le voy a tener que decir que mi padre, por ser tan buen samaritano, usualmente toma muchos casos sin cobrar y no gana mucho que digamos.

—Mi mamá es maestra de primaria. Se llama Silvia, señor —concluyo.

Y muy bien educada, fíjese.

—Mucho gusto, Natalia. Salvador Cuén. Puedes decirme Chava, nada de señor porque me siento viejo —responde finalmente con una sonrisa, extendiendo la mano para saludarme.

—Igualmente. Un placer conocerlo.

Tomo su mano y le doy un firme apretón.

Bueno, creo que pasé la prueba.

Pero si soy honesta no me cayó nada bien. A leguas se le nota lo falso. Hasta parece político.

—Ángel, no se te olvide. Mañana te quiero ver en mi oficina en cuanto salgas de clases —le recuerda.

—Sí, pa. Yo le caigo —contesta Joseán, agachandose un poco.

—Voy a estar toda la mañana en el club. Tu mamá, como de costumbre, sigue dormida. A ver si hoy se levanta antes de la comida.

Lo dice antes de darse la vuelta y comenzar a caminar sin despedirse.

En silencio sigo a Chava con la mirada hasta que sale por la puerta que da a la cochera. Joseán se queda inmóvil, haciendo lo mismo. Poco a poco, la tensión en el ambiente se disipa, pero la incomodidad de la conversación sigue en el aire.

—Tu papá se ve que es... interesante —menciono con tal de romper un poco la tensión.

—Interesante no es la palabra que mejor lo describe, créeme. Yo usaría una menos educada.

—Estoy cruda, no me hagas adivinar.

—Idiota.

Lo dice tajantemente.

—Pero, en fin —continúa, queriendo cortar el tema de tajo—. No te vayas. Te juro que en menos de diez minutos bajo y desayunamos.

Avanza hacia la escalera.

No puedo evitar sentir un poco de tristeza. Yo jamás hablaría así de mi papá, pero algo en la cara de Joseán me dice que sus razones tiene. No sé qué pasó entre ellos, pero por primera vez la arrogancia se le ve menos como actitud y más como defensa.

Extrañamente me pregunto:

¿Por qué me preocupa?

Por supuesto, en lugar de quedarme ahí esperando, corro a la recámara de Denisse y también me meto a bañar. Termino en tiempo récord y hasta me da tiempo de darme una manita de gato: un poco de maquillaje, rímel y el cabello amarrado sin apretarlo mucho.

Salgo del baño y Denisse sigue dormidísima, así que no pienso molestarla. Me imagino que desayunará o comerá cuando se levante.

Salgo de la recámara hacia la escalera y alcanzo a escuchar movimiento en la cocina. Obviamente Joseán me ganó. Al bajar y acercarme, lo veo sacando un recipiente del refrigerador; ya tiene un sartén grande sobre la estufa.

Está recién bañado, con el cabello aún mojado y despeinado. Se puso unos jeans baggy deslavados, camiseta gris de manga larga y anda descalzo. Preferiría verlo con calcetines porque así, sin zapatos, caminando de un lado a otro por la cocina, se ve peligrosamente doméstico. Y eso, por alguna razón, es peor.

—Perdón por no esperarte, pero consideré necesario darme un baño también. ¿Te ayudo en algo? —le pregunto, acercándome a la estufa para pararme a su lado.

Huele a tierra mojada, jabón y él.

Como el día que lo conocí, pero sin la loción.

Voltea a verme, ladeando un poco la cabeza. Sus ojos cristalinos y expresivos prometen algo que no se nombrar, pero que mi cuerpo entiende antes que yo.

—Me sería muy útil, señorita galletas saladas, si puedes ser tan amable de pasarme la bolsa de totopos que está en la alacena —me dice, enseñando esa sonrisa retorcida y traviesa.

Sabe perfecto que, como suele ser su costumbre, se está burlando de mí por mi formalidad.

Evitar reírme resulta imposible. La verdad, sus burlas no me molestan. Más bien me causan gracia y, al mismo tiempo, he de confesar que me emocionan.

Cuando era pequeña y le contaba a mi mamá que un niño me había molestado en la escuela o los acusaba por jalarme las trenzas, ella siempre me decía que los niños así se defienden contra la belleza y que, si un niño me molesta, es con el fin de esconder la atracción que siente por mí. Sé que esa teoría materna es cuestionable y probablemente responsable de muchas malas decisiones románticas en la historia de la humanidad, pero en este momento decido creerla.

Así que prefiero pensar que Joseán me da lata porque se siente deslumbrado por mi belleza y mi extraña personalidad, en lugar de pensar que lo hace porque soy la poco convencional y pequeña amiga de su hermana.

Abro la puerta de la alacena y saco la enorme bolsa de totopos.

—Aquí tienes —le digo, entregándosela—. Veo que no requieres mucha ayuda porque ya tienes ahí todo lo necesario.

—Ah, no sabes. La salsa ya estaba preparada y guardada en el refri. Dulce, nuestra cocinera, siempre la hace el viernes y me la deja porque sabe que me encanta. Durante el fin de semana siempre se ofrece, así que solo tengo que calentar, mezclar y listo. Ahora, si los quieres con huevo, te lo puedo hacer, pero no respondo si lo quemó.

Me puedes dar lo que sea y me lo como.

¡Ay, wey!

Eso hasta en mi mente sonó mal.

—¡Aaah! Entonces me engañaste. Y yo que pensé que el sapo sabía cocinar —comento con tono de indignación, pero en son de burla.

—Disculpe, pero yo no engañé a la princesa. Solo le dije que se iba a comer los mejores chilaquiles de su vida, y eso es porque Dulce hace la mejor salsa del mundo. Pásame los platos, por fa. Hay que servir esto antes de que se aguaden. Me caga comer chilaquiles cuando ya se hicieron aguados los totopos.

—A mí también me choca. En los restaurantes siempre acabo exasperando a los meseros porque, cuando no me los traen crujientes, los regreso —coincido, al tiempo que le entrego los platos.

Meto las manos en los bolsillos traseros de mi pantalón mientras espero a que Joseán sirva la comida. Me balanceo sin cesar sobre los pies al observar cómo, con mucha paciencia, les pone cebolla, cilantro y un poco de queso y crema a cada porción.

Sé que lo hago porque me siento nerviosa.

Estar con él así me gusta.

Solos, platicando, riendo, a punto de compartir un desayuno que, aun cuando solamente consistió en calentar y servir, él hizo para ambos.

Eso me altera más de lo que debería.

—Listo. Ya se puede sentar la princesa a desayunar porque el sapo está a punto de brincar de desesperación de verla ahí parada columpiándose — comenta, balanceando ambos platos en la palma de cada mano como todo un mesero.

Nos sentamos en la barra.

Mi zona de confort queda amenazada porque Joseán deliberadamente acerca su banco hacia mí, quedando más cerca de lo normal. Tan cerca que nuestras rodillas se alcanzan a rozar si alguno mueve las piernas.

Tomo el tenedor para probar mi desayuno. Joseán solo me observa, esperando sin decir nada.

Me llevo el cubierto a la boca y noto cómo exhala, como si hubiera estado aguantando la respiración.

No puedo evitar cerrar los ojos y dejar escapar un sonido de placer al probar los chilaquiles. En efecto, la salsa está fuera de este mundo.

Abro los ojos y veo que Joseán me sonríe. Baja la mirada y se acomoda en el banco, parece que de pronto no sabe qué hacer con las piernas.

—Te lo dije. ¿A poco no son la neta? —pregunta con la voz un poco ronca.

—Honestamente, sí están buenísimos. Mejor que en cualquier restaurante. Seguimos comiendo en silencio.

Cada vez que tengo oportunidad de que no lo note, vuelvo a verlo de reojo. Observo cada movimiento: la forma en que se lleva cada bocado a la boca, cómo mueve la mandíbula al masticar, cómo cierra los ojos intermitentemente disfrutando el sabor de lo que come.

Se da cuenta de que lo veo y me sonríe.

Me observa justo cuando su mano izquierda se mueve para hacer a un lado un mechón errante de mi coleta.

Inmediatamente subo mi mano para terminar de hacerlo por mi cuenta y acomodarlo detrás de la oreja

—Y cuéntame, ¿qué otras cosas te cagan? —pregunta al tiempo que se lleva otro bocado a la boca.

—¿Perdón? —pregunto— ¿O sea cómo? ¿Qué me caga?

—Sí... aparte de los chilaquiles aguados —explica.

—¡Ah ya! Mmm... muchas cosas. Se podría decir que soy un poco peculiar —le informo, enarcando las cejas

—Me intriga. Ándale, confiesa. Pero hay una regla: cada vez que digas algo, tienes que empezar con ‘me caga’. Nada de ‘me choca’, ‘me desagrada’ o ‘me molesta’. Me caga. ¿Va?

Bueno, pero ¿cuál es su afán de hacerme decir palabras que normalmente pienso, pero casi nunca digo en voz alta?

—¿Se puede saber cuál es tu afán de hacerme decir groserías? —pregunto.

—Ninguno. Además, decir me caga no tiene nada de malo. Ándale, por favor, hazlo. ¿Sí? —suplica.

No, pues así sí. Con un por favor y esos ojitos de perro afuera de la taquería, no había forma humana de negarle algo a este hombre.

—Está bien, a ver... Me caga la gente que saca un palillo y lo usa en la mesa —dije, tratando de no reírme antes de terminar la frase.

—¡Ya sé! ¡Qué asco! O sea, se están sacando la comida de los dientes ahí, enfrente de todos, como si fuera deporte de exhibición. Peor los que usan el popote como palillo.

—¡Ew! Sí, me caga eso. Es de pésima educación —contesto, ya riéndome sin poder evitarlo.

—Otra. Ándale.

—A ver, espera, que no puedo dejar de reír —dije, llevándome las manos al abdomen—. Mmm... Me caga la gente que se va sacando los mocos en el coche.

—¡Guácala, no manches! A cada rato me toca ver eso cuando manejo. Y siempre me quedo pensando: ¿qué sigue después? ¿Dónde termina el moco? ¿En el pantalón? ¿En el asiento? ¿En el volante?

—¡Claro! ¡O se lo comen! —dije, soltando una carcajada—. Que, por cierto, ese sí debería ser motivo legal para quitarle a alguien la licencia.

—Totalmente. Examen de manejo, antidoping y revisión básica de modales nasales.

—Me caga que acabas de decir “modales nasales”.

—Pero te dio risa.

—Sí, pero me caga.

—Otra. Algo que de verdad te cague —pidió, aún riéndose.

—Me caga la gente que sabe perfectamente que es encantadora y aun así se hace la que no sabe.

Se queda callado un segundo. Solo uno. Pero es suficiente para que me arrepienta de haber abierto la boca.

—¿Eso fue indirecta, Nat?

—No. Fue cultura general.

—Ajá.

—También me caga la gente que dice “ajá” cuando sabe que tiene razón.

—Entonces hoy te estoy cagando bastante.

—No te emociones. Apenas vas empezando.

Nos seguimos riendo, aunque yo ya no sabía si me reía por lo que estábamos diciendo o porque no encontraba otra forma de disimular lo nerviosa que me había puesto. Recogimos los platos y los dejamos en el lavabo.

Pensé en ir a despertar a Denisse o subir a dejarle una notita; tenía que regresar a mi casa, terminar mis pendientes y dormirme temprano. Eso habría sido lo lógico. Lo responsable. Lo que una Natalia perfectamente funcional habría hecho. Pero estaba tan a gusto que no me daban ganas de irme, y eso, por alguna razón, me pareció algo peligroso.

—Ven, te voy a enseñar algo —dice Joseán, entrelazando su mano con la mía. Me da un ligero tirón y camino con él hacia las escaleras. Primero pensé que nos dirigíamos al salón de juegos, pero cuando pasamos la recámara de

Denisse y empezó a disminuir la velocidad me percaté que íbamos directo a su cuarto.

—¿A dónde vamos? —pregunto, más tímida de lo que quisiera.

—A mi cuarto. Quiero que veas algo.

Dejo de caminar, lo que hace que nos detengamos justo frente a la puerta. Está loco si cree que me voy a meter a su recámara. ¿Qué tal que su mamá lo busca? ¿O Denisse despierta? Me mata si me encuentra aquí.

—No voy a entrar a tu cuarto. ¡Cómo crees! —protesto, mirándolo con reproche.

—No manches, no lo hagas raro. Eres mi amiga y solo van a ser unos minutos. Además, ya sé que tienes que irte a tu casa y todo eso. Ándale ya pasa por fa, te prometo que no muerdo. —replicó exasperado.

Su amiga, okey, bueno, por lo menos ya tengo título y dijo por fa, ¿ya había dicho que así no le puedo negar algo?

—Está bien —digo, derrotada, girando los ojos.

Me sonrío y abre la puerta.

—Después de usted, princesa —indica, haciéndose a un lado en una reverencia exagerada para que pase.

Entré a su recámara sonriendo ante el gesto que hizo para darme la entrada. El cuarto estaba oscuro; Joseán entró detrás de mí, cerró la puerta y prendió la luz.

Asombro total.

Ese cuarto no tiene nada que ver con el resto de la casa. Y no porque este desordenado o sucio; al contrario, está lleno de cosas, pero todo se encuentra sorprendentemente bien acomodado. Me impresiona ver tantos posters de películas clásicas y recientes colgados en las paredes: algunos enmarcados, otros sostenidos con alfileres en un corcho enorme que hace las veces de cabecera. Su cama es matrimonial, con sábanas azules y un edredón de rayas muy masculino. Esta destendida, sí, pero es lo único que no parece perfectamente en su lugar.

En la pared izquierda tiene un librero que la cubre por completo. No puedo ocultar mi asombro; me quedo boquiabierta al ver la cantidad de libros albergados en los estantes e inmediatamente me acerco para revisar los títulos. Hay libros de todas las épocas, algunos en español, pero la mayoría en inglés. Hay tragedias griegas, clásicos empastados, novelas de suspenso, fantasía, policiales y varios autores que no esperaba encontrar en el cuarto de alguien como él: Shakespeare, Dickens, Lorca, Rulfo, Edgar Allan Poe, Tolkien, George R. R. Martin, John Katzenbach, Lee Child y, para mi sorpresa absoluta, Nicholas Sparks.

Era una pequeña biblioteca con literatura para todos los gustos.

Los estantes más bajos están llenos de DVDs y Blu-rays, tantos que parecían estar peleando por espacio. Unos están acomodados de lado, otros apilados encima de los demás, y aun así se nota que no están ahí por descuido. Me da un poco de ternura verlos; para cualquiera estos son objetos pasados de moda, cosas que ya casi nadie usa teniendo todo a un clic de distancia. Pero en su cuarto se sienten distintos, como una colección cuidada, casi sagrada. No son solo películas: son pruebas físicas de que Joseán no ve el cine como entretenimiento de domingo, sino como algo que se estudia, se guarda y se vuelve a mirar hasta aprenderlo de memoria.

En la pared derecha hay una pantalla enorme, una consola de videojuegos y otros dos aparatos que no tengo idea para qué sirven. Es una recámara que grita “soy hombre” a todo lo que da, pero al mismo tiempo resulta acogedora, como un santuario. Algo especial.

—Esto es lo que te quería enseñar —dice—. Cuando quieras un libro o una película, puedes venir y tomar prestado lo que quieras. Nada más no te los vayas a clavar porque soy un poco intenso con el acomodo y tendría que reorganizar todo el librero. —dijo sonriendo—. Y ahí está otra vez esa expresión burlona que, contra todo sentido común, estoy empezando a adorar.

—Además, te quería dar esto —continúa mientras abre un cajón del escritorio.

Saca una funda rectangular y, de ella, un iPad blanco.

No pretende darme un iPad. Es demasiado.

—Úsala. En la funda está el cargador y el cable.

—No, no, no. ¿Cómo crees? No puedo aceptar esto.

—Tranquila, no es gran cosa; tengo dos, esa es la primera que compré y no la uso. Sé que no tienes una, que te gusta leer y que obviamente no tienes mucho espacio para guardar libros. Con esto resuelves ambas cosas. Yo llevo un buen rato comprando libros electrónicos porque como puedes observar ya no caben. Cuando te compres la tuya me la regresas y ya.

—¿Es en serio? —lo cuestioné con aprensión.

—Sí, claro. —asintió.

¡Qué onda! Si me quedé boquiabierta hace unos segundos, ahora estoy estupefacta. Se me hace que me lo cambiaron.

—¿Dónde está Joseán y qué hiciste con él? —pregunté, sarcástica.

Me acerco más de lo debido y lo noto muy tarde, justo cuando sus manos encuentran mi cintura y se inclina hasta quedar a la altura de mi oído. Siento su respiración de inmediato. El calor de su aliento, tan cerca de esa zona que para mí es absurdamente sensible, me provoca un escalofrío que me recorre entera.

Las piernas me tiemblan y, por un segundo, soy bastante consciente de mi cuerpo: de la sangre corriéndome por las venas, del calor acumulándose donde no debe, de esa reacción involuntaria que me deja helada.

Me invade el pánico al darme cuenta de lo que puedo sentir con un gesto tan simple.

Y entonces noto que Joseán también se tensa.

—Este soy yo —susurra—. Solo yo. Y quiero que me veas nada más a mí, no a la imagen que te pintaron. ¿Sale?

Hace énfasis en cada “yo”, como si necesitara asegurarse de que no me quede duda.

Levanta la cabeza lentamente y me mira a los ojos con una intensidad que termina de desarmarme. Entro en pánico. No sé qué hacer con esa cercanía, con la forma en que me observa sin disimulo ni con todo lo que me está pasando, así que hago lo único que se me ocurre: me lanzo hacia él y lo abrazo.

—¡Gracias! —exclamo, rodeándole el cuello con los brazos.

—De nada, princesa —contesta, apretándome un poco más por la cintura.

Siento su risa ahogada contra mi hombro y yo también empiezo a reírme al darme cuenta de que lo jalé hacia abajo de más.

Quién le manda estar tan alto.

Lo suelto y doy dos pasos hacia atrás. Necesito espacio. Me siento abrumada por demasiadas sensaciones al mismo tiempo: la vergüenza, la gratitud, las ganas de acercarme otra vez y la certeza de que eso sería una pésima idea.

Sé que la mejor opción es salir de aquí e irme a mi casa, pero ahora quiero saber más. Descifrarlo. Entender qué hay detrás del tipo arrogante que todos parecen conocer y este otro que guarda libros, películas y un iPad viejo para prestársela a alguien que apenas conoce.

No sé si esto es atracción, curiosidad o una mezcla peligrosísima de las dos. Pero sí sé algo: quiero ser su amiga de verdad. Sin interés, sin juegos, sin la versión que Denisse me advirtió que debía evitar.

Tomé la silla del escritorio y me senté, comenzando a guardar el iPad nuevamente dentro de la funda para llevármela. Joseán sólo me observa; seguramente nota mi desconcierto, pero no dice nada al respecto.

—¿Por qué tu familia te dice Ángel y no José o José Ángel así completo?
— pregunto rompiendo el silencio incómodo.

—No sé. Mi mamá me dice Josa, igual que Denisse. Mi papá, como pudiste escuchar, me dice Ángel, igual que la Abuela. Aunque, pensándolo bien, mi mamá también me dice Ángel cuando se enoja conmigo.

—A mí la neta me da igual, aunque decir los dos nombres cada vez es de hueva, así que ya me acostumbré a los apodos. —aclarando encogiéndole los hombros. —Lo que sí te puedo decir es que el que más me gusta es el tuyo. —recalca mientras se recargaba en el escritorio frente a mí.

Chingado que no empiece. En serio Denisse me va a matar, pero cada vez veo más seductora la idea de hacerla mi cuñada.

—¿De verdad? No creo que sea la única que te dice así.

—Pues sí, solamente tú me dices así; es más ayer me dijiste que así me bautizaste cuando te conocí en casa de la Abuela. —aclarando sonriendo, como si el recordarlo le causara gracia.

Uta, ni me acuerdo, ¿A qué hora le dije eso?

—Claro que no, yo no te dije eso. —afirmo.

—Anoche. No te acuerdas, ¿verdad? —pregunta con curiosidad, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Pues no, la neta no me acuerdo.

—Mmm que lástima, porque estabas muy platicadora y fue bastante entretenido y digamos que... algo enriquecedor. —Continuó, inclinando su rostro al bajar el tono de voz. Mostrándome su sonrisita traviesa.

—Me estas cotorreando, recuerdo que me quedé dormida de volada, no me puse a platicar, ni nada de eso.

—Ah, pues te quedarás con la duda para siempre, porque ni siquiera Nisi te escuchó. Pero no te preocupes, tal vez cuando la princesa decida convertir al sapo en príncipe te darás por enterada.

¿Qué quiere decir con eso?

Pero, más importante todavía: ¿qué habrá salido de mi boca durante mi estado de embriaguez?

Quiero preguntarle más, sacarle la sopa a como dé lugar, pero no creo que sea buena idea mostrar tanto interés. Total, lo que haya dicho, pues ya lo dije y ni modo.

Joseán vuelve a acercarse mas de la cuenta. Yo sigo sentada en la silla del escritorio y él está recargado frente a mí, así que tengo que levantar la mirada para verlo a los ojos.

Sus ojos se ven cristalinos, ligeramente entrecerrados, pero ahora hay algo distinto en ellos.

¿Deseo?

Se inclina un poco más. Noto cómo su mano se dirige a la mía.

Y entonces, algo se rompe.

Un estruendo de cristal revienta el silencio de la casa.

Joseán cierra y aprieta los ojos. Al abrirlos, se ve confuso y alarmado.

—¡Chingada madre! —exclama, asando la voz, y sale corriendo del cuarto, dejándome ahí.

Inmediatamente voy tras él. No sé si despertar a Denisse o si ella ya escuchó el golpe y está por salir de su recámara en cualquier momento. Su puerta sigue cerrada, pero me gana la preocupación de seguir a Joseán, que entra directo al cuarto de sus papás.

Al llegar al umbral, suelto un grito ahogado.

La mamá de Joseán está en el suelo, de rodillas, con la cabeza inclinada hacia abajo. Tiene las manos pegadas al cuerpo y la sangre le escurre desde las muñecas. Se balancea como una niña, mientras solloza y repite una y otra vez:

—Ya no, ya no, ya no...

Joseán está hincado junto a ella, con el celular en una mano y una toalla en la otra. El espejo del tocador está completamente destrozado y hay pedazos de vidrio regados por todo el suelo.

Joseán voltea y me ve ahí, paralizada, sin saber si acercarme o salir corriendo. La expresión en su rostro —angustia, desolación, remordimiento y rabia mezclados en una sola mirada— se me queda grabada.

Estoy segura de que la recordaré durante mucho tiempo.

—Vete —dice primero, como si no pudiera sacar la voz—. Por favor, vete.

—Pero...

No puedo terminar.

—Es en serio, lárgate. Ni siquiera deberías estar aquí. ¡Putra madre, soy un pendejo! —exclama, negando, no sé si por frustración, culpa o desesperación.

Abraza a su mamá mientras intenta marcar por teléfono. Ella ni siquiera se inmuta; parece no darse cuenta de nada de lo que pasa a su alrededor. Joseán pone la toalla sobre las heridas y presiona. Ella sigue repitiendo la misma frase, incesantemente, sin dejar de moverse.

Hago a un lado el dolor que me provocan sus palabras. No puedo irme. No así. No con Denisse dormida a unos metros sin saber lo que está pasando con su mamá. Corro a su cuarto. Tengo que tomar mi bolsa y salir de ahí.

Es demasiado.

Quiero ayudarlo e irme al mismo tiempo. Quiero regresar y decirle que está loco si cree que voy a dejarlos solos con ese problema, pero ya no sé qué puede empeorar las cosas.

La puerta del cuarto de Denisse sigue cerrada. Aparentemente, mi amiga duerme como los muertos, porque no se ha despertado ni con el escándalo. Coloco una rodilla sobre la cama y empiezo a sacudirla con las manos.

—¡Denisse! ¡Denisse, despierta! —la muevo frenéticamente.

—¿Qué pasa? —exclama, levantándose de golpe, sobresaltada.

—¡Tu mamá! Algo le pasó a tu mamá —digo, casi sin aire.

Denisse avienta las cobijas y el edredón con un solo movimiento, se para de la cama y sale corriendo del cuarto. Solo lleva una camiseta de tirantes y ropa interior. Corro tras ella hasta la recámara de sus papás y la veo quedarse en la entrada, inmóvil, asustada, mientras las lágrimas empiezan a correrle por las mejillas.

Joseán acaba de colgar la llamada. Cuando me ve llegar detrás de Denisse, algo en su cara se rompe.

Su mamá ya está recostada en la cama, en posición fetal, con la toalla envolviéndole ambas manos y muñecas. No dice nada. Parece dormida o catatónica. La tela ya empieza a mancharse de sangre.

—¡¿Qué parte de “vete” no entendiste?! ¡¿Por qué fuiste por ella?! —me grita Joseán, con una rabia que me atraviesa—. ¡Fue un milagro que no se despertara con el desmadre y tú fuiste a buscarla!

Denisse no dice nada. Solo llora.

Joseán deja de verme, parece que de pronto ya no puede sostener ni su propio enojo. Me ignora por completo, se encorva derrotado y abraza a su hermana para intentar tranquilizarla.

No entiendo qué hice mal. Solo quería ayudar.

Al salir, alcanzo a escucharlo decirle que ya vienen a ayudarla, que no pasa nada, que más tarde le va a explicar todo.

—Perdóname... Te voy a explicar, te lo prometo —le dice a Denisse con una voz suave, lejana ya del tono furioso que acaba de usar conmigo.

Tomo mi bolsa del suelo en la recámara de Denisse y salgo de la casa corriendo. Necesito irme de aquí. Estar sola. Procesar todo lo que acaba de pasar, todo lo que acabo de presenciar.

Camino algunos minutos sin saber hacia dónde. Entonces empieza a llover.

Y es hasta ese momento, cuando el agua me cae en la cara, que por fin me rompo.

Las lágrimas salen de golpe y se mezclan con la lluvia. Camino más rápido, abrazándome a mí misma, como si eso pudiera contener algo de lo que acabo de ver.

La sangre.

El espejo roto.

La voz de ella repitiendo “ya no”.

La mirada de Joseán cuando me grita que me vaya.

No sé qué hice mal. No sé si debí quedarme, correr, llamar a alguien, abrazar a Denisse o desaparecer desde el primer grito.

Solo sé que quería ayudar.

Y, aun así, termino sintiéndome como si hubiera arruinado algo que ni siquiera entiendo.

6. Patrimonio histórico

La gente no deja de entrar. La puerta abre y cierra tantas veces que el tintineo de la campanita ya me está taladrando el cerebro. Llueve a cántaros y, aparentemente, todos los oficinistas —o Godínez, como les dice Javi— decidieron refugiarse en los restaurantes y cafés de la zona.

Este no es la excepción.

No hemos tenido tiempo ni de respirar. Nos turnamos para atender las filas eternas, preparar cafés, calentar sándwiches y rescatar panes del horno antes de que se carbonicen. Hace muchísimo calor aquí adentro; el vapor de la máquina me pega en la cara y siento la playera pegada a la espalda.

Tengo mucho que estudiar. A un mes de haber empezado clases, algunos catedráticos ya decidieron aplicarnos examen mensual, como si siguiéramos en la primaria. Para colmo, tengo dos proyectos en equipo y, por el trabajo, solo puedo reunirme en las noches, cosa que a mis compañeros ya demostraron que no les encanta.

Ha pasado una semana desde el incidente y aún hay momentos en los que el sonido del vidrio rompiéndose me regresa de golpe.

Denisse no fue a la escuela y, por lo mismo, su hermano tampoco. Pude hablar con ella brevemente dos veces por celular, pero solo me comentó que todo estaba bien. Su voz sonaba cansada, como si estuviera hablando desde otro cuarto de su propia vida. No sé qué pasó ni qué tiene su mamá.

Nada.

Me repito que son situaciones familiares y que no tiene por qué contarme si no quiere. Me lo repito porque entenderlo no significa que deje de dolerme estar afuera.

Tampoco he podido sacarme de la mente a Joseán: el desayuno, su cuarto, el iPad que dejé sobre su escritorio porque salí corriendo, la forma en que me pidió que lo viera a él y no a la imagen que me habían pintado. Cada vez que lo recuerdo se me hace un nudo en la garganta.

No por lo que casi pasó, sino por la forma en que terminó.

Por fin, Denisse fue hoy a la universidad.

Estuvo muy seria y trataba de poner atención, pero fue en vano. La vi distraída, pensativa, cabizbaja. Se mordía la uña del pulgar mientras el maestro hablaba y no tomó apuntes en toda la clase. En uno de los recesos solo se disculpó conmigo por no haberme podido dar aventón durante la semana; por supuesto le dije que no importaba.

Respecto a lo demás, se limitó a decirme que las cosas ya estaban en orden, que le daba mucha pena la forma en que me había tratado Joseán y que

sabía que él también estaba muy apenado. Me dijo que no podía hablar del tema con nadie; aparentemente, su papá lo había ordenado así. Lo dijo bajando la voz, como si su papá pudiera escucharla desde cualquier lado.

Durante la semana pasé mucho tiempo con Liliana Valdez, una compañera de clase que también es de provincia. Vivía en Mérida y hace algunos meses se mudó con su familia a la Ciudad de México. La morra es una botana. Si yo hablo raro, ella me da dos vueltas y media. La molestan cañón con eso de las bombas yucatecas y, la neta, a ella le vale. Se ataca de la risa y nunca la he visto enojarse.

Hemos hecho buena mancuerna y a Denisse también le cae muy bien. Liliana estaba preocupada por ella, pero solo le dije que se había enfermado de rotavirus, porque esa fue la excusa que Denisse dio para no asistir a clase.

Liliana empezó a andar con Luis, otro compañero que es igual de pandroso que ella. Hacen una pareja rarísima y perfecta. Me da gusto por ella porque, desde que nos empezamos a llevar, me confesó que moría por él desde el primer día.

Claro que eso fue como una pedrada en la cabeza porque, aunque trate de negarlo, yo estoy exactamente igual. Solo que yo no tengo novio; tengo un problema con un chilango fresa en moto.

—¡Ay, Virgen Santísima! Me morí y me fui al cielo —escucho exclamar a Javi en voz baja, interrumpiendo mis pensamientos.

Estoy dándoles la espalda porque me puse a lavar las jarras de las licuadoras. Él está atendiendo la caja, mientras Pablo prepara los cafés.

—En esa cola sí me formo, sin importar que sea machito —contesta Pablo.

Me cae que este par son unos corrientes de lo peor, pero cómo me hacen reír.

Termino de lavar las jarras y se las paso a Pablo porque tiene que preparar tres frappés. Estoy a punto de seguir ayudando con las bebidas calientes cuando me doy cuenta de que el objeto de su admiración es Joseán. El estómago se me cae al piso y, por desgracia, no se queda ahí.

Está formado en la fila, esperando turno.

No me ha visto porque la máquina del café me tapa un poco.

Gracias a los dioses de los chaparros y la gente chiquita.

No puedo esconderme mucho tiempo porque tengo dos nombres que gritar para que vengan por sus vasos, así que ni modo. Volteo y nuestros ojos se encuentran.

Ninguno de los dos sonrío.

Solo nos vemos.

Ninguno baja la mirada.

El ruido del café sigue igual, pero para mí se apaga un poco.

Me quedo inmóvil cuando caigo en cuenta de que, a su lado, colgada de su brazo como si estuviera marcando territorio, viene la misma mujer con la que lo vi hoy en la escuela. Toda la sangre se me sube a la cabeza.

Veo cómo Joseán la suelta y trata de hacerse un poco a un lado, como si con eso pudiera restarle importancia.

Pero obviamente, como buen hombre, no sabe que las mujeres tenemos radar integrado para detectar esas cosas.

La tipa me ve de reojo casi de inmediato y se da cuenta de que Joseán no deja de observarme.

Hoy, en la escuela, no me topé con él para nada. Por supuesto, ayudó el hecho de que hice todo lo posible por evitarlo como si tuviera una enfermedad contagiosa. Pero, para mi mala suerte, cuando ya me iba, lo vi en el estacionamiento junto a su moto.

Con ella.

Pegada a él.

Tenía una mano en su nuca, acariciándole el cabello. Ese cabello con el que yo había fantaseado pasar mis dedos exactamente de la misma forma. Por supuesto, no pude ignorar dónde andaban el resto de sus extremidades.

Nunca había sentido celos en mi vida, pero en ese instante entendí el concepto completo, con bibliografía, anexos y ganas de cometer un delito menor.

O peor.

De ser yo quien estuviera en su lugar.

La tipa estudia Diseño y tiene pésima reputación. Me dieron ganas de buscarla en Instagram, claro, pero mi cuenta existe prácticamente de adorno y no confío en mí misma para stalkear a nadie sin terminar dándole like a una foto vieja por accidente. Así que hice lo más seguro: pregunté. Sí, pregunté quién era porque ya la había visto con él durante los primeros días de clases.

La observo discretamente.

Tiene el cabello rubio, larguísimo, suelto y ondulado, casi hasta la cintura. Trae unos jeans tan embarrados que no entiendo cómo puede respirar, y unos tacones de plataforma altísimos, aunque ni así le llega a Joseán a la nariz.

Claro que mejor me callo, porque creo que yo menos.

Lleva una chamarra de piel cortita, con herrajes, y va maquillada como si viniera saliendo de una sesión de fotos. Es bonita, sí. De esa forma producida y segura que parece diseñada para hacerte sentir mal, aunque no te diga nada.

Están a tres clientes de llegar a la caja, así que me dispongo a seguir preparando cafés porque ni loca los atiende.

—Lo conoces, ¿verdad? —me pregunta Pablo.

—Sí —contesto, intentando sonar indiferente.

—Oye, pues si todos tus amigos están así de buenos, deberías invitarlos más seguido. Comparte, mana, que nosotros también merecemos taco de ojo de vez en cuando —reclama.

No puedo evitar reírme.

—No es mi amigo. Es solo el hermano de Denisse.

Y decirlo me sabe peor de lo que debería

—¿Te cae que ese bombón es el famoso hermano incómodo de tu amiga? —pregunta, asombrado.

—El mismísimo —contesto, sonriendo.

Cuando les toca su turno, observo cómo Joseán le dice algo a Javi. Todavía no les toma la orden y Javi, exasperado, me llama para que me acerque. No los volteo a ver.

—Está pidiendo que tú específicamente les tomes la orden —me informa.

Perfecto. Precioso. Maravilloso.

Hay como cinco personas más en la fila y, si me rehúso, se va a armar. Conociendo a Joseán, no se va a mover hasta salirse con la suya. Asiento y tomo mi lugar en la caja.

—¿Qué van a llevar? —pregunto, cortés y amablemente.

—Un chai latte frío, grande, con leche deslactosada light y un toque de vainilla. Sin crema batida, porque eso engorda horrible —ordena la rubia, con un tono de niña fresa tan falso que casi me sube el azúcar.

Qué ridícula.

—Claro. ¿Cuál es tu nombre?

—Zaira —responde.

Hasta el nombre le queda. Lo anoto en el vaso.

—¿Y para ti qué va a ser? —le pregunto a Joseán, sin levantar la vista de la caja registradora.

—No te llevaste el iPad —contesta.

—¿Perdón?

Ahora sí me sacó de onda.

—Me escuchaste perfecto. No te hagas —responde, molesto.

—Si no va a ser nada más, el total es de noventa y cinco pesos —digo, eludiendo la conversación.

—Josa, ¿qué onda? ¿Quién es esta? —pregunta Zaira, mirándome de arriba abajo.

Tranquila, Nat. Respira. No vale la pena perder el trabajo por alguien con pestañas postizas y complejo de villana de telenovela.

—Dame un café de la casa, por favor —pide Joseán, sin hacerle caso.

—Okey. Serían ciento veinte pesos.

Joseán me da un billete de doscientos y le entrego su cambio. En ambos movimientos, nuestros dedos se rozan. Me estremezco con tan solo sentir su calor.

Esto no es normal. En serio.

Zaira, por supuesto, nota el intercambio y me lanza unos ojos cargados de veneno. Luego, como si yo no estuviera a medio metro, comenta que le daría flojera salir oliendo a café y que ella jamás podría trabajar atendiendo gente. Pablo voltea a verme, indignado, y con solo ver su expresión entiendo sus malévolas intenciones.

Le digo que no con un movimiento.

Él me contesta encogiéndose de hombros, en clara señal de: me vale.

Zaira se mueve al mostrador para esperar su bebida. Joseán se queda parado a un lado de la caja, frente al estante de comida, esperando la suya, porque el café americano se entrega ahí.

Lo sirvo rápido, dejando un poco de espacio para la leche, y lo coloco sobre el mostrador. Inmediatamente me doy media vuelta para seguir trabajando. Ni siquiera volteo a verlo ni espero a que me dé las gracias.

No me interesa hablar con él. Mucho menos aquí, en mi trabajo, frente a tanta gente.

—¡Zaira! Chai latte —grita Pablo.

Volteo de inmediato porque sé que ahí viene una tormenta.

Zaira toma el vaso, camina hacia el sillón donde está sentado Joseán, le da un trago y, con una cara digna de fotografía, lo escupe. El problema es que no lo escupe discretamente. Lo escupe hacia un lado con tanto dramatismo que termina bañando a una niña de cabello negro que está justo frente a ella.

—¡Qué asco! ¿Qué le echaron a esta cosa? Está horrible —exclama Zaira.

—¡¿Qué te pasa?! ¡Me bañaste! —grita la otra niña.

Oops.

Creo que este no era el resultado esperado.

Se va a armar. Se va a armar.

Zaira voltea a ver a Pablo con una cara de odio imposible de describir. Yo trato de no reírme porque sería poco profesional de mi parte, aunque en este momento la profesionalidad me está costando la vida.

Pablo, con su mejor cara de “yo no fui”, está listo para recibir el reclamo, pero nos vamos a quedar esperando, porque la niña que acabó bañada se

planta frente a Zaira y le bloquea el paso.

—Mínimo discúlpate —le dice, calmada.

—El que se tiene que disculpar es el idiota que hizo mi café —contesta Zaira, en un tono insoportable.

Ahora sí me dan ganas de brincar el mostrador. ¿Quién se cree para hablarle así a Pablo?

Me da más coraje del que debería, quizá porque Pablo, con todo y su cara de “yo puedo con todo”, no ha tenido una vida precisamente sencilla. No habla mucho de eso, pero lo suficiente para saber que viene de una familia donde cada peso contaba y donde salir del clóset no fue recibido con aplausos, precisamente.

Por eso me revienta verlo quedarse callado cuando alguien lo trata como si valiera menos.

Pablo podrá ser corriente, metiche y más dramático de lo que admite, pero también es de las personas más nobles que conozco.

—Mejor cálmate o vete —replica la otra niña, tranquila pero firme.

—Quítate —exclama Zaira, empujándola bruscamente hacia un lado.

Todo el café está viendo el show. Nadie interviene. Algunos se ríen, otros observan con cara de horror y otros siguen como si nada, porque aparentemente en esta ciudad una pelea a media tarde también forma parte del ambiente.

La niña la mira un segundo. Solo uno. Luego le arrebató el vaso y le vacía todo el contenido en la cabeza.

Definitivamente este no era el resultado que Pablo esperaba.

Era mejor.

Joseán se levanta del sillón, serio ahora, y toma a Zaira del brazo para sacarla. Ella sigue reclamando a todo volumen mientras él la conduce hacia la puerta. No puedo contener la risita nerviosa que se me escapa.

Antes de salir, Joseán voltea. Se me queda viendo, con esa sonrisa a medias que tanto me molesta y tanto me gusta, y mueve la cabeza de un lado a otro, como si no pudiera creer lo que acaba de pasar. Por primera vez desde que entró, parece que quiere reírse conmigo y no con ella.

Y gracias a que estamos en una ciudad donde todo puede suceder, la gente vuelve a lo suyo casi de inmediato.

No dejo de sentir pena por lo que pasó, aunque muy merecido se lo tenía. Pablo solo quería hacerla pasar un mal rato. Sabía que preparar la bebida atascada de azúcar y vainilla iba a implicar doble trabajo porque después habría que hacerla bien, pero la idea de Pablo era únicamente sacarla de quicio con bebidas mal hechas. Nunca imaginamos que casi provocaríamos una pelea.

Javi, por supuesto, ya está pensando en organizar la revancha y vender boletos. Dice que muchos hombres pagarían por verla, sobre todo si incluimos un ring y mucho lodo.

Ese es Javi en todo su esplendor. Donde una persona normal ve un pleito de cafetería, él ve concepto, producción, boletaje y posibilidad de patrocinio. Dice que algún día va a tener un negocio propio, aunque aún no decide si será cafetería, salón, estudio fotográfico, bazar queer, barra de postres o todas las anteriores en un solo lugar, porque aparentemente la coherencia limita la creatividad.

Antes de la cafetería, según me ha contado, ya intentó ser estilista, fotógrafo de bodas y organizador de eventos, pero abandonó cada camino por razones muy suyas y muy dramáticas.

Aun así, cuando habla de poner algo propio, le brillan los ojos.

Yo le creo.

Aunque jamás se lo diría así de cursi.

Por fin dejó de llover y ya no hay tantos clientes. Me preparo para salir a descansar, pero Pablo me toma de la mano y me lleva al área de cajas, donde nos espera Javi. Solo hay cuatro clientes esparcidos en el local, todos ocupados con sus computadoras y teléfonos.

—Escupe la sopa, amix —me dice Javi.

—Sí, mamacita. De aquí no te vas hasta que nos cuentes qué traes con el bomboncito —agrega Pablo.

Ay, no. Ya llegó la Santa Inquisición.

—No traigo nada. No sé de qué hablan —contesto, intentando sonar inocente.

—No te hagas, Nat. Vimos perfecto las miraditas que se aventaron —dice Javi, cruzándose de brazos—. Tantito más y les prestaba la bodega para que resolvieran sus pendientes emocionales mientras nosotros distraíamos a la rubia intensa.

¡¿Qué, quééé?!

—Javier, ¡qué te pasa! ¡Claro que no! ¡Ni al caso! —exclamo, pegándole en el brazo con la mano abierta.

¿Este par por quién me toma? ¿A poco se me nota tanto con solo verlo?

—Pues si no hay nada, entonces explícame eso —dice Pablo, señalándome la cara—. Porque cuando lo viste se te reinició el sistema.

—Totalmente —agrega Javi—. Te quedaste como computadora de gobierno: trabada, lenta y sin respuesta.

—No es cierto —reclamo.

—Sí es cierto —dicen los dos al mismo tiempo.

—Ash, está bien. Ahí les va todo el show —accedo finalmente.

Les platico todo con lujo de detalle, excepto lo que no me corresponde contar sobre la familia de Denisse. Eso lo maquillo como ‘un problema familiar fuerte’ y nada más.

Obviamente, les recalqué que no había pasado nada de lo que ellos estaban imaginando, que las cosas no eran de esa manera, que yo no quería hacer nada sin sentirme segura y sin que hubiera sentimientos de por medio.

—Ay, amix —dice Javi, echándose aire con la mano—. Sí que estás hundida. Yo ya lo hubiera secuestrado emocionalmente y no lo dejaría salir de mi vida hasta nuevo aviso.

—Deja tú eso —interviene Pablo—. El problema aquí es que nuestra pobre amiga ve al bomboncito y se le olvida hasta cómo funciona la gravedad.

—No exageren.

—No exageramos —responde Javi—. Lo viste y casi se te cae el alma al piso.

—Y la dignidad también, pero esa alcanzaste a levantarla rápido —agrega Pablo, chocando la mano con Javi.

—¡Ay, no manchen! Ustedes dos son más corrientes que baño de gasolinera. ¿Qué parte de “estoy aquí parada frente a ustedes” no captan? Están hablando de mí como si yo no estuviera presente. De mí y de mi... de mi...

Me quedo titubeando, moviendo las manos, incapaz de terminar la frase sin morirme de vergüenza.

—¿De tu qué, amix? —pregunta Javi, levantando una ceja.

—De mi vida privada.

—Ay, qué fina —dice Pablo—. Hace tres segundos ibas a decir “calentura”.

—¡Pablo!

—¿Qué? Se tenía que decir y se dijo.

—¿De tu historial romántico sin estrenar? —concluye Javi.

—¡Sí, eso! ¿A ustedes qué les importa si ya, si no, si quiero o si no quiero? —respondo.

Normalmente soy muy abierta y puedo platicar de casi cualquier tema, pero discutir mi virginidad con dos hombres, por muy gays y adorables que sean, me da la peor vergüenza del planeta.

—Mamacita, que no te dé pena. Ser virgen no tiene nada de malo —dice Pablo, muy serio de pronto—. Pero si un día quieres dejar de serlo, mínimo avisa para aprobar al candidato. No cualquiera va a tocar patrimonio histórico.

¡Ay, wey!

—¿Qué? Están locos. Ahora resulta que van a hacer casting, ¿o cómo? —pregunto, indignada y asombrada.

—Obvio —contesta Javi—. Esto no es beneficencia pública. Aquí se revisan antecedentes, referencias, higiene personal y capacidad básica de no arruinar el momento.

—Y ortografía —agrega Pablo.

—¿Ortografía?

—Sí. Si escribe “ola hermosa” sin hache, queda automáticamente descalificado.

No puedo evitar reírme, aunque sigo queriendo que me trague la tierra.

Ahora resulta que estos dos ya están armando un comité para decidir quién merece acercarse a mi supuesta “vida privada”.

—Ay, olvidenlo. Hagan de cuenta que no les conté nada —respondo—. No me interesa en lo más mínimo conseguir un galán solo para... para... eso.

—Bueno, amix, solo queremos ayudar —dice Pablo, levantando las manos en señal de paz—. No presión. Cero presión. Pero tampoco queremos que un idiota cualquiera llegue a traumar a nuestra provinciana favorita.

Insisto, este par es incorregible. Pero en serio, con todo y lo metiches que son, en tan poco tiempo he llegado a considerarlos buenos amigos y los quiero mucho. No puedo molestarme con ellos por esto. Al final, hasta cierto punto, tienen razón. No es que esté urgida, pero la idea del sexo —hacer el amor, coger, como quieran llamarle— ha estado rondándome más de lo que me atrevo a admitir.

Y todo se lo debo al portador de esa sonrisa que me incita sin siquiera esforzarse.

—Ya, no jodan porque me estoy enojando —digo, aunque no puedo evitar sonreír—. Dejen de exagerar. Hablan de mí como si estuviera ya bien vieja o fuera una solterona. Tengo dieciocho años, ¿qué esperaban?

—Ya, ya, Nati, tranquila —se burla Javi—. Sabemos que es difícil cargar con tanta pureza en estos tiempos modernos.

—En serio, ustedes dos deberían tener un podcast —respondo—. “Consejos no solicitados de dos metiches profesionales”.

—Yo sí lo escucharía —dice Pablo.

—Yo también —agrega Javi—. Pero solo si yo soy el conductor principal.

—Ay, claro que no. Tú serías la sección de chisme barato —responde Pablo.

—Y tú la de pésimos consejos sexuales.

—Ya me voy, muchachas —los interrumpo, antes de que esa conversación tome un rumbo aún peor—. Los quiero y fue todo un placer discutir con

ustedes acerca de mi... de mi...

—¿Patrimonio histórico? —dicen al mismo tiempo.

Hasta sincronizados están.

—Sí, sí, eso. Y ya no les vuelvo a contar nada, así que se quedarán con la duda de ahora en adelante —finalizo mientras camino hacia la puerta.

—No te preocupes, nos vamos a dar cuenta y vas a soltar toda la sopita —me grita Javi.

Levanto la mano para despedirme sin siquiera voltear y pongo los ojos en blanco, exhausta por la conversación.

Qué pena, me cae.

Llego a casa más tarde de lo normal y estoy muerta. En cuanto entro me topo con Rosa, a quien tampoco había visto en la semana porque estaba en Cuernavaca.

Denisse me había contado que su Abu tiene una casa allá y le gusta escaparse por lo menos una vez al mes. Por supuesto, no dejo de notar que su ausencia coincidió casualmente con la de sus nietos.

Rosa me saludó cordialmente y honestamente me dio mucho gusto verla de regreso. La casa no es lo mismo sin ella.

La semana pasada llegaron las otras tres inquilinas. Sandra y Estela son primas, de Veracruz, y estudian Medicina. Son tan serias y aplicadas que casi siempre las veo pasar como fantasmas con bata, libros y cara de no haber dormido. Adriana, en cambio, es otro boleto.

Ella es de Querétaro y cada viernes que puede se regresa para pasar el fin de semana con su familia. Me la encuentro casi a diario cuando llego y nos hemos quedado platicando o viendo películas hasta tarde, a veces en su cuarto y a veces en el mío.

Es más grande que yo, tiene veintidós años y trabaja en el corporativo de un banco, en la misma zona de la Universidad. Es súper simpática y fuma como chimenea, así que pasa bastante tiempo en el jardín de la casa.

En el camino de regreso me llamó Denisse para avisarme que mañana sí pasa por mí. La noté un poco más entusiasmada, no como antes, pero sí más cerca de ella misma. Ojalá las cosas vuelvan a la normalidad, porque la extraño.

Tengo ganas de dormir, pero debo aprovechar el tiempo para estudiar. Realmente no tengo otra opción.

Me estoy poniendo la pijama cuando escucho el sonido de mi celular. Me acerco al buró de madera para tomarlo y el corazón me da un salto al ver el nombre de Joseán en la pantalla.

Joseán: Revisa debajo de tu cama.

Joseán: Pero no grites.

¿Es en serio?

Claro que yo, muy obediente, me agacho de inmediato para asomarme. Al levantar el rodapié, cuál va siendo mi sorpresa al encontrar, justo debajo de la cama, un sapo verde de peluche con manchas negras. Y, al lado del monito, el iPad que dejé en su casa.

Natalia: Ahora entiendo por qué no podía dormir.

Natalia: El sapo hace mucho ruido.

Espero que me conteste.

Un minuto después, vuelve a sonar el celular.

Joseán: Es que el pobre quería dormir contigo.

Joseán: Por eso no se callaba.

Ay, en la madre. Eso sí no me la esperaba.

Natalia: Listo. Ya quedó arropado.

Natalia: Gracias :)

Natalia: Me encantó.

Natalia: P. D. No quiero saber cómo llegó el sapo hasta acá.

Joseán: Sapo con suerte.

Joseán: Y sí, mejor no preguntes.

Joseán: Que descanses, Nat.

Fue una grata sorpresa, pero aun así no pienso bajar la guardia.

Me encantó el gesto.

También me inquieta un poco.

Las dos cosas pueden ser ciertas.

Después de esto voy a revisar el cerrojo de mi puerta. Si Rosa lo sorprende entrando a uno de los cuartos, lo mata.

Me quedo pensando en la cama, con mil cosas en la mente. Al final ya ni estudié.

Prefiero dormir con mi sapo.

Con el cerrojo puesto, eso sí.

7. La verdad

Los días siguientes pasaron más rápido de lo que esperaba, aunque por dentro todo seguía sintiéndose medio fuera de lugar. Entre clases, trabajo, tareas, mensajes de Denisse y apariciones estratégicas —y nada discretas— de Joseán en la cafetería, la semana se me fue como agua entre los dedos.

Para cuando me di cuenta, ya estaba haciendo una maleta pequeña para irme a Aguascalientes por el puente de Independencia, con una emoción rara: ganas de volver y, al mismo tiempo, una incomodidad nueva por irme. Y, por alguna razón que todavía no terminaba de procesar —o que no quería procesar,— Joseán había insistido en llevarme a la terminal.

—¿Estás esperando a Ángel, hija? —me pregunta Rosa desde el sofá de la sala, donde está sentada tejiendo algo que parece una bufanda medio torcida.

—Sí, ya no debe tardar. Quedó de pasar por mí para llevarme a la terminal de autobuses —contesto, sonriendo.

—Sabes, hija, me da mucho gusto que hayas entablado tan buena amistad con mis nietos —comenta Rosa, pausando el tejido—. Les haces bien. No te lo digo por compromiso. Eres una buena muchacha y, además, gracias a ti ahora los veo más seguido.

Me muestra un gesto sincero y tierno, con ese semblante maternal que tiene y que siempre me hace sentir un poco en casa. Siento orgullo al escuchar sus palabras. Rosa no regala elogios por quedar bien; cuando dice algo, una siente que lo dice de verdad.

—Gracias, Rosa. Significa mucho para mí. Y también me da gusto —respondo.

Rosa asiente sin dejar de sonreír y retoma su tejido. Y vaya que, en tan poco tiempo, esta casa ya se me metió debajo de la piel. Mientras espero a Joseán en la sala de Rosa, no puedo evitar repasar todo lo que ha pasado ultimamente.

A Denisse la he visto prácticamente a diario, incluso el fin de semana. En la escuela nos juntamos siempre con Liliana, y algunos maestros ya nos alucinan porque no paramos de platicar. En las noches, cuando llego a casa y no tengo que estudiar, suelo terminar en el jardín con Adri. Ella fuma; yo escucho. A veces hablamos de todo y a veces solo dejamos que los grillos, el olor a tierra mojada y el pasto hagan su trabajo. Claro está, siempre y cuando no sean interrumpidos por algún automovilista tocando el claxon.

A Joseán no termino de descifrarlo.

Sigo sin saber exactamente qué quiere. Somos amigos, o por lo menos eso establecimos. En la Universidad casi no lo veo por la diferencia de horarios y

de área, pero las pocas veces que nos topamos invariablemente está con Zaira, Charlie o alguna otra niña que parece pertenecer más a su mundo que yo, y prefiero no acercarme. Sé que está trabajando algunas horas con su papá y me ha dicho más de una vez que no le gusta, pero nada más.

Después de que me dio el sapito, empezamos a mandarnos mensajes constantemente. Escribimos trivialidades, pero siempre me hace reír. A veces hace comentarios o insinúa cosas que me sacan de onda, cosas que van más allá de una amistad, pero nunca cruza la línea conmigo.

A veces siento que soy como una pieza azul en un juego de damas españolas: no combino ni encajo en el juego, pero aun así estoy dentro de la caja. Como si Joseán me tuviera al margen de su vida, suficientemente cerca para no soltarme, pero no lo bastante como para dejarme entrar por completo.

Todos los días se aparece en la cafetería a las tres de la tarde, pide un café y un panini, y a la media hora se va. Cuando tengo tiempo, a veces me acerco y platicamos unos minutos. Si no, solamente se sienta, come y lee un rato.

Javi y Pablo coinciden en que lo hace para estar cerca de mí. Tal vez tengan razón, porque antes ni se paraba por ahí, y esa es una de las tantas cosas que me sacan de onda.

Parte de lo que me hizo decidir intentar llevar una amistad con él fue Denisse.

Curiosamente, después del problema con su mamá, no la he escuchado hablar mal de su hermano ni una sola vez. Por el contrario, no dejó de insistir en que le diera la oportunidad de hablar conmigo porque, palabras de Denisse: “ya me tiene hasta la madre que siempre me pregunta por tí”.

Así que decidí que, entre el regalo, los mensajes y sus apariciones en la cafetería, ya era hora de dejar de hacerme la digna y hablar con él.

El jueves de la semana pasada lo abordé en la escuela, justo en uno de esos momentos en que Zaira, alias “la mono araña”, estaba con él.

Al ver que me acerco, su primera reacción fue sonreír de oreja a oreja y hacerse a un lado de la tipa, quien, como siempre, me hizo una cara de “te odio”, pero ni la pelé. Joseán se acercó a saludarme e inmediatamente me colocó el brazo alrededor de los hombros. Empezamos a caminar en dirección a la cafetería. Como si fuera lo más natural del mundo. Como si no acabara de dejar a Zaira hirviendo detrás de nosotros.

Ni siquiera tuve que decirle que quería platicar; lo supo desde que dije “hola”.

—Creo que tu... morra me odia —le dije muy casual, mientras nos sentábamos en una de las mesas pequeñas.

—¿Mi morra? ¿Zaira? —pregunta, como si la respuesta no fuera obvia

—Ajá.

—Nat, sabes perfecto que no tengo novia. Zaira es una... se podría decir que amiga, pero ni siquiera eso.

—Pues cuando están juntos demuestran todo lo contrario. Por eso supuse que salías con ella. Pero eso no es lo que quería platicar contigo —añadí, tratando de cambiar el tema.

—Antes de eso, déjame decirte algo yo. Después, si aún quieres decirme lo que venías a decirme, te escucho. ¿Te late? —propuso, sonriendo.

Pues qué otra.

Asentí sin dejar de mirarlo fijamente. Como de costumbre, su presencia me abrumaba, así que decidí concentrar toda mi atención en la plática.

—A ver... por dónde empiezo —dice, soltando el aire despacio—. Primero, tengo que pedirte una disculpa por correrte de mi casa. Estos días he tratado de encontrar la forma de explicarte sin poner todos los pinches problemas de mi familia sobre la mesa.

Se pasa una mano por el cabello antes de seguir.

—Mi papá es un imbécil y solo le preocupa su imagen. El simple hecho de que yo hable de las broncas de mi mamá lo encabrona de sobremanera.

Me quedo callada, porque entiendo que apenas está tomando aire.

—Mi jefa tiene depresión —dice, bajando la voz—. No tristeza. No bajón. Depresión de verdad. Hace seis años se puso muy mal. Yo acababa de salir de la prepa. Una noche regresé de una fiesta y la encontré... —hace una pausa, como si las palabras se le atoraran—. Se había tomado un montón de pastillas. Terminó en el hospital.

Se me apretó el pecho.

—Desde entonces está medicada. Va a terapia, tiene psiquiatra, todo. Hay temporadas buenas y temporadas de mierda, pero no había vuelto a intentar hacerse daño. No así. No hasta ese día.

Se quedó callado unos segundos, ojos fijos en la mesa.

—Y lo peor es que yo estaba ahí, en la casa, y no me di cuenta de nada —dijo al fin—. No vi las señales, no escuché el golpe a tiempo, no sé... Me quedé atorado pensando en otras cosas, en pendejadas, y cuando reaccioné, ya estaba todo hecho un desastre.

Sentí un nudo en el estómago.

No por culpa.

Por él.

Porque entendí, en ese instante, que no solo estaba tratando de explicarme lo que había pasado. Estaba castigándose.

—Nisi no sabía nada —continuó—.

Nunca se lo dijimos. Cuando pasó la primera vez estaba más chica y mi papá decidió que lo mejor era esconderlo. Le dijeron que había sido una descompensación, que se le había bajado la presión, no sé qué tantas pendejadas. Mi abuela y yo siempre pensamos que algún día tenían que decirle la verdad, pero mi papá... —soltó una risa seca, sin humor—. Mi papá cree que, si algo no se dice en voz alta, entonces no existe.

Agacha la mirada.

—Por eso me encabroné tanto. Porque se tuvo que enterar así. De la peor manera. Y yo descargué todo el coraje, la culpa y la frustración contigo. Fue injusto. No estuvo bien. Así que... perdóname.

Su voz sale más suave al final, casi rota.

Intenté hablar, pero no me dejó.

—La neta me caes muy bien, Nat. Nunca he conocido a alguien como tú. Normalmente soy muy cerrado y, aunque se escuche mamón, a las amigas de Nisi las evito como la plaga. Pero contigo es diferente. Me interesa tu amistad. De verdad. Y espero no haberla cagado demasiado.

Ante eso no se que decir. Es evidente que me está ofreciendo su amistad. No el juego, no el coqueteo, no la provocación.

Su amistad.

Y eso me desarma más que cualquier comentario bonito.

No deja de verme fijamente, con ojos que suplican, como si estuviera tratando de salir victorioso de su propia lucha interna.

Pero sigue hablando.

—Y sobre lo otro... lo que supongo que te contó Nisi. El desmadre con sus amigas —dijo, pasándose una mano por el cabello—. La neta es que ni siquiera supe bien cómo estuvo el pedo esa noche porque me puse hasta la madre. Lo que sí sé es que no estuvieron conmigo. Y sí, sé que estuvo de la chingada no decirlo antes.

Cierra los ojos unos segundos, como si estuviera ordenando las ideas.

—Fue Charlie.

—Nunca se lo dije a nadie porque, al final, nada de lo que pasó esa noche estuvo bien. Las dos estaban tomadas, igual o peor que yo, y Charlie se aprovechó de eso. Yo ni siquiera dormí en mi cuarto. Me quedé tirado en una banca del jardín hasta que me despertó el sol. Cuando subí, las encontré ahí. Estaban solas y me encabroné. Las corrí porque no suelo dejar que nadie entre a mi cuarto.

Hace una pausa y me mira.

—De hecho... eres la primera que ha entrado con invitación.

Wow.

Eso sí no me lo esperaba.

Y es lindo.

—Nisi salió de su recámara y las vio. El resto es historia. Ellas tampoco se acordaban bien de nada por lo tomadas que estaban, y lo más fácil fue decir que habían estado conmigo. Charlie me lo contó meses después y, para entonces, la neta ya me dio hueva aclarar las cosas con mi hermana. O tal vez no fue hueva. Tal vez me dolió que no me creyera. No soy un santo, Nat, pero tampoco soy ese tipo de cabrón.

Okey.

Bueno.

Eso me tranquiliza.

No voy a pensar en cuántas han desfilado por su vida porque se me encoge el corazón.

—Gracias por contarme —digo al fin—. En serio lo aprecio. Y lo de tu mamá... me da muchísima pena. Pero no puedes cargarlo como si hubiera sido culpa tuya, Joseán. Está enferma. Eso no se controla con ganas ni con estar más atento.

—Mmm... puede ser —responde con inseguridad.

Su cara muestra una angustia que no intenta esconder. Se queda pensativo un instante y yo no digo nada, porque entiendo que si necesita tiempo para decidir continuar hablando.

—Mi punto es que soy un wey muy cerrado —continúa—. No tengo muchos amigos. De hecho, son dos: uno vive en Estados Unidos, se llama Mateo, a ese wey lo extraño un chingo y, el otro anda en friega todo el tiempo trabajando, casi ni lo veo. El caso es que contigo... no sé. Es algo raro. Como una conexión. En fin, ya ni sé qué chingados estoy diciendo.

Se pasa la mano por el cabello, frustrado, y luego cierra el puño, jalándolo un poco hasta quedar más despeinado de lo normal.

El reflejo del sol le ilumina la cara y yo me derrito por dentro al verlo así, hablando desde un lugar tan vulnerable.

Me dan ganas de abrazarlo. De decirle que yo siento exactamente lo mismo. Esa conexión extraña que nos atrae como la gravedad. Que no dejo de pensar en él. Que muero por tocarlo, por besarlo, por imaginarme en sus brazos.

Pero no puedo.

Porque entiendo lo que me está pidiendo. Y, aunque una parte de mí quiere otra cosa, también quiero darle eso. Así que me pongo de pie y me acerco a él.

Joseán levanta la cabeza y me observa, expectante.

Le extendiendo la mano derecha.

—Hola. Natalia López Govea. Un placer conocerte.

Toma mi mano sin dejar de verme fijamente.

—José Ángel Cuén Garay. Y el placer es mío —contesta, sonriendo.

Luego me guiña un ojo.

Y, por supuesto, ambos nos soltamos riendo al mismo tiempo.

Extrañamente, Denisse se mostró muy tranquila con la forma en que se dio todo. Con el paso de los días me enteré de más cosas: Denisse y Joseán habían hablado, muchos malentendidos se habían aclarado y, aunque seguía dolida porque la mantuvieron al margen de la enfermedad de su mamá, en parte logró entenderlo. Creo que por eso parecía ya más cómoda con la atención que su hermano empezó a mostrarme.

Tan es así que el sábado pasado los tres fuimos al Centro de la Ciudad. Aparentemente decidieron que era necesario llevarme a turistar y, por supuesto, me encantó la idea. Eso sí, antes les advertí que, si íbamos a ir, tenía que ser en transporte público.

Era mi oportunidad de darle a Denisse su prometido baño de humildad. Sabía que Joseán me iba a hacer segunda y que Denisse no se podría negar.

La pasamos increíble.

Caminamos por el Zócalo, el Templo Mayor, vimos Palacio Nacional, paseamos por Correo Mayor y compramos cuanta cháchara se nos antojó. Mis ojos no podían creer todo lo que vendían: pulseras, inciensos, juguetes, plumas, bolsas, santos, playeras, estampitas, cosas útiles, cosas inútiles y cosas que ni siquiera sabía nombrar. El ruido de los vendedores, las manifestaciones en la explanada, la gente entrando y saliendo de Catedral, las campanas, los olores, la cantidad absurda de personas en un solo lugar.

A veces, mientras caminábamos, Joseán aprovechaba para tomarme de la mano. Yo hacía como que no le daba demasiada importancia, aunque por dentro estaba a dos segundos de perder toda compostura. Denisse se nos quedaba viendo raro, pero hasta ahora no me ha dicho nada, y eso me intriga de sobremanera.

Regresamos tarde, en Uber Black, por supuesto. Dejamos a Denisse en su casa, pero Joseán no se bajó. Decidió, como todo un caballero, acompañarme para que no me fuera sola. Sin duda esa era la razón.

Sin duda. Claro.

Al llegar a casa de Rosa, ni siquiera me dejó abrir la puerta. Me tomó del brazo y comenzó a guiarme hacia la cochera, que abrió con el control que traía

en el llavero. Una vez dentro, entendí sus negras intenciones al verlo tomar dos cascos del estante y acercarse a mí, extendiéndome uno.

—Acompáñame a cenar —dijo, como si no acabara de secuestrar mi voluntad con un casco de motocicleta.

—Estás completamente loco si crees que me voy a subir a esa cosa. Si quieres cenar, puedes comer algo aquí o ya cuando llegues a tu casa —exclamé, haciendo la mejor sugerencia que se me ocurrió para no ir con él.

—No. Quiero tacos al pastor y no me gusta comer solo, así que vas conmigo —contestó, muy quitado de la pena, encogiéndose de hombros.

—¿Y si no me gustan los tacos al pastor? ¿Y si no tengo hambre? ¿Te importa si te digo que estoy cansada y que no quiero ir? Y... esa cosa me da miedo —escupí las preguntas como merolico.

—Te puedes pedir otra cosa. Sé que tienes hambre porque hace rato lo mencionaste. Sé que estás cansada y aun así quieres ir. Y, por último, si no enfrentas tus miedos, nunca se van a ir.

Lo dijo con una seguridad tan irritante como acertada, porque la verdad sí me daba miedo subirme a la moto.

Pero me daba mucho más pánico subirme con él.

—No te va a pasar nada. Confía en mí. ¿Te late? —finalizó, extendiéndome la mano.

Soy débil. Lo sé. Soy débil.

—No tengo otra opción, ¿verdad? —pregunté, tomándole la mano.

—Siempre hay opciones, princesa. El tema aquí y ahora es que ya son las once de la noche y no te van a abrir la puerta sin llaves.

Levantó la otra mano y veo que mis llaves cascabelean entre sus dedos. Por supuesto, con esa sonrisa traviesa que me encanta.

—¡Qué poca madre! ¿A qué hora me las quitaste? —exclamé mientras intentaba alcanzarlas.

—Las voy a devolver en cuanto digas que sí.

—Eso se llama secuestro.

—Eso se llama negociación creativa.

—Eso se llama que te voy a patear.

—Pero después de los tacos.

No está de más decir que, por más que brinqué, no las alcancé.

Me sentí como niña de cinco años tratando de quitarle un dulce a su papá, así que, en un intento desesperado por no hacer más el ridículo, tomé el casco y me rendí.

—Está bien, tú ganas. Pero vas a ver que un día de estos me voy a vengar y ni cuenta te vas a dar.

No dejó de sonreír ni un instante.

Se veía tan contento que, por un momento, me sentí el centro de su universo.

Me ayudó a ponerme el casco, me explicó dónde colocar los pies, cómo subir y cómo bajar. Finalmente, al escuchar el estruendo del motor, Joseán volteó antes de ponerse el casco.

—No me vayas a soltar, princesa —dice, y luego, más bajo—: Nunca me sueltes.

Me guiñó un ojo y se colocó el casco.

Una vez más, decidí no darle importancia a todo lo que podía implicar ese comentario. Mejor me concentré en lo que sentía al abrazarlo por la cintura, en la batalla interna que me provocaba tener cada parte de mi cuerpo pegada al suyo, en ese cosquilleo tan característico que a gritos me pedía calmarlo solo con él y que cada vez me costaba más trabajo ocultar.

No tardamos en llegar a la taquería. El lugar olía a carbón, piña asada, cebolla y salsa de esa que pica desde que la ves.

La verdad es que el miedo se me quitó casi de inmediato porque, tengo que admitir que, maneja muy bien. Creo que el verdadero peligro está en los automovilistas que no respetan a quienes van en moto. Al decirle eso, Joseán me comentó que, después de su accidente, esa era una de las razones por las que casi no la usaba en la Ciudad.

Me comí cuatro tacos y tuve que soportar su burla incesante por haber dicho que no tenía hambre. Aunque me encanta reír y disfrutar estar con él a solas, también siento constantemente la necesidad de descifrarlo, de saber cómo piensa, de conocerlo más a fondo.

Así que no desaproveché el momento.

—¿Por qué estudiaste Administración? —le pregunté.

Se me quedó viendo medio raro, como si no le hubiera agradado la pregunta, y pasó los dedos por su cabello. Me he dado cuenta de que hace eso cuando está pensando qué contestar o cuando está nervioso.

—¿Quieres que te cuente la versión pública o la real?

—Definitivamente la real.

—De las opciones de carrera que me permitían seguir el legado de mi papá, Administración era la única que me gustaba —explicó, vago.

—¿O sea que quieres hacer lo mismo que él? ¿Administrar los negocios familiares? La neta no te veo ahí. No te va.

Sonrió de nuevo, cerró los ojos un instante y volvió a hablar.

—De hecho, no. No quiero hacer eso. Nunca lo he querido. El ambiente donde se mueve mi papá es horrible. La neta, estudiar Administración —o por

lo menos terminar la carrera— fue más bien un requisito. Jamás fue lo que quería para mi vida. Cuando acabé la prepa soñaba con muchas cosas, con algo muy diferente. Pero, para ser honesto, no aguanté la presión de mi papá. Creo que todavía estaba muy inmaduro, por no decir pendejo. Y luego, con todo el pedo que se vino por la enfermedad de mi mamá, pues... decidí quedarme. Al final, terminé siendo el que está al pendiente de ella porque mi jefe ni la pela. Se la pasa en la calle y obviamente sé que nunca le ha sido fiel. Así que... heme aquí, tratando de aminorar el caos.

Encogió los hombros y bajó la mirada hacia su plato para comerse el último bocado.

Al escucharlo, me di cuenta de que en realidad no me había explicado gran cosa, y aun así se me encogió un poco el corazón al imaginar lo que significaba vivir con semejante carga.

Joseán había puesto su vida en pausa para no alejarse de su mamá, Y su papá, por lo que entendía, no solo no ayudaba: pesaba.

Si de por sí su papá me había caído mal, después de escuchar eso mi opinión no iba a mejorar.

Su respuesta me hizo pensar que tal vez no quería decirme mucho, pero no pude evitarlo.

Necesitaba saber más.

—¿Entonces por eso te vas a quedar sin hacer lo que realmente te gusta? —pregunto—. Sé que no es de mi incumbencia, pero eso fue lo que entendí. ¿Con qué soñabas?

Mientras hablaba, levanté la mano para hacerle a un lado el cabello. Él seguía mirando su plato y, como tenía la cabeza agachada, el pelo no me dejaba ver su expresión.

Fue un gesto por demás íntimo, creo, porque nunca lo había tocado deliberadamente.

Justo cuando lo hice, lo vi tomar aire y cerrar los ojos.

Luego me tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

No me soltó.

—La neta no me gusta hablar del tema porque sé que me faltaron huevos para hacerle frente. Siempre quise estudiar cine fuera de México. Nueva York o Los Ángeles. Preguntas con qué soñaba, y eso era: ser director. Y, por qué no, guionista. Pero me convencí de que era una locura. Las oportunidades son escasas y mi papá se encargó de recordármelo cada vez que pudo.

Me dio un ligero apretón en la mano y luego me soltó. Inmediatamente extrañé su calor.

Lo observé sacar dinero de la cartera y colocarlo sobre la mesa, suficiente para pagar la cuenta de ambos y dejar propina.

El tema estaba cerrado.

Me dijo que ya era tarde, así que salimos del lugar y me llevó a casa de su abuela. No me dio oportunidad de decirle que me dolía verlo hablar de sus sueños como si fueran una tontería de juventud.

Que no sonaban ridículos.

Que no era tarde.

Que nadie debería vivir únicamente para aminorar el caos de otros.

Pero me tragué las palabras porque sabía que no me escucharía.

Esa noche soñé nuevamente con escenarios y aplausos, pero quien estaba de pie frente a todos era él.

Joseán llegó por mí súper puntual y, me dejó en la terminal de autobuses justo a tiempo para abordar. En el camino no platicamos mucho. Lo noté serio, como si tuviera demasiadas cosas en la mente.

Al llegar, le pedí que me dejara en la entrada principal, pero insistió en estacionar el coche y acompañarme hasta la puerta del andén.

No puedo negar que me encanta lo caballeroso que puede llegar a ser. Y sí, sé que hoy esos gestos pueden leerse de mil maneras. Lo entiendo. Pero en él no se siente como si creyera que no puedo sola. Se siente como si quisiera acompañarme.

Cuidarme, quizá.

Y eso, aunque me dé pena admitirlo, me encanta.

Me sentí extraña al despedirnos. La idea de no verlo durante cuatro días me desagradó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Joseán me abrazó y, sin soltarme del todo, dijo:

—Te voy a extrañar, princesa.

Le sonreí.

—Yo igual—alcanzo a decir.

No dejó de verme a los ojos. Después tomó mi cara entre sus manos, apoyando los dedos sobre mis mejillas, y me acercó a él para darme un beso lento y suave en la frente.

No fue un beso cualquiera.

Fue tierno, sí, pero también tuvo algo más.

Algo que no supe nombrar y que, precisamente por eso, me dejó sin aire.

Sonrió, dio media vuelta y se fue.

Me quedé parada como idiota, esperando a que volteara.

No lo hizo.

En serio tengo problemas.

Algo muy raro en mí, pero no tengo sueño. Usualmente me quedo bien dormida en los camiones o en el avión, pero llevo casi una hora de camino y, por más que lo intento, esta vez no logro conciliar el sueño.

Definitivamente, lo mejor que puedo hacer es leer.

Tomo el iPad para buscar algo nuevo. Joseán me la entregó precargada con un buen de libros que él compró, así que tengo material para rato. Navego entre las aplicaciones y aprovecho para poner música. Desde que me la prestó no he querido sincronizarla con las canciones que tengo en mi compu porque me encanta escuchar lo que él tiene guardado aquí.

Escuchar su música se siente un poco como revisar su librero: otra prueba de que no es tan fácil encasillarlo. Su selección es bastante ecléctica y, sorprendentemente, de muy buen gusto. Tiene rock viejito, cosas de los dosmiles, electrónica tranquila, bandas alternativas y artistas nuevos que no suenan diseñados para volverse virales.

Siempre he pensado que una playlist puede delatar más que una conversación.

Veo varios títulos y no sé cuál escoger. La verdad es que estoy buscando una portada que me cautive; no importa tanto de qué se trate el libro.

Entonces me llama la atención un ícono sin portada, completamente negro.

Está ahí, discreto, sin portada, como si no quisiera ser encontrado.

La curiosidad me gana.

Lo abro.

Y me llevo una sorpresa al leer el título:

Un Sueño Surrealista

Guion: JACG

8. No quiero perderte

Aproveché el puente del 16 de septiembre para volver cuatro días a Aguascalientes. Era la primera vez que regresaba desde que me mudé y, aunque solo había pasado poco más de un mes, entrar a mi casa se sintió raro.

Familiar, sí, pero raro.

Los días se me fueron volando.

No me había dado cuenta de cuánto los extrañaba hasta que entré a mi cuarto y todo seguía exactamente igual. Vi a Karla, por supuesto, y tuve que contarle mi vida con lujo de detalle entre cafés, drama y sus gritos cada vez que mencionaba a Joseán.

Fue todo un interrogatorio. Karla, siempre tan perspicaz, me escuchó con esa cara de “ajá, sí, claro” que conozco demasiado bien.

—A ver, repíteme la parte donde dices que es un patán, pero también te presta libros, te mira como si fueras el centro del universo y tú finges que no te importa —dice, metiéndole crema a su café con una seriedad ridícula.

—No estoy fingiendo.

—Natalia.

—Okey, tal vez un poco.

Karla sonríe como si acabara de ganar un juicio. A veces odio que me conozca tan bien.

Volver me hizo bien. Me recordó que, aunque en la Ciudad de México todo se siente enorme, aún tengo un lugar donde puedo respirar.

No me cabe la menor duda de que Dios me bendijo con los mejores papás del mundo, aunque mi mamá a veces use ese privilegio para sermonearme con una precisión quirúrgica.

Mi mamá se desvivió preparándome mis platillos favoritos: enchiladas, milanesas, sopa de fideo y todo lo que aparentemente una hija desnutrida necesita para sobrevivir en la capital. Comí tanto que en mi futuro cercano veo inminente una dieta, sobre todo si quiero estrenar el bikini tan lindo —y tan pequeño— que me acabo de comprar para ir a Acapulco en octubre.

No sé qué estaba pensando cuando lo compré, pero en cuanto lo vi, supe que tenía que ser mío. Es la primera vez que compro algo tan revelador para ir a la playa, pero ahora sí que la ocasión lo amerita. Además, como dice Javi: “el que no enseña no vende”.

Así que, con ese lema profundamente cuestionable y cero aprobado por mi madre, tengo planeado dejar con la boca abierta a cierta personita.

Ayer Denisse me avisó que en octubre quieren celebrar el cumpleaños de Joseán en Acapulco. Apparently tienen una casa o departamento allá y

quiere que vaya.

Según ella, es “plan tranquilo”, lo cual, viniendo de Denisse, puede significar desde una cena normal hasta un operativo internacional con alcohol, alberca y gente que yo no conozco.

Joseán aún no me ha dicho nada al respecto, pero supongo que, implícitamente, estoy invitada. Lo cual, para ser honesta, me tiene emocionada y preocupada en proporciones similares.

A mi mamá no se le va una.

Más de una vez me ve intercambiando mensajes en el celular y no sé si es mi cara de zonga cada vez que recibo uno de Joseán, pero termina dándome un sermón más largo que el de la misa del domingo. Me pide que me cuide, me recuerda que estoy muy joven y que debo enfocarme en estudiar.

Lo de siempre, pero dicho con esa cara de mamá que una no puede desobedecer sin sentirse pésima persona.

La entiendo, claro que sí. Y sé que en parte tiene razón. Pero también sé que tengo que vivir la vida al máximo porque en el futuro no habrá manera de regresar el tiempo.

No me interesa vivir con remordimientos.

Quiero creer que tarde o temprano, aunque por alguna extraña razón Joseán insista en verme solo como amiga, voy a ser algo más. No una de sus tantas ‘amigas’.

No una novedad.

Algo distinto.

Alguien que le importe de verdad.

Y sí, quizá suena ridículo, pero desde que leí su guion no puedo dejar de imaginarlo volviendo a soñar, atreviéndose a hacer algo suyo, algo que no tenga nada que ver con su papá ni con el caos de su casa.

El guion que leí me dejó sorprendida.

Sí, sé que tal vez no debí abrirlo.

Pero una vez que vi su nombre en la portada, la curiosidad me ganó con una facilidad vergonzosa.

Aún no he pensado en el momento adecuado para decirle lo genial que me pareció. La historia es corta, pero está llena de sueños, amor y locura.

Retrata un mundo extraño y surrealista, y no pudo escoger mejor escenario para desarrollarla: Xilitla, en San Luis Potosí. No sé nada de cine, pero sí sé cuando algo me mueve.

Y eso me movió.

Siempre he querido conocer el jardín surrealista creado por Edward James. Ese lugar me parece mágico y sé que muchas personas ni siquiera

tienen idea de que algo así existe en nuestro país.

Joseán tiene talento.

Eso es indudable.

Y no dejo de preguntarme hasta dónde podría llegar si se atreviera a ponerse detrás de una cámara.

—Amix, a ver si ya despiertas, que ya van dos cafés que te salen horribles —interrumpe Javi mis pensamientos, dándole un tirón suave a mi coleta.

Tiene razón.

Hoy de plano no doy una.

Este par decidió que mejor me dedicara un rato a limpiar mesas, pisos y hasta me amenazaron con mandarme a limpiar el baño.

—Ya sé, Javi, pero es que mi mente anda divagando el día de hoy. Prometo concentrarme, ¿va? Sabes que te quiero... ¿verdad? —le contesto con mi mejor carita de ‘yo no fui’, dándole un ligero pellizco en el cachete.

Me mira con cautela y luego sonríe.

—Niña, deja de maltratar a Javier y vente corriendo a la caja, que viene una bola de gente para acá —dijo Pablo, señalando la puerta con la cabeza.

En efecto, un grupo de estudiantes de la Universidad se dirige al café, incluyendo, para mi desgracia, a la insoportable de Zaira, que viene con Joseán y Charlie.

—Pablo, por favor, no le vayas a decir nada a la rubia intensa. No estoy de humor para dramas el día de hoy y, de por sí, esa morra ya me odia —supliqué.

—Está bien, pero si se pone de diva o me insulta, no respondo —contestó, tajante.

Me lavo las manos de volada e inmediatamente tomo mi lugar en una de las cajas justo cuando la gente empieza a entrar al local.

Por lo menos veo que Zaira no viene colgada de Joseán, pero no deja de enfurecerme verlo con ella.

Es absurdo, lo sé.

Mi estómago no pidió mi opinión.

No estoy ciega.

No soy tonta.

Sé perfecto el tipo de relación que parece tener con Zaira y sé que no es la única. Entiendo que sería absurdo pensar que, a sus casi veinticuatro años, Joseán no tiene experiencia. Pero imaginar esa experiencia —con ella, con otras, sin amor de por medio— me duele más de lo que quisiera admitir.

Tal vez soy puritana, anticuada o simplemente inexperta, pero no creo que yo pudiera acostarme con alguien así nada más.

Por lo menos no ahora.

Por lo menos no para mi primera vez.

Yo quiero que sea especial.

Que sea por amor.

Atiendo a cuatro personas en la fila hasta que llega el turno de Joseán.

Obvio, se forma en mi caja.

Ordena lo de siempre, sonriendo de esa forma que me desarma, y acerca el celular a la terminal para pagar.

—Qué onda —me saluda.

—Hola.

La pantalla marca aprobado casi de inmediato, pero él sigue ahí, sonriéndome como si aún tuviera algo más que decir.

—¿Te veo al rato en casa de mi abuela? —pregunta.

—Voy a llegar un poco tarde, pero si aún estás ahí, nos vemos. Claro.

—No importa. Te espero y cenamos. Por cierto, ya arreglaste todo para ir el próximo fin, ¿verdad?

Okey. Creo que esa fue mi invitación.

—Sí. Ya me cubrieron aquí en el trabajo, pero no voy a poder pedir permisos por un buen rato —aclaro.

Me percató que el muchacho que sigue en la fila ya está haciendo caras, así que regreso a la realidad y me obligo a dejar de verlo para poder atenderlo.

—Sale. Qué bueno que vas, porque sin ti sería solo un cumpleaños más. Gracias.

Da media vuelta para dirigirse al área de espera y lo veo agachar la cabeza, intentando ocultar cómo sonríe.

Me quedo con la mano suspendida sobre la caja registradora, como si se me hubiera olvidado para qué sirve.

Termino de atender a la siguiente persona y, para mi mala suerte, Zaira, que estaba a punto de pasar a la caja de Pablo, se cambia de fila para plantarse frente a mí y pedir su ridícula orden.

La atiendo con amabilidad y, maliciosamente, le pregunto su nombre para anotarlo en el vaso. No quiero darle importancia, así que prefiero fingir que ni siquiera recuerdo cómo se llama.

Acerca el celular a la terminal para pagar, sin dejar de observarme con odio.

Cuando la pantalla marca aprobado, se inclina hacia la caja registradora.

—Se va a cansar de ti, ¿sabes? —me dice en voz baja.

Preferiría contestarle, pero decido fingir demencia.

—No sé de qué me hablas.

—No te hagas pendeja, Natalia. Eres la novedad, eso es todo. Así es con las amiguitas tontas de su hermana. Les hace creer que son especiales, que lo entienden, que con ellas es distinto. Y cuando se aburre, siempre regresa a mi cama. —arremete, con una sonrisa venenosa.

Al escucharla, por mi cerebro empiezan a pasar diferentes escenarios.

Le grito que es una zorra.

Le embarro en la cara el pastel de chocolate que me está haciendo ojitos desde el mostrador.

Le jalo el larguísimo cabello rubio.

La mejor imagen de todas: darle una bofetada tan fuerte que mi linda mano se quede marcada en su horrible mejilla.

Pero como soy una persona educada. Yo sí tengo modales y, mejor decido no convertirme en partidaria de la violencia. Así que, con mi sonrisa más sarcástica, me limito a terminar de atenderla antes de soltarme a llorar frente a todos del coraje.

—En un momento te entregan tu bebida. Espero que la disfrutes — contesto, con un tono tan dulce que hasta a mí me da miedo.

Me hierva tanto la sangre que solo volteo a ver a Pablo con ojos de súplica. Él entiende de inmediato. Asiente apenas y se mueve para cubrir mi caja.

Yo doy media vuelta y me voy directo al área trasera del local.

No es exactamente una bodega, más bien un pasillo estrecho entre los estantes de insumos, el refrigerador industrial y la puerta de servicio. Huele a cartón húmedo, jarabe de vainilla y café molido, pero dadas las circunstancias me parece el único lugar del mundo donde puedo respirar sin que nadie me vea.

Me recargo contra uno de los estantes de acero inoxidable hasta quedar sentada en el suelo, con las rodillas dobladas contra el pecho.

No puedo contener las lágrimas.

No es tristeza.

Es coraje.

Coraje por ser tan débil y dejar que algo así me afecte tanto. Debería tomar las cosas de quien vienen, pero me da rabia dudar. Me da rabia que una parte mínima, ridícula y asustada de mí se pregunte si Zaira sabe algo que yo no.

No debería hacerlo, porque durante este tiempo Joseán me ha mostrado una parte de él que sé que no muestra a otros. Y sería devastador pensar que todo es una farsa para que finalmente caiga, para usarme y seguir tan tranquilo como siempre.

—Cinco minutos, nada más —alcanzo a escuchar lo que dice Pablo a lo lejos.

Levanto la cabeza y veo a Joseán entrar al área trasera.

Su figura alta casi obstruye la luz que entra desde el pasillo. Por primera vez no parece seguro de sí mismo. Antes de que pueda preguntarme cómo demonios lo dejaron pasar, lo tengo frente a mí.

Supongo que Pablo le dio permiso o lo amenazó con partirle la cara si se tardaba más de cinco minutos.

Si llega el gerente de zona y encuentra a un cliente aquí atrás, nos corre a todos.

Al verme, su expresión cambia por completo. Se hinca frente a mí y me toma de las mejillas, levantándose la cara con cuidado para mirarme a los ojos.

Siento una oleada de alivio al verlo ahí, aunque también me da pena que me vea llorar por algo tan estúpido.

En serio parezco niña de primaria que no puede con un poco de presión.

Joseán me limpia las lágrimas con los pulgares. Noto que el color miel que usualmente adorna sus ojos en ese momento se ve más oscuro, casi negro.

—¿Qué te dijo? —pregunta entre dientes—. ¿Te lastimó? Nat, dime qué te dijo.

Su cara revela una mezcla de preocupación y enojo que me desarma.

—Nada. No le des importancia —contesto, bajando la mirada.

Prefiero no decirle.

Hacerlo revelaría mucho de lo que siento por él, y no quiero mostrarme así de vulnerable.

Somos amigos.

No debería importarme con quién se acuesta, mucho menos debería importarme que Zaira crea tener algún derecho sobre él.

—No me digas que nada, por favor. La conozco perfecto. Te dijo algo sobre mí, ¿verdad?

Me lo pregunta casi suplicante.

Y claro. Eso de que la conoce perfecto me prende otra vez las pésimas ideas. Porque puedo imaginarme con demasiada facilidad todas las formas en que la conoce.

Me da más coraje.

No entiendo cómo puede aguantarla.

Mucho menos entiendo cómo puede... Agh. Tengo que sacar eso de mi mente.

Me limito a asentir sin dejar de mirarlo a los ojos. Espero que con eso se quede tranquilo, porque en serio no pienso decirle más.

Sin soltar mi cara, se acerca un poco más. Tengo que mover las manos y ponerlas sobre sus brazos, justo arriba de los codos. Se me escapa un pequeño jadeo, mínimo, traicionero, porque entre tenerlo tan cerca y sentir la firmeza de sus músculos bajo mis dedos, tengo que contener las ganas de doblarlos un poco y rasparlo suavemente con las uñas.

Me besa la frente, igual que el día en que se despidió de mí en la terminal de autobuses, pero esta vez no se aparta de inmediato.

Se queda ahí un segundo más y luego apoya la barbilla sobre mi cabeza, abrazándome.

—Lo que te haya dicho, no le creas —murmura—. Es en serio, ni siquiera le hagas caso. Sé que no es una persona fácil y entre ella y yo... hay historia. Es un desmadre medio intenso y supongo que algún día voy a tener que contártelo, pero nada de eso le da derecho a lastimarte. Sé que no me conoces bien, pero en poco tiempo sabes más de mí que casi cualquiera. Y todo lo que te he dicho es verdad. Lo que hay de mi parte es sincero y no quiero perderlo. No quiero perderte.

Se separa un poco para ver mi expresión.

Mis labios están semiabiertos. Intento procesar sus palabras mientras noto que su ojos se dirigen un instante hasta mi boca.

La angustia en su rostro está haciendo que pierda toda la cordura, porque me doy cuenta que lo único que quiero es tomarlo del cabello, jalarlo hacia mí y estrellar sus labios contra los míos.

Besarlo hasta quedarme sin aliento.

Pero ese pequeñísimo hilo que sostiene mi cordura, ese que está a punto de romperse, me detiene.

Así que solo lo abrazo.

Por la forma en la que estamos acomodados, mi boca queda cerca de su oído derecho. Igual que él lo ha hecho algunas veces, decido hablarle en voz baja. Inmediatamente siento cómo se estremece en mis brazos.

—No te agobies. Ya pasó, ¿sí? —le digo suavemente—. No voy a hacerle caso.

Joseán asiente. Su respiración empieza a calmarse y eso me da la pauta para poner un poco de distancia y regresar a la realidad.

Cuando pasan este tipo de cosas y las circunstancias provocan que estemos tan cerca, se me olvida todo. Quiero que el tiempo se detenga y que este hombre tan bello y enigmático que tengo frente a mí decida por fin decirme qué pasa por su mente. Qué siente realmente cuando está conmigo.

—Tengo que regresar a trabajar —comento, riendo ligeramente.

—Sí, ya sé. Estoy seguro de que Pablo está a punto de entrar a sacarme de aquí y la neta el wey me intimida un poco, así que no creo que sea buena idea hacerlo enojar —dice, sonriendo mientras se pone de pie.

Joseán toma mis manos y me ayuda a levantarme. Inmediatamente acomodo mi mandil y me sacudo la ropa, tratando de recuperar algo de dignidad.

Me río suavemente ante su comentario.

El hecho de que Joseán confiese que Pablo lo intimida es bastante cómico. Aunque, siendo justos, Pablo sí tiene algo de animal salvaje. Muy fuerte, muy intenso, muy de “te rompo la madre si haces llorar a mi amiga”, aunque en el fondo sea completamente inofensivo.

Cuando salimos del área trasera, Pablo y Javi abren los ojos como platos al verme.

Joseán se despidió de mí con un beso en la mejilla, no sin antes darles las gracias a mis compañeros. Sé que tiene que irse a trabajar con su papá, y lo mejor es que lo veré de nuevo en la noche, ya con más calma y sin dramas.

Tengo que entrar al baño porque estoy segura de que mi cara es un verdadero desastre y necesito verme presentable para seguir trabajando. Al mirarme en el espejo casi me da un ataque. Tengo la nariz de Rodolfo el Reno, el rímel corrido y los ojos hinchados.

¡Ay, Dios! Qué vergüenza, me cae.

Me arreglo lo mejor que puedo y salgo para continuar con mi tarde de trabajo. Me urge llegar a la casa y descansar porque mi mente no se está en paz. Encima de todo el trabajo que tengo aquí y en la escuela, siento que voy a explotar. Apenas voy a cumplir dos meses aquí y ya estoy hecha un manojo de nervios, con las emociones a la máxima potencia.

Estoy considerando seriamente hacerle caso a mi mamá. ¿Qué necesidad tengo de involucrarme emocionalmente con alguien a estas alturas de mi vida?

Mejor me enfoco en pasarla bien, en estudiar y, si después se da algo con quien sea, pues bienvenido será. En estos momentos lo mejor que puedo hacer es tener amigos, salir, conocer, viajar y empezar a construir el camino para el éxito profesional y personal.

Sí. Definitivamente le diré adiós al drama para enfocarme en lo importante.

Me lo digo con una convicción admirable.

Falsa, pero admirable.

El resto de la tarde se pasa de volada.

Hemos estado muy ocupados y Javi y Pablo no han hecho comentarios sobre lo sucedido hace unas horas. Son unos metiches profesionales, así que se me hace rarísimo que no me hayan preguntado nada.

Ya es hora de cambiar turno y llegaron los relevos, por lo que estoy recogiendo mi mochila y mi bolsa del área trasera. Claro que por algo se me hacía raro el comportamiento del par, porque ambos me están acorralando junto a los estantes, seguramente para chismear.

—Ahora sí, amix. Ya no podemos más. Te tenemos que contar —dice Javi, sentándose en uno de los bancos de repuesto que guardamos ahí.

Se ve de lo más chistoso, con las manos juntas sobre la pierna, ansioso por soltar el chisme.

Pablo se acerca, me toma de la mano y me sienta en otro banquito junto a Javi. Él se queda parado frente a nosotros.

—No tienes idea de lo que te perdiste. En serio. Después de haber visto eso, no me cabe la menor duda de que el angelito muere por ti. No sé qué le dijo a la rubia, pero tenía una cara de encabronado que hasta se me erizó la piel. Digo, encabronado o no, de todas formas, se veía buenísimo —comenta, haciendo toda clase de ademanes con las manos.

Qué risa me dan estos dos. Más porque, si Joseán supiera las cosas que dicen de él, estoy segura de que ni siquiera se pararía por aquí.

Me pregunto qué le habrá dicho a Zaira. Ojalá la haya puesto en su lugar.

—El caso es que la tipa lo empujó, le mentó la madre y salió hecha una furia. Todo un espectáculo —agrega Javi.

—Ay, sí. Y luego el bombón se quiso brincar el mostrador, pero lo paré antes de que se metiera al área trasera. Lo tenía tan cerquita y, al ver su carita tan linda y lo agobiado que estaba, le di cinco minutos para entrar a hablar contigo —finaliza Pablo, como si acabara de narrar una telenovela completa.

—¿Ya terminaron? —pregunto.

Pablo se queda pensativo y sé que, por supuesto, no ha terminado con el chisme.

—Pues sí y no. Mejor cuéntanos qué te dijo la vieja esa, porque Javi ni alcanzó a escuchar.

—Pues me dijo que Joseán nada más me quería usar y que, después de aburrirse, iba a regresar a su cama porque dizque sabe lo que tiene —respondo.

—¡Ay, esa hija de la chingada! La próxima vez que la vea me cae que la desgreño, porque lo que tiene seguro son liendres —exclama Javi, indignadísimo.

Me carcajeo con el comentario. De verdad, Javi es muy ocurrente. Me siento halagada y querida por estas dos personas que, en tan poco tiempo, ya aprecio muchísimo. Son sinceros y sé que me estiman y quieren lo mejor para mí.

—Qué zorra, en serio... ¿Y el angelito qué te dijo? —pregunta Pablo.

—Pues... no le repetí el comentario, pero supongo que se lo imaginó. Me dijo que tienen cierta historia y que no le hiciera caso.

Mi respuesta es parca porque no quiero revivir el coraje que me dio, ni los lugares a los que se va mi mente cuando repito la palabra “historia”.

¿Cuánto tiempo llevan así? No es su novia, pero es algo más. ¿La quiere? Aparentemente, ella cree que tiene derechos sobre él. Se siente amenazada por mí. Pero ¿por qué?

Amix, no pienses demasiado. Es lógico que alguien como él tenga historia. No con una, sino con varias. Lo que debe importarte es si contigo está construyendo algo distinto.

No te claves en ser la primera de nada.

Mejor fíjate si te trata como alguien que podría ser importante.

Honestamente, ya ni quiero preocuparme. No porque pueda evitarlo, sino porque estoy cansada. Además, eso de ser “la última” me parecería fácil si estuviéramos más grandes, pero a mi corta edad, para nada.

Más bien tengo que enfocarme en divertirme y dejarme de tanta tontería.

—¿Qué haría sin ustedes? ¿Ya les dije que los quiero? —comento, acercándome para abrazar a cada uno de mis amigos.

El tráfico está fatal y, con la lluvia, los camiones vienen a reventar. Intento pedir Uber, pero las tarifas dinámicas están como lumbre. Después de probar otras aplicaciones opté por buscar un taxi de calle desocupado y me tomó casi veinte minutos encontrar uno.

La verdad es que ya le he perdido un poco el miedo; lo importante es tener buen ojo, revisar el carro antes de subir y evitar a los choferes que de entrada no me dan buena vibra.

Tengo mucha hambre y espero que Joseán siga aquí porque quiero verlo, aunque sea un ratito.

Al entrar a la cocina me encuentro a Denisse con ropa de gimnasio, sentada en la mesa de madera, platicando con Adri, quien está recargada contra el fregadero, muy arreglada, con un vestido negro escotado y muy corto. Eso sí, comodísima en chancas.

Me siento decepcionada al ver que Joseán no está. Tal vez, después de todo el desmadre de hoy ya no quiso venir. O se le hizo tarde. Es extraño que

no me haya llamado o enviado mensaje para avisarme.

Insisto: no es su obligación. No tiene por qué hacer nada de eso.

Natalia, ya compórtate como una niña normal.

—Qué onda, girlies. ¿Qué hacen? —pregunto al entrar.

—Yo, esperándote, amiga —contesta Denisse.

—Y yo bajé por algo de comer y a lavar mis platos porque tengo un date y me voy de antro —dice Adri, mostrándonos los pies—. Así que las dejo, porque no tarda en llegar y aún me faltan los zapatos.

—Y yo que creí que el nuevo *aesthetic* era ir al antro con vestido y chancas enormes de caucho —responde Denisse con su característico tono sarcástico.

Las tres nos reímos.

—Adri, ¿te vas de antro en martes? No sé cómo le haces para levantarte —le comento, asombrada, mientras abro la puerta del refrigerador.

Mis estantes están un poco vacíos porque no compré comida el domingo. Creo que cenaré pan con mermelada.

—Pues mira, si me va bien y todo acaba donde quiero que acabe, mañana me reporto enferma. Si no, pues llegaré un poco cansada y ya —explica Adri, encogiéndose de hombros—. Hay que aprovechar. Al rato vamos a estar grandes y ya no vamos a aguantar las desveladas. Y ustedes dos deberían aprovechar que todavía son unas bebés. Bye.

Adri sale de la cocina.

Meto dos panes integrales en el tostador y volteo a ver a Denisse. Me está observando clínicamente, como esperando que empiece a hablar. Sé que le tengo que contar el desmadre de hoy, si no es que ya lo sabe, pero no dejo de sentirme rara hablando con ella de cosas que pasan con su hermano.

—Josa no pudo venir porque se quedó con mi papá —me informa—. Hablé con él hace rato y estaba súper encabronado.

—Okey —contesto, encogiéndome de hombros para no darle mayor importancia.

El tostador suena y avienta mis panes, indicando que están listos. Me caga que se tuesten de más, pero quedaron perfectos. Ya con mi pobre cena lista, me siento en la mesa y le cuento a Denisse los incidentes del día.

—Algo me comentó Josa, amiga. Y yo creo que por eso me pidió que no dejara de venir. Estaba preocupado por ti —dice Denisse—. A esa vieja la traigo atravesada desde hace mucho. No la soporto. Siempre ha querido andar con Josa, pero él no la pela. Digo... no para eso, obvio.

Mi reacción al escucharla es poner los ojos en blanco. Todo se empeña en recordarme el tipo de relación que Joseán comparte con esa tipa y me enfurece no poder ocultar lo mucho que me molesta.

Denisse aprovecha ese momento para tomarme la mano. Veo preocupación en sus ojos.

—Amiga, yo sé que es incómodo y también sé que mueres por él. No estoy ciega. Pero tengo que ser sincera: si quieres que las cosas se den, vas a tener que aceptarlo con todo lo que trae detrás. Incluido su historial. Y tampoco te estoy diciendo que te avientes sin paracaídas, ¿eh? Es mi hermano y lo amo, pero también sé cómo es.

Ay, en serio no puede ser.

Cuando llegué a esta casa, Denisse casi me quería poner una alerta sísmica cada vez que su hermano se acercaba.

Y ahora, en lugar de pintarle cruces, me está dando consejos para que las cosas funcionen.

Pero si no hay nada que hacer funcionar.

—Denisse, Joseán y yo solo somos amigos. No hay nada más —aclaró.

Denisse se carcajea. Burlona, descarada y sin reservas. Es decir, se ataca de la risa.

—Nat, no mames. A mí no me puedes hacer mensa. Josa jamás en la vida ha tenido una amiga de verdad, y mucho menos novia.

Su expresión cambia de inmediato y se vuelve más suave.

—Eres la primera chava con la que lo veo realmente contento. Desde que entraste en su vida regresó el hermano que extrañé durante años. Está de buen humor. Lo veo más tranquilo. ¡Y es obvio cómo te trata! Cómo te ve, cómo te busca, todo. Me pregunta por ti, sale con nosotras, y Josa jamás en la vida sale conmigo, mucho menos con mis amigas. Hasta toma café, y antes ni le gustaba tanto. En serio no entiendo eso de “somos amigos” si lo que quieren es andar.

¿Es en serio lo que me está diciendo?

¿Tantos cambios... por mí?

No lo creo.

Pero lo que sí sé es que tengo que ser sincera con Denisse. Es mi mejor amiga en esta ciudad y quién mejor que ella para decirme si estoy loca o apoyarme.

—Ay, amiga, no puedo creer que esté hablando contigo de esto —le digo, tapándome la cara con ambas manos de la vergüenza.

Denisse me las quita, sonriendo, invitándome a seguir.

—Hasta ahora no ha pasado nada. En verdad solo somos amigos, pero a cada rato me manda señales cruzadas. Siento que se contiene conmigo, que lucha por no demostrar interés más allá de una amistad, pero sé que algo hay. Y a veces no sé si lanzarme descaradamente y decirle lo que siento o esperar a que dé el primer paso, porque hasta ahora ha sido muy claro con eso de la

amistad. Tampoco quiero ser una aventada. No quiero que crea que soy una más.

—Pues no sé, amiga. La neta no tengo idea de qué pase por su mente, pero estoy segura de que quiere contigo. Yo no digo que te le avientes encima, pero sí que le des una señal más clara, porque la neta lo veo muy lento.

Lanzarme.

Deliberada y descaradamente tirarle la onda y ver qué hace.

No creo. Además, no puedo.

¿Y si arruino todo?

La verdad es que me encanta pasar tiempo con él, sin presiones ni ataduras. Si soy honesta conmigo misma, me encanta tener su amistad y sé que aún hay muchas cosas que no conozco de él. Así que no creo que sea buena idea.

Mi decisión está tomada.

Las cosas se van a quedar como están y, si algún día se da algo, pues bien.

Si no, ya conoceré a alguien, ¿no?

Lo digo con seguridad.

Casi me creo.

—Olvidalo, amiga. En serio, si en algún momento se da algo, pues qué padre, pero la neta me gustan las cosas como están y no quiero arruinarlas. Además, mi intención no es tener una relación ahora. Al contrario, quiero estar solterita y divertirme mientras estudio —argumento, aunque no sé si estoy tratando de convencerla a ella o a mí.

—Está bien, ya no te voy a estar jodiendo con eso —responde Denisse—. Pero si te lanzas, aunque me moriría de ganas, a mí no me vengas a contar los detalles porque no podría con las imágenes.

Las dos nos reímos.

—¡Ah! Por cierto, ¿ya tienes todo listo para ir a Acapulco? —me pregunta de pronto.

Ay, el viajecito.

Ya se me había olvidado.

9. Ínguesu

Me estoy quedando dormida. Entre la desmañanada, el cansancio que vengo arrastrando desde el fin de semana pasado, el zumbido constante de la carretera y la música clásica que venimos escuchando, se me están cerrando los ojos.

Lo más bizarro de todo esto es la música, porque no puedo creer que Joseán haya decidido poner a Tchaikovsky en carretera. Amo la música del ballet de El lago de los cisnes y es algo que, por supuesto, no le he platicado.

Vaya que es extraño.

Venimos en la camioneta de su mamá. Joseán viene manejando; yo estoy adelante con él, recargada de lado contra el respaldo que incliné para poder dormir. Denisse viene literalmente babeando y roncando en la parte trasera, lugar que casualmente escogió porque, según ella, está mucho más cómoda.

Claro que sé que lo hizo para que yo estuviera aquí, al lado de su hermano.

Que, por cierto, se ve mejor que nunca.

Trae una gorra negra con el logo de la serie de zombis que le encanta. El cabello, que ya trae algo crecido, se le sale por los lados y por la parte de atrás le cae debajo de la nuca, donde se le alcanza a rizar. Se ve mucho más joven de lo que realmente es. Trae puestos unos lentes de sol de aviador que se le ven súper bien y hacen que su nariz se vea aún más recta, más perfecta.

Verlo manejar no ayuda. La forma en que estira los brazos al tomar el volante, cómo se le marca cada músculo a través de la camiseta blanca, la pose ligeramente ladeada.

Una pierna doblada y recargada contra la puerta.

La otra más estirada.

Los pantalones cargo color caqui enmarcando sus piernas de una forma que debería ser ilegal.

Y luego...

La ingle.

¡Ay, wey!

¿Pues en qué viene pensando este hombre?

Claramente no creo que sea la música. Tampoco considero muy excitante la tarea de manejar en carretera rumbo a la playa.

Mejor cierro los ojos y finjo que mi corazón no acaba de intentar salirse por la ventana, y no quiero empezar a hiperventilar por lo que acabo de presenciar.

La verdad es que, hasta el día de hoy, he intentado mantener la distancia. Me he comportado bastante decente y evito a toda costa verlo con cara de ‘por favor arruíname la vida’, aun cuando hemos salido, bailado, comido y pasado tiempo juntos en los últimos días.

Precisamente por eso estoy tan cansada.

Al parecer, Joseán se dio a la tarea de convertirse en mi guía turístico personal y decidió que cada fin de semana, y cada vez que mi apretada agenda lo permita, me va a llevar a conocer un lugar distinto.

Esto, según sus reglas, incluye comer en un restaurante, puesto o changarro diferente cada vez y conocer las zonas y lugares más importantes de la Ciudad.

El fin pasado acabamos en la Condesa y, como la zona es tan diversa, comimos en un lugar de tacos súper trendy que recomiendan en Insta, caminamos, entramos a diferentes tiendas y terminamos en varios bares probando bebidas rarísimas.

Cerramos la noche en un antro cubano cerca de la Roma, nos dieron las tres de la mañana y rematamos cenando tacos al pastor en un lugar de Avenida Revolución que me pareció horrible. Lo peor de todo es que los tacos me supieron a gloria, aunque era el típico lugar para borrachos desvelados.

Por cierto, no fuimos solos. Denisse y Mario nos acompañaron, y al final Javi nos alcanzó en el bar cubano. Joseán se portó súper lindo conmigo, atento todo el tiempo, y no se me despegó ni un instante.

Me dio muchísima ternura verlo tan emocionado explicándome las peculiaridades del lugar y recomendándome restaurantes. Lo escuché hablar de calles, restaurantes y esquinas con la misma emoción con la que habla de películas. Si seguimos así, voy a terminar con veinte kilos de más.

En la escuela tuve que entregar dos tareas por demás tediosas para Lectura y Redacción y estudiar para un examen que presenté ayer, así que dormí entre tres y cuatro horas diarias.

Lo bueno es que Denisse y Joseán andaban igual de ocupados y no se pararon en casa de Rosa el resto de la semana. Excepto ayer, claro, cuando Denisse llegó por mí muy puntual para llevarme a su spa favorito, aprovechando que no fui a trabajar.

A mi pobre amiga casi le da el soponcio en la escuela cuando me preguntó si ya me había ido a depilar para Acapulco y le contesté que había comprado rastrillos. Aparentemente, usar rastrillo es un sacrilegio.

Me dijo que, en cuanto pudiera, tenía que hacerme un tratamiento de depilación láser. No le dije que hace dos años quise hacerme uno, pero lo dejé por la paz por razones económicas.

Por supuesto, le di el gusto de sentirse útil y accedí a acompañarla al spa para depilarme con cera. Y vaya tortura. La muy escurridiza pidió que me hicieran depilación brasileña en el área del bikini y casi me da un ataque cardíaco cuando entendí, demasiado tarde, qué ‘área del bikini’ significaba mucho más territorio del que yo había autorizado mentalmente.

Grité despavorida del dolor, pero, siendo honesta, estoy más que feliz con el resultado. Pienso seguir haciéndolo hasta que tenga lana para pagar algo permanente.

Abro los ojos de nuevo y me percató que Joseán me está viendo de reojo, según él, muy concentrado en manejar, pero no lo puede ocultar. Mucho menos porque el muy descarado trae esa expresión en la cara, una de quien ya sabe mucho.

Inmediatamente siento cómo el color se me sube a la cara. Estoy segura de que ya estoy roja cual tomate. Lo único que puedo hacer es sonreír y fingir que me acabo de despertar, en lugar de aceptar que me lo estaba comiendo con los ojos.

—¿Ya terminaste de hacerte la dormida? —pregunta, sonriendo.

—No me estoy haciendo la dormida, me acabo de despertar —contesto, un poco indignada, fingiendo un bostezo mientras me estiro para acomodarme.

Enderezo el respaldo y me percató que el vestido de algodón con rayas color lila que traigo puesto se me subió peligrosamente por los muslos. Ahora entiendo. Seguramente estaba enseñando más piel de lo debido y aquel, feliz de la vida, venía apreciando el espectáculo.

Me acomodo el vestido tratando de ocultar la pena que me embarga, mientras él sigue con su risita juguetona.

—Como sea, estaría chingón que no te durmieras de nuevo, porque se supone que mi copiloto debe estar alerta. ¿Qué tal que me da sueño a mí también? —comenta.

Sí, claro. En alerta estaba, pero para otra cosa.

—Está bien, pero si quieres mantenerme despierta, en la próxima caseta nos tenemos que parar. Necesito una buena dosis de cafeína y además quiero ir al baño —le digo, sonriendo.

—Okey. Como en quince minutos llegamos a la caseta. Paramos un rato y despertamos a Nisi, porque conociéndola al rato va a querer parar al baño también, ¿va? —sugiere, mientras ve a Denisse por el retrovisor.

—Sale... Oye, por cierto, me da mucha curiosidad. ¿Cómo por qué venimos escuchando esta música?

—¿No te gusta?

— Todo lo contrario. Me encanta la música de El lago de los cisnes. No soy muy conocedora de música clásica, pero de chiquita tomé clases de ballet y siempre me encantaba que nos pusieran piezas de Tchaikovsky. De hecho, siempre he querido ver el ballet completo en vivo.

—¿Ah, sí? —contesta, pensativo—. Cuando manejo en carretera, o cuando hago algo que requiere concentrarme, la música instrumental me ayuda. No necesariamente tiene que ser clásica. También escucho soundtracks, post-rock, rock sinfónico o cosas así. Cualquier otra cosa me distrae de más. Si nunca has ido a ver el Lago de los Cisnes podemos ir en febrero, creo que por esas fechas hay temporada en Chapultepec.

Me encanta la idea. Respiro profundo y no digo nada. No dice ‘podrías ir’. Dice ‘podemos ir’. Y esa diferencia, ridícula o no, me calienta el pecho. Solo sonrío y recargo la cabeza en el respaldo.

Al fijarme en la pantalla de la camioneta, veo que la música viene de una playlist descargada en su celular. El título me da risa: “Carretera / no morir”. Hay de todo: Tchaikovsky, Hans Zimmer, Gustavo Santaolalla, Sigur Rós, algo de rock sinfónico y varias canciones instrumentales que no reconozco.

La selección de Joseán solo confirma que su cabeza es mucho más interesante de lo que él deja ver.

Entonces noto, en la consola central, una funda negra que no había visto antes.

Es rígida, pequeña, como de cámara, y tiene una correa enrollada a un lado. La curiosidad me gana.

—¿Qué es esto? —pregunto, tomándola con cuidado.

—Una cámara —contesta.

—Eso me imaginé, genio. ¿Pero de fotos o de video?

—De las dos, pero la uso más para video.

La saco de la funda y me sorprende lo compacta que es. No es como las cámaras enormes que uno se imagina cuando piensa en películas, pero tampoco parece una cámara cualquiera.

Tiene lente intercambiable, una pantallita abatible y varios botones que no entiendo.

—Órale. Está súper bonita. Aunque, siendo honesta, no tengo idea de qué estoy viendo.

Joseán sonríe, y esa sonrisa es distinta.

Más limpia.

Más emocionada.

—Es una mirrorless. Graba en 4K, tiene buen rango dinámico y le puedes cambiar el lente dependiendo de lo que quieras lograr. No es una cámara de

cine, obvio, pero para practicar, hacer cortos o grabar cosas en la calle está muy chingona. Además, es mucho más discreta. La puedes traer en una mochila sin que parezca que vas a montar una producción completa.

Me pierdo en la mitad de los términos, pero no en su cara.

Le sonrío abiertamente.

Es impresionante cómo se le ilumina la cara cuando habla de esto. Es evidente que el tema le apasiona, y no deja de darme tristeza que no esté haciendo lo que realmente desea en la vida.

—¿Y la trajiste a Acapulco para grabar? —pregunto.

—Chance. No sé. A veces cargo la cámara solo por si se me ocurre algo.

—Eso suena muy de director frustrado.

—Gracias por el diagnóstico.

—De nada. No cobro la primera consulta.

Sonríe, pero no contesta. Y como veo esa pequeña puerta abierta, decido aprovecharla.

—Por cierto... leí un guion tuyo —digo, midiendo su reacción—. Sé que quizá no debí abrirlo, pero me lo encontré en tu iPad y la curiosidad me ganó. La verdad me pareció increíble. Neta, me encantó.

Joseán se tensa un poco ante mi comentario.

Veo que aprieta las manos sobre el volante.

¿Le habrá molestado que lo leyera?

No fue mi intención invadir nada.

Él lo dejó ahí, en la biblioteca, y el título me ganó.

Aun así, al verlo tensarse, me entra la duda de si acabo de meter la pata.

—Se me pasó quitarlo —dice al fin—. Tiene años que lo escribí. ¿En serio te gustó? Porque no es algo fácil de digerir y está medio loco. De hecho, nunca se lo he enseñado a nadie.

Su tono es serio. Más vulnerable que molesto.

—Pues la verdad me gustó mucho. Lo entendí bien, eso creo, y la historia tiene mucha profundidad, aun siendo un corto. Me gustó cómo usaste Xilitla no sólo como paisaje, sino como parte del sueño, como si el lugar también estuviera hablando. ¿En serio no se lo has enseñado a nadie? Tienes talento, de verdad. Deberías hacer algo con eso.

Empezamos a disminuir la velocidad porque nos estamos acercando a la caseta.

—Nadie que me importe se ha interesado —contesta, encogiéndose de hombros—. Y después de un rato, supongo que yo también hice como que dejó de importarme. Nunca he creído que tenga calidad. Son cosas que escribí hace tiempo.

Es evidente que el tema es delicado.

Nunca me imaginé que parte de su motivación dependiera tanto de sentirse aprobado por otros, pero supongo que tiene que ver con la forma en que su familia nunca tomó en serio sus aspiraciones.

—Josa, qué pedo con tu música. Está de hueva. Ya cámbiale, ¿no? —se queja Denisse, aún con la voz dormida.

—Nisi, no jodas. Vienes bien jetona y ni la estás escuchando —le contesta Joseán.

—Amiga, qué bueno que despertaste. Nos vamos a parar en la caseta para comprar algo e ir al baño —le digo, volteando hasta donde el cinturón me lo permite.

Se ve súper chistosa con el cabello todo despeinado. No se lo amarró y ahora es una masa de cabello negro desalineado. Despertó sonrojada y parece muñequita de aparador, más que de costumbre.

Denisse me sonríe mientras se acomoda correctamente en el asiento.

—Ay, sí, qué bueno, porque me estoy muriendo de ganas de hacer pipí. Es una bendición que vengas con nosotros porque, déjame decirte, este patán nunca se para y siempre llego con la vejiga a punto de explotar cuando venimos —comenta, haciéndole muecas a su hermano.

Joseán la observa por el retrovisor, riéndose y poniendo los ojos en blanco.

Me da gusto que ya no se peleen tanto.

Siguen dándose lata, obviamente, pero ahora se siente distinto.

Menos filoso.

Más de hermanos.

En algún punto del camino vuelvo a quedarme dormida y abro los ojos justo cuando estamos entrando al túnel de cuota que lleva al área Diamante de Acapulco.

Es la primera vez que vengo y me encanta ver la vegetación densa que cubre las montañas y lo desarrollado que está todo. Sé que la zona a la que vamos es la parte más nueva del puerto. Denisse me dijo que la Costera ya estaba bastante vieja y deteriorada, sobre todo por los huracanes, y que no estaba tan ‘nice’, salvo por algunos antros y restaurantes típicos que todavía frecuenta la gente que viene de la CDMX o de otras partes de la República.

Por supuesto, no pienso dejarme guiar únicamente por la opinión de mi querida amiga. De cualquier manera, quiero conocer todo. Hasta ir a La Quebrada a ver cómo se avientan los clavadistas.

A mí me vale gorro si es ‘nice’ o no.

Como nos regresamos el domingo en la tarde, lo más probable es que ese día por la mañana me escape un rato a conocer. Al fin puedo tomar un taxi y pedir que me dé un tour por la ciudad. Aunque me salga caro, vale la pena y puedo pagarlo aprovechando que, en realidad, este viaje no me costó un quinto.

Joseán no me dejó cooperar para la gasolina y lo de las casetas fue imposible porque traía TAG y ni siquiera me dio oportunidad. De la comida me comentó que tenían cocinera en el departamento y que todo iba a estar listo.

Qué conveniente eso de tener tanta lana, me cae.

Aunque no dejo de sentirme incómoda porque no puedo mantenerles el paso con sus gastos.

Cuando salimos, Joseán, siempre me paga todo, y me da pena porque no tiene por qué hacerlo.

El resto del camino no volvimos a tocar el tema del guion ni nada relacionado. Es mejor así. Por lo pronto, prefiero dejar el tema por la paz.

Mañana es su cumpleaños y no me gustaría arruinar el regalo que le tengo, sobre todo porque está relacionado con el cine y sé que le va a encantar... bueno, eso espero.

El complejo de departamentos es increíble y considerablemente alto.

El edificio es muy lujoso, completamente blanco, con balcones enormes de acero y vistas al mar. El depa de sus papás está en el sexto piso y, obviamente, está impecable, igual que su casa.

La cocina es roja, italiana, con una barra enorme para comer y todo ultramoderno. Los muebles son de ratán, pero de esos elegantes, no como los de las casas de campo. Las telas de los sillones y los cojines tienen diferentes patrones, muy eclécticos.

Todo combina perfecto, aunque nada parece igual. Se nota que la persona que decoró el lugar quiso verse audaz y lo logró con muchísimo estilo.

El departamento tiene cuatro recámaras. Denisse y yo nos quedamos con la principal, que tiene una cama king size con un edredón rojo oscuro muy padre y baño con vestidor, doble lavabo, tina y regadera separadas. Sé que vienen cuatro amigos de Joseán, incluyendo al nefasto de Charlie y tres más, uno de ellos con su novia, así que por lo menos no somos las únicas mujeres en la casa.

También espero que sean más amenos que Charlie, porque de verdad no entiendo cómo lo aguantan.

Aunque, con mi suerte, seguro los demás amigos parecen salidos del mismo molde: Santi, Regina, Rodrigo y una Majó que dice “tipo” cada dos

palabras, toma fotos de todo y le llama “bebé” a gente que acaba de conocer.

Si mis papás se enteran de que aquí no están los de Denisse, me matan. Obvio les dije que sí venían.

Decidimos ponernos el traje de baño y nuestros vestiditos de playa de una vez. No sé a qué hora vayamos a bajar a la alberca, pero seguro será después de almorzar porque alcanzo a percibir que están cocinando algo que huele delicioso y mi estómago ruge en respuesta.

Al salir del cuarto, Denisse me presenta a Lupe, una señora como de cincuenta años, muy chaparrita, con el cabello ya entrecano y amarrado en una trenza.

Me sonrío con cariño después de saludar a Denisse con un abrazo, como si la conociera desde bebé.

Me sirvo un poco de café en una taza blanca y, al acercarme a la sala para sentarme un momento, alcanzo a ver que Joseán está en el balcón hablando por celular.

También se cambió para la alberca.

Trae unos shorts largos azul marino con rayas azul claro y nada más. Anda sin camisa, descalzo, con el cabello empezando a ondularse por la humedad y revuelto por el aire.

Los malditos shorts le quedan un poquito flojos y se le ven los huesos de la cadera. Sí, en efecto, esos huesitos que a muy pocos hombres se les marcan así y que me dan ganas de...

¡Ay, no!

Otra vez no.

Me percato que me está viendo fijamente, con los ojos entrecerrados, inmóvil y con una sonrisa pícaro de oreja a oreja bastante prometedora.

Pues ya qué.

Ingueso.

Ahora sí me cacha comiéndomelo con los ojos, y me queda clarísimo que hacerlo no le es indiferente. Más bien todo lo contrario. Así que no me queda más que sonreír mientras me llevo la taza de café a los labios, sin dejar de verlo a la cara.

Dos pueden jugar el mismo juego.

Los tres nos sentamos en la barra a desayunar mientras esperamos a los demás, que ya no tardan en llegar. El almuerzo está delicioso: burritos de huevo con chorizo.

Y ahí es cuando la poca compostura que me quedaba amenaza con abandonarme.

Porque claro.

Después de que el señor me cachó viéndolo como si fuera patrimonio histórico nacional, mi cerebro decide que “burritos con chorizo” es lo más gracioso del planeta.

No puedo evitar soltar una risa bajita.

Dos meses de convivir con Javi y Pablo y ya me está aflorando lo corriente. Si ellos supieran lo que está pasando por mi mente en este momento, no me la acabaría con la burla y no sabría dónde esconder la cara de la vergüenza.

Una cosa es que la ardillita que corre en mi cerebro se ponga a jugar y todo se quede ahí, en privado, donde nadie puede juzgarme. Otra muy distinta es que decida agarrar mi elocuencia, mis modales y mi supuesta educación para aventarlas directo al caño.

Definitivamente tengo que domar a la ardilla.

—Amiga, ¿de qué te ríes? —me pregunta Denisse, frunciendo el ceño, intrigada.

—De nada en particular —contesto, haciendo un esfuerzo sobrehumano por sonar normal—. Estoy pensando que tengo que avisarles a mis papás que ya llegué, pero me da cosa que, como buenos padres paranoicos, pidan hablar con los “adultos” y aquí no hay ninguno. Digo... aparte de nosotros, pero de adultos no tenemos nada.

—Lupe te puede hacer el paro, wey. Le decimos a tu mamá que es mi tía o algo así —sugiere Denisse—. O mejor mándales WhatsApp. Les dices que ya llegaste, que todo bien y que luego les marcas porque hay mala señal o porque vamos a bajar a la alberca.

La segunda opción es más que perfecta.

Les mando mensaje, se quedan tranquilos y, si después me llaman, puedo hacerme mensa y no contestar o devolverles la llamada más al rato, cuando esté sola o en la playa.

—Eres un genio, amiguita. Les voy a mandar mensaje.

Joseán está muy concentrado terminando de desayunar.

Está sentado junto a Denisse y no ha dejado de observarme en silencio todo este tiempo. No es la primera vez que lo hace. A veces, en la escuela o en casa de Rosa, se queda así: callado, pensativo, como si estuviera memorizando mis gestos.

Eso me pone algo nerviosa y sé que él lo sabe.

Terminamos de comer rápido. Denisse corre al cuarto por los bronceadores porque ya nos urge bajar a la alberca a quitarnos el color de rata de ciudad que traemos.

Los demás aún no llegan, así que Joseán se queda un rato en el depa, según él a descansar.

Yo no pienso desaprovechar ni un minuto. La última vez que fui a la playa fue hace cuatro años y la verdad es que me encanta poder relajarme, tomar el sol, nadar y escuchar el sonido de las olas rompiendo una y otra vez.

El mar es imponente. Al observar lo majestuoso que es, no puedo evitar sentirme pequeña y un poco amenazada por el poder que representa.

Nunca he sido muy audaz y no me encanta nadar en el mar, aunque lo hago bien. La corriente, los animales y el simple hecho de introducirme en un mundo totalmente distinto al mío, donde yo soy la intrusa y todo puede pasar, me parece abrumador.

Por eso me alegra simplemente verlo y escucharlo. Me siento agradecida de que me hayan invitado. De otra forma no estaría aquí, apreciando esta hermosa vista y sintiéndome tan feliz.

No sé cuánto tiempo llevo acostada boca abajo en el camastro, pero me siento peor que pollo en rosticería. Traigo puesto bloqueador solar bastante fuerte y aun así siento que la piel se me está tostando. Así que creo que es hora de darme la vuelta y esperar un rato antes de meterme al agua para refrescarme.

La alberca me llama, sobre todo porque está construida de tal forma que parece no terminar, como si se uniera con el mar. Es una de esas albercas infinitas y, si te acercas a la orilla, puedes ver la playa muy cerquita.

Denisse está adentro del jacuzzi, lo cual no puedo entender. El agua está hirviendo y con el calor que hace no sé cómo aguanta.

En serio está más loca que una cabra.

Me pongo los lentes de sol y me acuesto boca arriba. Cierro los ojos, lista para echarme una mini siesta, cuando siento una sombra sobre mí.

—Hola, preciosa... ¿no quieres que te ponga más bronceador?

Esa voz lasciva que tanto me choca.

No. No me choca.

Me caga.

Es el idiota de Charlie.

Al instante se esfuman mis esperanzas de que, por intervención divina, se hubiera quedado tirado en la carretera, perdido el avión, secuestrado por una secta playera o yo qué sé. Cualquier cosa, con tal de que no llegara.

—Hola, Charlie. Ya llegaste. Qué buena onda —le digo entre dientes, con una sonrisa completamente falsa.

De inmediato noto que me barre de pies a cabeza. En la posición en la que estoy, sé que estoy completamente expuesta, sobre todo porque lo único

que tengo puesto es un bikini rojo de triangulitos que muy ocurrente decidí comprarme en un momento de locura.

En la vida me había puesto algo tan chiquito.

Mi reacción es tomar una de las toallas para cubrirme y sentarme.

Charlie se ríe y empieza a caminar hacia las mesas detrás de los camastros.

Volteo hacia el edificio y veo que Joseán viene con tres morros que no conozco y una chica. Aprovecho para ponerme de nuevo el vestidito porque, al verlo venir, de repente me invade una sensación de pena.

No quiero que los demás me conozcan con tan poca ropa y, además, no aguantaría la mirada penetrante, llena de deseo y promesas de Joseán.

La tercera sería la vencida y mi autocontrol de por sí ya pende de un hilo.

Al llegar, todos me saludan cordialmente. Joseán me presenta como una amiga de su hermana, lo cual considero extraño, aunque entiendo en cierta forma la razón. Con eso de que él no tiene amigas en el buen sentido de la palabra, supongo que lo hace como una forma de protegerme de habladurías, y eso me derrite aún más.

Mentiría si dijera que los tres chicos no están algo guapos. Todos muy diferentes entre sí.

Omar, a quien Joseán me presenta como un amigo de la infancia, es un poco más alto que él, y eso vaya que es un logro. Me pregunto qué les daban de comer cuando eran pequeños. Es delgado, de cuerpo atlético y músculos bastante marcados. Tiene el cabello muy corto y rubio; de hecho, parece de ascendencia europea, como alemán o algo así. Quién sabe. En fin, es muy guapo y tiene los ojos azules más bellos que he visto en mi vida, clarísimos, de esos que parecen falsos hasta que parpadean.

En cuanto llega Omar, noto cómo escanea el área hasta que sus ojos encuentran a Denisse.

Al verla, sonrío de una forma extrañamente tierna y se queda observándola de reojo unos minutos.

Ella, obvio, ni se percata.

El otro chavo, Sergio, es un poco más alto que yo. Moreno claro, con el cabello ondulado y un poco largo, facciones duras y muy masculinas. Tiene esa belleza latina descarada: ojos negro azabache, pestañas rizadas, cejas pobladas y labios gruesos. En cuanto me lo presentan, me cae muy bien. Tiene buena vibra y es simpático.

El tercero, Roberto, viene con su novia, Alejandra que resulta ser hermana de Sergio. También es más o menos de la estatura de su amigo, moreno, con cabello castaño y unos ojos verdes hermosos. Su novia es un poco más alta

que él, de cabello negro, rizado y abundante. Me sonrío afectuosamente y, al saludarme, se acerca a darme un beso en la mejilla.

No puedo pasar por alto el cuerpazo que se carga la niña. Es de dar envidia de la buena: curvas justo donde deben estar y un bronceado casi natural que porta a la perfección.

Es un hecho que estoy rodeada de gente bonita y me siento un poco fuera de cuadro. Como si alguien me hubiera metido en una revista sin avisarme cuál era mi pose.

Pasadas las introducciones, todos se dirigieron al área del bar. Entre tantas amenidades del complejo, no podía faltar el servicio de toallas y restaurante, así que las bebidas comenzaron a fluir y creo que no habrá manera de pararlas.

Ojalá no se pongan muy borrachos porque la verdad no soy fan de las borracheras y el fin de semana pinta para convertirse en una de tres días.

Pero sé que, a nuestra edad, los excesos por alcohol tristemente parecen casi obligatorios.

—¿Quieres algo de tomar? —me pregunta Joseán.

—Mmm... un refresco —contesto.

La neta no quiero tomar.

—Princesa, no manches. Aunque sea échate una chela o... ya sé, una piña colada —sugiere, muy emocionado.

Qué asco, odio la chela. Pero lo otro suena bien.

—Está bien. La piña colada me late, pero sin alcohol, por favor.

—Puede ser sin alcohol, pero te advierto que eso ya es licuado tropical, no piña colada. O para eso mejor te tomas el bronceador. Sería casi lo mismo.

Cruzo los brazos y levanto la ceja ante su comentario.

—¿Acaso me quieres emborrachar?

—No, para nada. Solo quiero que disfrutes una buena bebida. En la playa todo sabe mejor —hace una pausa, llevándose la mano a la barbilla antes de pasársela por el cabello—. Aunque ahora que lo pienso, jarra eres bastante entretenida y parlanchina.

Concluye riendo y se da media vuelta hacia el bar.

Me pongo de pie y voy con Denisse para preguntarle si quiere algo. Recuerdo el episodio de mi peda en el antro hace algunas semanas. Sigo sin saber qué chingados le dije a Joseán esa noche y la neta me muero de curiosidad.

Me siento a un lado de mi amiga e introduzco los pies en el agua del jacuzzi, que está como para cocinar mariscos. Apenas me llega a las rodillas y no la aguanto.

—Amiga, no manches, ¿cómo puedes estar aquí metida? Mejor vámonos a la alberca grande. — Le sugiero, subiéndome los lentes de sol a la cabeza.

—El agua caliente me relaja, wey, pero creo que ya fue suficiente. Tienes razón.

Denisse se levanta y sale del jacuzzi para sentarse en la orilla.

—Estás toda roja de tanto sol —le digo, tocándole la espalda, que ya se ve algo irritada—. ¿No te duele?

—No. Además, no importa. Siempre me quemo igual. Me pongo súper roja, pero después agarro color. Y me puse bloqueador del treinta, así que no hay pedo wey. Nada grave.

—Okey, vente. Vamos por algo de tomar.

Le extiendo la mano para ayudarla a ponerse de pie.

Regresamos al área del bar. Joseán me entrega la piña colada en un vaso alto, adornada con media rodaja de piña y hasta una sombrillita roja.

La quito del vaso y me la pongo en el cabello, justo arriba de la oreja, mientras él me observa.

Le doy un sorbo y, sorprendentemente, está deliciosa. Poco cargada y casi no se siente el alcohol.

Sonrío abiertamente.

—Está deliciosa —digo, dándole otro trago.

—Ya sé, parece bebida de señora en vacaciones, pero aquí las preparan muy bien. Hasta a mí se me antojan a veces —me responde, luciendo una expresión de senda confianza.

—Mmm. Nunca imaginé que una bebida pudiera tener género. ¿O tú crees que, si te ven tomando algo que no sea chela, whisky, o tequila derecho, te van a poner en duda la masculinidad? —le contesto.

Tomo el popote entre los labios y, en cuanto lo hago, sé perfectamente cómo se ve. Mi sarcasmo el día de hoy no tiene límites y no entiendo de dónde me sale lo atrevida.

Estoy jugando con fuego.

Y quiero quemarme.

Veó que se le retuerce la sonrisa. Cierra los ojos un segundo y suelta una risa baja, entrecortada. Se acerca. Lo siento, todo él: bronceador, sal, calor, él.

Mis piernas están a nada de fallar y hacerme quedar en ridículo. Siempre logra que mi cuerpo le delate. Se acerca demasiado y me susurra al oído.

—Nunca lo dudes, princesa —me dice suave junto a la oreja—. Seré un sapo, pero no tengo que demostrarte que también soy hombre. Y vaya que tú ya te diste cuenta de eso, ¿o me equivoco?

Suelta el aire despacio al terminar y todo el color se me sube a la cara.

Estoy jadeando.

Se me fue el aliento.

—Hablo en serio, Natalia. Por favor, compórtate.

Nunca me dice Natalia.

Y me pide que me comporte.

¿Es en serio?

¿Pues quién se cree?

Este jueguito ya me está cansando.

—¿Y si no quiero comportarme? —le contesto, retadora, echándome hacia atrás para verle bien los ojos.

Él vuelve a suspirar. Su mirada queda fija en la mía.

—No va contigo, Nat. No eres tú.

Y, como suele ser su maldita costumbre, se da media vuelta y se va con sus amigos.

Pendejo arrogante.

Me dan ganas de gritarlo para que todos me escuchen. Todas sus ligues sí le pueden tirar la onda y coquetearle, pero yo no puedo hacerle siquiera un comentario sugestivo porque “no va conmigo”.

Que no mame, en serio.

Entiendo que soy su amiga nada más. Lo sé y trato de recordarlo cada vez que estoy con él. Pero tengo mis límites y no sé cuánto más puedo soportar esta atracción fulminante que siento por él.

Que no me venga con fregaderas, porque con toda certeza puedo decir que él está igual o peor que yo.

Busco a Denisse porque quiero ir por otra bebida. Con el coraje que me dio, ya dejé el vaso completamente vacío.

Omar está frente a ella y le entrega un vaso con líquido rojo; supongo que es vodka con arándano, la bebida favorita de Denisse. Ella le sonríe tímidamente y le da las gracias.

Me busca entre la gente y, al verme, me hace una seña para que vaya.

—¡Hey, cabrones! Vamos a la playa. Dos contra dos, un tochito, ¿no? —grita Sergio.

Todos reaccionan y empiezan a reír. Como niños chiquitos, corren hacia la playa empujándose y aventándose el ovoide de un lado a otro.

Las tres mujeres nos quedamos sentadas en los camastros. Al voltearnos a ver, ponemos los ojos en blanco al mismo tiempo.

Nos carcajamos.

—Hombres —dice Alejandra—. Que se vayan a liberar testosterona a la playa para que nosotras podamos huevonear y asolearnos a gusto, ¿no?

—Apoyo la moción al cien por ciento —contesto.

—¡Salud! —dice Denisse, levantando su bebida.

Y, al unísono, las tres decimos:

—¡Salud!

10. Feliz Cumpleaños

Este primer día en Acapulco fue verdaderamente agotador. Después del sol, las bebidas y tanta gente, el silencio del cuarto debería arrullarme. Pero no.

Denisse, como de costumbre, está prácticamente muerta y roncando a mi lado. Terminó algo tomada y ya no aguantaba más. Se ve tan en paz, completamente rendida ante el sueño, que hasta me da envidia.

Aparentemente, esta noche el descanso decidió abrazarla a ella e ignorarme a mí.

No quiero seguir dando vueltas en la cama, así que mejor me voy a poner a leer. Ya casi es medianoche y se me antoja sentarme en un camastro para disfrutar la noche cálida, la brisa, el sonido del mar y un buen libro. ¿Qué más puedo pedir?

Preparo un té helado en un vaso enorme para llevarlo conmigo a la alberca. Salgo del departamento y tomo el elevador, que por cierto está bastante sofocado. Disfruto del silencio, de la soledad y de mis pensamientos.

El día fue largo y no entiendo por qué no puedo dormir, como si algo me empujara a seguir despierta, aun cuando estoy cansadísima.

Me acomodo en uno de los camastros que están justo en el límite de la pequeña barda de piedra que separa la alberca de la playa. De inmediato siento la humedad en el ambiente, pero el viento fresco lo compensa. Traigo una pijama roja de algodón, de camiseta y short, que normalmente no usaría en exteriores, pero con este calor no puedo cubrirme más.

Al fin no creo que baje alguien a esta hora en viernes.

Todos, excepto Denisse y yo, decidieron salir de antro. Obviamente nosotras no fuimos porque mi pobre amiga estaba fulminada y no me pareció correcto dejarla sola. Además, la verdad, tampoco me dieron muchas ganas de ir.

Mientras los chicos jugaban tochito, entré un rato a nadar en la alberca. El agua estaba deliciosa y eventualmente Alejandra y Denisse me acompañaron. Reímos como nunca y decidí que Alejandra es una de las niñas más simpáticas que he conocido. Invariablemente hacía comentarios o decía cosas de lo más chistosas, y Denisse le hacía segunda con sus corrientadas.

Después de un rato, decidimos que un baño de mar estaba en orden y bajamos a una de las palapas de la playa para dejar nuestras cosas.

Los hombres seguían jugando y ya se veían agotados: sudados, llenos de arena por todas partes, pero divertidos como niños en el recreo.

Por supuesto, ya tenían audiencia. Todas mujeres. Parecían club de fans improvisado, observándolos como si estuvieran presenciando un partido de

alto rendimiento y no a un grupo de adultos jugando a taclearse en la arena.

Acomodamos nuestras cosas en la palapa. Me quité el vestido y, cuando iba caminando hacia la orilla del mar, alcancé a escuchar a Sergio gritar:

—¡Fíjate, pendejo! ¡No te distraigas!

Volteé y vi a Joseán boca abajo sobre la arena, después de que Charlie lo tacleó.

Sonreí de oreja a oreja y me carcajeé.

Para las seis de la tarde ya habíamos comido, todos estaban muy tomados y el club de fans de la playa se había convertido en ligues. Estaban haciendo planes para ir de antro tras cenar, incluso Joseán.

Una de las morras estuvo con él casi toda la tarde.

No dejó de insinuársele y de aprovechar cada oportunidad para tocarlo. Me contuve bastante porque me daban ganas de aventarla a la alberca, y más porque era otra mujer del mismo molde que parece perseguirme desde que llegué a la ciudad: rubia, altísima, cuerpo de modelo y un micro bikini que no dejaba absolutamente nada a la imaginación.

Al parecer, esas son las que le gustan.

Traté de evitarlo lo más que pude hasta que subimos a cenar. Estaba muy molesta por su comentario y, si quería que me comportara, pues preferí no hacerle caso.

Durante la cena estuve platicando con Omar. Es un chavo muy agradable e inteligente. Me contó que desde hace dos años trabaja en una televisora, en el área de noticieros, editando video. Es un trabajo súper competido que consiguió después de haber entrado como becario. Es amigo de Joseán desde que estaban en el kínder. Tienen la misma edad, pero él acabó primero la carrera por obvias razones.

Lo noté distante con Denisse, pero no dejó de mostrar preocupación al verla medio jarra. Incluso, antes de irse, entró a la recámara para despedirse y, al encontrarla dormida, se agachó y le dio un beso en la frente. Luego me guiñó un ojo y me advirtió que pobre de mí si le decía a Denisse que había hecho eso.

Me cae que eso estuvo un poco raro.

También quedé sorprendida al enterarme de que Sergio es amigo de Joseán por el trabajo.

Y no precisamente por lo que hace en la oficina de su papá, porque ahí no se conocieron.

Sergio es paramédico y yo no tenía idea de que Joseán estuvo trabajando varios años como voluntario en la Cruz Roja. Tomó cursos de primeros

auxilios, ayudó en el área administrativa y también en urgencias algunos fines de semana y en sus ratos libres.

Me quedé con la boca abierta, literal, porque con la imagen que yo tenía de Joseán nunca me hubiera imaginado que tenía el estómago para hacer algo así, mucho menos ese sentido de ayuda.

Denisse se sorprendió igual que yo porque no sabía que muchas de las ausencias de su hermano habían sido por estar ahí.

Como dice el dicho: caras vemos, corazones no sabemos.

Creo que detrás de la fachada hay alguien mucho más complejo de lo que él permite ver.

Por estar pensando y disfrutando del sonido del mar, no he avanzado nada con mi lectura. La pantalla del Ipad está negra por haberla dejado inactiva y me río sola por la ironía del momento. Me estaba quedando dormida aquí, en lugar de haberlo hecho hace rato en la cama como Dios manda.

—¿Qué haces?

Pego un brinco del susto que me acaba de acomodar Joseán.

Está parado detrás del camastro donde estoy recostada y yo ni en cuenta.

—¡Ay! Me acabas de quitar diez años de vida. Deberías considerar una carrera como asesino serial con lo sigiloso que eres —exclamo, por demás molesta.

Se me queda viendo, haciendo una mueca y riéndose al mismo tiempo.

—¿Sigiloso? Esa es una dominguera nueva. La voy a apuntar para el repertorio.

—¿De qué hablas? —le pregunto, ya perdiendo la paciencia.

—Del libro que voy a escribir —dice, con cara de que se siente genio—. Va a llamarse “Las palabras domingueras de una adolescente”.

—Qué gracioso eres. Y no soy adolescente, por cierto.

Joseán aprovecha mi berrinche para sentarse junto a mí. Respiro y me llega el olor a alcohol mezclado con su loción.

Me pone tensa tenerlo tan cerca, sobre todo porque a leguas se nota que está un poco tomado y eso me pone bastante nerviosa.

—No, no lo eres —dice, observándome con una intensidad incómoda—. Eres una niña...

Se queda callado, pensando en quién sabe qué.

—Sí. Eso es. Eres una niñita.

—Joseán, ¿qué te pasa? Estás borracho. ¿No que andabas en el antro? ¿Qué haces aquí? No me digas que así manejaste —empiezo a reclamarle, entre preocupada y enojada.

Él solo me mira fijo, levanta las cejas y me sonrío, haciendo ese ruidito con la lengua.

—Relájate, princesa. No soy tan tonto como algunos creen. Ni quería estar en ese pinche antro, me aburrió. Me tomé dos shots dobles de tequila, una chela y luego pedí un taxi. Bajé, porque entré al depa, toqué la puerta de tu cuarto porque quería hablar contigo, me asomé... y sí, ya sé que no debía, pero la abrí tantito para ver si estabas. Solo vi a Nisi roncando. No te encontré, te llamé, te busqué en todos los cuartos y nada. Fui a la terraza, tampoco. Me asomé al balcón y pensé: igual y se cayó, se aventó, yo qué sé. Y te veo aquí abajo, tan tranquila, como si nada, ya casi dormida y encima en ropa interior. ¿Qué onda? ¿No te gustó la cama o qué chingados?

Arremete con semejante discurso, exasperado y levantando la voz más de lo debido. Sus manos no paran de moverse hasta que acaban enredadas en su propio pelo, tirando de él como si eso fuera a ayudarlo.

Bueno, ¿pero qué le pasa a este wey?

Está loco.

Me cae que está loco.

—Estás loquito. ¿Qué tiene de malo que baje a leer un rato? No podía dormir y me dieron ganas de bajar —contesto, enojada, poniéndome de pie frente a él—. ¡Cómo chingados iba a saber que te ibas a regresar y que además ibas a meterte a mi cuarto!

Joseán se levanta. Quedamos frente a frente y al muy cínico se le ocurre aventarme su sonrisa matadora. Camina hacia mí y yo doy un paso hacia atrás. Titubeo.

—Y... y además... ¡no es ropa interior, es mi pijama! —grito.

Los vecinos se van a asomar.

Nos van a callar.

Trágame tierra.

Él se acerca mucho más. Sigue riendo, pero ahora se muestra entretenido y no deja de observarme con detenimiento.

Doy otro paso hacia atrás.

Su expresión se vuelve traviesa.

Se agacha un poco y quedamos a centímetros de distancia.

—Te vas a caer, princesa —susurró.

En cuanto me lo dijo, me di cuenta de que estaba a un paso del borde de la alberca. Joseán levantó la mano izquierda y la colocó sobre mi hombro derecho.

Sus negras intenciones son evidentes.

Me da un empujón mínimo, suficiente para hacerme perder el equilibrio.

¡Ah, no! Ni madres que me caigo sola.

Lo pesqué del brazo con una mano y de la camiseta con la otra, y ambos caímos al agua.

Volví a la superficie desorientada. Estaba molesta, sí, pero también me quería reír porque podía imaginarme cualquier cosa menos que me fuera a aventar a la alberca.

Decidí hacerme la enojada.

Joseán salió del agua y sacudió la cabeza con esa gracia absurda típica de hombre. La alberca no era muy honda; el agua me llegaba justo debajo de los hombros, cosa que agradecí porque, evidentemente, al andar en pijama, no traía brasier.

Se talló la cara con ambas manos para quitarse el agua y empezó a acercarse a mí, nadando despacio, riéndose como si acabara de hacer la travesura más brillante de su vida.

—¡Eres un idiota! —le dije salpicándole agua.

—Eso te ganas por berrinchuda —responde.

Por un segundo no decimos nada.

—No estoy pedo —me dice muy seguro, según él.

—Tal vez un poquito. Pero con semejante empapada ya se me quitó.

—Ajá.

Quedamos a muy corta distancia.

Veo mi reloj.

Son las 12:58 a. m.

—Ya es tu cumpleaños —le dije mas tranquila, cambiando el tema.

—En efecto. Ya soy un año más viejo.

Me acerqué por completo para abrazarlo.

—Felicidades —le dije en voz baja.

Joseán corresponde el abrazo colocando los brazos alrededor de mi cintura.

Me toma con fuerza y no me suelta.

Así nos quedamos unos minutos, abrazados, sin decir una palabra.

Nos movemos con el agua. Flotamos.

Me siento en la luna.

El momento es perfecto.

Las sensaciones que me provoca estar así con él son apabullantes. Puedo inhalar su olor, sentir el calor de su cuerpo, su respiración agitada.

Todo.

El corazón me late desbocado por los nervios y por lo que estoy a punto de hacer.

No me importa si se enoja.
Si no me corresponde.
Si después todo cambia.
Lo necesito aquí y ahora.
Que lo tome como regalo de cumpleaños, que piense lo que quiera.
Inguesu.
Ya me armé de valor y no voy a echarme para atrás.
Relajo los brazos y dejo que mis manos recorran su espalda hacia abajo y de regreso, hasta descansar en sus hombros.
Ya no lo abrazo.
Lo miro fijamente a los ojos.
Él no me suelta. Siento cómo sus dedos bajan hasta mi cadera y me toman con más fuerza.
No me duele. Todo lo contrario.
Me acerca más, hasta que no queda ni un centímetro de distancia entre nosotros.
Nos quedamos completamente inmóviles durante unos segundos.
El agua es lo único que se mueve a nuestro alrededor.
La luz tenue de los reflectores de la alberca acentúa sutilmente algunas líneas de su rostro.
Es hermoso.
Sus ojos están llenos de deseo.
Mis dedos se mueven solos.
El cerebro ya no me responde.
Se enredan en su pelo y tiro de él, jalandolo hacia mi para poder alcanzar su boca con la mía.
El primer contacto es tímido. Sus labios, suaves y tibios, buscan acoplarse a los míos, explorando, preguntando sin palabras.
Sentir el roce de su lengua contra mi labio inferior basta para que se me escape un pequeño sonido que no alcanzo a controlar.
Joseán no necesita mayor incentivo.
En un instante, el beso deja de ser tímido y se vuelve ardiente. Una danza torpe y perfecta a la vez. Un cúmulo de sensaciones me invade el cuerpo hasta la médula. Me aferro a sus hombros, aunque mis manos quieren explorar, acariciar, tocar.
Me detengo.
Mi falta de experiencia frente a la suya me hace dudar.
Pero el miedo a ser rechazada se desvanece cuando mi cuerpo se relaja y se moldea contra el suyo. Por puro instinto me muevo contra él y siento con

claridad lo que estoy provocando. No hay manera decente de ignorarlo. Su cuerpo se estremece y aprovecha ese segundo para poner un poco de distancia entre nosotros.

Poco a poco disminuye la intensidad del beso. Respiramos acelerados, con el aliento mezclado y el centro de mi cuerpo convertido en gelatina.

Abro los ojos cuando muerde suavemente mi labio inferior.

Me observa con una intensidad que dice más que cualquier palabra.

Sé que está luchando por controlarse.

No.

No quiero que se controle.

Quiero más.

—Natalia —susurra mi nombre, entrecortado.

Toma mi cara entre sus manos y empieza a delinear suavemente cada parte, cada línea, cada contorno. Uno de sus pulgares acaricia mis labios y no puedo evitar provocarlo en silencio cuando lo toco con la lengua.

El poco control que había visto en sus ojos se desvanece por completo. Lo escucho emitir un sonido bajo, áspero, y con una mano se quita la camiseta mojada, dejándola, flotando en el agua.

Su torso queda desnudo frente a mí.

Mi sapo, convertido en el príncipe más bello y peligroso de todos los cuentos.

—Me vas a volver loco —murmura antes de besarme otra vez, esta vez con una pasión descontrolada.

Me besa como si quisiera devorarme y toda la sangre se me va a un solo lugar. La tempestad ahora es un huracán pidiendo disminuir de intensidad. Mis manos recorren su espalda, sus hombros, su cintura, hasta quedar enganchadas en el borde de sus jeans empapados.

Joseán es menos decente.

En un abrir y cerrar de ojos, sus manos bajan hasta mis piernas y me levanta para recargarme suavemente contra la escalera. Mis piernas, por instinto, envuelven su cadera. Soy completamente consciente de la firmeza de su cuerpo contra el mío. De la barrera mojada de mezclilla entre nosotros. De mis shorts de pijama pegados a la piel y de lo poco que todo eso ayuda a conservar la cordura.

Me abrazo a él como si mi vida dependiera de ello.

El cosquilleo palpitante que me produce la fricción de nuestros cuerpos, en un ritmo íntimo que va mucho más allá de todo lo que he hecho antes, me llena de miedo y emoción al mismo tiempo.

Joseán enreda una mano en mi cabello suelto y tira apenas de él para mover mi cabeza hacia atrás. Le doy acceso a mi cuello sin pensarlo.

Traza besos en mi barbilla, en mi cuello, en la clavícula.

Por cada lugar que pasa deja una huella de calor, usando labios, dientes y lengua con una delicadeza que me está desarmando.

No dejamos de movernos. Es un baile sensual que me lleva a un lugar completamente inexplorado. La presión de su cuerpo contra el mío no tiene medida y trato de no entrar en pánico.

—Dime que pare, por favor —susurra en mi oído.

No quiero.

No lo haré.

En respuesta, mis manos bajan por su espalda y lo atraen más hacia mí. Sus palabras quedan suspendidas entre nosotros, sustituidas por su boca en mi cuello y el calor de sus manos. Todo mi cuerpo está tenso, a la expectativa de algo que nunca he sentido y que, de alguna forma, sé que está por llegar.

Me mira un segundo, como preguntando.

No me aparto.

Una de sus manos se aventura por debajo de mi camiseta. Sus dedos rozan mi piel con cuidado, subiendo lentamente hasta encontrarme.

Arqueo la espalda en respuesta a esa nueva tortura y el ritmo de mi cuerpo cambia por completo.

Esto ya es demasiado.

Las sensaciones me abruman.

No puedo más.

Como si supiera exactamente lo que está pasando, Joseán absorbe el sonido que escapa de mis labios con un beso desesperado, mientras yo subo al cielo y caigo al vacío en cuestión de segundos.

Joseán me tiene abrazada. Seguimos en la misma posición, ambos intentando nivelar la respiración. Yo estoy titiritando; no sé si de frío por el agua o como secuela de todo lo que acaba de pasar.

Tengo la cara hundida en su cuello.

Entonces la realidad me cae como un golpe en el estómago.

Estamos en la maldita alberca del edificio.

Es casi la una de la mañana.

¿Qué tal si alguien nos vio? Denisse estaba en el depa dormida. ¿Y si se despertó y se asomó por el balcón? El primer orgasmo de mi vida lo tuve en un lugar público.

¿Pero qué me pasa?

¿Qué va a pensar Joseán de mí si a la primera de cambios lo beso y acabamos casi perdiendo el control en una alberca?

Soy igual que todas.

No hay diferencia alguna entre las mujeres con las que sale y yo.

Ninguna.

—Nat, ¿qué pasa? —me pregunta, consternado.

Estoy llorando en su hombro, cual vieja emocional.

Después de todo esto, termino llorando.

Qué patética.

Me siento completamente inexperta. No sé qué hacer, cómo actuar, ni tengo idea de las consecuencias de lo que acaba de pasar.

—Nada. Estoy bien. Solo un poco abrumada —contesto, tratando de enderezarme, buscando el espacio necesario para salirme del agua y correr al departamento.

Joseán no me deja moverme.

Me acorrala suavemente contra la escalera y toma mi cara con ambas manos, obligándome a mirarlo. Su escrutinio se transforma en entendimiento.

Sus ojos se llenan de mortificación.

—Perdóname... por favor. Nat, perdóname —me suplica, desencajado—. No debí dejar que las cosas escalaran tanto. No contigo. Te juro que nunca había perdido el control así.

—No entiendo por qué tienes que disculparte si prácticamente fui yo la que te brincó encima. Mi intención era darte un beso por tu cumpleaños... bueno, o esa era la excusa. Lo demás... lo demás...

—Lo demás fue culpa mía —me interrumpe.

—¡No! Claro que no. Me dejé llevar. Nunca dije que te detuvieras y... quería... saber...

Ay, ¿cómo le digo?

—Quería sentir eso.

Soy una pendeja.

Soy una pendeja.

Joseán frunce el ceño. No deja de observarme y seguramente la cara de mensa que traigo me delata por completo.

Su expresión cambia, se suaviza y respira profundo.

Creo que por fin le cae el veinte.

—Nunca te había pasado —dice.

No fue pregunta, sino afirmación.

Me quedo callada, aceptando su acertado comentario.

Me suelta y pone distancia entre los dos.

Quisiera poder leerle la mente porque lo noto angustiado, conflictuado.

—Me contaste que tuviste novio dos años y... sé que no... pero nunca me imaginé... olvídalo —dice, haciendo movimientos de negación—. Ven. Vamos por unas toallas. Necesitamos secarnos.

Sale primero de la alberca y espera para ayudarme a subir. Va por unas toallas a la cabina donde están guardadas y, al regresar, me envuelve con una. Él se coloca otra en la cintura y, debajo de ella, se desabrocha los pantalones mojados para dejarlos caer al suelo. Recoge la camiseta de la alberca, la exprime, toma los jeans y tiende ambas prendas en una silla.

Se sienta a un lado del camastro que yo ocupaba hace un rato. Me coloco frente a él. Está agachado, con los codos en las rodillas y las manos cubriéndole el rostro.

Me preocupa su actitud.

No entiendo cuál es el problema.

—Sabes que me encantas, ¿verdad? —pregunta sin alzar la cabeza, sin mirarme a los ojos.

A mí más, quisiera decirle.

No me da oportunidad de contestar.

No era su intención.

Cuando se pone así, ya sé que viene un monólogo y lo tengo que escuchar sin interrupciones.

—Más de lo que te imaginas.

Se frota la cara con ambas manos antes de seguir.

—Y cada día que pasa, cada vez que te veo, que paso tiempo contigo, tengo que contener mis pensamientos porque siempre acaban en el mismo pinche lugar. No quiero que sea así contigo. Porque no te convengo. Porque no puedo darte lo que necesitas. Porque solo sería un obstáculo en tu vida.

¡Claro que no!

Yo sí te quiero en mi vida.

—Soy casi seis años mayor que tú. Sé que no es un abismo como tal, pero ahorita sí lo es. Tú estás empezando a vivir, iniciaste tu carrera, conociendo gente en un lugar nuevo. Hay miles de experiencias esperándote y, si estás conmigo, a la larga te vas a arrepentir. Lo vas a resentir. Soy un cabrón posesivo, intenso, tengo mil pedos en mi casa con mi papá, sigo viviendo ahí, realmente no hago algo productivo con mi vida y encima está la depresión de mi jefa y... y las...

—Tus amigas —lo interrumpo, porque sé perfecto por dónde va la cosa.

—Sí —admite—. Nunca he tenido novia y jamás he entablado una amistad con una morra sin la intención de acostarme con ella. Incluida tú, al

principio. El día que te vi por primera vez en casa de mi abuela, por supuesto que fue lo primero que pensé. Y después me di cuenta de que Nisi hablaba en serio, que en poco tiempo te convertiste en una hermana para ella. Cuando te cargué cuando llegamos a mi casa el día que te pusiste hasta la madre, me desarmó tu comentario. Sé que no lo recuerdas y crees que dijiste una pendejada, pero no.

Sonríe apenas.

—“Un ángel tan bello e imperfecto”. Eso me dijiste. Me abrazaste, me diste un beso súper inocente y caíste como piedra en la cama.

No manches.

No me acuerdo.

Le di un besito.

¡Qué pena!

Levantó la mirada y pude ver la tormenta interna reflejada en sus ojos.

Que termine de una vez, porque el resto de sus palabras son como navajas que poco a poco me van cortando la piel.

—Por eso, al día siguiente me levanté a correr. Por eso estaba de buen humor. Porque quería verte cuando despertaras. Porque decidí que, con todos mis defectos, quería formar parte de tu vida. Y luego ese mismo día te lastimé, te corrí de mi casa, te tocó ver algo que ni a mi peor enemigo le deseo y, aun así, te quedaste en nuestras vidas. Apoyaste a mi hermana y aceptaste mi extraña amistad.

Respira profundo y se pasa las manos por el cabello.

—Es evidente que no te mereces un wey que, a la primera de cambios, permita que experimentes por primera vez algo importante, algo íntimo, aquí, donde cualquiera pudo vernos.

—Y sí —continúa—, salgo seguido con diferentes chavas y ellas saben perfecto a qué van. Ninguna me interesa para algo serio. Cero complicaciones, cero ataduras. Pero lo que acabo de hacer contigo aquí y ahora no deja de ser diferente, porque solo somos amigos, porque eres una niña sin experiencia, porque confías en mí y porque sería muy fácil aprovecharme. Créeme cuando te digo que lo menos conveniente para ti es estar con alguien como yo.

Yo lo ahorco.

No puedo creer que en serio se considere tan poca cosa y encima decida por mí.

—¿Ya terminaste? ¿Ya acabaste con tu discurso de autocompasión? Porque no sé en qué momento se te ocurrió que puedes tomar decisiones por mí. Que puedes decidir qué quiero, qué necesito o a quién dejas entrar en mi vida. La última vez que revisé, mi vida es mía y de nadie más.

Me pongo de pie, apretando la toalla contra mi cuerpo.

—Lo que acaba de pasar para mí fue perfecto. No lo cambiaría por nada y me vale madres si estábamos en el parque, en tu carro, en un hotel o en la pinche alberca. Si quiero estar contigo es porque te quiero a ti. El físico ayuda, sí, pero me encanta todo lo que eres: con imperfecciones y sin ellas. Como sea.

No aparta la vista de mí.

—Eres un hombre hecho y derecho. Las decisiones que has tomado han sido por amor a tu familia y tal vez no has encontrado tu camino, pero eso no te vuelve poca cosa. Estás hundido en el miedo a luchar por lo que quieres y prefieres hacer a un lado tus sueños. No sé si no quieres tener una relación porque de verdad quieres protegerme o porque te da miedo salir de lo que ya conoces, y el hecho de que me digas que no me convienes, que prefieres mantenerte alejado aun cuando lo que realmente quieres es todo lo contrario, me dice mucho de ti. Bueno y malo a la vez.

Trago saliva.

—Así que cuando tengas los suficientes huevos para aceptar que tú y yo no podemos ser amigos, me avisas.

Sin mayor preámbulo, tomo mis cosas, me levanto y camino en dirección al edificio. Vengo aguantando las ganas de voltear a verlo, pero no lo voy a hacer.

La verdad es que estoy que echo chispas.

Esto fue abrumador. Necesito reagrupar mis ideas, calmarme y asimilar lo que acaba de pasar.

Niña sin experiencia, mis ovarios.

No manches.

Las puertas del elevador se cierran muy lento.

Espero poder dormir después de darme un baño.

11 . Imparable

—¡Nat, Nat, ya despiértate, fodonga!

La voz de Denisse es un sonido insistente, pero no puedo abrir los ojos. No quiero saber qué hora es. No me quiero levantar. Quiero seguir durmiendo. Me pesa el cuerpo, pero lo que más me pesa es la cabeza. No por alcohol. Por él.

Alcanzo a escuchar el ruido que se cuele a la recámara: platos, cubiertos, risas, murmullos incesantes. No me queda de otra más que abrir los ojos y enfrentar un nuevo día.

Un cumpleaños.

Un festejo.

No sé cuántas personas vayan a venir hoy, porque los amigos de Joseán se encargaron de invitar a medio mundo a la peda por sus veinticuatro años y, honestamente, me da muchísima hueva.

Después de lo que pasó en la madrugada, no quiero enfrentar la realidad porque sigo sin entender lo que siento.

—Ya me desperté. Ahí voy —contesto con la voz somnolienta.

Me estiro delicioso, cual gatito, y levanto el cuerpo hasta quedar sentada en la cama para no marearme. Me percató de que estoy envuelta en una toalla que milagrosamente no se me cayó mientras dormía.

¿Pues dónde está mi pijama?

Ah, sí.

Secándose en el baño.

—Wey, ¿por qué te dormiste en toalla? No manches.

—No preguntes porque no pienso contestarte. Me bañé en la madrugada, me dio flojera vestirme y me quedé dormida. Fin del comunicado.

—Ajá. Y yo nací ayer.

Mi amiguita, siempre tan suspicaz. No se le va una a la canija.

No contestaré.

Que se quede con la duda.

—Olvidalo, deja de dar lata. ¿Ya desayunaste?

—No. Ale y yo te estamos esperando porque los hombres se despertaron lo que le sigue de crudos y la pobre Lupe está haciendo una tonelada de chilaquiles. Milagrosamente yo no amanecí tan mal. Me tomé un paracetamol y santo remedio.

—Qué bueno, la neta. Yo muero, mato y descalabro por un café. Deja me lavo los dientes y me pongo algo decente para salir.

Me pongo el traje de baño de una vez y encima un vestidito corto de playa negro, sin tirantes, con la parte superior de resorte y corte en A. Completo el intento de dignidad con mis comodísimas sandalias de pata de gallo con piedritas. El cabello me lo amarro desordenado, dejando mechones por todas partes.

Para estar desvelada y un poco ojerosa, me veo bastante bien.

No tengo ganas de salir del cuarto. La verdad es que sigo hecha un desastre porque mi cerebro es un tornado de emociones. Lo único que me queda es tratar de pasarla lo mejor que pueda. Al final, por eso estoy aquí: para festejar.

No pienso amargarme la existencia ni sentirme incómoda por lo que pasó. O bueno, sí me siento incómoda, pero pienso fingir lo contrario con toda la dignidad posible.

La cocina está llena. El olor a café, salsa verde, pan dulce y cuerpos crudos me golpea en el momento que cruzo la puerta. Joseán y Charlie están sentados en la barra esperando su comida. Ambos andan sin camisa y en shorts. Sergio está en la terraza sentado con una taza de café en la mano. Roberto y Ale están en la mesa tomando café, así que ahí me sentaré con Denisse una vez que llene mi taza del néctar mañanero que tanta falta me hace. No hay señales de Omar.

Digo buenos días educadamente y tomo una concha gigante de la panera. Joseán está de brazos cruzados, con cara engreída y llena de orgullo. Noto algo en su mirada, como si quisiera decirme algo.

Como si estuviera a la expectativa. Estoy segura de que espera que lo felicite aquí, frente a todos.

Y por supuesto que lo haré. Decido actuar con normalidad y pretender que tuve un mal sueño.

O más bien, un muy buen sueño.

—Feliz cumple —le digo, mirándolo con una sonrisa sincera, pero sin dejar de caminar hacia la mesa con mi desayuno.

Me da las gracias, observando mi trayecto. Me mira con extrañeza cuando me siento.

—¿Qué? ¿No me vas a dar mi abrazo? —pregunta.

Todos voltean a verme al mismo tiempo.

¡Carajo!

—Claro que sí. Pero al ratito que te dé tu regalo —contesto.

Él arquea una ceja, retador.

Escucho a Sergio y Charlie reírse, y este último le da una palmada en la espalda a Joseán. Por supuesto, la mente llena de cochambre de su amigo

escucha la palabra “regalo” y cree que me voy a poner un moño en las nalgas.

—Es más, deja voy por él y te lo doy de una vez, ¿va? —digo, levantándome de la mesa.

Joseán solo asiente, con los ojos clavados en mí.

Ya en la recámara, tomo mi mochila y saco la caja rectangular negra que contiene el regalo. Estoy segura de que le va a gustar porque es algo diferente a lo que está acostumbrado y sé que no lo tiene. Bueno, al menos eso creo.

Regreso a la cocina y de inmediato transpiro incomodidad al notar que la curiosidad tiene a todos pendientes de mí.

Tú y tu gran boca, Natalia. ¿Por qué no te esperaste?

Podría dárselo más al rato, pero dudo tener oportunidad de hacerlo sin audiencia. Más tarde habrá muchos espectadores.

Me acerco a la barra y me coloco a un lado de Joseán. Lo observo de cerca y sonrío ampliamente. Su cabello es una verdadera maraña y se ve lindo. Él se baja de inmediato de la silla alta para recibir la caja.

—Felicidades. Espero que te guste.

Me alzo para darle un abrazo, colocando los brazos alrededor de su torso. Trato de aguantar un poco la respiración para no embriagarme con su olor. La cabeza me da vueltas porque, en cuanto hago contacto con él, las imágenes de lo que pasó hace unas horas cruzan mi mente como un rollo de película.

—Si me lo das tú, seguro me va a gustar, princesa —contesta sin soltarme.

Joseán vuelve a sentarse y coloca la caja sobre la barra. Al abrirla y ver el contenido, sonrío de oreja a oreja.

Se le iluminan los ojos.

Escucharlo decir “gracias” con el gusto que acaba de demostrar me llena de satisfacción, porque me encanta verlo feliz.

Un punto más para Natalia.

Tan ocurrente que soy. Y con eso de que adopté la identidad secreta de consejera vocacional para extraviados de camino profesional, le compré a Joseán ‘Accidental Genius’, de Marshall Fine, sobre la vida y obra de John Cassavetes, padre del cine independiente estadounidense. El libro es bastante inspirador. Más acertada la pedrada no podía ser.

Quiero creer que, paso a paso, puede volver a interesarse en lo que realmente ama. No porque yo lo empuje, sino porque quizá solo necesita recordar que aún existe.

Insisto: tengo serios problemas. Este hombre me tiene hechizada pese a las circunstancias.

—¿Un libro, wey? Qué hueva —exclama Charlie.

—Cállate, cabrón. Que no te guste leer y seas un inculto, la neta no es mi pedito —responde Joseán, molesto.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo a la mesa para acabarme el café antes de que se enfríe.

—Oye, wey ¿y por qué te largaste anoche del Class? —le pregunta Charlie.

Esto sí me interesa.

Paro oreja.

—No me latió quedarme. La neta, tomé de más en la tarde y me empezó a pegar la cruda en el antro —explica Joseán sin mayor explicación.

—No mames, cabrón, qué hueva me das. Lo bueno es que me dejaste a la güerita muy triste. Pero yo la consolé en el baño. De la que te perdiste, wey —agrega Charlie, riendo y moviendo las cejas.

Y le da gusto ser premio de consolación.

—¿En serio te la ligaste en el baño, wey? —pregunta Sergio.

—Hey. No mames, ya párenle. No tienen por qué estar oyendo tus porquerías. —reprime Joseán, con tono autoritario.

Nos voltea a ver a Denisse y a mí con cara de resignación. Una disculpa tácita.

—Ay, no chingues. No vaya a ser que profanemos los castos oídos de las niñas —responde Charlie—. Si están aquí con mayoría de weyes, pues que se aguanten.

Joseán está a punto de contestarle. Lo noto molesto.

No me puedo contener.

Charlie me cae tan mal que no entiendo cómo puede ser amigo de Joseán desde hace tantos años. Es un patán de primera y, la neta, no me puedo quedar callada.

—Oye, Charlie —digo con vocecita inocente, apoyando las manos debajo de mi barbilla y abanicando las pestañas— ¿no te preocupa que un día se te caiga la brocha por andar remojándola en cualquier bote de pintura?

Las carcajadas estallan ante mi comentario.

—Ahora sí te la volaste, Nat —dice Denisse, riéndose peor que hiena—. Ya te está haciendo daño juntarte con nosotros.

Joseán se ríe y me observa entretenido.

—Estás perdiendo toda la elocuencia. Si sigues así le voy a tener que cambiar el título a mi libro —comenta.

Sigue riendo e hice lo mismo, en complicidad por aquel comentario que solo él y yo entendemos.

—Cuando quieras pinto tu casa con la brocha para que te des cuenta de que está perfectamente limpia —arremete Charlie, con esa voz lasciva y sugestiva que me pone la piel de gallina.

Qué asco.

—Cállate, pendejo —lo regaña Joseán, dándole un zape.

Charlie lo toma como chiste porque no hace otra cosa más que reírse.

Nuestra diversión fue interrumpida por el somnoliento, casi desnudo y escultural hombre que se dirigía hacia nosotros tallándose la cara y bostezando.

—Qué pedo, no dejan dormir —se quejó Omar, con la voz ronca.

El tipo sale a la cocina en bóxers de comics, sin pena alguna, y la verdad es que los porta con demasiada dignidad para ser una prenda tan ridícula. Menos mal que no me gustan los güeros.

A mi lado Denisse suelta un suspiro ahogado. Me acerco para murmurar:

—¿Jarritos para la baba, amiga?

Cierra la boca de inmediato. Totalmente sonrojada, me mira a los ojos y sonríe. Puedo ver la súplica en su mirada, la promesa de una conversación pendiente.

Eso confirma lo que sospeché ayer: Denisse siente atracción por ese wey.

—Qué bueno que ya te levantaste, wey —le dice Joseán a Omar—. Hay que ir por el carbón para el asador y a comprar la carne que según tú ibas a pagar.

—Ya sé, wey. Deja me tomo un cafecito y voy —contesta Omar, caminando hacia la barra con una taza en la mano.

—¿No te puedes poner algo de ropa antes de sentarte a desayunar? —pregunta Denisse, con un tono de voz que no supe descifrar. ¿Molestia? ¿Sarcasmo? ¿Pánico?

—Perdón, Nisi, tienes razón —se disculpa Omar, riendo—. Aunque no sé por qué te incomodas si me has visto en peores circunstancias.

—Omar, Nisi ya no tiene diez años, wey. Y hay más mujeres presentes —acota Joseán, exasperado, mientras se pone de pie con sus platos en la mano—. Parece que tengo que recordarles ese hecho cada cinco minutos. No mamen, pinches maleducados.

Deja los platos en el fregadero y le da las gracias a Lupe por el desayuno. Luego la abraza dándole un beso en la frente. Lupita le responde con una palmadita en la mejilla y le sonríe como una madre a su hijo.

Ese gesto, tan pequeño, se me clavó en el corazón. Las mariposas en mi estómago arman un escándalo.

El hechizo, más fuerte.

Problemas.

Problemas.

Aproveché la mañana para bajar a nadar un rato antes de que los ángeles del cielo decidieran subirle al termostato y me impidieran asolearme sin arder en llamas.

Casualmente, Denisse decidió acompañar a Omar a hacer las compras. Una clara treta para pasar tiempo a solas con él. Me pregunto cuál será la historia ahí. Urge una sentada para echar chisme con mi amiguita.

Joseán y Sergio están muertos en los camastros.

La linda parejita se quedó en el departamento a disque descansar, y la verdad, bien por ellos. Que aprovechen mientras están solitos en el depa.

Charlie bajó a la playa y que Dios me perdone, pero si un tiburón se come alguna parte importante de su anatomía, no derramaría ni una lágrima.

Estoy flotando.

Soy la pluma de un ave que desciende lentamente desde el cielo. Boca arriba, con los brazos extendidos, la sensación incorpórea que provoca estar así en el agua me encanta. Siempre me ha gustado nadar de muertito porque es relajante.

Me deja descansar, perderme por un instante, soñar.

Recuerdo cuando mi papá me enseñó a nadar. Mi tío Agustín tenía alberca en su casa y, en el verano, justo después de cumplir seis años, se ofreció a prestarla para mis clases de los sábados. Aprendí muy rápido porque tener a mi papá guiando cada paso disipó el temor que de más pequeña le tenía al agua.

Dios sabe que agradezco haber crecido en una familia tan bella. La educación y el amor que he recibido no los cambiaría por nada. Tal vez por eso me pega tanto pensar en la familia de Joseán y Denisse: tienen dinero, casas, viajes, todo; pero a veces parecen mucho más solos que yo.

Siento horrible no haber sido del todo honesta con mis papás, omitir detalles del viaje, disfrazar o maquillar la realidad para no preocuparlos y ahorrarme el regaño.

Ya no soy una niña y pronto lo van a tener que asimilar.

Haber salido de casa fue un golpe tremendo para ellos. Soy hija única y obviamente querían que me quedara. No tuve hermanos porque a mi mamá le tuvieron que quitar la matriz justo después de que nací. El plan de vida de mis padres era tener tres hijos y, en su lugar, se quedaron solo conmigo: una niña medio extraña, pero que los ama con todo el corazón.

Mi determinación ganó al final porque creo, quizá de forma necia, que uno tiene que perseguir lo que quiere, aunque dé miedo. La vida ya es bastante complicada como para vivirla conforme a los planes de otros.

Aun así, mentirles —o maquillarles la verdad— me pesa.

El chiste es llegar a tu destino.

Ese que es completamente incierto.

Cuando pienso en la familia de Joseán y Denisse, siento melancolía. Sus padres están juntos, pero a la vez ausentes. Distantes por enfermedad, inestabilidad, compromisos, obligaciones y el demandante trabajo de su padre, que no dudo está lleno de banalidades. La verdad es impresionante darme cuenta de cómo, aun con las vicisitudes, los problemas, la riqueza y el resentimiento, ambos hermanos son personas maravillosas.

Estoy tan hundida en mis pensamientos, disfrutando del silencio que produce el agua en mis oídos, que no me percato de que ya no estoy sola.

Siento un ligero cosquilleo en el estómago.

Una caricia.

Me muevo abruptamente e intento ponerme de pie, pero no puedo.

Seguramente floté hasta la parte más honda de la alberca y aquí no alcanzo.

Joseán está parado frente a mí. El agua le llega al cuello y el sol le brilla sobre los hombros mojados.

¡Me lleva!

Las ventajas de ser alto.

Al verme flotar, sonrío.

—Me asustaste.

—Me desperté y te vi flotando, pero después de diez minutos de ver que no te movías quise verificar que estuvieras viva.

—Pues estoy viva.

—Me encantó el libro. En serio, gracias.

—De nada.

—¿Vas a estar así todo el día? ¿Estás enojada conmigo? —me pregunta, preocupado.

—Por supuesto que no estoy enojada... simplemente me siento algo incómoda —contesto,

Termino de avanzar hacia la orilla para sostenerme. Ya me cansé.

—¿Incómoda?

—Sí. Para mí es complicado y aún estoy tratando de procesar todo lo que me dijiste anoche.

Joseán baja la vista y se queda serio.

—Tenemos que hablarlo... después. Con más calma. Ahora no es el momento.

Cobarde.

A lo lejos escucho risas y gritos.

Ambos volteamos hacia el ruido y veo que se acercan varias personas cargando bolsas de supermercado, hieleras y mochilas.

Llegan los demás invitados y con eso se esfuma mi tranquilidad. Sobre todo, porque, entre las risas y los saludos, alcanzo a ver a una mujer de cabellera rubia observándonos paralizada.

Puedo sentir las dagas que me lanza con los ojos.

Nada más esto me faltaba.

Llega Zaira.

Sin decir una sola palabra, y aprovechando que Joseán se distrajo, me hundo en el agua para bucear hacia las escaleras y salir.

El pronóstico definitivamente indica que el día será muy largo.

No reconozco a la mujer que veo en el espejo. Sé que soy yo, pero a la vez es una desconocida.

No estoy viendo a una niña.

No veo a una adolescente.

Veo a una mujer.

Guapetona.

Mi cabello está ondulado por la humedad y, gracias a los baños de sol, se ve más matizado de lo normal. Los diferentes tonos, que van desde castaño claro hasta oscuro, hacen que se vea muy exótico.

Nuevamente traigo puesto un vestidito que me prestó Denisse: negro, sin mangas, más corto y pegado de lo que usualmente tolero. El atuendo se complementa con unas sandalias negras de tacón de aguja que no creo aguantar más de cinco minutos. Menos en un antro.

Mis argumentos en contra de usar semejantes zapatos fueron inútiles, así que opté por meter unas chancas en mi bolsa.

Mis pobres pies me lo van a agradecer más tarde.

Estamos listas para salir de antro con toda la bola. Decidieron que primero iremos al Canta Bar, un lugar de karaoke y micrófono abierto supuestamente muy trendy. De ahí, más tarde, iremos a otro lugar más grande a bailar, así que el día, de por sí largo, no tiene hora para terminar.

Denisse está sentada en la cama, jugando con el celular. Se ve súper bonita. Se esmeró más de lo normal en arreglarse y ahora que conozco la razón, siento un nudo en el estómago. Una sensación de preocupación por ella que no puedo expresar con palabras.

Entre Denisse y Zaira, mi día fue peor que subirme a una montaña rusa. Tuve una sobrecarga de sentimientos que me dejaron exhausta: temor, desesperación, preocupación, celos, coraje. Todo el numerito.

La rubia no dejó en paz a Joseán ni un minuto. En la alberca le acomodó el pelo con una familiaridad que me dio náusea. En la comida se sentó junto a él como si tuviera reservación permanente.

Y él... él no la quitó.

Traté de pasarlo por alto, de no sentir celos, pero fue totalmente infructuoso.

Mi ardillita no dejó de dar vueltas porque lo que pasó entre nosotros, para mí, fue algo importante.

Pero no tengo idea de si lo fue para él. Quiero creerlo, pero no puedo dejar de dudar.

Sé perfecto que sus intenciones no son explorar una relación conmigo. Me lo dejó muy claro, junto con el hecho de que prefiere sus relaciones sin ataduras.

Pero que me lo diga es una cosa; verlo con mis propios ojos, otra muy distinta.

Aún queda toda la noche y no pretendo aguantar que me restriegue a la tipa en la cara, así que definitivamente esta noche amerita un reencuentro con los Mezcalitos.

La gota que derramó el vaso fue la confesión de mi querida amiga.

Cuando regresó de la tienda con Omar estuvo actuando extraña, nerviosa. Noté que quería decirme algo, pero no se animaba.

Ante mi constante escrutinio y mi enfadada insistencia, finalmente, cuando se dio el momento de que ambas estuviéramos alejadas de los demás, nos sentamos a platicar.

—Amiga, ya dime qué te traes. Estás rarísima desde que llegaste. ¿Te hizo algo Omar? —le pregunté.

—No, para nada —contestó cortante, muy despreocupada, sin mirarme a los ojos.

Obvio no le creí nadita.

—No te hagas, Denisse. Te conozco y hay algo que no me estás diciendo.

—Está bien, pero prométeme que no te vas a encabronar y me vas a ayudar.

Eso no me gustó nadita, pero no me quedó más remedio que aceptar y escucharla.

—Hoy en la noche, cuando salgamos, me voy a escabullir, no se como aún pero me tienes que hacer el paro con Josa para que no se dé cuenta por si no llego al depa cuando regresen.

—¿Cómo que te vas a escabullir? ¿A dónde te vas a largar y con quién? ¿Con Omar? —la reprendí, porque sabía perfecto por dónde iba el asunto—.

Explícame, amiga, porque si quieres que te cubra tengo que saber qué onda con ese wey. Nunca lo habías mencionado.

Denisse respiró profundo.

—Omar es amigo de Josa desde el kínder. Me conoce desde que nací, literal. Cuando crecí y empecé a sentir atracción por los niños, siempre fue él quien ocupó mi mente. Me encanta desde hace años. Toda fantasía que ha pasado por mi mente con un hombre siempre ha sido con él. Amiga, Ken y Barbie siempre fueron Omar y Denisse.

Suspiró para tomar aire y su rostro adoptó esa expresión de perrito enamorado que no pude ignorar.

—Amiga... ¿Acostabas a Barbie y a Ken? —pregunté, sonriendo.

—¡A huevo! ¿Quién no?

Nos carcajearnos hasta que me dolió la panza. Pensaba que yo era la única niña pervertida que hacía eso.

Al calmarnos, la conversación se tornó seria porque necesitaba que me explicara más.

Se lo pedí.

—Nunca me peló —continuó—. Siempre me ha visto como la hermanita de su amigo. Por supuesto que nos llevamos bien y a veces me molestaba, ya sabes, como si también fuera su hermana. Pero yo nunca lo he visto así. Cuando Josa salió de prepa dejaron de verse tan seguido porque estaban en diferentes universidades y así. ¿Sabes? Cuando llegó aquí y lo vi de nuevo después de casi un año, decidí que era el momento porque ya soy mayor de edad. Que por ningún motivo iba a dejar escapar la oportunidad de intentar algo con él, aunque fuera algo pasajero.

Se quedó callada un segundo.

—Así que hace rato le dije la neta. Le dije que quiero que mi primera vez sea con él.

Con semejante bomba terminó su explicación.

Me quedé con la boca abierta, sin saber qué decir.

—¡Estás loca! ¿Así como si nada le pediste eso? Y, además, el muy... el muy cínico, ¿aceptó?

—Nati, porfa, no me juzgues —suplicó, tomando mis manos—. Créeme que no fue así. De hecho, me costó trabajo convencerlo. Me dijo lo mismo que tú: que estoy loca. Pero sé que es mi oportunidad. Se va a ir un tiempo de México y no puedo imaginarme con nadie más. Quiero que sea él. No otro wey que venga después, porque me da miedo que nadie me haga sentir igual. Yo sé que tengo tiempo y que muy probablemente encuentre a alguien, pero

no tienes idea de lo que siento. Mi corazón, mi mente y mi cuerpo me dicen que tiene que ser él.

La vi tragar saliva.

—Al final me entendió y aceptó. Pero si se entera Josa, nos va a matar a los dos. Solo te pido que me apoyes. Es mi decisión y ya está tomada. Sé que te voy a necesitar, pero no quiero sermones.

Finalmente acepté y le dije que, al final, era su decisión.

Pero también le pedí que lo pensara bien, no porque quisiera darle un sermón, sino porque hay decisiones que no se pueden deshacer.

La primera vez no tiene que ser perfecta, pero sí debería sentirse segura.

Elegida.

Suya.

El corazón puede ser que lo vayas dejando pieza por pieza hasta encontrar a alguien que lo enmienda y se quede con él para siempre, y eso es lo que realmente importa.

Cada quien es libre de tomar sus propias decisiones y, si eso es lo que quiere, yo no voy a detenerla.

Quién sabe, tal vez algún día Denisse encuentre su final feliz con él.

El tiempo lo dirá.

No dejaré de preocuparme por ella, sobre todo porque, después de esta noche, es muy probable que la primera pieza de su corazón se quede aquí, arrastrada por la corriente del mar.

Solo espero poder apoyarla cuando lo necesite.

Termino de aplicarme el maquillaje, que me queda muy sutil: un poco de polvo traslúcido, rímel, rubor y un tono neutro en los labios.

Ya nos están llamando para irnos.

Tomo mi bolsa de mano y estoy lista para la última bajada de la montaña rusa, que estoy segura será la más empinada.

El barecito está bastante acogedor. Es el clásico lugar para el precopeo y, aunque es temprano, está algo lleno.

Ya hay gente haciendo uso del karaoke.

El local no es muy grande y parece más restaurante que bar, con excepción del pequeño escenario redondo justo en medio.

El lugar huele a cerveza, limón, perfume barato y botana frita.

El escenario tiene dos pantallas en ambos extremos, una silla y el micrófono estratégicamente colocados para que todos los asistentes puedan apreciar a los pobres borrachos y a los valientes que se apuntan para cantar.

Nos sentamos en una de las mesas al pie del escenario. Tuvimos que pedir que nos juntaran tres para acomodar a todos los que iban llegando.

Joseán se sentó junto a mí y, curiosamente, Denisse se plantó del otro lado, alejada de Omar, por supuesto, para no levantar sospechas. Claro que puedo me puedo percatar que cada vez que pueden se avientan miradas de complicidad que en más de una ocasión ya lograron sonrojarme.

Estamos platicando de todo y de nada, riendo, disfrutando de los que suben a hacer el ridículo y también apreciando a más de uno que lo hace bastante bien.

Estoy tan entretenida que no me percato de que estoy completamente recargada en Joseán, mientras él deja un brazo sobre el respaldo de mi silla, sin tocarme, pero marcando presencia.

Lo observo y se ve contento, relajado.

Estoy a punto de terminarme el segundo mezcalito cuando la dueña de mis pesadillas decide aparecerse. La proximidad con Joseán me lo anuncia antes que mis ojos: su cuerpo se tensa.

Sergio empezó a preguntar quién quería pasar a cantar y, como nadie se animaba, comenzó a escribir nombres en la lista, mencionando que el primero sería el cumpleaños.

Zaira, que ya está sentada frente a nosotros muy jovial, no deja de observarme.

—Ay, sí. Súper idea. Josa canta lindo —dice con ese tonito falso que tanto me caga.

Esto lo tengo que ver.

—¿En serio cantas? —le pregunto en voz baja, atrayendo la conversación solo para nosotros.

Me mira y me sonríe.

—No canto un carajo. Soy medio entonado, nada más.

—Mmm. Pues tu güerita dice que cantas lindo. Me encantaría verte hacerlo para ver si es cierto.

Natalia la sarcástica, retadora y berrinchuda está apareciendo gracias a los efectos del alcohol.

—Si lo hago, tú también subes.

Ni madres.

Me muero de pena.

Tengo pánico escénico.

Sé que tengo una voz decente, pero usualmente se queda guardada en la regadera o en los confines de mi hogar.

—Yo no canto, olvídalo —contesto un poco más fuerte.

Zaira me escucha y sé perfecto, por la cara que está haciendo, que algo trama.

Precisamente por eso pide la lista.

Pido otro mezcalito porque definitivamente necesito desinhibirme si no quiero hacer el ridículo cuando seguramente me llamen. Joseán me mira consternado, pero no dice nada. Sé que no le está gustando nada mi ingesta de alcohol y, la neta, me vale madres porque vaya que lo necesito.

Además del pánico que me da pasar al frente, el idiota de Charlie no ha dejado de observarme todo el tiempo y me está incomodando de sobra. Encima me tengo que fletar Zaira, y estar junto a Joseán me tiene el estómago dando vueltas porque las mariposas están bailando al ritmo de la música que se escucha en el bar.

Estoy a la mitad de mi tercer mezcalito y todavía me estoy riendo de la horripilante voz de Roberto, que cantó junto con Ale. Se aventaron “Bohemian Rhapsody”, de Queen, y fue todo un espectáculo verlos intentar alcanzar las notas altas y brincar cuando la canción se puso más intensa.

Se están sentando de nuevo en la mesa cuando escucho que llaman a Joseán.

Todos aplauden y chiflan.

No le queda de otra más que ponerse de pie y pasar al frente.

Volteo a mi alrededor y varias chicas se quedan con la boca abierta al verlo sentarse en el banco, con una pierna estirada y la otra flexionada sobre el descansapie. Las entiendo, porque la vista es más que formidable. Con esos jeans deslavados, el bronceado, el cabello despeinado y la polo roja desfajada, se ve mejor que nunca.

Joseán pide que cambien la canción. La melodía empieza con guitarra y piano. Al segundo acorde la reconozco de inmediato.

“Aléjate de mí”, de Camila. Una elección que no esperaba.

Sorprendentemente, Joseán es algo entonado. No creo que se vaya a ganar un Grammy, pero lo hace bien.

Demasiado bien, quizá, porque no solo canta: interpreta.

La letra me cae como una bofetada. Sé que es para mí. Es su manera de repetir, frente a todos y sin decir mi nombre, la misma postura de siempre: que me aleje, que no me conviene, que él no es quien yo creo.

Y lo peor es que no aparta la mirada de mí.

Ni siquiera necesita seguir la letra en la pantalla.

Se la sabe.

La canta como si la hubiera traído atorada en la garganta desde hace días.

Siento que todo el color se me sube al rostro y que las lágrimas amenazan con escaparse.

Tal vez es el alcohol.

Tal vez es la canción.

Tal vez es él, sentado ahí, pidiéndome con la voz que me vaya cuando sus ojos dicen exactamente lo contrario.

La gente a mi alrededor empieza a desvanecerse.

El local, las risas, los murmullos, Zaira, Charlie, todos.

Lo único que puedo ver y escuchar es a Joseán.

A su voz pidiéndome que me aleje de él.

No entiendo por qué insiste tanto cuando la realidad se siente tan distinta. Cuando es evidente que, aunque se empeñe en negarlo, hay algo entre nosotros. Algo que no tiene con ninguna otra.

Finalmente concluye y logro no llorar.

Por el contrario, lo que empieza a crecer dentro de mí es una mezcla de nostalgia, coraje y desesperación. Me dan ganas de pararme, subir al escenario y plantarle un beso frente a todos, solo para hacerle ver lo equivocado que está.

Al verlo bajar del pequeño escenario, solo sonrío tímidamente y vuelvo a enfocar mi atención en los demás, que lo reciben con burlas y los reglamentarios shots para sobrellevar la humillación.

Aprovecho para empinarme el resto de mi bebida.

Necesito el efecto de insensibilidad que me produce para poder ignorar lo confundida que me siento.

Entre los shots y las distracciones, no me doy cuenta de que Charlie ocupó el lugar de Joseán y ahora está sentado a mi lado.

Lo que me faltaba.

Me dice “salud” levantando su vaso, pidiéndome chocarlo con el mío.

No lo hago. Le muestro con un gesto que mi vaso está vacío.

Charlie sonrío e inmediatamente le hace una señal al mesero para ordenarme otra bebida igual.

Es inútil decirle que ya no quiero más. Insiste y, cinco minutos después, tengo un shot frente a mí.

No quiero ser grosera.

En verdad estoy intentando tolerarlo, pero no me siento cómoda con él tan cerca.

No me interesa platicar y, además, no le entiendo ni a la mitad de lo que me está diciendo.

Se acerca más a mí.

Con una mano toma un mechón de mi cabello y empieza a jugar con él, pasándolo entre sus dedos.

El gesto es muy íntimo. Bastante incómodo.

Busco a Joseán de reojo. Nos está observando y empieza a dirigirse hacia nosotros.

Me salva la campana porque escucho mi nombre. En ese instante toda la mesa se anima y empiezan a silbar, aplaudir y gritar. Por más que niego con la cabeza, no me van a dejar en paz.

Tengo que pararme a cantar.

Solo espero que el nivel de peda que traigo sea suficiente para superar mi pánico escénico.

Le pido la canción al encargado: “Imparable”, de Tommy Torres con Jesse & Joy. Es perfecta para decir lo que siento sin necesidad de usar palabras cursis ni frases elaboradas. Tanto la elección de Joseán como la mía eran canciones viejas para alguien de nuestra edad, sí, pero de esas que en un karaoke todos reconocen, aunque finjan que no.

Tomo el micrófono y espero a que comience la melodía.

Tengo los ojos cerrados.

No quiero ver a nadie porque sé que hacerlo va a provocar que me quede pasmada.

Solo escucho algunos murmullos, pero también hay más silencio, como si la gente prestara demasiada atención a la persona en el escenario, lo que me pone aún más nerviosa.

Suena la música.

Respiro profundo.

Abro los ojos para ver la pantalla y empiezo a cantar.

Al principio me tiembla la voz, pero solo un poco.

Después, algo se acomoda dentro de mí.

Cantar siempre me ha provocado una sensación extraña, como si por fin pudiera sacar algo que normalmente no sé explicar. Para mí no es algo que haga para impresionar a otros, y nunca me ha interesado hacerlo fuera de casa.

Pero lo necesito.

Aunque la luz es tenue, busco a Joseán entre la gente.

Está sentado donde estaba yo, atónito, con la mirada fija en mí.

No parpadea. Sigo cantando y esta vez no dejo de mirarlo.

La canción habla de una fuerza imposible de detener, de algo que avanza, aunque el otro mantenga el corazón cerrado. Y mientras la canto, entiendo que no pude elegir mejor.

Cuando termino hay un breve silencio.

Quiero salir corriendo de la vergüenza de ser el centro de atención, pero entonces empiezo a escuchar aplausos, chiflidos y gritos.

Coloco el micrófono en su lugar y solo asiento, en agradecimiento.

Entre la pena y la peda que traigo, estoy segura de que mi cara debe ser del color de una cereza.

Al acercarme a la mesa, Denisse me recibe muy a su estilo, con un abrazo efusivo.

—No mames, amiga. ¡Cantas increíble! Eso sí que te lo tenías bien guardadito.

Sonríó ante el comentario.

No es que lo guarde; simplemente no es algo que me guste hacer en público.

Los demás me felicitan y decretan que tan impresionante desempeño amerita dos shots en lugar de uno. No creo que sea buena idea porque voy a terminar como araña fumigada, así que estoy a punto de decir que definitivamente paso cuando veo a Joseán acercarse con mucha determinación.

—No le des nada, wey —le dice a Sergio, serio de golpe.

Pues este qué se cree. Ni que fuera mi papá.

—¿Y a ti qué te importa si me echo los shots o no? —irrumpí, molesta, antes de que Sergio pudiera contestar.

—Ya tomaste demasiado.

—Yo mejor no me meto —comenta Sergio, mientras deja los dos caballitos en la mesa—. Ahí están si los quieres.

Inmediatamente distrae a los demás, proponiendo que vayan pidiendo la cuenta para irnos al otro antro.

Aprovecho el momento para tomar uno de los caballitos en mi mano.

—No te lo tomes.

Logro notar cómo al decir eso se está conteniendo para no arrebatármelo o tirarlo de mi mano.

Me lo llevo a la boca y trago el líquido de golpe.

Siento calor y la forma en que me quema la garganta es casi agonizante, pero me aguanto y trato de no mostrar la molestia que me causa.

Inmediatamente tomo el otro caballito y repito el proceso.

Joseán solo me mira serio. Se ve enfadado, pero no dice nada. Únicamente se da media vuelta y me deja ahí.

Lo veo alejarse un poco e incorporarse con los demás hombres para saldar la cuenta, que ya están revisando y dividiendo.

Denisse se acerca a mí, preocupada.

Notó el intercambio y quiere saber si estoy muy jarra, a lo que le contesto que no, que estoy bien, aunque un poco mareada.

No es cierto.

Estoy algo borracha y necesito sacar las chancas de mi bolsa porque no podré caminar al otro antro en estos tacones.

Denisse se va a ir saliendo de aquí. No quiero pensar en eso porque estoy realmente preocupada por ella. Solo espero que después de esto se sienta bien y que no sufra, porque las mujeres en general no podemos evitar involucrar los sentimientos, y su pobre corazón está de por medio. Si las cosas no salen bien, por lo menos aquí estaré para ayudarla a recoger los pedacitos e intentar pegarlos de nuevo.

Antes de irse, Denisse me aprieta la mano y me mira con esa mezcla de emoción y miedo que me deja intranquila.

12. Es mi novia

En el antro me siento cual perro sin dueño gracias a la ausencia de Denisse. Nos acomodaron en un área grande con sillones y varias mesas. Todos están en su rollo, platicando y tomando. Zaira, como de costumbre, acapara a Joseán y no me interesa estar viéndolos, así que decido perderme un rato en la inmensidad del lugar.

Estoy muy sorprendida porque la verdad el antro está padrísimo. El aire acondicionado no alcanza a ganarle al calor de tantos cuerpos y la pista de baile da a un ventanal enorme con vista al mar. Se pueden ver las luces de la ciudad en todo su esplendor y la forma en que se reflejan en la bahía es hermosa.

Observar la vista me produce una sensación de anhelo porque es romántica y preferiría mil veces estar aquí parada, sobria y con compañía, en lugar de sola, jarra y expuesta.

No quiero regresar a la mesa todavía. Ya no quiero tomar, aunque tengo bastante sed. Tengo los sentidos en alerta. La música está a un nivel ensordecedor, pero debo admitir que la selección es muy buena: nada de basura comercial, sino todo lo contrario.

Decido pasar a la barra por una botella de agua. Me atienden muy rápido, seguramente gracias al escote de mi vestido. Por la forma en que el barman me guiña el ojo al entregármela, no lo dudo.

Con la confianza y el humor un poco más recargados, me muevo a la pista para bailar un rato. No me importa bailar sola. No me importa si me veo ridícula o parezco de ofrecida. Total, si algún galán decide acercarse, ya decidiré si le hago caso o no.

Bailo moviendo el cuerpo de un lado a otro, con los ojos cerrados para mantener el equilibrio y disfrutar la música imaginando que no hay nadie a mi alrededor.

El calor es sofocante.

Gotas de sudor me escurren por la frente, aunque las máquinas de vapor avientan brisa fresca constantemente sobre la pista.

Se me pone la piel chinita cuando siento una mano rodearme la cintura con demasiada confianza.

La presión me obliga a acercarme de forma íntima a la persona que está detrás de mí.

Es un hombre, claro está. Lo sé de inmediato por la forma en que su cuerpo se pega al mío.

Y también sé que no es Joseán.

No por la altura. No por el olor. No por nada.

Trato de zafarme para voltear y decirle exactamente lo que opino de su atrevido y no requerido acercamiento, pero no me deja. Me aprieta más fuerte, un poco brusco, y se mueve detrás de mí como si estuviéramos bailando juntos.

Como si yo hubiera aceptado.

Volteo y me percató que es Charlie.

El imbécil de Charlie.

Me sonrío de esa forma sugerente que tanto me revuelve el estómago. Sus ojos cristalinos delatan el estado en el que está, aunque no sé si es solo alcohol o algo más. Se agacha un poco para hablarme cerca del oído y puedo sentir su aliento.

Retengo el mío porque no quiero ni siquiera que se mezclen.

—¿Ahora sí me vas a hacer caso, guapa? —pregunta mientras me aprieta contra él.

No contesto.

Solo intento moverme para separarme.

No entiendo por qué siempre que voy a un antro tengo que quitarme de encima a borrachos con la mano asquerosamente larga.

No entiendo por qué algunos hombres creen que tienen derecho a tocarte, acercarse así, invadir tu espacio como si tu silencio fuera permiso.

Charlie se merece más que una patada. Se supone que es amigo de Joseán.

Se supone que me conoce.

Se supone que debería entender la palabra “no” aunque ni siquiera haya tenido que decirla.

Logro zafarme un poco, pero lo único que consigo es que me volteé hacia él. Ahora quedo de frente, y Charlie aprovecha para sujetarme de las muñecas.

Me tiene muy cerca, demasiado encerrada, y ni siquiera puedo mover bien las piernas porque se acomoda de tal forma que quedo prácticamente atrapada contra su muslo.

Charlie no es alto, pero está fuerte. Muy fornido.

Y yo estoy en desventaja.

El contacto es privado, súper incómodo. Cualquier persona que nos vea de lejos seguramente piensa que somos una pareja más bailando de forma sugestiva gracias al alcohol.

—No entiendo por qué te resistes —me dice al oído—. Es obvio que lo quieres. Y tu querido amigo está ocupado con otra, pero para eso estoy yo.

Para que te sientas bien.

Antes de que pueda reaccionar, baja la boca a mi cuello.

El asco me sube por la garganta.

—Suéltame, Charlie —digo, primero bajo, después más fuerte—.

Suéltame.

Intento empujarlo, pero no me deja.

Siento una mezcla horrible de coraje, miedo y vergüenza.

No porque haya hecho algo malo, sino porque odio estar en esta posición.

Odio tener que pelear por un espacio que era mío desde el principio.

—Ya, suéltame —repito, esta vez casi gritando.

Algunas personas cercanas voltean.

No me importa.

Si tengo que causar un alboroto, lo voy a causar.

De pronto, Charlie me suelta.

Todo pasa súper rápido.

Casi pierdo el equilibrio y tengo que respirar hondo para enfocar la vista.

Cuando logro ubicarme, veo a Joseán frente a Charlie, sujetándolo de la camisa con una furia que nunca le había visto.

No dice absolutamente nada.

Solo le conecta un puñetazo en la cara con tanta fuerza que Charlie cae sentado al suelo.

Las personas alrededor se hacen a un lado.

La música sigue retumbando, absurda e indiferente, mientras Charlie se lleva las manos a la nariz y ve la sangre que empieza a brotar.

—¿Qué te pasa, cabrón?! ¡Me rompiste la nariz! —exclama, lívido de coraje.

—¡Te lo dije, pendejo! —le grita Joseán, señalándolo con el dedo—. ¡Te dije que no te le acercaras!

Charlie se pone de pie con dificultad. Tiene la postura retadora, pero la mirada se le va hacia mí.

Estoy inmóvil, con toda la atención puesta en el espectáculo frente a mí, todavía sorprendida por la forma en que Joseán acaba de defenderme.

—¿Años de amistad por una vieja? —le escupe Charlie, empujándolo con ambas manos.

En ese instante quisiera acercarme para darle otro madrazo yo misma.

Joseán vuelve a avanzar hacia él, pero Sergio aparece como por arte de magia y se interpone entre los dos.

—¡Ya, cabrón! —le dice, empujando a Joseán hacia atrás—. ¡Ya estuvo!

—¡Es mi novia, pendejo! —exclama Joseán, fuera de sí—. ¡No te le vuelvas a acercar!

Me quedo boquiabierta.

Se me va el aire. Lo único que siento es el martilleo de la música retumbándome en el cuerpo.

Por mi mente pasan demasiadas emociones al mismo tiempo: gusto, felicidad, coraje, indignación.

¿Esto era lo que tenía que pasar para que finalmente se decidiera?

¿O solo es su ego de macho herido hablando por él?

Sergio les dice algo a ambos. Veo que Joseán cierra los ojos y respira profundo un par de veces, intentando calmarse. Después voltea, sus ojos me buscan y, al conectar con los míos, veo que la irritación en su rostro no ha desaparecido por completo.

Sin dejar de verme, le dice algo a Sergio y empieza a caminar hacia mí.

¿Yo qué demonios hice?

—¿Estás bien? —pregunta.

La boca no me responde para emitir sonido alguno. Le expreso que sí con un gesto.

Joseán me toma del brazo, no con fuerza, pero sí con una urgencia que me pone tensa.

—Vámonos —dice.

Empieza a caminar hacia la salida del antro y doy un par de pasos con él, aún aturdida. Salimos de la pista y cruzamos el área de mesas, pero entonces reacciono.

No sé vale.

No después de lo que acaba de pasar.

No después de Charlie.

No después de todo.

Me detengo en seco y retiro mi brazo.

—No me jales.

Joseán se gira, exasperado, todavía con la respiración alterada.

—Vámonos, Natalia.

—No sé qué te estás creyendo, pero no me vas a sacar de aquí como si yo hubiera hecho algo malo —reclamo, intentando que no me tiemble la voz—. Te agradezco que me hayas quitado a Charlie de encima, pero no me trates como si el problema fuera yo.

Su mirada cambia. La rabia se le desacomoda.

Parecía que hasta ese segundo se dio cuenta de la forma en que estoy temblando.

De que no estoy haciendo drama.

De que estoy asustada, enojada y a punto de llorar.

Se acerca un poco, más despacio, y desliza la mano por mi mejilla.

—Perdón —dice, más bajo—. No era mi intención hacerte sentir así.
Pero tenemos que irnos. Ya.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. Además, mi bolsa se quedó en la mesa —contesto, levantando la voz y los brazos.

Creo que esto ya califica como berrinche.

—No estoy diciendo que hayas hecho algo mal —dice, conteniéndose—. Pero ya suficiente tenemos con lo de la pista. Nos vamos porque no quiero que sigas aquí con Charlie cerca, porque estás tomada y porque yo tampoco estoy pensando con claridad.

—Pues ese es tu problema, no el mío.

—Sí —admite, apretando la mandíbula—. También es mi problema. Pero necesito saber que estás segura.

La parte racional de mí me dice que debería darme la media vuelta, regresar a la mesa y esperar a poder irme con alguien más. La otra parte, esa que se siente mareada gracias al alcohol, la que cantó en público y viene aguantando demasiadas emociones en una sola noche, entiende que no tengo ganas de seguir ahí.

No con Charlie.

No con Zaira.

No con todos mirando.

—Estás demente —es lo único que se me ocurre decirle.

—Tal vez —responde—. Y la neta me vale madres.

Respira hondo y baja la voz.

—Pero no te voy a tocar si no quieres. No después de lo que acaba de pasar. Dime si vienes conmigo o si prefieres que busque a Denisse, a Ale, a quien tú quieras. Pero aquí, sola, no te quedas.

Eso me desarma más que si me hubiera gritado.

Porque, por primera vez en toda la noche, alguien me está preguntando.

Trago saliva.

Miro hacia la mesa.

Miro hacia la pista.

Miro a Joseán.

—Voy por mi bolsa —digo al fin—. Y después nos vamos.

Joseán asiente.

—Te acompaño.

—No me cargues, no me jales y no me hables como si fueras mi papá.

Una sombra de sonrisa se le asoma en la cara, aunque seguía muy tenso.

—Sí, señora.

—Y no soy tu novia solo porque lo gritaste.

Su sonrisa desaparece.

Nos quedamos viendo un segundo, rodeados de ruido, luces y gente que finge no estar mirando.

—Lo sé —dice al fin, con una seriedad que me atraviesa—. Pero ojalá lo fueras.

Y ahí está.

El golpe.

Más fuerte que cualquier puñetazo.

No sé qué contestar. Así que hago lo único que puedo hacer sin desmoronarme: camino hacia la mesa para recuperar mi bolsa, en silencio. Bueno, silencio relativo, porque la música sigue retumbando en todo el lugar y la gente a nuestro alrededor finge no haberse enterado de nada, aunque sé perfecto que más de uno sigue viendo de reojo.

Joseán camina junto a mí, muy cerca, como si quisiera usar su cuerpo de barrera entre el resto del antro y yo.

No me toca.

Después de que le dije que no me jalara, no lo ha vuelto a hacer.

Y, aun así, su tensión se siente como una corriente eléctrica en el aire.

Recojo mi bolsa de la mesa sin mirar a nadie. Sergio está hablando con el mesero, Charlie desapareció hacia los baños con la nariz ensangrentada y Zaira nos observa desde el sillón con una expresión imposible de leer.

Bueno, no imposible: odio. Eso es odio.

No hay señal de los demás, probablemente estén bailando o fumando en la terraza.

Joseán ni siquiera se fija en Zaira.

—Vámonos —dice, más bajo esta vez.

—No soy una niña chiquita para que me estés dando órdenes —respondo, aún con la sangre hirviendo.

Se detiene y me mira. Sus ojos siguen oscuros, cargados de rabia, pero su voz sale controlada.

—No estoy tratando de darte órdenes, Natalia. Estoy tratando de no regresar y romperle la cara otra vez.

Eso me calla durante dos segundos.

Solo dos.

—Pues respira o cuenta hasta diez o haz lo que tengas que hacer, pero no me hables como si yo hubiera causado esto.

Su mandíbula se tensa.

Pasa una mano por su cabello y mira hacia otro lado, intentando contenerse.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé —repite, ahora mirándome de frente—. Y perdón. No estoy enojado contigo.

—Pues no parece.

Sus ojos bajan a mi boca y vuelven a subir.

—Porque sí estoy enojado. Pero no contigo.

El aire entre los dos cambia de golpe. Seguimos en medio del antro, rodeados de ruido, luces y desconocidos, pero por un segundo todo parece detenerse.

—Dijiste que era tu novia —lo repito, antes de poder arrepentirme.

Joseán se queda quieto.

—Sí.

—No soy tu novia solo porque lo gritaste.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

Tarda un instante en contestar.

Parece medir cada palabra, como si supiera que si responde mal voy a salir corriendo, y quizá tenga razón.

—Porque fue lo primero que me salió. Porque cuando lo vi tocándote de esa forma, perdí los estribos. Porque llevo semanas diciéndome que somos amigos y anoche te dije un montón de cosas para alejarte, pero la realidad es que no puedo verte con alguien más sin sentir que me parte algo por dentro.

Trago saliva.

No esperaba eso.

No así.

—Eso no contesta mi pregunta —digo, aunque mi voz sale menos firme de lo que quisiera.

Joseán se acerca dando un paso.

No invade mi espacio, pero queda muy cerca.

—Lo dije porque quiero que lo seas.

Ahí está.

La frase cae entre nosotros como un golpe.

Me quedo sin aire.

Quiero decir algo inteligente, digno, algo que suene a mujer madura que tiene todo bajo control. Pero tengo alcohol en la sangre, una mezcla absurda de enojo y emoción en el pecho, y el recuerdo de su boca sigue demasiado vivo en la piel.

—Estás demente José Angel—es lo único que se me ocurre.

Se rie apenas.

—Tal vez.

—Y Muy intenso.

—Te lo advertí.

—Y arrogante.

—También.

—Y posesivo.

Se pone serio y contemplativo.

—Estoy intentando no serlo contigo.

Eso me desarma más que cualquier declaración perfecta.

Bajo la mirada. Aprieto la correa de mi bolsa entre los dedos.

No sé qué hacer con todo esto.

No sé qué hacer con él.

—Vámonos —digo al fin—. Pero no porque me estés sacando. Me voy porque quiero.

Joseán asiente.

—Como tú digas.

—Y no me vuelvas a hablar como si fueras mi papá.

—Sí, señora.

Lo miro mal.

—No te pases.

Levanta las manos en señal de paz, pero la comisura de su boca se curva leve. Me molesta que me den ganas de reírme. Me molesta más que, incluso después de todo, quiera estar cerca de él.

Salimos del antro.

Al abrirse la puerta, el calor húmedo de la madrugada es como una bofetada. La brisa del mar ayuda un poco a disipar lo sofocante del ambiente, pero no lo suficiente para enfriar lo que traigo por dentro.

Caminamos hacia la camioneta sin hablar.

El estacionamiento está medio vacío, iluminado por lámparas amarillentas que hacen que todo se vea más dramático de lo necesario. Joseán abre los seguros con el control y se detiene junto a la puerta del copiloto.

No la abre de inmediato.

Se recarga contra la camioneta y me mira.

—Dilo de nuevo —pide.

Frunzo el ceño.

—¿Qué cosa?

—Mi nombre.

No sonrío. No está jugando. Su voz sale baja, casi vulnerable.

Me acuerdo de la forma en que lo dije hace unos minutos.

José Ángel.

Completo.

Como si al decirlo así hubiera tocado una parte de él que casi nadie toca.

—José Ángel —murmuro.

Cierra los ojos un segundo, como si ese simple sonido le pegara en algún lugar.

Cuando los abre, la distancia entre nosotros se siente peligrosamente corta.

—Otra vez.

—No abuses.

Ahora sí tuerce la boca, apenas.

—Por favor.

Ay, no.

Eso sí es jugar sucio.

—José Ángel —repito, más bajo.

Da un paso hacia mí.

No me toca aún.

Solo se acerca lo suficiente para que mi respiración empiece a traicionarme.

—Así sí me puedes decir lo que quieras —murmura.

—No empieces.

—Ya empecé desde hace rato, Nat.

No sé si soy yo quien se mueve primero o si es él. Solo sé que, de pronto, sus manos están en mi cintura y las mías en su pecho.

No me está sujetando.

No me está obligando.

Me está esperando.

Y eso lo vuelve peor.

Porque entonces soy yo quien cierra los dedos en la tela de su camisa y lo atrae hacia mí.

Sus labios encuentran los míos en un beso que despierta todos mis sentidos. No es como el de la alberca. Este tiene algo distinto.

Menos accidente.

Más decisión.

Sus manos suben a mi espalda y las mías se enredan en su cabello. Si ya estaba embriagada, ahora estoy peor, porque toda la coherencia se escapa de mi cabeza y lo único que queda es su boca, su respiración, la forma en que me besa con tanta determinación.

Sin dejar de besarme, me acerca a la camioneta hasta que mi espalda toca la puerta. Sus dedos se aferran a mi cintura y yo intento encontrar dentro de mí la fuerza para detener esto antes de que suba de intensidad. Otra vez estamos en un lugar público. Otra vez estoy a punto de olvidarlo todo.

Trato de separar mi cuerpo un poco del suyo.

Él lo entiende de inmediato.

El beso cesa poco a poco. Joseán descansa la frente contra la mía, con los ojos cerrados y la respiración agitada.

—No te entiendo —digo sin separarme.

Abre los ojos.

Su mirada es intensa, expresiva, cercana.

—Ayer fuiste muy firme al decir que no me convienes. Luego Zaira no se te despegó en todo el día y, encima, te madreas a Charlie, que muy merecido se lo tenía, pero lo justificas diciendo a los cuatro vientos que soy tu novia... De plano ya me perdí.

Hablo más rápido de lo normal.

Joseán pone un poco de distancia entre nosotros, pero sigue dejándome entre su cuerpo y la camioneta. No como una prisión. Más bien como si no supiera alejarse del todo.

Se queda pensativo, buscando la mejor forma de responder.

—Tenías razón —dice al fin.

—¿Sobre qué?

Sonríe, pero su sonrisa no es burlona.

—Tú y yo no podemos ser amigos. No cuando estás en mi mente todo el tiempo. No cuando cierro los ojos y lo único que veo es tu cara. Y menos aun cuando pierdo la razón al verte con alguien más, porque mi lado egoísta no me deja compartir lo que siento mío.

Me mira fijo.

—Y tú... definitivamente eres mía.

—No como una posesión —dice, al leer mi cara—. No así. Me refiero a que ya estás aquí. En mí. Y no sé cómo sacarte.

Ay, Dios.

Ahora entiendo a qué se refería cuando me advirtió que era intenso. Escucharlo decir eso me puede vencer por completo y, al mismo tiempo, quisiera que me explicara qué significa. Es obvio que existe química. La atracción física es indiscutible. Pero para mí no es suficiente. No tengo idea si es amor o no, pero sé que lo quiero y no estoy dispuesta a ser una más del montón.

Cada vez que estamos juntos es un reto contener la necesidad absurda de tocarlo, besarlo, hacer cosas que hasta cierto punto me aterran.

Y no sé si estoy lista para algo así.

No sin antes tener la seguridad de que él siente lo mismo por mí.

Estoy segura de que mi expresión delata la batalla interna que me envuelve. Joséán da un paso hacia atrás, separándonos.

Saca las llaves del coche de su bolsillo y abre los seguros con el botón. Luego extiende la mano para que la tome.

—Vámonos. En el depa podemos hablar más tranquilos, ¿va?

Acepto dando gracias a los dioses del universo porque, entre la brisa, el alcohol y la besuqueada que me acaba de acomodar, estoy completamente mareada.

13 . La calma

Mi cerebro intenta procesar los detalles que rodean la forma en que estoy despertando. El dolor de cabeza que tengo es indescriptible y mi boca ruega por encontrar un cepillo de dientes lo antes posible. Muero de sed, al grado de sentir que caminé toda la noche por el desierto.

Es obvio que amanecí lo que le sigue de cruda.

Y me detesto porque es mi culpa.

Mi grandísima culpa.

Estoy tan concentrada en lo mal que me siento que que no me había dado cuenta de que no estoy en el cuarto que comparto con Denisse. De hecho, estoy completamente atrapada —por no decir enredada— en los brazos de Joseán, en su recámara, en su cama.

Horrorizada, me doy cuenta de que ni siquiera tengo puesto el vestido. Estoy en ropa interior.

¡Ay, por el amor de Dios!

¿Qué hice?

Como un tsunami, me llegan imágenes de la noche anterior: las canciones, los shots, la pelea, Denisse...

¡Ay, no! Denisse.

¿Habrá llegado ya? ¿Se dio cuenta su hermano de que no estaba? No tengo la menor idea porque ni siquiera me acuerdo bien de cómo llegué aquí.

En serio me doy de toques por tonta. Sé que no debo tomar alcohol porque las consecuencias siempre son las mismas: me quedo dormida y no me acuerdo de lo que pasa después.

Y eso, además de vergonzoso, es peligrosísimo.

Joseán está dormido y puedo sentir el vaivén de su respiración tranquila en mi cuello. Me muevo despacio para voltearme hacia él, lo cual me cuesta trabajo por el enredo en el que estamos, pero vale la pena con tal de observarlo así, en paz.

Su cabello oscuro e indomable le cubre parte de la cara. Con mis dedos lo hago a un lado suavemente para abrirme paso y poder trazar su perfil: cejas, nariz, labios, barbilla, cuello.

Intento memorizar cada detalle.

Titubeo un poco antes de continuar hacia su hombro, y llego hasta ahí porque Joseán se mueve gruñendo. Sin abrir los ojos, me aprieta más contra él, pegándose por completo a mi cadera.

No sé si reírme, sentirme halagada o salir disparada de la cama al sentir el descaradísimo saludo mañanero que acompaña dicho movimiento.

Esta situación es completamente nueva para mí.

No dejo de sentirme un poco culpable porque apenas llevo casi tres meses fuera de casa de mis papás y aquí estoy, en una cama ajena, con un hombre hermoso que aún no sé si de verdad es mi novio o no.

—Deja de hacer eso porque no respondo —irrumpe su voz somnolienta en mis pensamientos, con una advertencia bastante prometedora.

Sin mayor preámbulo se mueve para quedar sobre mí, colocando una de sus piernas entre las mías, cuidando no tocar mi cadera con la suya. Se sostiene con una mano a cada lado de mi cara, los brazos tensos por el esfuerzo. Su cabello cae como un velo de seda negro, cosquilleándome el rostro mientras se acerca.

Me ve fijamente.

Ay, si me da un beso me muero.

No quiero ni imaginar el aliento que me cargo.

—Buenos días, Nat —susurra en mi oído.

—Buenos días —contesto con la voz entrecortada, porque de nuevo me consume su intensidad.

Siento cómo traza un caminito de besos desde mi hombro, pasando por mi cuello, hasta llegar al lóbulo de mi oreja, donde tengo que contener la reacción inmediata que provoca la pequeñísima mordida que acaba de darme.

Escucho una risita malévola porque, obvio, ya se dio cuenta de que me tiene al borde de un sonido vergonzoso. Regresa a su posición original con la firme intención de terminar esa amenaza de besos mañaneros en mis labios, así que, antes de cualquier cosa, con firme resolución lo detengo del pecho con una mano, coloco la otra sobre mi boca y lo miro con súplica dadas las circunstancias.

Me responde con una amplia sonrisa, claramente divertido con mi vergüenza.

—¿Cómo te sientes? —pregunta sin dejar de reír.

—Fatal. Crudísima. Me duele la cabeza y... necesito ir al baño, lavarme, pero mis cosas están en el otro cuarto —contesto tímidamente, sin quitar la mano de mi boca.

Se sigue riendo, como de costumbre, divertido con el ridículo que estoy haciendo.

—No te preocupes por eso. Entra al baño y tómate tu tiempo. En el botiquín detrás del espejo hay cepillos nuevos. Toma lo que necesites y mientras yo salgo a hacer lo mismo. También te traigo algo para la cruda, ¿va?

Le indico que sí y él se inclina para darme un beso sobre la mano que cubre mi boca. Sonríe de nuevo y, con toda la gracia del mundo, se levanta.

Siento cómo su calor se aleja de mi cuerpo y la sensación no me agrada.
Lo quiero cerca otra vez.

Al verlo alejarse de la cama en dirección al montón de ropa en el suelo, me muerdo la lengua para contener un gimoteo de apreciación al verlo usando solo bóxers.

Muy quitado de la pena, como si no fuera la primera vez que compartimos un momento tan íntimo como despertar juntos prácticamente sin ropa, se agacha y se pone unos shorts largos negros mientras yo me tapo la cara con la almohada.

Finalmente alcanzo a escucharlo soltar una risita que se enmudece cuando cierra la puerta.

De prisa corroboro que estoy sola y brinco como resorte de la cama. En el suelo, revuelta entre la ropa, encuentro una camiseta gris de Joseán y la uso para cubrirme. Me llevo la suave y desgastada tela a la nariz, y mi cuerpo responde de inmediato.

No es posible.

Insisto: tengo problemas.

Hasta su olor me pone mal.

Sermoneandome entre dientes por pensar con las hormonas, entro al baño y cierro la puerta con seguro.

Dientes, cara lavada y demás necesidades cubiertas, salgo del baño para encontrar al objeto de mi avidez sentado tranquilamente en la orilla de la cama. Al verme sonrío y me recorre de pies a cabeza con los ojos. Se muerde ligeramente el labio inferior, levanta una ceja y extiende la mano.

—Ese vejestorio se te ve mucho mejor a ti que a mí —dice, refiriéndose a su camiseta.

Me retraigo un poco, pero sonrío en respuesta. Sé que me sonrojo porque verlo así, feliz, quitado de la pena y tan tranquilo conmigo es surreal.

Y me encanta.

Me siento a su lado y Joseán toma mi mano para darme algo. Son un par de pastillas para el dolor que recibo con mucho agradecimiento.

—Te van a ayudar un poco con la cruda. Y al rato que desayunes ya te vas a sentir como nueva —me dice, pasándome un vaso de agua.

—Sí, gracias.

Me tomo las pastillas y, antes de cualquier cosa, cruda o no, necesito hablar con él.

La curiosidad me está matando. Me urge saber qué onda con todo lo que pasó en las últimas veinticuatro horas. Así que, sin mayor preámbulo, decido empezar, con todo y nervios.

—Joseán, ¿qué pasó ayer? Digo, aparte de mi obvia reacción al alcohol porque seguramente me quedé dormida y quiero suponer que me tuviste que cargar de nuevo. No entiendo cómo ni por qué me trajiste aquí y no a mi cuarto. Si me acuerdo bastante de lo que dijiste y de lo que me confirmaste, pero me confundes porque aún no sé qué pasa. O bueno, sí sé qué pasa, pero no termino de asimilarlo. Y no me has explicado qué onda con Zaira, y...

Claro que no puedo seguir con la conversación porque aparentemente esta mañana lo único que provocho es risa.

Literal, Joseán se está riendo de mí y no le veo lo gracioso a lo que estoy intentando —por supuesto fallando olímpicamente— decirle con toda seriedad.

—¡No te burles! Es en serio. Necesitamos hablar y así no puedo concentrarme —reprocho.

—No me estoy burlando. Es solo una reacción al verte tan agobiada porque otra vez no tienes idea de lo que hiciste. Y eso me da una gran ventaja. Es más, creo que puedo torturarte con la duda y sería muy cagado.

—¡Ni se te ocurra!

—Okey, okey. Tranquila. Te voy a decir, pero quiero que me escuches porque hay varias cosas que necesito explicarte, ¿sale?

—Okey.

Me muevo para recargarme en la cabecera de la cama y estar cómoda, porque viene otro monólogo muy a su estilo. De eso estoy segura y debo aprovecharlo.

—Anoche, después de que salimos del estacionamiento, te quedaste dormida. Por más que quise despertarte cuando llegamos, no pude. Así que te cargué del coche al elevador. Ahí medio abriste los ojos, me pediste que te bajara y te paraste, pero tuve que sostenerte porque estabas de pie casi dormida. Entramos al depa y solita caminaste directo para acá en lugar de irte a tu cuarto. —Ay Dios que pena.

Hace una pausa y se nota que lo que viene es recuerdo que le causa gracia.

—Me pediste que te ayudara a quitarte el vestido. “Ya no lo aguanto” me dijiste toda adormilada y pues yo con mucho gusto hice con una cantidad admirable de autocontrol. Fin de la historia, te echaste un clavado a la cama y te quedaste dormida.

¡Ay, no manches!

Qué vergüenza.

No lo puedo creer.

Mi cara de mortificación debe ser un indicador porque Joseán hace una pausa para tomarme de la mano.

—No te preocupes. La neta me divertí mucho al ver cómo perdiste toda la elocuencia. Pero te juro por mi vida que inmediatamente te tapé y que no pasó nada más. Me quedé dormido poco tiempo después porque quise hacerlo aquí contigo.

Me da un ligero apretón.

Sonríe y respondo de la misma manera, y dejo de verlo de inmediato porque no deja de darme pena.

—De lo demás... Charlie ya me tenía hasta la madre. Le pedí más de una vez que no te molestara y no le importó. Ese cabrón cada vez está peor. Cuando llegamos al antro quería estar contigo, pero te desapareciste antes de que pudiera zafarme de los demás. Te fui a buscar y me volví loco cuando vi lo que te estaba haciendo. Ahí me di cuenta de que ya no podía seguir engañándome.

Hace una pausa para sonreír con una expresión de complicidad.

Me mantengo en silencio, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Desde que te conocí, no ha pasado un día sin que estés en mi mente. Me la he pasado buscando pretextos para verte: las visitas a la abuela, los cafés... yo casi no tomaba café y ahora ya se me hizo costumbre.

Se ríe bajito, como si eso le diera pena

—He intentado mantenerme al margen porque sigo creyendo que es lo mejor para ti. Pero lo único que logré fue entablar una amistad egoísta para estar cerca, monopolizar tu tiempo y evitar que salieras con alguien más. Es una estupidez, lo sé. Después de lo que pasó en la alberca, cuando entendí la intensidad de lo que me provocaste y la forma en que respondiste, me entró pánico. —Se pasa una mano por la cara antes de seguir.

—Pasaron mil cosas por mi mente y lo mejor que se me ocurrió fue intentar convencerte de que te alejaras de mí.

Respira hondo.

—Lo insistí con la canción y me acabaste rematando con la tuya. Eso me derribó. Tu voz. No manches Nat, tu voz me dejó sin palabras. Lo inexplicablemente hermosa que te veías ahí. La ola de miradas puestas en ti mientras tú solo me prestabas atención. Nunca había sentido lo que sentí en ese momento. Ahí se me acabaron los pretextos.

Su mano deja la mía y, junto con la otra, toma mi cara. Se acerca hasta quedar a solo centímetros.

Mi corazón late a mil por hora.

—Mi parte racional sigue creyendo que debo dejarte vivir. Que aún estás muy chica. Que no debo robarte el tiempo ni tus primeras experiencias.

Quiero ser yo quien las viva contigo. Quiero acompañarte, cuidarte, aprender contigo. Todo, Natalia. Quiero que dejes que sea yo.

No lo dejo concluir porque ya no puedo escucharlo más.

Me va a volver loca.

Nunca creí que fuera capaz de expresarse así, abiertamente, sin reservas.

Lo único que quiero es decirle que sí.

Que quiero que sea él.

Él y nadie más.

Pero las palabras no me salen.

Así que mejor cierro la poca distancia que hay entre nosotros y se lo digo con la boca.

No se lo esperaba.

Mis manos viajan de inmediato a su cabeza y mis dedos se enganchan en su cabello con fuerza.

Todo lo que quiero expresar queda representado en un beso apasionado al que responde con la misma intensidad.

En este preciso momento no quiero nada más. Lo demás no importa. Solo está el aquí y ahora. Aunque suene trillado y tal vez un poco inmaduro de mi parte, no me importa aceptar que Joseán empiece a sentirse peligrosamente necesario.

En alguno de los dos tuvo que haber la prudencia. Lentamente nuestra respiración se fue nivelando y, aun jadeando, intentamos recobrar la cordura. Quedamos acostados sobre la cama, boca arriba, viendo el techo, agarrados de la mano y con los dedos entrelazados.

No sé si es la adrenalina o todas las emociones mezcladas dentro de mí, pero mi extraña reacción es comenzar a reír.

Silenciosamente, mi pecho sube y baja con la risa atorada que quiero dejar salir.

Joseán voltea a verme con una expresión entre perpleja y burlona.

Una enorme sonrisa ilumina su cara y empieza a carcajearse.

Entonces la dejo salir.

Me río histéricamente, como niña con ataque de nervios, y toda la tensión, pasión, frustración y emoción se transforma en alivio.

En paz.

En calma.

Joseán se levanta de golpe y, tomando mi mano, me jala para que pueda sentarme. Sigue sonriendo. Su rostro expresa felicidad y el brillo de sus ojos es intenso.

—Eso sí que no me lo esperaba —dice, pasándose los dedos por el cabello.

—De alguna manera tenía que callarte y creo que fue muy efectiva la estrategia —contesto, fingiendo casualidad.

—Lo tomaré en cuenta la próxima vez que tenga que silenciar una de tus errantes conversaciones. Ya me vengaré.

—Bueno, también tuve otro motivo. Uno más importante.

Me mira con atención.

—¿Ya te quedó clara mi respuesta? ¿Vas a dejar de darle vueltas a este... asunto? —pregunto con cautela.

Necesito que me diga que sí.

—Digamos que ya valiste —responde—, porque esto de tener novia ya me está gustando. Así que no va a ser nada fácil deshacerte de mí.

—Mmm. Estoy completamente de acuerdo con la idea —contesto, acercándome nuevamente a él.

—Me da gusto saberlo, pero antes de cualquier cosa no he terminado. Aún queda un tema pendiente y necesito que quede claro.

Hace una pausa y me observa, frunciendo el ceño, como si estuviera batallando para ordenar sus ideas.

—Zaira —afirma, sin decir nada más.

Me sigue observando detenidamente, esperando mi reacción.

—Okey. Es verdad. Necesito que me expliques qué onda con ella porque no he dejado de percibir señales encontradas al respecto y estoy segura de que ahí hay más de lo que hasta ahora me has dicho.

Estoy lista para saberlo todo, por incómodo que resulte.

—Es algo complicado, pero a la vez muy simple. A Zaira la conocí hace algunos años en el consultorio del psiquiatra que atiende a mi mamá.

Ay, en la madre.

Esa sí que no me la esperaba.

Mis ojos de plato delatan mi asombro porque Joseán sonríe ante mi reacción.

—Sí, ya sé. Está medio de la chingada. Pero cuando mi mamá empezó a ir una vez por semana a la clínica, el que la acompañaba era yo. Mi papá nunca se ha dignado a ir y me costaba un huevo convencer a mi mamá de que tenía que estar ahí religiosamente cada jueves. La clínica es de esas que tienen de todo. Además de psiquiatras, hay psicólogos, terapeutas y todo el numerito. Le hacía bien porque la supervisaban de manera integral y cada semana tenía alguien con quien hablar, pero... en fin.

Suspira.

—Me quedaba aburrido esperando. Trataba de leer, jugar en el celular o de ocuparme en algo porque, de lo contrario, el ocio ayudaba a que pensara de más. A tal grado que a veces me sentí tentado a entrar yo también a terapia de la cantidad de pendejadas que pasaban por mi mente. Total, uno de esos monótonos días Zaira estaba ahí, igual que yo, esperando a su papá, y nos pusimos a platicar. Casualmente varias semanas coincidimos en horario y nos hicimos amigos. Fue algo positivo porque encontré a alguien que entendía por lo que estaba pasando. Era un alivio no tener que ocultar las broncas de mi familia, aunque fuera por un rato. Desde entonces mi papá fue tajante con eso de no divulgar nada, y era frustrante.

Ahora entiendo un poco más.

Y me siento ligeramente mal porque me da coraje saber que el lazo que lo une a ella es más profundo de lo que pensé.

Joseán continúa y decido recargarme nuevamente en la cabecera de la cama, mientras él se sienta frente a mí, cómodo.

—El caso es que a partir de ahí empezamos a vernos en otros lugares. A veces íbamos a comer y la madre. Cuando entré a la universidad ella decidió ir a la misma y hasta ahí todo era normal, una simple amistad. Durante el segundo semestre de la carrera su papá se suicidó. Un buen día cayó en crisis, dejó de tomar el medicamento y... fue espantoso.

Se le endurece la voz.

—Estuve con ella, la apoyé y traté de ayudarla lo más que pude, aun cuando todo eso me provocó pánico y muchísima ansiedad. El solo hecho de imaginarme pasando por lo mismo, de ver a mi hermana sufrir de esa manera, estaba muy cabrón. Zaira no lo tomó bien. Dejó de ir a clases un tiempo, se deprimió, se cerró. Su mamá no sabía qué hacer. En más de una ocasión me dijo que le daba miedo que su hija tuviera la misma problemática médica que su papá, pero no era eso. Lo de Zaira se volvió más bien angustia mal encausada, o algo por el estilo.

Hace una pausa.

—Ella me decía que lo único que la mantenía más o menos estable era estar conmigo. Yo no sé si era cierto, pero en ese momento me lo creí. Me convertí en su escape, en un ancla, y al mismo tiempo yo también empecé a verla de esa manera. Ambos nos dimos cuenta de que usábamos el sexo como una forma de lidiar con la realidad. Meses después entendí que era una pendejada porque ella me estaba usando y yo también la estaba usando a ella.

Sé que estoy boquiabierta.

Joseán me observa y respira profundo. Se acerca un poco para acomodarse un mechón de cabello detrás de mi oreja. Un gesto para reconfortarme, quiero

suponer.

Nunca me imaginé semejante historia. Hasta cierto punto siento pena por Zaira. Lo que le pasó es muy triste y debió ser durísimo soportar algo así. Cada quien tiene su forma de lidiar con los problemas y, sea cual fuere la razón, por lo menos tuvo a alguien en quien apoyarse.

Joseán aprovecha la pausa para sentarse a mi lado, también recargado en la cabecera.

Supongo que quiere continuar, pero no voltea a verme.

Toma aire y noto que le cuesta trabajo seguir.

—Cuando hablé con ella y le pedí que dejáramos de vernos así, se puso histérica. Nunca la había visto de esa manera y decidí hablar con su mamá. Zaira lleva ya un buen rato en terapia y le ha servido. Sus problemas son personales y bastante complicados. Algunas cosas me las ha contado, otras sé que no. A la fecha no es la misma de antes.

Suspira.

—Ella nunca fue mi novia. Nada exclusivo, ni serio. Yo salía con otras y ella lo sabía. No me daba cuenta de que eso la afectaba porque siempre creyó que teníamos algo más que amistad y... a mí me valió madres. Después de mi accidente todo cambió. Le bajé considerablemente al desmadre y ella, ya con la terapia más avanzada, empezó a agarrar la onda. Seguimos siendo amigos y... ocasionalmente nos dejamos llevar, pero la última vez fue hace casi seis meses. Antes de conocerte.

—No siempre fui cuidadoso con la gente, Nat. Y no lo digo para que me perdones nada. Lo digo porque es verdad y se que la puedo cagar y gacho.

Concluye y el silencio se instala entre nosotros.

Oh, cielos.

Esto sí es algo incómodo.

Por un lado, me da gusto que me cuente todo. Si vamos a empezar una relación seria, es mejor no tener nada escondido en el baúl. Pero no dejo de sentirme perturbada con semejante información. Yo no soy nadie para juzgarlos, pero es indiscutible que, aunque lo niegue, tuerto o derecho, Zaira ha sido una especie de pareja durante varios años.

Lo que han vivido y compartido va mucho más allá de algo casual y es lógico que ella se sienta posesiva.

Lo que no entiendo es cómo Joseán aguanta su actitud. La chava se comporta como niña mimada, es grosera y déspota.

Nada que ver con él.

—La verdad, todo lo que me acabas de contar es difícil de digerir, pero agradezco que lo hayas hecho —digo al fin—. Si te interesa mi opinión,

ustedes tienen una especie de codependencia o algo similar. Y, si bien es cierto que son amigos, existe algo más. Eso es lo que la hace creer que prácticamente eres de su propiedad. Además, no me cabe en la cabeza cómo puedes soportar lo nefasta que es. Me da pena referirme así a ella, sobre todo ahora que sé los antecedentes, pero creo que eso no justifica que sea tan ruin con los demás.

—¿Celosa? —pregunta, sonriente.

—¡Pues claro! —exclamo con indignación.

—Qué te puedo decir, Nat. Eso y muchas otras cosas las he hablado con ella varias veces. Zaira tiene un problema de actitud y eso le ha limitado mucho su círculo de amistades. Pero conmigo es diferente. Es como si en la calle se pusiera una máscara, aunque sé que más bien la usa cuando convive con los demás.

Se queda pensativo.

—Por lo demás, sí, es mi culpa por no rechazarla con claridad durante mucho tiempo. Por actuar como un cabrón en lugar de ser un caballero. Cuando te conocí, me di cuenta de que lo que me faltaba era una razón lo suficientemente fuerte para desear algo real y normal. He cometido muchos errores con ella y eso ha provocado que mantenga esperanzas, esperando que le diga que es el amor de mi vida o algo así.

Se nota tenso por su expresión apenada.

—He tratado de zafarme poco a poco, de hacerla entender que no puede haber nada más entre nosotros. No me he animado a ser más tajante porque, quieras o no, me preocupa su estabilidad emocional y no está en mi naturaleza ser cruel. Ayer hablamos. Por eso pasé tanto tiempo con ella en lugar de aprovecharlo para estar contigo. Le expliqué que tú me interesas, que esto contigo es serio, y le pedí que me ayudara a no arruinarlo con sus comentarios y malos tratos. No lo tomó muy bien. Cree que es algo pasajero, pero tengo confianza en que le va a caer el veinte en algún momento.

Me toma las manos.

—Solo quiero pedirte que, si se pone difícil, me dejes arreglarlo. Yo veré qué hacer. Y no te preocupes por eso, ¿sí? Zaira no va a ser un obstáculo y tampoco quiero que se convierta en un tema recurrente entre nosotros.

Solo me sale una mueca de entendimiento y le muestro que entiendo. Quiero decirle que no soy una espectadora en mi propia vida, pero comprendo a qué se refiere.

Zaira es su historia.

Su desorden.

Su límite pendiente.

Me quedo más tranquila.

Ya veremos qué pasa más adelante. Estoy aceptando a Joseán en mi vida y viene con bagaje. Eso es algo con lo que tengo que lidiar, y no va a ser un problema si no permitimos que lo sea.

—Por cierto —dice, cambiando el tema por completo— hace rato que salí me encontré a Nisi. Me dijo que se va a regresar con Omar porque quiere llegar temprano para terminar un trabajo de la escuela o no sé qué madre. Así que nos vamos a ir tú y yo solos después de desayunar. O, si quieres, nos vamos más tarde y te llevo a conocer algo de la ciudad. Sé que querías ir a la Costera.

—¿La Costera?

—Ajá. Y La Quebrada, si te late. No es tour de señor en camioneta con micrófono, pero puedo improvisar.

—Qué decepción. Yo quería datos históricos mal pronunciados y que me obligaras a bajar en una tienda de artesanías carísima.

—Eso tiene costo extra.

—¿Incluye gorrita bordada de Acapulco?

—Solo si prometes usarla todo el camino de regreso.

—Entonces paso. Tengo límites.

Joseán sonríe, acercándose un poco.

—Cool, me late. Entonces voy a mi cuarto a bañarme y a recoger mis cosas. No me tardo y desayunamos porque ya me está pegando la cruda de nuevo, ¿va?

Es cierto. Se me bajó bastante el dolor, pero no me siento muy bien y me urge algo más sustancioso que café.

Espero alcanzar a Denisse para que me platique cómo le fue. Me olvidé por un instante de ella y espero que esté bien.

Joseán aprovecha mi distracción para acercarse. Me toma de la cintura y me aprieta ligeramente hacia él. Se acerca a mi y se inclina para quedar cerca de mi oreja.

Me dan escalofríos al sentir su aliento en ese lugar tan sensible. Se da cuenta porque siento cómo se ríe disimuladamente.

—Te puedes bañar aquí si quieres —susurra, sugestivo.

El color se me sube a los cachetes y me invade la timidez.

Soy de lo más patética.

—Estás loquito —respondo.

Me inclino hacia atrás y le doy acceso a mi cuello al tiempo que su lengua traza un camino desde el lóbulo de mi oreja hacia abajo, pasando por el cuello hasta la clavícula. Se mueve unos centímetros, me besa el hombro e inhala profundamente.

Al moverse para ver mi rostro muestra su característica risita, con todo y hoyuelos. Esa risita que me encanta y que promete tantas cosas.

—Okey, ya vete pues —dice, separándose con evidente esfuerzo—. Y no te preocupes por el agua caliente porque yo me voy a bañar con agua helada.

Lo remarca sonriendo aún más.

Le respondo imitando su alegría y moviendo la cabeza de un lado a otro.

Avanzo hacia la puerta de madera para salir de la recámara, no sin antes decirle de nuevo que está loquito. Y yo estoy aún más loca, porque ganas no me faltan de tomarle la palabra y pedirle que me talle la espalda.

Sé que mi vida va a cambiar.

No sé si para bien o para mal. No sé si esto va a romperme o a salvarme de alguna forma que todavía no entiendo.

Solo sé que, cuando cierro la puerta detrás de mí, sigo sintiendo su boca en el cuello y su voz en la piel.

Y eso me da miedo.

Muchísimo miedo.

Me baño en mi cuarto con una rapidez completamente contraria a la cantidad de pensamientos que tengo encima. El agua caliente me ayuda un poco con la cruda, pero no con Joseán. Eso, al parecer, ya no se quita ni tallando fuerte.

Cuando salgo, Denisse ya no está. Me mandó un mensaje diciendo que se fue con Omar, que luego me cuenta todo y que no me atreva a morirme de curiosidad porque necesita procesar antes de hablar.

Ajá. Como si eso fuera posible.

Recojo mis cosas con cuidado, reviso tres veces que no se me olvide nada y salgo con la maleta. El departamento ya se siente distinto.

Más silencioso.

Más de domingo después de desastre.

Hay vasos sobre la barra, toallas húmedas en las sillas, sandalias abandonadas cerca de la entrada y ese olor raro a bloqueador, café, alcohol viejo y mar que parece quedarse pegado a todo.

Joseán ya está listo cuando llego a la sala. Trae lentes oscuros colgados en la camiseta y el cabello húmedo, como si también hubiera intentado bañarse con dignidad y no con agua helada para calmarse.

No voy a pensar en eso.

Desayunamos algo rápido con los pocos sobrevivientes que siguen despiertos. Ale me abraza antes de irse a empacar, Roberto se despide con una mano porque claramente la vida le duele, Sergio apenas puede hablar.

Charlie no aparece, gracias a Dios. Zaira tampoco. Por una vez, el universo decide cooperar conmigo.

Joseán carga mi maleta sin preguntarme. Estoy a punto de reclamar por puro reflejo, pero me detengo.

No lo hace como si yo no pudiera. Lo hace como si quisiera hacerlo.

Y esta vez lo dejo.

Nos despedimos de Lupe, que me abraza como si me conociera de toda la vida, y bajamos al estacionamiento. El calor húmedo me golpea en cuanto salimos del elevador. Afuera, Acapulco brilla con esa luz intensa que no pide permiso: mar, sol, concreto caliente y palmeras moviéndose como bailando al son del aire.

—¿Lista para tu tour express? —pregunta Joseán, abriéndome la puerta del copiloto.

—Lista. Pero aviso que, si me mareo o me da hambre, me voy a poner insoportable.

—Eso no es aviso. Eso ya lo sabía.

—Qué observador.

Sonríó a mi pesar y me subo.

Antes de tomar carretera, manejamos hacia la Costera. Acapulco de día se ve diferente. Menos fiesta, menos postal, más real. Hay hoteles enormes, restaurantes bonitos, terrazas con vista al mar y turistas caminando en ropa de playa como si nada en el mundo pudiera salir mal. Pero también hay edificios cansados, locales cerrados, fachadas golpeadas y zonas donde aún se nota el paso de los huracanes.

Joseán baja un poco la velocidad en algunos tramos, como si supiera que necesito mirar.

—Antes estaba más cuidado —dice—. O eso dicen. Yo lo recuerdo distinto cuando veníamos de niños.

Me quedo observando por la ventana. No sé qué responder. La ciudad tiene algo hermoso, pero también algo triste. Como si siguiera de pie por puro orgullo, aunque le dolieran los huesos constantemente.

—Me da tristeza —admito—. No porque esté feo. Al contrario. Es como si se notara todo lo que fue y todo lo que aún quiere ser.

Joseán me mira de reojo.

—Eso sonó muy tú.

—¿Dominguero?

—Un poco —responde—. Pero bonito.

Me quedo callada, sonriendo hacia la ventana.

Pasamos por zonas más arregladas, más modernas, más “nice”, como diría Denisse. Y luego, casi sin transición, aparecen otras partes más antiguas, más descuidadas, más golpeadas. Ese contraste me desconcierta. El Acapulco brillante y el Acapulco herido conviven uno al lado del otro, como si ninguno quisiera cederle el espacio al otro.

Después me lleva a La Quebrada.

Caminamos hasta el mirador bajo un sol que parece tener pleito personal con mi piel. El aire huele a mar, piedra caliente y sal. Abajo, el agua rompe con fuerza contra las rocas, levantando espuma blanca. Me asomo con cuidado y siento un vértigo delicioso, de esos que te obligan a dar un paso atrás, aunque quieras seguir mirando.

—Aquí se avientan los clavadistas —me explica Joseán, colocándose a mi lado.

—¿Desde ahí?

—Desde ahí.

—Están locos.

—Sí.

—Pero qué locura tan impresionante.

Nos quedamos un rato en silencio, mirando el acantilado. Para nuestra suerte no hay espectáculo, pero no hace falta. El lugar ya impone por sí solo. Me imagino el cuerpo de alguien lanzándose al vacío, calculando el mar, la roca, el tiempo exacto. Me parece muy bello pero aterrador también.

Como muchas cosas últimamente.

Como él.

Como yo con él.

Joseán no me toma de la mano, pero su brazo roza el mío varias veces. Ninguno de los dos se aparta.

Más tarde comemos algo sencillo cerca de la Costera. Pescado, arroz, tortillas y una limonada enorme que me sabe a gloria después de la cruda. Hablamos poco del antro, nada de Charlie y casi nada de Zaira. No porque no importe, sino porque creo que los dos estamos muy cansados para volver a meternos en esa oscuridad tan pronto.

Por un rato, simplemente estamos.

Él me cuenta cosas de Acapulco cuando era niño, de viajes con Denisse, de cumpleaños anteriores, de veces en que se escapaba a caminar por la playa cuando todos estaban dormidos. Yo lo escucho y guardo pedacitos de esa versión suya que aún no conozco del todo.

Cuando por fin tomamos carretera de regreso a México, el sol empieza a bajar y el cielo se pinta de naranja sobre la bahía.

Me recargo en el asiento, ladeada hacia la ventana. Estoy agotada.

Emocional, física y espiritualmente agotada.

Pero también estoy tranquila de una forma que no esperaba.

Joseán pone música baja. Esta vez no pregunto qué es.

Solo lo miro manejar un segundo y cierro los ojos.

Todavía tengo miedo.

Muchísimo miedo.

Pero, por primera vez desde que todo empezó, también tengo ganas de ver a dónde nos lleva.

14. Natalia y sus grandes ideas

—¡Natalia! amix, ya deja de estar pensando en tu bomboncito, que estás bastante distraída. Ya van dos veces que te confundes de orden.

Javi me regaña con su característica amabilidad disfrazada de burla. No es la primera vez que lo hace hoy.

Desde que regresé de Acapulco, hace semanas, no me dejan de dar lata. Son los peores metiches del planeta y constantemente quieren detalles de mi relación con Joseán.

La cafetería, mientras tanto, sigue atorada entre temporadas.

Ya quitamos las calabazas de Halloween, los murciélagos de cartulina y las flores de cempasúchil, pero aún hay pan de muerto en la vitrina. Como si hasta el pan se negara a aceptar que noviembre ya empezó.

Pero los cafés no me salen bien, y no tiene nada que ver con el hecho de que esté pensando en mi novio como adolescente soñadora y enamorada. Más bien tiene que ver con la preocupación de cómo le voy a explicar lo que hice ayer.

Los nervios me carcomen porque no tengo idea de cómo va a reaccionar.

Por mi mente han pasado todos los escenarios posibles y me aterra que se moleste conmigo por meterme donde no me llaman.

Faltan dos horas para que termine mi turno. Joseán, como todos los días, va a pasar por mí. Quedamos de ir a cenar a su casa porque Denisse, aparentemente, está haciendo berrinche porque su querido hermano monopoliza casi todo mi escaso tiempo libre.

Y no lo dudo, porque no hemos convivido mucho estos días.

Estas semanas han sido de las mejores de mi vida, y no lo digo a la ligera. Entre exámenes, tareas, turnos en la cafetería y las visitas diarias de Joseán, construimos una rutina que se volvió cómoda súper rápido. Él pasa por mí en las noches, me acompaña a estudiar en casa de su abuela, me prepara algo de cenar cuando me ve con cara de muerte académica y, mientras yo intento no reprobar la vida, él aprovecha para descansar un rato o platicar con Rosa.

Rosa, por cierto, está feliz de que estemos juntos.

Una noche tocó mi puerta para decirme que estaba agradecida conmigo por haberle dado el beneficio de la duda a Joseán y por haberlo aceptado en mi vida. Casi se me salen las lágrimas porque, si alguien está agradecida, soy yo.

Desde que llegué, Rosa me ha tratado con un cariño que no termino de explicarme, y ahora insiste en que soy parte de su familia.

Joseán también se ha tomado muy en serio su papel de guía turístico personal. Me trae como pelotita de ping-pong por museos, restaurantes,

centros comerciales, barcitos y changarros de comida los fines de semana.

Dice que pronto quiere llevarme a conocer otras ciudades y lugares cercanos, y que por lo menos un fin de semana al mes tenemos que salir de la urbe de asfalto para respirar aire fresco.

Por supuesto, aún no he tocado ese tema con mis papás. Una cosa es estar aquí, cada quien, en su casa, y otra muy distinta es salir de viaje con él.

Y luego está lo otro.

Los encuentros físicos cada vez que estamos solos se han intensificado de manera considerable. Han escalado a un punto en el que sé que tendré que decidir si quiero ir más allá.

Y estoy aterrada.

Pero no le tengo nadita de confianza a mis hormonas.

Es curioso ver cómo, en general, los demás tienen una imagen muy diferente de Joseán a la que realmente es. Las cosas que ha enfrentado lo moldearon para tener un exterior despreocupado, a veces sarcástico y de niño rico mimado, cuando en realidad es todo lo contrario. Ha descuidado sus propios intereses por aprender a lidiar con una situación familiar sombría; ha mostrado un amor incondicional hacia su mamá y ha protegido a su hermana de una verdad que pudo haberle partido la adolescencia en dos.

En este corto tiempo he podido entender y descifrar parte del enigma. Lo que he descubierto hace que, cada día que pasa, me enamore un poquito más de él.

Aprendí que, durante seis años, José Ángel ha sido quien ha estado al pie del cañón en su casa. Que se ha tardado mucho más en terminar la carrera porque solo ha tomado el mínimo requerido de materias por semestre para tener disponibilidad de horario. Gracias a Dios este es su último semestre.

Que estuvo asistiendo como voluntario en la Cruz Roja todos los viernes por la tarde, que aprendió primeros auxilios, todo para evitar a toda costa pasar por lo mismo que Zaira.

También aprendí que el negocio de su papá consiste en la administración y operación de restaurantes, que es dueño de algunos bares y socio capitalista de una famosa cadena de *tables*, cosa que Joseán detesta porque ha sido causa de mucho sufrimiento para su mamá.

Salvador es parrandero, a veces bebe de más o llega a casa de madrugada justificando que es parte de su trabajo, cuando la realidad es otra. Sus constantes ausencias son causa de numerosas infidelidades y evidencia de que su esposa le importa un comino. Joseán le guarda un resentimiento tremendo y cada día lo noto más harto, más cansado de trabajar parcialmente con él.

Lo que me lleva al dilema en el que me encuentro.

Es un dilema porque sé de lo que Joseán es capaz y me he percatado aún más del talento nato que está ahí, latente.

Hace dos semanas me dio una grata sorpresa cuando me llevó, muy misterioso, a su recámara. Prendió la computadora para mostrarme un video que hizo para mí: un montaje de tomas que estuvo grabando durante nuestra estancia en Acapulco.

¿A qué hora tomó tanto video?

No tengo idea porque yo ni en cuenta. A veces lo veía con la cámara pero nunca me percaté que me filmó a mi.

Lo que veo es espectacular. Y no por el hecho de que las tomas sean mías, sino por la forma en que están hechas, por la manera en que captura los momentos. Todo se ve bellissimo.

Íntimo.

Artístico de una forma que no sé explicar sin sonar como señora en galería.

Me grabó dormida en el coche, asoleándome, nadando, caminando por la playa, cantando sin darme cuenta. Hay algo raro en verme así, desde afuera. Como si estuviera mirando a otra Natalia. Una que no está posando, ni cuidando la cara, ni pensando en dónde poner las manos.

Lo más lindo de todo es cuando me dice, con una reverencia que me da pena y ternura al mismo tiempo, que tengo una belleza natural para estar frente a una cámara.

Que eso no es tan común.

Que yo soy, según él, su versión personal y bastante menos trágica de Gala para Dalí: su musa.

No entiendo qué ve en mí para decir algo así.

Mucho menos para decirlo con esa seguridad.

Pero verme en la pantalla me hace sentir demasiado consciente de mí misma, de mi cara, de mi cuerpo, de cada gesto que no sabía que hacía. Estoy segura de que, si me hubiera dado cuenta de que me estaba filmando o tomando fotos, me habría escondido debajo de una piedra.

No me pude contener.

Y sí, sé que esto suena terrible incluso antes de escribirlo en mi mente.

Antier, en la escuela, vi una convocatoria publicada en el mural de Comunicación.

En febrero hay un concurso de cortometrajes. El primer lugar se lleva veinte mil dólares y una beca completa para estudiar dirección de cine durante dos años en una de las academias más prestigiosas de Nueva York. La edad límite para participar es no tener más de veinticinco años.

Sería una oportunidad única para alguien como Joseán y la última por la edad.

Así que, sin pensarlo mucho, entré a la página de internet, llené el formato de registro en línea, adjunté el guion del que me enamoré camino a Aguascalientes y pagué la inscripción con mis pobres ahorros.

Hoy por la mañana recibí un correo donde me avisaron que ya quedó aceptado para concursar.

Ahora solo falta... decirle.

Y filmar el corto.

Lo cual requeriría ir a Xilitla, en San Luis Potosí.

Natalia y sus grandes ideas.

Las dos horas que faltan para salir finalmente pasan, aunque se sienten eternas.

Ahora estoy en casa de Joseán. Acabamos de cenar y sigo en la sobremesa con Denisse mientras él sube a las recámaras para ver a su mamá.

Mi querida amiga no ha querido hablar mucho de lo que pasó con Omar. Lo único que sé es que pasó lo que tenía que pasar y cada uno siguió con su vida como si nada.

Estoy en el entendido de que a Omar lo enviaron como corresponsal fuera del país para trabajar en reportajes especiales. No sé si en Venezuela o en algún otro lugar de Sudamérica. Al parecer encontró el trabajo de sus sueños: la oportunidad de trabajar como reportero para una cadena internacional de noticias.

Por supuesto, Joseán no tiene la más remota idea de que su mejor amigo se llevó la virginidad de su hermana junto con su corazón al otro lado del continente.

—Ay, amiga, de plano tú y Josa son de lo peor. Son tan cursis que me dan ganas de vomitar —comenta mi amiguita, claramente burlándose.

—Cállate, mensa. No somos cursis. ¿Cuándo nos has escuchado decir cursilerías? A ver, a ver —respondo, sonriendo.

—No las dicen, pero con las miradas que se echan no hace falta. Me cae que les urge irse por ahí y encerrarse en algún lado para que se les baje lo intensos y puedan liberar la tensión sexual que emanan por los poros.

—¡No manches, Denisse! Deja de darme malos consejos. Estás hablando de tu hermano y no creo que quieras imágenes en tu cabecita con él de protagonista.

—¡Ay, no jodas! Tienes razón —dice, haciendo una mueca—. Pero... ¿y cómo le vamos a hacer? Soy tu mejor amiga y no puedo perderme ni un detalle

de tu vida. Me lo voy a tener que fletar y, para como vas, ya me voy a empezar a mentalizar.

—Pues dando y dando, pajarito volando, amiga, porque tú no me has dicho qué rollo con aquel güerito alto, con cuerpo de tentación, que te merendaste en Acapulco —le reprocho con toda la intención de sacarle la sopa.

Inmediatamente su expresión cambia a una de seriedad.

—Ya te platicué. Todo salió bien y no hay nada adicional —responde tajante.

—Denisse, en serio, ¿cómo puedes decir eso? Es claro, y además se te nota cada vez que lo menciono, que fue algo significativo para ti. Cuando me informaste de tu decisión te veías entusiasmada, y ahora actúas como si hubiera sido un simple encuentro casual sin importancia alguna.

—Precisamente por eso, amiga. Fue algo casual y ya. Lo quería hacer con él. Fin de la historia. No hay nada más y nunca lo habrá. ¿Quieres que te diga que fue una experiencia maravillosa llena de amor, dulzura y ternura? Pues no. Así no fue. Simplemente fue sexo. Cogimos como conejos toda la noche, no dormimos casi nada y luego volvió a suceder cuando llegamos aquí. Nos fuimos un rato a su depa y luego me trajo.

Lo dice sin parpadear, como si entre más vulgar fuera, menos pudiera dolerle.

Por lo menos ya medio me platicó.

Sé que hay algo más ahí y se lo está guardando.

Me da la impresión de que Denisse sufre por no ser correspondida como quisiera, y haber compartido ese tiempo con él no le ayudó en nada. Por el contrario, le destrozó el corazón.

Pobre de mi amiga.

Pero no hay nada que pueda hacer al respecto más que aguantar con cariño la lata que me da con mis disque cursilerías, porque en el fondo eso es justo, lo que ella añora.

Joseán decide aparecerse y Denisse se retira de la mesa, diciendo que tiene sueño.

—¿Y ahora qué mosca le picó a Nisi? —pregunta, muy sacado de onda con la actitud de su hermana.

—Pues no sé. Creo que anda agobiada con una materia que tal vez no pase —miento descaradamente.

—Mmm. Pues ojalá le vaya bien porque los extraordinarios son de hueva.

—¿Cómo está tu mamá? —le pregunto, cambiando de tema.

—Bastante bien. Ya se iba a acostar. De hecho, estas últimas semanas la he visto más animada. Hasta ha estado saliendo con sus amigas y retomó algunas actividades que tenía olvidadas, ya sabes, esas madres de caridad que le gustan. No ha dejado de ir con su terapeuta y se está tomando las medicinas. En las mañanas, cuando voy a revisar que las haya tomado, la encuentro ya despierta y de muy buen humor. Es como si estuviera viendo a la mamá de mi infancia otra vez —dice, entusiasmado.

—¡Qué buena onda! Eso está súper bien, ¿no?

—Claro que sí, pero... me preocupa que de repente le dé un bajón. Cualquier pendejada le puede afectar. Y luego mi papá, que no ayuda. Pero, en fin. Creo que mi mamá por fin entendió que su marido es un caso perdido. Me cae que ojalá un día encuentre el valor para mandarlo a la chingada.

Mmm. Y que tú también lo mandes al mismo lugar, pienso, queriendo externarlo.

Pero no lo hago por lo inadecuado del comentario.

Me pongo de pie para acercarme a él. Está sentado del lado contrario de la mesa y es demasiada distancia. Me leyó el pensamiento porque extiende los brazos, invitándome en silencio a sentarme en sus piernas. Necesito estar más cerca.

No para provocarlo, o no solo para eso.

Para que sienta que estoy ahí.

En cuanto lo hago, me manobra para quedar sentada de frente, con mis piernas extendidas a los lados de las suyas en una posición muy íntima y sugestiva. Las palmas de sus manos comienzan a recorrer mis piernas desde las rodillas hasta pasar por mi cadera. El roce es delicado, sensual. Al llegar a mi cintura, las deja descansar justo en el límite de la pretina de los jeans negros que decidí usar hoy. Sus pulgares acarician el contorno de mi estómago y encienden mi cuerpo.

Mis manos se quedan inmóviles sobre sus hombros.

Mi frente, adherida a la suya.

Lo miro a los ojos con intensidad.

—Deja de preocuparte tantito —le digo con suavidad—. Aunque sea por hoy. No puedes controlar todo, José Ángel. Tu mamá no está sola. Tiene a Denisse, te tiene a ti, y ahora parece que también está volviendo a encontrarse a sí misma.

Joseán me sonríe con ternura.

—Mmm. Tengo una novia muy sabia.

Sus manos comienzan a deslizarse hacia arriba, acariciando mis costados y detallando cada contorno con los dedos. Sus pulgares rozan ligeramente mis

pechos. Ese cosquilleo que siento entre las piernas cada vez que me toca ya es una sensación bastante familiar, una que pide ser atendida.

La posición en la que estamos no ayuda a calmarla.

Todo lo contrario.

Las ganas de provocar mayor fricción me consumen.

Seguimos frente con frente. Joseán sabe perfectamente lo que me hace.

Me toma del cuello con ambas manos, ejerciendo solo un poco de presión.

—Dame un beso, Nat —murmura con los labios a milímetros de los míos.

No tiene que repetirlo.

Obedezco de inmediato.

El beso empieza tímido, pero pronto se vuelve profundo. Nuestras bocas se buscan con una urgencia que ya no tiene nada de inocente. La razón se me está apagando por completo, devorada por el deseo.

Pero hay una pequeña luz, a lo lejos, que me recuerda algo importante.

Necesito hablar. Necesito confesar mi pequeño pecado.

Trato de calmarme para suavizar la intensidad del encuentro y, poco a poco, la cordura regresa.

—José Ángel —susurro su nombre aún con los labios sobre su boca.

Se detiene y me mira con los ojos entornados.

—Mmm —es lo único que logra articular.

Está igual de afectado que yo, pero no puedo dejar pasar la oportunidad de decirle.

—Tengo algo que contarte. O más bien... algo que confesarte —empiezo, encontrando valor incluso con la respiración agitada.

Me observa extrañado.

—¿Qué pasó?

Pone un poco de distancia al recargarse en el respaldo de la silla.

—Pues... no sé cómo empezar. —hago una pausa tratando de ordenar mis ideas.

—Me tomé la libertad de inscribirte en un concurso de cortometrajes. Envié el guion que me gusta, el de Un sueño surrealista, y... te aceptaron.

Me sigue observando serio, sin expresión alguna.

—Tendrías que filmar el corto y entregarlo antes del treinta y uno de enero.

Creo que no está nada contento.

Se agita, intenta moverse y entiendo que tengo que pararme.

Apenas lo hago, escucho crujir la silla por el impulso repentino con el que se pone de pie.

Se ve molesto. Muy molesto.

Después de estar tan cómodos, verlo así, enojado conmigo, con el cabello desordenado por culpa de mis manos, me causa demasiada angustia.

—¿Qué? —pregunta, levantando la voz.

—Eh... lo que oíste. ¿Concurso? ¿Filmar un corto? —titubeo.

—¿Estás loca? No mames, Natalia, ese guion es mío —increpa, señalándose con el pulgar.

Su expresión no es de coraje puro, sino de desesperación.

—No tenías derecho a usarlo, ni enviarlo, ni mucho menos inscribirlo en algo así. ¿Cómo se te ocurre? No tienes idea de lo que conlleva filmar algo. ¿No pensaste que sería buena idea preguntarme? No sé por qué insistes con lo mismo. No me interesa. El cine es un pinche pasatiempo para el que ya no tengo tiempo.

Se me van a salir las lágrimas.

Si no es que una ya se escapó.

Me siento enojada y decepcionada a la vez.

Sí, pasó por mi mente que pudiera enfadarse, pero no así. No al grado de levantarme la voz.

Necesito que me escuche porque no creo merecer esto.

—Sé que debí preguntarte —digo, limpiándome una lágrima con rabia—. Lo sé. Me equivoqué en eso. Pero mi intención era impulsarte para que, aunque sea una vez en tu vida, intentes hacer lo que realmente te apasiona. ¡En serio! No como un simple pasatiempo, porque no lo es. Tienes que quitarte esa idea que traes incrustada en la cabeza de que no debes hacerlo. Es completamente ridícula.

Me limpio otra lágrima, furiosa conmigo misma por no poder controlarlas.

—¿Qué no te das cuenta de lo extraordinariamente bueno que eres con una cámara? He visto tu trabajo, y lo has hecho con una pinche cámara microscópica. He visto metraje de cosas que grabaste hace años con esa cámara que tienes en tu recámara en exhibición como pieza de museo. He leído varios de tus guiones. Encima de todo, escribes ideas apasionantes y cautivadoras. ¿Por qué no puedes darte la oportunidad, aunque sea una vez? Imagínate. Si ganaras, podrías irte a estudiar a Nueva York, algo que querías hacer años atrás. Tendrías una oportunidad real de dedicar tu vida al cine.

—¿Por qué crees que eso es lo que quiero? —responde, cada vez más alterado—. No me interesa largarme a otro país. ¡No puedo irme! Entiéndelo, Nat. ¡No quiero! Y por favor dime que no te gastaste dinero en la inscripción,

porque más me voy a encabronar. No tienes derecho a entrometerte así en mi vida.

—¡Ángel!

Una voz femenina, severa, llega desde el pie de la escalera.

Laura, la mamá de Joseán, está ahí.

Comienza a acercarse a nosotros. Lleva puesta una bata larga azul de dormir, elegante incluso a esa hora. Su cabello castaño, lacio y cortado a la altura de los hombros, enmarca unos ojos color miel idénticos a los de sus hijos.

A la fecha, no he convivido mucho con ella. Joseán me presentó formalmente como su novia unos días después de regresar del viaje, pero si cruzamos tres palabras fue mucho. La he visto poco, así que no he tenido oportunidad de conocerla mejor.

Me quiero esconder en alguna parte para que no vea las lágrimas que no pude contener. Nunca fue mi intención causar una escena al grado de provocar una intervención. Por lo menos me consuela el hecho de no ser yo la que estaba gritando, y eso aminora un poco mi vergüenza.

Joseán se queda completamente perplejo y solo la sigue con la mirada mientras se aproxima.

—¿En qué momento creíste, hijo, que esa era la forma correcta de hablarle a tu novia? —le reprocha con calma, casi imitando sus propias palabras.

Ya de pie cerca de ambos, cruza los brazos.

Joseán sigue perplejo, pero ahora con ojos de plato.

Okey.

Natalia al rescate.

—Una disculpa, señora. No era nuestra intención molestarla.

—Nada de señora, por favor. Dime Laura —me responde sin apartar la atención hacia su hijo—. Y tú no tienes nada por qué disculparte. El que tiene que hacerlo es José Ángel.

Lo señala con la mano derecha.

Y dijo el nombre completo.

Madre Santa.

—Porque no recuerdo haberte enseñado que levantarle la voz a una mujer de esa forma es correcto. Mucho menos usando ese vocabulario.

Lo dice con firmeza.

Puedo darme cuenta de que Laura es una mujer muy refinada. Sus dos hijos, aunque físicamente se parecen mucho a Salvador, heredaron lo mejor de su madre: el porte, la mirada, ese aire de cierta arrogancia que ambos poseen.

Pero al verla también noto que, detrás de esa fragilidad, hay una mujer que, a pesar de su enfermedad, ama a su hijo y se preocupa por su comportamiento.

—Perdón, mamá —alcanzo apenas a escucharlo decir.

Lo dice con mucha suavidad. Tiene las manos en los bolsillos del pantalón de mezclilla y la cara escondida por el velo de su cabello, viendo hacia abajo como estudiando el frío suelo de mármol. No quiere o no puede verla a los ojos.

—A mí no me tienes que pedir disculpa. Pídesela a tu novia —lo corrige. Agh.

Se me cae la cara de vergüenza.

Me tallo los ojos con una mano para borrar la evidencia líquida de mi frustración y coraje.

No dejo de mirar a Joseán.

—Perdón, Nat, pero... entiende que no lo voy a hacer y...

—Tú escúchame bien porque no lo voy a repetir —interrumpe Laura, antes de que Joseán vuelva con lo mismo—. Si hay una persona en este mundo con la que voy a estar eternamente agradecida, eres tú. Tu labor como hijo ha ido más allá de la mía como madre, pero eso se acabó. No más.

Joseán la ve con detenimiento.

Laura respira hondo, como si llevara años guardando esas palabras.

—Seis años te he visto apagado, perdido, alejado de tu hermana. Te he observado caer y cometer errores. Muchos. Pero...

Laura voltea a verme con ternura.

—Desde que esta mujer entró en tu vida, volví a verte con luz. Te he visto contento. Cerraste la brecha que habías abierto con tu hermana para ocultar lo que realmente hacías, y no me cabe la menor duda de que mucho de eso tiene que ver con Natalia.

No sé dónde meterme.

—Así que te recomiendo que la escuches. Que te des la oportunidad de agradecer que se preocupe por tu bienestar. Que quiera verte pleno. Porque, aunque a veces no lo parezca, me percaté de todo.

Su voz tiembla un poco, pero no se rompe.

—He vivido inmersa en mi propia depresión, sí. Pero el amor que siento por ustedes, mis hijos, es lo que me mantiene viva. Incluso cuando he recaído, incluso cuando he fallado de formas que nunca voy a dejar de lamentar, ustedes son la razón por la que quiero luchar. Me interesa vivir porque quiero verlos brillar. Quiero que sean felices y algún día, si Dios lo permite, quiero conocer a mis nietos.

Joseán está completamente inmóvil.

—Y ¿sabes qué? También quiero seguir viviendo porque estoy segura de que un día voy a entrar a una sala de cine y podré decir con orgullo: “Esa película la dirigió mi hijo”.

Se me aprieta el corazón.

—No me voy a disculpar por entrometerme —continúa Laura—, porque la verdad es que escuché toda su conversación y no me queda claro por qué no has hecho nada al respecto. Créeme que no me trago el cuento de que no te interesa.

No termino de digerir las palabras de Laura cuando Joseán, aún con esa expresión de asombro, se lleva las manos al cabello y cierra brevemente los ojos. Inhala. Al abrirlos, los noto cristalinos.

Doy un paso hacia atrás y me recargo en la mesa del comedor, escondiendo las manos en la bolsa frontal de mi sudadera. La posición me ayuda a relajarme.

Joseán va a comenzar a hablar.

—Mi papá...

—Al diablo con tu padre —responde Laura, con una fuerza que no esperaba de ella—. Tienes veinticuatro años, Ángel. Puedes hacer lo que te venga en gana. No necesitas la aprobación de nadie. Ni siquiera la mía. Mucho menos la de él. Deja de perder el tiempo.

Ahora sí estoy en completo shock ante la escena que tengo frente a mí.

Joseán empieza a llorar al escuchar las últimas palabras de su madre.

No me lo esperaba.

Mis ojos viajan más allá de la escena, donde Denisse está sentada al pie de la escalera, abrazándose las rodillas, hecha un mar de lágrimas.

Ni siquiera me había percatado de que estaba ahí.

No sé en qué momento bajó de su cuarto para escuchar.

Y yo abrazo una extraña sensación que no puedo explicar.

Me siento foránea, como la espectadora que entró al teatro sin pagar boleto para ver un drama familiar que me conmueve hasta la médula.

Es inútil impedir que mis ojos se llenen de lágrimas.

Me siento culpable y, al mismo tiempo, siento alivio porque sé que estoy presenciando un parteaguas en la vida de personas que, en poco tiempo, he aprendido a querer de manera entrañable.

No. Miento.

A una no la quiero.

La amo.

Porque, a pesar de todo, lo bueno y lo malo, estoy perdida y estúpidamente enamorada de José Ángel Cuén.

Laura y Joseán están inmersos en un abrazo empapado de sollozos. Denisse se incorpora para hacer lo mismo. Los observo y me enternece de sobremanera verlos así.

Sigo de pie, debatiendo si sentarme y esperar, cuando Laura extiende el brazo izquierdo hacia mí, invitándome en silencio a unirme a ellos.

Le sonrío y avanzo para acomodarme entre ella y Joseán. Nos abrazamos con fuerza.

Un momento después nos separamos y él toma mi mano firmemente, como si no quisiera que me esfume o salga huyendo despavorida.

Denisse rompe el silencio.

—Okey, después de este relajito yo me regreso a mi camita. ¡Los amo!

Se despide con su característico humor, provocando un alivio de tensión muy grato. Le da un beso a su mamá, le despeina aún más el cabello a su hermano y me da un abrazo.

—Te quiero, amiga —susurra en mi oído.

—Yo también, loquita. Buenas noches.

Laura nos sonrío, se da media vuelta y comienza a dirigirse a la escalera.

—Los dejo. Ten cuidado cuando lleves a Natalia a su casa, que ya es tarde —comenta casualmente mientras sube los escalones.

—Sí, mamá.

—Buenas noches —contesto.

Aún tomados de la mano, ambos observamos a su mamá caminar por el pasillo hasta desaparecer cerca de la entrada de su recámara. Así, sin mayor ceremonia, Laura se va a dormir como si no acabara de moverle el piso a todos.

No lo puedo explicar, pero la sensación sombría que usualmente se percibe en esta álgida mansión se esfuma por completo.

Inmediatamente, Joseán me jala hacia él para abrazarme. Hunde su cara húmeda en el hueco de mi cuello y rodea mi cintura con los brazos.

Con una mano le acaricio el cabello y con la otra correspondo el abrazo.

—Perdóname —suplica con suavidad.

Siento cómo su voz repercute sobre mi hombro.

—Perdóname —besa mi cuello—. Perdóname.

Se mueve para tomar mi rostro con las manos y me mira fijamente a los ojos.

—Perdóname.

Besa mi nariz.

Le contesto con un gesto alegre, silencioso pero lleno de promesas.

—Olvidalo, ¿sí?

Sus labios terminan sobre los míos suavemente, sin urgencia, en un beso casto pero alentador.

Es solo un instante.

Al separarnos, me sonrío como nunca.

1 5 . La visita incómoda

El pequeño arbolito navideño, con luces de colores intermitentes, parece un frijol solitario en un plato de arroz. El consultorio del doctor Cabrera es todo lo contrario a lo que imaginé que sería un lugar donde se atiende exclusivamente a mujeres. Completamente minimalista, con sillones de piel negra, acentos cromados, piso de loseta blanco y negro tipo dominó y un recibidor de vidrio biselado. La decoración es muy masculina, salvo por las impresionantes fotografías de bebés y siluetas de mujeres embarazadas que adornan la pared.

Aunque están lindas, se me encoge la nariz solo con verlas.

Dios me libre y me ampare.

Nooooo.

¿Cómo fué que terminé en el consultorio del ginecólogo con Joseán sentado a mi lado, esperando a que me atiendan?

No tengo la menor idea.

Creo que tuve un lapso de demencia cuando acepté que viniera conmigo.

Cruzo y descruzo las piernas por quinta vez, intentando no pensar en que, en unos minutos, un señor que no conozco va a hacerme preguntas que ni mi mamá se atrevería a formular en voz alta.

Todo se lo debo al estrés de los exámenes finales. Si alguien me hubiera advertido lo difícil que iba a ser pasar las materias del primer semestre con buenas calificaciones, creo que habría desistido de la idea de estudiar. Por supuesto, gracias a que soy una perfecta obsesiva y tengo que mantener la beca, todo me pareció el doble de pesado.

Pasé con un promedio que hasta a mí me sorprendió.

Mi pobre novio quería colgarme de una lámpara al segundo día de exámenes, así que opté por mandarlo a descansar de mi persona durante siete días. Era demasiada distracción y se la pasaba quejándose de mi obsesión.

Aunado a los exámenes, mi nivel de estrés se eleva por los cielos por culpa del cortometraje. Estoy feliz de que Joseán, aunque todavía medio renuente y dramático, haya accedido a filmarlo. El problema es que el muy tramposo decidió cobrar venganza.

Tengo que actuar en él.

Porque aparentemente mandar su guion a un concurso sin permiso no se paga con una disculpa, sino con humillación pública frente a una cámara.

Por más que le dije que estaba loco y que intenté desanimarlo amenazando con arruinar la producción gracias a mi falta de experiencia y

habilidad, no pude convencerlo de lo contrario. No ha dado marcha atrás y eso me tiene súper agobiada.

Por lo menos ya al terminar noviembre, el corto dejó de ser una pelea entre nosotros y empezó a convertirse en una lista interminable de pendientes.

El próximo viernes me voy a Aguascalientes cuatro días para pasar Navidad con mi familia. El 25 de diciembre me va a alcanzar Joseán para conocer a mis papás y, al día siguiente, nos vamos a Xilitla para filmar durante cuatro días. La idea es regresar y pasar Año Nuevo con su familia.

Joseán y su familia pasarán Nochebuena en casa de Rosa. Fue algo muy curioso porque Denisse me comentó que su abuela casi nunca hace la cena de Navidad en su casa y que, de hecho, no es muy dada a los festejos o celebraciones familiares.

Por cierto, Salvador no está invitado, aun cuando el señor es su hijo. Rosa está cien por ciento del lado de su nuera y sus nietos.

Hace cuatro días, Laura finalmente se armó de valor y le pidió el divorcio a su marido.

Se armó una trifulca espantosa en casa de Joseán.

Por lo que Denisse me contó, Salvador amenazó a Laura con dejarla en la calle, como si todo lo que tenían fuera únicamente suyo y pudiera repartir castigos a su antojo.

Denisse y Joseán, con justa razón, se pusieron furiosos. Le recordaron que no se le olvidara de dónde venía realmente la mayor parte de la fortuna familiar.

Ahí fue cuando entendí algo que hasta entonces para mí no era obvio: el dinero no venía solo de los negocios de Salvador. En realidad, buena parte de lo que tienen proviene de la familia Garay, la familia materna de Joseán y Denisse. Dinero viejo, como dicen. Propiedades, inversiones, herencias, ese tipo de riqueza que no se presume demasiado porque siempre ha estado ahí.

Y supongo que eso explica muchas cosas.

El apellido Cuén pesaba por el carácter de Salvador, por sus negocios y por su presencia imponente. Pero el apellido Garay era el que sostenía gran parte de la estructura que él parecía empeñado en controlar.

Al parecer entendió el mensaje porque se salió de la casa y se fue a vivir a uno de los departamentos que tiene en la ciudad.

Está de más decir que Joseán le renunció.

Oficialmente tengo un novio desempleado.

Con mucha renuencia vendió su moto para poder financiar el corto. Sentí horrible verlo fingir que no le dolía, pero no quiso pedirle dinero a su mamá y

eso es admirable. Al final son solo cosas materiales totalmente reemplazables. Sergio, Alejandra y tres amigas de ella nos van a ayudar con la filmación. Dos de las chicas van a actuar junto con otro muchacho que voy a conocer en la locación. El sí se dedica a la actuación, así que no entiendo por qué Joseán quiere que yo también lo haga si no soy actriz.

Hoy nos enteramos de que Omar también va a ayudar. Aprovechó que tenía tiempo libre para visitar a su mamá y ver a su mejor amigo. No fue nada fácil conseguir los permisos y coordinar los horarios para filmar en locación. El acceso al jardín de las Pozas está controlado, los tiempos son estrictos y, obviamente, no es como llegar con una cámara y ponerse a grabar donde a uno se le antoje.

Hubo llamadas, correos, pagos, autorizaciones y más trámites de los que cualquiera de nosotros imaginó. Pero al final lo logramos.

El estrés se ha seguido acumulando hasta dejarme exhausta. También porque, cuando terminé de presentar el último examen, me fui de inmediato a casa de Joseán. Estaba solo y nos encerramos en su recámara.

Hice todo lo posible por aprovechar el tiempo para trabajar en el guion y aprender mi parte. Aprovechamos para hacer las reservaciones del lugar donde se quedará todo el grupo.

Una vez que terminamos, nos sentamos en el suelo a jugar videojuegos. Notaba a Joseán algo tenso. Sabía por qué, obvio no soy tonta. Tenía una semana completa sin verlo y apenas le di un besito y un abrazo cuando llegué. Claro que tenía ganas de devorarlo, pero me contuve. Evité el ocio lo más que pude porque ya llevaba días ocultando un temor estúpido a llevar nuestra relación a otro nivel.

Gran parte del “descanso” para estudiar fue más bien un pretexto para evitar dar ese paso.

No soy tonta, eso ya lo mencioné. Por eso no tengo idea de cómo creí que me saldría con la mía después de no vernos siete días.

Recordarlo aún me estremece y me planta una sonrisa mega descarada en el rostro.

—¿Qué jugamos? —preguntó Joseán al agacharse para abrir el cajón donde guarda las cajas de videojuegos.

—¿Qué tal el de los dragones? Ese que estabas jugando el otro día que te caí de sorpresa. No tengo idea de cómo se juega, pero me puedes explicar.

Joseán tomó el juego y lo insertó en la consola. Luego se llevó las manos a la cabeza y se sentó en el suelo alfombrado, al pie de la cama.

—Vente. Yo te enseño.

Me tiré al piso junto a él.

—No, ahí no te sientes. Vente para acá.

Al decirlo, extendió la mano para que la tomara y me guió hasta sentarme frente a él, en medio de sus piernas. Me encerró entre sus brazos al acomodarme recargada contra su pecho. Descansó la barbilla en mi hombro y colocó el control entre mis manos.

Mmm.

No sé qué está tramando, pero me gusta.

Comenzó a explicarme para qué servía cada botón y cómo debía utilizarlos. Cada palabra era como una caricia al sentirla tan cerca de mi oído. Sentí la energía que emanaba de él cuando su boca hizo contacto justo ahí, en el hueco de mi cuello.

Me reí, alterada.

—No sé por qué tengo el presentimiento de que este juego está un poco difícil —comenté entre risas, sintiendo cómo se me aceleraba el corazón.

No viene al caso que me sienta así, máxime que no es la primera vez que jugamos, pero la posición y la forma en que me tiene abrazada no sirven de mucho para concentrarme.

—Claro que no. Vas a ver. El juego es de esos que te gustan, está chingón.

Comencé a jugar. Las imágenes son considerablemente sangrientas y los monstruos, dragones y demás criaturas están bien difíciles de derrotar. Creo que no soy muy buena porque, en cuestión de segundos, morí masacrada dos veces.

Me atacué de la risa.

—No manches, soy malísima.

—Vas muy bien. Inténtalo de nuevo.

No sentía que iba muy bien, pero, en fin.

Me reí nuevamente cuando me mataron, pero el juego engancha, así que unos minutos después ya había avanzado al siguiente nivel. El control era una extensión de mis manos.

—¡A huevo! Los maté a todos —grité, sonriendo como niña de diez años.

Joseán se rió junto conmigo.

No había notado sus manos sobre mis muslos cuando empecé a jugar, pero definitivamente me di cuenta de que estaban ahí cuando separaron ligeramente mis piernas y comenzaron a fruncir el delicado material que las cubría, subiéndolo poco a poco.

Maldita la hora en que se me ocurrió ponerme falda.

Era de esas largas, con mucha tela, tipo gitana. Negra, con olanes en la base, pero no deja de ser falda. Me latió usarla porque el sol brillaba desde

temprano, prometiendo un día cálido, y ya tenía rato que no hacía calorcito, pero en ese momento me arrepentí de mi ocurrencia.

Dejé caer el control de inmediato y me mataron en un segundo.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Joseán sobre mi cuello.

Comenzó a adornar mí ya erizada piel con delicados besos.

—No puedo concentrarme —exhalé, cerrando los ojos.

Sus labios me abandonaron y quise gritarle que no parara.

—Levanta el control, Nat —ordenó—. Sigue jugando.

Por supuesto que entre líneas escuché: “mientras yo juego”.

Muy obediente, continué, pero no pude poner atención. No me interesó en lo más mínimo matar monstruos mientras sentía cómo las manos de Joseán acariciaban mis piernas en un vaivén que provocó que mi falda subiera a una altura muy indecente.

Estaba segura de que podía admirar mi ropa interior, pero por alguna extraña razón no me atreví a decirle nada. Mi tarea era concentrarme en jugar, así que intenté hacerlo.

Dejé de respirar en cuanto sentí sus dedos merodear la parte interna de mi muslo, cada vez más cerca de donde mi cuerpo ya lo esperaba. El muy astuto no dejaba de mirar la pantalla porque al mismo tiempo me daba instrucciones para no fallar la misión encomendada.

Cuando sigilosamente deslizó los dedos por debajo de la suave tela que me cubría, morí quemada por el fuego del dragón que intentaba derrotar.

El pobre personaje del juego no tenía escapatoria.

Yo tampoco.

—Vuelve a intentarlo —instigó con la voz entrecortada.

Comenzó a acariciarme con delicadeza y sentí una risita al escuchar la forma en que mi respiración falló por completo. Me recargué en su hombro.

—Sigue. Ya revivió tu personaje —volvió a ordenar.

Presioné el botón en el control. Traté de concentrarme, pero era imposible. Creo que eso era exactamente lo que Joseán quería: jugar hasta ver cuánto tiempo podía aguantar antes de perderme por completo ante sus caricias.

Sus dedos eran un martirio constante sobre mi piel sensible. La presión, el movimiento, la forma en que parecía conocer un camino que para mí es novedad, hizo que se esfumara toda coherencia. Entre más jugaba con mi cuerpo, más vidas perdía en el videojuego.

La pantalla desplegó un mensaje sangriento avisando que había vuelto a morir.

Dejé caer el control al suelo.

No me interesó seguir.

Joseán seguía llevándome poco a poco a un punto donde el mundo entero se reduce a sus manos y mi respiración. El juego deja de existir, me seguía tocando, con un ritmo perfecto y en el lugar exacto, explorando cada contorno y, al sentir que se atrevía a ir un poco más lejos, no pude evitar la bocanada de aire que apagó el sonido que estaba a punto de escaparse de mi boca.

—José Ángel, por favor... ya —supliqué con suavidad.

Estaba sufriendo por satisfacer la necesidad de estallar y él lo sabía. Sentí cómo el placer se arremolinaba en mis piernas, en el estómago, en cada rincón de mi cuerpo. Sabía lo que estaba a punto de pasar y, cuando finalmente sucedió, se me escapó un sonido entre placer y angustia.

Me quedé recargada en su hombro, temblando como secuela de lo ocurrido. Me dio un poco de pena porque no sabía qué hacer o decir, y no tengo idea de cómo se escuchó lo que acababa de salir de mí.

Joseán se movió un poco para acomodarse y aproveché para colocarme de lado, acurrucada contra él.

—Ya me dio pena —confesé.

—¿Por?

—Porque creo que soné como una loca.

—No como una loca —respondió con una sonrisa expresiva, los ojos brillosos, llenos de deseo y satisfacción—. Más bien perfecta.

En ese instante lo decidí.

Me levanté para cambiar de posición e hincarme a su lado. Llevé mis manos a su cara para enmarcarla con ellas. Tracé suavemente, con un pulgar, el contorno de sus cejas y, con el otro, sus labios. No dejé de mirarlo fijamente a los ojos.

Me acerqué más hasta montarme sobre sus piernas. Joseán llevó las manos a mis muslos, deslizándolas suavemente hacia arriba, por debajo de la falda, hasta llegar a mis glúteos.

Seguíamos con la mirada enganchada.

Ambos jadeando.

La exploración se tornó urgente cuando comenzó a tocarme con más presión.

—Perfecta —susurró.

Cerró la distancia para plantarme un beso abrasador, completamente sucio y muy mojado. Nunca me habían besado con semejante intensidad. Era un beso sexual y apabullante. Una de sus manos me tomó del cuello y la quijada, y aproveché el movimiento para abrir los botones de su camisa.

Aproveché para tocarlo, para recorrer con mis manos cada contorno de su pecho, de su estómago. Mis dedos pensaron por sí solos al llegar al primer botón de su pantalón de mezclilla. Ese, el deslavado lleno de hoyos con el que lo vi por primera vez. Di un ligero tirón y los demás se desabrocharon con facilidad.

Joseán separó su boca de la mía y detuvo mis manos.

Ambos estábamos sonrojados, completamente agitados.

—No, Nat.

—¿Por qué?

—Es demasiado y no quiero que sea aquí. Puede llegar alguien. Además, no quiero que te sientas obligada. Solo cuando estés completamente segura.

—Ya sé, pero quiero regresarte el... el...

En serio sigo siendo la más zonza.

Ni siquiera podía decirlo.

—¿Orgasmo? —preguntó, arqueando una ceja, a punto de reírse.

Solamente asentí.

Me soltó las manos y regresé a la tarea que me encomendé.

—Enséñame, porfa —le pedí, susurrándole al oído y alcanzando el lóbulo con mi lengua.

No tuve que decirlo una vez más.

Toma mi mano, la guía.

Me enseñó perfectamente.

Y amé cada segundo.

Ya un poco más tarde, estábamos acurrucados en el enorme sofá del cuarto de televisión. Joseán me tenía abrazada en silencio. Cada uno leía en uno de esos momentos en los que estás tan cómodo con alguien que no hacen falta palabras. Solo disfrutas la compañía y la sensación de pertenencia.

No podía concentrarme en el libro porque mi cabeza daba vueltas. He estado pensando durante días sin parar y mi parte racional me detiene, pero justo cuando suceden cosas como lo que acabamos de compartir, ya no me interesa escuchar a la razón.

Sé que estoy lista y que quiero dar ese paso.

Sé que tiene que ser él.

—Voy a hacer cita con el ginecólogo para la próxima semana.

Así, de la nada, lo solté.

Pero de alguna manera tenía que demostrarle que estaba lista y que quería hacer lo correcto. Ser responsable.

Joseán solo se me quedó viendo, como estudiando mi decidida expresión facial.

—Okey. Me dices qué día y te acompaño —dijo con aire despreocupado.

—¡Claro que no! ¿Cómo vas a ir conmigo? Qué pena —le contesté, separándome de él para quedar sentada.

Me sonrió.

—Nat, una de las razones por las que quieres ir y me lo estás diciendo es porque tiene que ver conmigo. Otras, meramente por salud. Así que cualquier resolución que vayas a tomar sobre cómo cuidarte me interesa. Quiero saber qué opciones tienes, qué sería lo menos agresivo para tu cuerpo, y no quiero que te sientas presionada y decidas algo que a la larga te haga daño o te afecte cuando en un futuro queramos tener hijos.

Me quedé congelada.

—Por mi parte —continuó— te prometo que antes de tu cita te voy a dar estudios de laboratorio para que estés segura de que no tengo alguna enfermedad o algo, ¿okey? Si tú vas al doctor, yo también.

Lo dijo así, muy impasible.

Me quedé boquiabierta.

Regresando al presente, puedo decir que justo ahí, tuve un lapso de demencia. Escucharlo decir “cuando en un futuro queramos tener hijos” me dejó helada. El detalle de los análisis fue la cereza del pastel porque, en serio, no lo puedo adorar más de lo que ya lo adoro.

Precisamente ese es otro tema que revolotea en mi mente. No he sido capaz de decirle con palabras lo que siento. Él tampoco lo ha hecho y, honestamente, creo que aun cuando evitamos las cursilerías porque no está en nuestra naturaleza ser melosos, nos hace falta dar el salto.

Antes que nada, falta decir “te amo”.

Y no lo hemos hecho.

—Natalia, ya cálmate. No sé por qué estás tan nerviosa.

Joseán me saca del trance de recuerdos deteniendo mi pierna bailadora con su mano. Ya no tengo oportunidad de contestarle porque escucho que me llaman para entrar a la consulta.

La señora que funge como ayudante y recepcionista al menos inspira confianza. Tendrá alrededor de cincuenta años, chaparrita, de cabello corto, ondulado y negro. Usa lentes y su bata blanca reglamentaria.

Al vernos, sonrío abiertamente y me siento un poco más tranquila.

Al entrar al consultorio, nos recibe el doctor. Un hombre muy alto, como de cincuenta años, moreno claro, cabello castaño, ojos negros, bastante bien parecido. Se muestra seguro de sí mismo, con un aparente aire de profesionalismo.

Su consultorio está decorado similar al exterior. La diferencia es que la pared detrás de su escritorio la cubre por completo un librero de caoba, donde descansan diferentes ornamentos que parecen reconocimientos, diplomas y varias fotografías donde aparecen dos niñas. En algunas se ven muy pequeñas, pero el portarretrato más grande las muestra ya adolescentes.

Supongo que deben ser sus hijas.

Eso me reconforta.

Que el doctor tenga hijas que se acercan a mi edad.

El doctor Cabrera nos pide sentarnos frente a su escritorio de madera y comienza a hacerme una serie de preguntas referentes a mi historia clínica. Nunca me he enfermado de algo grave, no me han operado salvo de las anginas cuando tenía cuatro años.

Varias de las preguntas son muy íntimas y sé que estoy roja como tomate porque Joseán está ahí, a mi lado, y no me ha soltado la mano. Es un gesto bastante tierno, el hecho de que esté aquí apoyándome, pero no deja de darme una pena terrible.

Le comento al doctor que la única vez que he visitado al ginecólogo fue cuando tenía dieciséis años, por razones meramente rutinarias. De hecho, mi mamá no me quería llevar porque no creía necesario que fuera hasta que estuviera mayor.

Traducción: quería que tuviera necesidad de ir hasta que me casara o algo por el estilo.

El médico nos explica que ese tema es recurrente en pacientes jóvenes. Que las mujeres debemos acudir al especialista a revisiones anuales desde que inicia la menstruación, con el fin de prevenir problemas futuros y no esperar hasta ser sexualmente activas. Una cosa no tiene que ver con la otra.

Ay, qué pena.

Hago algunas preguntas y Joseán pregunta más de lo necesario. Cada vez que lo hace, me mira primero, como pidiendo permiso sin decirlo. Quiero escurrirme debajo del asiento porque, al parecer, está muy interesado en saber cosas que ni a mí se me habían ocurrido.

El doctor nos explica los pros y contras de todas las opciones disponibles, haciendo énfasis en que ningún método es cien por ciento infalible.

Qué miedo.

También me recomienda ponerme la vacuna contra el virus del papiloma humano para prevenir cáncer cervicouterino, lo cual me parece excelente. Ni siquiera sabía que existe.

Por fin tengo que pasar al área de revisión. Joseán se queda leyendo unos folletos en el escritorio y entro al cubículo contiguo. Sigo las instrucciones al

pie de la letra y, en un santiamén, terminamos con el mega incómodo escrutinio de mi aparato reproductor.

Se me quiere escapar la risa nerviosa que traigo atorada.

Por supuesto, fui tratada con profesionalismo, amabilidad y respeto. El doctor, la verdad, me cayó súper bien y se ve bastante aliviado.

Tras la recomendación médica, opté por tomar pastillas bajas en contenido hormonal. Parece ser lo mejor por la edad que tengo y, más adelante, podría optar por algo más duradero, como un implante.

Salgo del consultorio receta en mano y Joseán, como de costumbre, ya se adelantó: pagó la consulta y el examen de laboratorio.

Lo voy a ahorcar.

—No tenías que pagar. ¿Sí sabes que tengo dinero para estas cosas, ¿verdad? —reprocho mientras descendemos en el elevador al estacionamiento.

Joseán levanta una ceja y me mira de lado, claramente irritado.

—Ya lo sé, Nat, pero no manches. No me pesa en lo más mínimo pagarla y además creo que es lo correcto dadas las circunstancias.

Salimos del elevador y caminamos hacia el coche tomados de la mano, como siempre, tratando de que mis cortas piernas alcancen las zancadas que da Joseán cuando camina rápido. Constantemente es lo mismo. Parece que lo van correteando y es súper chistoso ver cómo siempre tiene que intentar caminar más despacio para no dejarme atrás.

—¿Circunstancias? —pregunto al aproximarnos a su coche, al que por cierto le urge una visita al autolavado porque está lleno de polvo. El color negro brillante ya parece gris.

—Exacto. Nada más de pensar en que voy a disfrutar de los frutos de esta pequeña inversión, vale la pena el gasto, ¿no crees?

Lo dice con un tono insinuante, seguido de un guiño bastante sexy.

—Estás loquito.

—Siempre dices eso cuando sabes que tengo la razón.

Sonríe.

Llegamos al coche, pero aún no abre la puerta. Nos quedamos de pie, uno frente al otro.

—No vas a ser el único que lo va a disfrutar, así que no. No tienes la razón... loquito —remarco, mordiéndome el labio inferior.

Joseán se acerca a mí, haciendo que mi cuerpo se recargue contra la polvosa puerta.

—Okey, lo acepto. Sí estoy loco, pero eso es culpa tuya porque así me traes.

Me planta un beso. Súper rico y muy subido de tono para un estacionamiento público.

Al separarnos, casi sin aliento, me dice que me toca manejar. Me da las llaves del auto y accedo con la condición de pasar a lavarlo. Nos atacamos de risa porque mi silueta se quedó marcada en la puerta y me ensucié la ropa. Por supuesto, el muy aprovechado me sacudió efusivamente la espalda, poniendo especial atención en mi trasero.

—Listo. Ya no tienes polvo —concluye, dándome un besito en la nariz.

No me queda más que poner los ojos en blanco.

Suspiro como una niña.

La neta, a la que trae loca es a mí, pero, en fin.

Anoche nos fuimos de antro. Para variar, acabamos en un canta bar. Tanto Denisse como Joseán no me han dejado de fregar con la cantada. Ambos confabularon en mi contra y se dieron a la tarea de reclutar a Javier y a Pablo. Total, todos acabaron saliendo con nosotros. Digo todos porque también llegó Adriana con el novio en turno, Liliana y Luis, a quienes ya tenía rato que no veía fuera de la escuela.

La pasamos muy bien. Me medí con la bebida, solo un poco para darme valor y no acabar haciendo el ridículo de mi vida. Me hicieron cantar varias veces. No solo mis amigos, también el resto de las personas que estaban ahí pidieron que lo hiciera de nuevo.

Nunca había recibido tanta atención. Aunque al principio me dio pánico escénico y me sentí bastante incómoda, después de un rato fui ganando confianza, seguridad en mí misma, y eso fue un gran logro.

Terminamos regresando tarde, con la garganta rasposa de tanto cantar y el cuerpo cansado, pero con esa felicidad ligera que solo aparece después de una noche inesperadamente buena.

Joseán me dejó en casa de Rosa casi de madrugada y, antes de despedirse, me dio un beso largo, de esos que no ayudan en nada cuando una tiene que subir a dormir sola.

Dormí poco, pero no por angustia.

Tenía la cabeza llena de música, risas, aplausos y de la forma en que Joseán me miraba cada vez que subía al escenario. Cuando abrí los ojos, ya era tardísimo. Agradecí profundamente no tener clases y que mi turno en el café empezara hasta la tarde, porque de otra manera habría llegado arrastrándome como alma en pena.

Hoy es el último día que trabajo hasta regresar en enero. En verdad, los dueños de esta empresa son lo máximo. Me dieron oportunidad de tomarme

los días sin goce de sueldo, claro está, pero puedo regresar a trabajar sin problema alguno.

Llegué al café aún con la garganta un poco rasposa por la cantada de anoche y con mi proceso mental dividido entre la emoción del viaje, la presión de terminar de hacer la maleta y esa mezcla rara de nervios y felicidad que me deja Joseán últimamente. Me pasé la mañana medio inútil, contestando mensajes de todos los involucrados en mi nueva y no solicitada carrera como cantante de cantabar, revisando que no se me olvidara nada para Aguascalientes y tratando de no pensar mucho en lo que viene.

Para cuando empezó mi turno, ya estaba sobreviviendo a base de café cargado, corrector y pura fuerza de voluntad.

—Nati, te toca atender la caja, por favorcito —escucho a Pablo, y vuelvo a la realidad.

Creo que algo me estaban diciendo y yo ni en cuenta, porque Javi se está riendo de mí cínicamente.

—Andas en la luna, amix. ¿Te desvelaste mucho acaso? Supongo que el bomboncito no te dejó dormir, ¿eh? —dice Javi, meneando las cejas sugestivamente.

—¡Qué te importa, Javi! Ni se te ocurra empezar con lo mismo porque ya sabes cuál es mi respuesta.

—Sí, ya sé. Eres la más aburrida. Yo que todos los días llego con la ilusión de que cuentes con lujo de detalle las cochinadas que haces con el delicioso novio que te cargas. ¡Y nada! A mí se me hace que lo voy a invitar a que se cambie de bando —se queja, moviendo las manos, exasperado.

Ni madres, wey. Si alguien lo invita, ese voy a ser yo —interfiere Pablo, señalándose con el dedo y adoptando una pose de indignación, inclinándose ligeramente con la otra mano en la cadera.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. Son un par de enfadosos y, además, la pobre señora que está esperando su café ya nos volteó a ver feo.

—Ya mejor no digo nada porque se va a enojar —dice Javi, entregándole el café a nuestra espectadora—. Pero cambiando de tema, antes de que llegue más gente... en serio, amix, ¿nunca has pensado dedicarte a eso de la artisteada?

Lo pregunta con un tono más serio mientras termina de preparar otro café.

—Claro que no. Eso no me late para nada —le contesto tajante.

—Pues deberías. Con lo chula que estás, esos ojos verdosos de anime japonés y la mentada voz que tienes, que por cierto tenías escondida cual secreto de Estado, podrías llegar al estrellato sin bronca.

—Ay, Javi, gracias por el cumplido, pero la neta nunca me ha pasado por la mente. Ese tipo de vida no me interesa. Me da mucha hueva —afirmo casualmente.

—Déjala, Javi. Cuando menos se lo espere, la inscribimos en un programa de talentos y la llevamos a la audición a la fuerza. Es más, si tenemos que secuestrar al bomboncito para presionarla, yo me apunto a cuidarlo —increpa Pablo.

—Ustedes dos me van a volver loca. Son un par de divas maquiavélicas. ¡Ni se les ocurra hacerme algo así porque ni borracha me paro en una audición! —les contesto riendo, al tiempo que sacudo el área de cajas con mi trapito verde.

—Y habló la maestra manipuladora. ¿Qué no le hiciste lo mismo a tu novio?

—¡No es lo mismo, Javier! No manches —exclamo con indignación, pero sonriendo.

Sé que sus intenciones son buenas.

Esa sonrisa que ilumina mi cara se disipa en el momento en que volteo para ver la puerta del establecimiento.

Entran varios clientes, incluyendo un grupo de mujeres que vienen de la universidad, con mochilas al hombro, platicando y revisando sus celulares. El tono rubio de cabello, falso a más no poder, lo puedo reconocer a kilómetros de distancia.

Ahí viene Zaira.

Directo hacia mí.

Y no estoy en posibilidades de escabullirme.

—¿Quieres que las atienda yo? —me pregunta Javi, frunciendo el ceño con preocupación.

Es lindo de su parte porque sé que quiere protegerme. La última vez que Zaira se apareció por aquí acabé hecha un manojo de lágrimas.

Pero aquí y ahora no hay cosa que pueda decirme que vaya a afectarme.

O por lo menos eso quiero creer.

—No, gracias. Yo lo hago —contesto, encogiéndome de hombros, tratando de mostrar desinterés.

Al fin y al cabo, ahora sí tengo armas para defenderme de sus agresiones verbales.

Zaira se acerca a la caja caminando con determinación. Sus zapatos hacen ruido con cada paso que da. Nada discreta, como siempre. Está vestida impecable, pero llamativa: chamarra roja muy entallada, abrochada, aunque

con los dos primeros botones abiertos a manera de escote; pantalones de mezclilla negros ajustadísimos y unas mega plataformas también negras.

Se detiene justo frente a mí. La caja registradora y el mostrador son lo único que la mantienen a distancia.

Como es mi costumbre, sonrío conforme lo indica el reglamento del establecimiento y le doy la bienvenida propiamente.

—¿Qué vas a llevar? —pregunto casual al terminar el saludo sistemático.

—Nada. Solo quiero hablar contigo —dice cortante, con un aire de grandeza digno de la reina de Inglaterra.

Los dedos de su mano derecha golpeando el mostrador. Sus uñas postizas hacen un ruido muy fuerte y molesto.

¿Acaso cree que me estoy rascando el ombligo?

Estoy trabajando.

—No hay nadie que ayude a mis compañeros como para tomarme tiempo y hacerlo —contesto, cruzándome de brazos.

—Me tiene sin cuidado. Quiero hablar contigo, así que, si no quieres que toda la cafetería y tu séquito de reinas del carnaval se enteren de lo que vengo a decirte, mejor vamos afuera.

Agh.

Qué niña tan insoportable.

—Yo tomo las órdenes, no son tantas personas. Si necesitas algo, me avisas, ¿va? —dice Pablo, acercándose para tomar mi lugar en la caja.

Una de sus manos toca suavemente la parte baja de mi espalda y me brinda un gesto de aliento. Lo oculta bien, pero sé que ganas no le faltan de desgreñar a Zaira.

Le devuelvo el gesto y me desabrocho el delantal para colocarlo junto a la puerta del mostrador. No es buena idea salir a la calle a hacer quién sabe qué con el uniforme completo.

Sin articular palabra alguna, salgo del área de atención y me dirijo a la puerta. Zaira me sigue, chasqueando los zapatos. Puedo sentir las miradas de sus amigas siguiéndonos.

Al salir, el aire helado de invierno me provoca un escalofrío. Ya se está haciendo de noche. La poca luz del área exterior del café proviene de las farolas metálicas, colocadas estratégicamente lejos unas de otras para provocar un ambiente agradable. El ruido del inevitable tráfico decembrino está en todo su esplendor.

Me detengo junto a las jardineras, donde no se alcanza a ver bien desde dentro.

Si causamos una escena, necesito la menor cantidad de testigos posible.

Qué pena.

—Soy toda oídos. ¿Qué se te ofrece? —inicio la conversación, cruzándome de brazos.

Ambas quedamos de pie, pero puedo recargarme en la jardinera más alta, así que lo hago para mostrar una actitud desinteresada.

—Josa no me dirige la palabra —suelta.

—¿Y eso es problema mío por?

Zaira aprieta la mandíbula.

—Porque es tu culpa.

No contesto.

Algo en su voz me hace entender que viene distinta. No menos insoportable, claro, pero sí distinta. Más cansada. Más desesperada.

—Desde que apareciste, todo cambió —continúa—. Y no me salgas con que no tienes nada que ver porque sí tienes. Tú llegaste con tu cara de niña buena, tus discursos de “sigue tus sueños” y esa necesidad ridícula de salvarlo, y ahora resulta que yo soy la mala de la historia.

—Yo no estoy contando ninguna historia, Zaira. Ni tratando de salvar a nadie.

—No, por supuesto. Tú solo estás ahí, haciéndote la inocente mientras él se convence de que contigo puede ser una mejor versión de sí mismo.

Eso sí me pega.

No por ella.

Por lo cerca que está de la verdad.

—Si viniste a insultarme, la verdad tengo mejores cosas que hacer.

—No vine a insultarte —dice, aunque la forma en que me mira demuestra lo contrario—. Vine a decirte que no sabes en lo que te estás metiendo. Tú crees que lo conoces porque te contó dos tragedias familiares y te enseñó sus guiones. Crees que, porque ahora te lleva de la mano, te abre la puerta y te mira como si fueras la única mujer en el mundo, ya ganaste.

Suelto una risa breve, sin humor.

—¿Ganaste? ¿Esto qué, es una competencia?

—Para ti no. Para mí sí fue mucho tiempo —admite, y eso me sorprende más de lo que quisiera—. Y sí, ya sé que suena patético. No necesito que me lo digas.

Por primera vez desde que la conozco, no parece una villana de cuento barato.

Parece una persona rota tratando de no verse rota.

—Zaira...

—No —me interrumpe—. Déjame terminar. Josa no me quiere como yo quiero. Ya lo sé. No soy idiota. Pero tampoco me puedes pedir que desaparezca como si nada después de años de estar ahí. Tú no sabes lo que fue para mí. No sabes lo que era tenerlo cuando todo lo demás se estaba cayendo. Y ahora de pronto tú llegas, él decide que quiere ser bueno, que quiere hacer las cosas bien, y yo quedo como el error que tiene que borrar.

No sé qué decir.

Porque parte de mí quiere mandarla al diablo.

Y otra parte, una muy incómoda, entiende demasiado bien lo que está diciendo.

—Joseán no te está borrando —respondo al fin—. Pero sí está tratando de poner límites. Y tal vez eso te duele porque durante mucho tiempo ninguno de los dos los tuvo.

Me mira con rabia, pero no responde de inmediato.

—No tienes idea de lo que tuvimos.

—No. No la tengo —acepto—. Y tampoco quiero competir con eso. No me interesa medirme contra tu historia con él porque, honestamente, saldría perdiendo en muchas cosas. Tú estuviste antes, sabes cosas que yo apenas estoy entendiendo, lo acompañaste en momentos que yo ni siquiera puedo imaginar y él a tí. No voy a negar eso.

Su expresión cambia un poco.

Como si esperara otra respuesta.

—Pero también te voy a decir algo —continúo, dando un paso hacia ella—. Que hayas estado antes no significa que tengas derecho a seguir ocupando un lugar que él ya no quiere darte. Y que hayas sufrido no te da permiso de lastimar a los demás.

Zaira se nota vulnerable por un segundo, pero se recupera rápido.

—Qué madura.

—No. Nada madura. Me estoy muriendo de celos y me encantaría decirte muchas cosas horribles. Pero por respeto a lo que siento por Joseán, y porque sé que él te tiene cariño, no lo voy a hacer.

Se queda callada.

El silencio entre nosotras se vuelve raro. Pesado.

—Lo que tú y Joseán tuvieron fue importante —digo, bajando un poco la voz—. No voy a fingir que no. Pero también creo que se hicieron daño. Se usaron. Se sostuvieron. Se confundieron. Llámalo como quieras. Y ahora él está intentando salir de eso.

—¿Y tú vas a salvarlo?

—No. Ese es el punto. Yo no voy a salvarlo. No soy su terapeuta, ni su mamá, ni su proyecto de vida. Soy su novia. Lo quiero. Lo apoyo. Pero no puedo hacer el trabajo por él. Tampoco tú.

Zaira aprieta los labios.

—Él siempre vuelve cuando se siente mal.

La punzada llega directo al pecho.

Respiro profundo antes de contestar.

—Tal vez. Pero si vuelve a ti por costumbre, por culpa o por miedo, eso tampoco es amor. Y tú deberías querer algo mejor que eso.

Sus ojos se llenan de algo que no alcanzo a descifrar. ¿Coraje? ¿Dolor? ¿Vergüenza?

Tal vez las tres.

—No te hagas la buena conmigo, Natalia.

—No me estoy haciendo la buena. Me estás cayendo pésimo, para ser honesta.

Zaira parpadea, sorprendida.

—Pero eso no significa que no pueda entender que estás sufriendo —añado—. Y justo por eso te digo esto: deja de perseguir una versión de Joseán que no existe. Quiérete un poco más. Si de verdad lo quieres, déjalo decidir sin tener que cargar contigo como responsabilidad emocional. Y si quieres seguir siendo su amiga, sé su amiga de verdad. No alguien que está esperando a que yo me equivoque para ocupar mi lugar.

Su rostro se endurece, pero esta vez no dice nada cruel.

Solo me observa.

—¿Ya terminaste? —pregunta.

—Sí.

Asiente una vez, muy despacio.

—Ojalá tengas razón.

Se coloca de nuevo los lentes, pero antes de irse se detiene.

—Dile que me debe una conversación. Una de verdad. No una donde intenta quedar bien con todos.

—Díselo tú.

Zaira suelta una risa muy leve, casi triste.

—Ese es el problema. Ya no sé si me va a escuchar.

Me quedo en silencio y la veo caminar hacia la banqueta. No regresa con sus amigas y se aleja sin decir nada más.

Me quedo unos segundos junto a la jardinera, con las manos heladas y el estómago hecho nudo.

La verdad es que Zaira no vino solo a pelear conmigo. Vino a recordarme que la historia de Joseán empezó mucho antes de mí. Y que, aunque yo no quiera competir con fantasmas, algunos fantasmas todavía saben tocar la puerta.

Respiro hondo, me acomodo el cabello y regreso al café como si nada hubiera pasado.

Pablo me mira en cuanto entro.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí —le contesto, tomando de nuevo mi delantal—. Todo bien.

No sé si me cree, pero no insiste.

La verdad es que más tarde, cuando Joseán llega por mí, opto por no decirle nada acerca de la visita incómoda. No por esconderle algo, sino porque, por primera vez, entiendo que esa conversación no me toca resolverla a mí.

Zaira tiene que agarrar la onda y eventualmente ya será decisión de Joseán seguir la amistad con ella o no. Claro está que yo preferiría la segunda opción.

Al llegar a casa nos recibe Laura, saludándonos con cariño. Últimamente ha pasado a supervisar la casa cada vez que Rosa se va a Cuernavaca, lo cual ha sido más seguido. Aprovecho para darle a Laura un abrazo y desearle feliz Navidad, ya que no la veré hasta el próximo año.

Subimos a mi cuarto para recoger las maletas que aún no cierro. Necesito ponerme ropa cómoda para irme al aeropuerto y Joseán me sigue al subir las escaleras. Está callado, pensativo. Puedo sentir su mirada siguiendo atentamente cada paso que doy.

Al llegar a la puerta de la recámara, Joseán se queda de pie detrás de mí y lentamente siento cómo desliza una mano por mi cintura hasta descansarla en mi estómago. Ejerce un poco de presión hasta quedar completamente pegado a mí.

Al intentar tomar el picaporte, Joseán me gana y, en menos de lo que canta un gallo, abre la puerta. Cruzamos el umbral y escucho cómo la puerta se cierra al tiempo que él, sin esfuerzo alguno, me maniobra hasta dejarme adherida a ella.

Toma mis manos y las entrelaza con las suyas. Me observa detenidamente, sin articular palabra alguna. Sus expresivos ojos tienen un aire de preocupación o angustia, no lo sé.

Intento preguntarle qué le pasa y al mismo tiempo moverme, pero es inútil. En un instante me está besando con fuerza. Suelta mis manos, dejándolas libres para merodear, e instintivamente las coloco sobre su cuello y ejerzo más presión.

Necesito el contacto. Es como si mi cuerpo quisiera fundirse con el suyo.

Lo anticipo: cada vez que me toca, pierdo el control. Y ahorita no es buena idea. Estamos en mi cuarto, en casa de su abuela, su mamá está cerca.

—Mis maletas —susurro encima de su boca, aprovechando que ambos necesitamos aire.

—No quiero que te vayas —contesta despacio, sin despegarse un milímetro de mi boca.

Me muerde suavemente el labio inferior, provocándome un revoloteo interno que me deja mareada. Me cae que no necesito alcohol para emborracharme. Solo necesito que me bese así y pierdo la razón en un segundo.

Por eso decido usar mis manos y poner distancia.

—Son solo pocos días y nos vamos a ver en Navidad —le recuerdo, mientras camino hacia la cama para revisar si me falta colocar algo en las maletas. Me ocupo de inmediato en acomodar la ropa faltante y guardar mi bolsita con artículos de tocador.

Joseán se sienta en la cama y me observa.

Verlo ahí sentado hace que emanen de mi cerebro pensamientos que no vienen al caso en este momento, porque me dan ganas de acercarme, de tirarlo en la cama y...

—No sé qué cochinadas estás pensando, pero te recomiendo que quites esa carita porque pierdes el vuelo —me dice, muy sonriente.

Seguro mi expresión dejó entrever las negras intenciones que cruzaron mi mente.

Me río nerviosa y termino de cerrar las maletas.

—Ándale, ya ayúdame a bajar esto al coche. Es tu culpa por andar calentando el boiler cuando no tienes tiempo de meterte a bañar —bromeo.

Joseán se ataca de risa, toma mis maletas, comienza a rodar la más pequeña y se coloca la de morral en el hombro.

—Está bien, tú ganas. Pero créeme que cuando menos te lo imagines nos vamos a dar un baño muy, muy largo.

Lo sigo con una sonrisa que me adorna la cara todo el camino hasta el aeropuerto, incluso cuando llega el momento de despedirnos y tengo que fingir que no me cuesta soltarle la mano.

16. Familia

—¡Natalia!

El grito emocionado de mi mamá seguramente se alcanzó a escuchar hasta la pista de aterrizaje del minúsculo aeropuerto de mi ciudad natal. Honestamente, no me importa. Verla ahí, con los brazos abiertos y cara de felicidad total, me entenece.

Dejo las maletas en el camino para abrazarla. Una se me cae de lado, pero me vale. Que ruede si quiere.

—Hola, mamá. ¡Te he extrañado un buen! —confieso con gusto, sin soltarla.

—Yo más, hijita. Yo más.

De reojo alcanzo a ver a mi padre recogiendo mis maletas abandonadas. Finge molestia por el tiradero, pero lo veo sonreír mientras levanta las maletas. Me separo de mi mamá y me acerco a él para darle un abrazo igual de afectuoso.

—Nati, qué bueno que llegaste con bien. Gracias a Dios.

—Te extrañé mucho, papito —le digo sinceramente, de la forma en que lo llamaba de niña.

Comenzamos a caminar hacia el estacionamiento. Ambos se ven muy bien. Felices. Hasta cierto punto, radiantes. Me pregunto si es por la emoción de verme o porque mi ausencia les vino de maravilla para reencontrarse como pareja. Qué bonito por ellos. Qué incómodo para mí pensarlo.

Yo creo que más bien es lo segundo, porque irradian tranquilidad, alegría. Se ven en paz.

Mamá parece más joven. Está más delgada, trae el cabello castaño perfectamente alaciado hasta los hombros y una blusa blanca de tela semitraslúcida con una camiseta ceñida debajo. Pero lo que me descoloca de verdad es verla con jeans ajustados y sandalias de pata de gallo con piedritas, casi iguales a las mías.

En serio se ve súper guapa.

Hasta parece mi hermana en lugar de mi mamá.

Me ha dejado anonadada.

Mi papá, como siempre, lleva su vestimenta casual y conservadora: camisa polo azul, pantalones claros y zapatos cómodos. Se dejó crecer la barba de candado y, aunque me cueste admitirlo de mi propio padre, se ve más joven. Bastante galán.

Me río como niña chiquita porque de plano no lo puedo creer.

—¿Por qué la risita, Nati? —pregunta mi mamá, sonriendo.

—Ay, mamá, pues es que se ven como muy... no sé... ¿jóvenes y guapos?

Mi mamá se muerde la sonrisa y mi papá mira hacia otro lado, como si le diera pena que yo hubiera notado algo.

Llegamos a donde está estacionada la camioneta de mi papá. Mientras él abre las puertas y acomoda las maletas, mi mamá me comenta entusiasmada que se puso a dieta y aprovechó para cambiarse de *look*.

—Te ves guapísima, mami. Pareces mi hermana.

Ambas reímos y subimos al carro.

Una vez sentada en el asiento trasero, tomo el celular de mi bolso. Lo prendo y espero a que agarre señal. En cuanto se conecta, veo que tengo dos mensajes de Joseán.

Joseán: ¿Ya aterrizaste? ¿Todo bien?

Joseán: Te extraño. Ya prende el celular, que sé que ya llegaste.

Por supuesto, ni tarda ni perezosa le contesto a don intenso.

Natalia: Ya llegué. Todo bien.

Natalia: Yo también te extraño.

Natalia: Mis papás están rarísimos.

Un minuto después, vuelve a sonar el celular.

Joseán: ¿Rarísimos por qué?

Natalia: Creo que les sentó bien mi ausencia. Parecen adolescentes.

Joseán: Capaz y se bañan juntos desde que no estás.

Ay, no.

Tengo que morderme los labios para no soltar la carcajada frente a mis papás.

Natalia: Cállate. No quiero imaginar eso.

Natalia: Te marco al rato.

Mi mamá voltea desde el asiento de adelante, con esa sonrisa de señora que ya sabe todo antes de preguntar.

—¿Por qué te estás riendo tan sospechosa, hija? Porque con esa cara de perrito enamorado seguramente ya estás mensajeándote con tu novio, ¿verdad? —pregunta mi mamá, llena de curiosidad.

Al mismo tiempo escucho a mi papá gruñir y veo cómo aprieta el volante con firmeza. Alguien no está muy contento con la idea de que tengo novio.

Opto por ignorar la molestia de mi padre y fingir demencia.

—Sí, mamá. Era Joseán. Quería saber si había llegado bien.

Y hacer comentarios inapropiados acerca de sus actividades, agrego mentalmente.

—Me da gusto que se preocupe por ti. En la casa me platicas a detalle con un cafecito, porque por teléfono, videollamada o por mensajes no es lo mismo

—sugiere.

—Claro, ma. Me late la idea.

—No entiendo por qué tanto interés —dice mi papá, con la vista fija en el camino—. La dejamos estudiar fuera, no ir a conseguir novio a la primera. Es muy rápido. Y, por lo que me dijo tu mamá, ese chico te lleva seis años.

—Ricardo, no empieces. Ya hablamos de esto. Primero lo conocemos y luego opinas. Además, se te olvida que tú eres ocho años mayor que yo.

Mi mamá coloca una mano sobre el muslo de mi papá. Es un gesto íntimo, pero también estratégico, porque lo calma de inmediato.

Siempre mi mamá, con ese efecto calmante y cariñoso, ha podido manejar los arranques de mi padre. A veces suele ser un poco apasionado al discutir o dar su punto de vista. Supongo que es el abogado que lleva dentro.

El resto del camino transcurre con la radio bajita, mi mamá preguntándome por tonterías para cambiar de tema y mi papá fingiendo que no escucha cada vez que aparece el nombre de Joseán. Yo contesto lo mínimo y miro por la ventana, reconociendo calles que antes me parecían enormes y ahora se ven raramente pequeñas.

Al día siguiente despierto en mi cama de siempre, mirando el mismo techo de siempre, y por alguna razón me da por pensar en las etapas de la vida.

Supongo que una no se da cuenta de que una etapa terminó hasta que vuelve al lugar donde empezó y todo se ve igual, menos tú.

Mi cuarto sigue siendo mi cuarto. La cama, el clóset, mis libros, el espejo con una esquina manchada, todo está en su lugar. La que se siente fuera de lugar soy yo.

Hasta ahora he tenido una vida bastante privilegiada. No de dinero, porque tampoco, pero sí de amor.

De papás presentes.

De una casa segura.

De amistades bonitas.

De problemas normales.

Y tal vez por eso me cuesta tanto entender esta sensación de estar parada entre dos versiones de mí misma: la Natalia que vivía aquí y la Natalia que ya no sabe si podría volver del todo.

Los meses que llevo fuera de casa me han abierto un camino de posibilidades infinitas. De toma de decisiones con las que me he dado cuenta de que las riendas de mi vida las llevo yo y nadie más.

A veces me pregunto si he tomado las decisiones correctas. Si de verdad lo que hago es lo que quiero. Hasta ahora me agrada mucho, quiero seguir y me siento plena, pero... ¿y a la larga? ¿Podré ser exitosa? ¿Tendré un trabajo que me llene? ¿O moriré ahogada en el mar de gente que busca lo mismo que yo? ¿Me voy a casar? ¿Tendré hijos? ¿Seré una madre trabajadora? ¿Me quedaré en casa? ¿Me va a dar tiempo de hacer todo o voy a terminar sobreviviendo con café, ansiedad y deudas?

A veces la incertidumbre, las dudas y las preguntas invaden mi mente y no sé por qué. Los sueños que a veces tengo, como anoche, donde me veo rodeada de ovaciones y aplausos, no los comprendo.

Es como si mi subconsciente tratara de remover mis miedos, de decirme algo importante.

Llevo tres días en casa con mis padres y la verdad es que los he visto poco, ya que me la he pasado de vaga. No llevaba ni diez minutos levantada al día siguiente de mi llegada cuando Karla vino a visitarme. Nos quedamos platicando un rato, desayunamos y por la tarde visitamos un restaurante bar nuevo, muy de esos que ponen plantas colgantes, focos cálidos y nombres raros en el menú. Estaba demasiado lleno y ahí nos encontramos a algunos amigos de la prepa. Incluso estaba Enrique y me dio gusto verlo contento con su novia. Gusto de verdad, no de ese que una finge para sentirse evolucionada.

Ayer nos fuimos a comer y al cine. Hemos estado inseparables.

Durante años, Karla fue mi roca, mi cómplice, y la extraño como nunca. Nuestra amistad va más allá de la distancia y estoy segura de que durará por muchos años, aun cuando no vivamos en la misma ciudad. Con Karla no hubo saludo normal. Hubo grito, abrazo, jaloneo, y luego una inspección completa de mi cara porque, según ella, 'el novio chilango me traía toda idiota'.

Hoy por la mañana mi mamá salió a visitar a una amiga, pero quedamos de ir por el afamado café por la tarde. Aprovecho la mañana para descansar y pasar un rato de fodonga en la cama. Me siento feliz de estar aquí, pero a la vez esta casa y mi recámara me parecen foráneas.

Ahora extraño mi cuarto rentado y a las compañeras que ahí viven. Extraño a Denisse y sus locuras, pero más que nada extraño a Joseán.

Tres días sin él y parezco perro sin dueño. Es completamente patético porque la parte racional de mi cerebro sabe que es, en gran medida, por la novedad. Porque llevamos poco tiempo juntos y estamos en la etapa del enamoramiento idiota.

Por eso debo ser cautelosa y no dejarme caer al vacío.

El problema es que la parte sentimental, cursi y nada racional de mi existencia me dice todo lo contrario. Me dice que así es el amor y que no pasa nada si me dejo caer al precipicio porque ahí van a estar las redes que me sostendrán y nunca dejarán que esto acabe.

Me dispongo a seguir descansando y a estudiar el guion, porque necesito ocupar a la ardilla que no deja de correr como loca en mi cabeza.

Por la tarde, mamá y yo terminamos en el café de siempre, el que ella presume como si sirvieran elixir de vida y no latte de vainilla con espuma excesiva. Café en mano y un plato de galletas de chocolate sobre la mesa adornan la amena charla con mi madre. Mi mamá no interrumpe. Solo sostiene la taza con ambas manos, me mira por encima del borde y asiente de vez en cuando, tal cual estuviera armando un expediente mental.

Le estoy platicando todo.

Bueno, casi todo.

Mi amistad con Denisse y la forma en que se fue desenvolviendo de manera paralela la amistad con su hermano, que eventualmente nos llevó a ser novios. Cuando le hablo de Laura, mi mamá se queda observando su café en silencio. No la conoce, pero se le nota la tristeza.

—Entonces, al parecer, tu relación con este chico es seria —dice mamá finalmente.

—Sí, ma. Tan seria como puede ser... supongo —titubeo.

—Y te vas pasado mañana a Xilitla con él, a la filmación.

Eso ya no fue pregunta, sino afirmación de su parte. Quiero imaginarme que, hasta cierto punto, sabe que en realidad no le estoy pidiendo permiso.

—Sí, ya te lo había comentado. Van dos amigos de Joseán y otras dos chicas —añado.

Mi mamá aprieta los dedos alrededor de la taza.

Le doy un sorbo al café y tomo una galleta para calmar los nervios por la anticipación de lo que viene.

—¿Y sería mucho pedirte que te quedes con las chicas?

Ante la pregunta, que más bien suena a súplica, no me queda nada más que ser sincera. Sé que no le va a agradar la respuesta, pero es lo mejor.

—Mamá, si te contesto que sí, ¿en serio me creerías?

Ella solo aprieta los labios y fija la mirada en la mía. Me observa claramente preocupada. Siento horrible pensar que la voy a decepcionar, pero no puedo hacer nada al respecto.

—Lo supuse —añado—. Sé que te preocupa, pero, mamá, en México igual estoy sola. Nunca te he dado razón para no tenerme confianza y al final creo que ya debo empezar a tomar mis propias decisiones, ¿no crees?

Me sigue observando detenidamente. Le da un trago a su café, coloca la taza en la mesita y cambia de posición, acercándose a mí. Coloca los codos en la mesa y se recarga. Respira profundo y exhala.

—Natalia, la preocupación de una madre jamás cesa. Ya lo entenderás cuando tengas un hijo. ¿Quiero que te vayas de viaje con tu novio? No. ¿Creo que aún eres muy joven? Por supuesto. ¿Me preocupa que salgas con un chico seis años mayor que tú? Claro que sí. Yo tuve tu edad y sé que, si te lo prohíbo, de todas maneras, lo harás.

Hace una pausa. Su voz se suaviza.

—Te tengo confianza, de eso no tengas la menor duda. Pero, por favor, hija, sé responsable. Cuida tu corazón. No quiero que te sientas presionada, no quiero que hagas algo para lo que no estés lista. Llevas muy poco tiempo de novia con él y aún no lo conoces del todo. No tomes decisiones de las que posteriormente te puedas arrepentir.

Entiendo perfectamente la súplica de mi madre. Todo lo que me acaba de decir lo he pensado una y otra vez. Sin embargo, no voy a cambiar de opinión. Mi decisión está tomada y necesito que me entienda.

Que me apoye.

Le sonrío afectuosamente y aprovecho para acercarme un poco y tomarla de la mano.

—Gracias, mamá. Créeme que tomo en cuenta todo lo que me dices. Ten confianza en que afrontaré mis decisiones con responsabilidad. Tengo que empezar a hacer mi vida y... pues, si cometo errores, aprenderé de ellos.

Trago saliva. Intento sonar segura. No sé si lo logro.

—Y sobre José Ángel... lo quiero, ma. De verdad lo quiero. Me trata súper bien, es atento, caballeroso y tiene un corazón enorme. A veces aparenta lo contrario, pero es noble. Y no sé dónde vamos a parar, pero lo que sí sé es que quiero aprovechar el tiempo con él y vivir las experiencias al máximo. ¿Sí me explico?

Ella solo me sonrío y me da un apretón en la mano. Sus ojos lo dicen todo: me comprende y va a respetar mi elección. Sus ojos están brillosos, pero no llora. Mi mamá es de esas mujeres que se quiebran para adentro. Lo que no sé es cómo le va a hacer para suavizarle el golpe a mi papá.

Después, quizá porque las conversaciones importantes abren otras puertas, terminamos hablando de su trabajo, mis clases y las preocupaciones de mi papá. Los clientes tardan mucho en pagar y constantemente solicitan servicios por resultados, por lo que el dinero escasea en casa.

No es una novedad. Nunca hemos sido adinerados, pero a como va la economía, el día a día se vuelve más apremiante.

No sé qué tiene la Navidad que me siempre me pone nostálgica. Tal vez es el olor a ponche, tal vez las sillas vacías, tal vez que una crece y descubre que diciembre no arregla nada, solo lo ilumina con foquitos.

Cuando era pequeña me llenaba de emoción por los regalos. Esperaba con ansias la noche para dormir y ver, al día siguiente, los regalos que me llevaba Santa y después, en enero, los Reyes Magos. Siempre se juntaba la familia materna y echaban la casa por la ventana. Las casas de mis tíos invariablemente contaban con toda la parafernalia navideña.

En cambio, después de que mi abuela murió, mis papás, en casa, adornaban escasamente. Colocábamos un árbol pequeño y lo decorábamos con los adornos antiguos de mi abuela. Nada más.

Mi madre nunca ha sido fan de los festejos, pero, ya entrada la pasa muy bien.

La Navidad me provoca nostalgia al pensar en las personas que están solas o que no tienen los medios para festejar. Me provoca desesperación ver los excesos y despilfarros de otros, el desperdicio de comida, en fin.

Cuando empiezo a pensar en estas cosas, divago a tal grado que luego quiero descifrar el misterio de la existencia. Por eso mejor aprovecho el tiempo para convivir con la familia.

La cena de Navidad está en todo su apogeo. Mis tíos y primos, a quienes no he visto desde hace varios meses, ya están algo tomados. Los chistes, las canciones y las bromas están a la orden. No falta el primo que se siente comediante de stand up, la tía que pregunta si ya tengo novio, aunque toda la mesa ya lo sabe, ni el tío que, con dos tequilas encima, de pronto se vuelve experto en política internacional.

La casa está llena de ruido, olor a ponche, bacalao, pavo recalentándose antes de siquiera ser servido y esa mezcla extraña de perfumes de señora, lociones de hombre y humo de cohetes que se cuela cada vez que alguien abre la puerta. Mis primos más chicos corren entre las sillas con luces de bengala apagadas, porque mi mamá ya los amenazó con quitarles los regalos si se les ocurre prenderlas adentro. Mis tías se reparten órdenes como generales en guerra y, aun así, nadie sabe dónde quedaron las cucharas del postre.

—Natalia, hija, pásame los platos hondos —me pide una de mis tías.

—¿Platos hondos para qué, tía?

—No sé, pero tu mamá dijo platos hondos.

Muy típico. En esta familia la logística navideña funciona bajo un sistema de órdenes cruzadas que nadie entiende, pero todos obedecemos por supervivencia.

Me río mientras entro a la cocina. Mi mamá está probando el ponche con una cuchara, muy seria, como si estuviera evaluando un vino carísimo.

—Le falta algo —murmura.

—¿Más azúcar?

—No. Más piquete, pero no le digas a tu papá.

Mi madre, señoras y señores. La misma que hace dos días me estaba dando una plática solemne sobre responsabilidad, ahora está adulterando el ponche familiar con cara de santa.

La quiero demasiado.

Regreso a la sala con los platos que nadie necesitaba y me topo con la mirada sospechosa de mi papá. Está sentado en el sillón individual, observando el caos con una mezcla de resignación y vigilancia paterna. Desde que llegué no ha dejado de preguntarme, de formas más o menos sutiles, a qué hora llega Joseán mañana, cuánto tiempo se va a quedar y exactamente cuántas personas van a la famosa filmación.

El señor está en modo preventivo.

Y no lo culpo del todo.

A media cena me llega un mensaje de Joseán.

Joseán: ¿Sigues viva?

Natalia: Apenas. Mi familia está en modo posada con esteroides.

Joseán: Acá todo raro, pero bonito.

Natalia: ¿Raro cómo?

Joseán: Estamos en casa de mi abuela. Solo mi mamá, Nisi, Rosa y yo.

Joseán: Hace años no pasábamos una Navidad tan tranquilos.

Se me aprieta el corazón al leerlo.

Natalia: ¿Y eso es bueno?

Tarda un poco en contestar. Me imagino que está sentado en algún rincón de la casa de Rosa, con el celular en la mano y esa expresión seria que se le pone cuando algo le importa mucho.

Joseán: Sí.

Joseán: Muy bueno.

Joseán: Mi mamá se rió hace rato. De verdad.

Joseán: Nisi casi llora y la abuela hizo que no se dio cuenta.

Sonríó como idiota frente al plato.

Natalia: Me da mucho gusto :)

Joseán: A mí también.

Joseán: Creo que hacía mucho que no nos sentíamos... familia.

Ay, no.

Mi corazón.

Estoy a punto de contestarle cuando mi tía Maru, que no tiene ningún respeto por la privacidad ajena, se asoma por encima de mi hombro.

—¿Ese es el novio?

Bloqueo el celular de inmediato.

—Tía.

—Ay, ni que una no hubiera sido joven. Estás sonriendo como mensa. Es el novio.

Mi mamá, desde la cocina, grita:

—¡Déjala en paz!

Mi papá, desde el sillón, agrega:

—¿Qué novio? Fingiendo demencia.

Y ahí se arma el caos.

Mis primos empiezan a chiflar. Una tía pide foto. Otra pregunta si es guapo. Un primo que no veía desde hace meses dice que seguro es feo porque “los guapos no son fieles”, comentario que provoca que mi mamá le lance una servilleta y que mi papá diga que por fin alguien en esta familia habla con sentido común.

—No empien —protesto, completamente roja.

—A ver, enséñanos una foto —pide Carmen, que no pertenece a esta familia pero se integró tan bien que ya hasta opina como si tuviera derecho de sangre.

—No.

—Entonces es feo —dictamina uno de mis primos.

—No es feo —contesto muy rápido.

Error.

La mesa entera hace “uuuuu” como si estuviéramos en secundaria.

Dios mío.

¿Por qué volví?

El celular vuelve a vibrar en mi mano.

Joseán: ¿Todo bien? ¿Por qué desapareciste?

Natalia: Mi familia descubrió que estaba hablando contigo.

Natalia: Ahora quieren foto, acta de nacimiento y carta de no antecedentes penales.

Joseán: Mándales mi RFC también.

Natalia: No les des ideas.

Joseán: ¿Tu papá ya me odia?

Miro a mi padre, que finge no estar pendiente de mi celular mientras parte una pierna de pavo con más violencia de la necesaria.

Natalia: Digamos que está reuniendo pruebas.

Joseán: Perfecto. Mañana llevo mi mejor cara de ciudadano responsable.

Natalia: Más te vale.

Joseán: Feliz Navidad, princesa.

Natalia: Feliz Navidad, sapo.

Guardo el celular con una sonrisa que no puedo disimular. Mi mamá me observa desde la cocina y me guiña un ojo. Mi papá también me ve, pero él no guiña nada. Él mastica en silencio, como si acabara de aceptar una misión de Estado.

Después de la cena llega el intercambio de regalos, que como siempre termina en reclamos porque alguien llevó una bufanda horrible, otro compró una taza con frase motivacional y mi tío Ernesto, fiel a su costumbre, envolvió dinero en una caja enorme para “crear expectativa”. Mis primos chicos gritan al abrir juguetes. Mis tías se ríen de cualquier cosa. Mi mamá canta villancicos desafinada mientras recoge platos y mi papá, aunque intenta hacerse el serio, termina sirviendo ponche a todo mundo.

Por un rato dejo de pensar en las despedidas, en Xilitla, en el miedo, en Joseán, en el futuro.

Solo estoy aquí.

En mi casa.

Con mi familia.

Con el ruido, el desorden y las bromas malas de siempre. Más tarde, como era de esperarse, alguien prende el karaoke.

Ese es el momento perfecto para huir.

Los conozco como la palma de mi mano y sé que no tardan en pedirme que cante. El problema es que solo puedo huir al jardín, así que mejor me sirvo un poco de valentía líquida para enfrentar lo que viene.

Mi estrategia falla, por supuesto.

Tres canciones después, Carmen me empuja al centro de la sala, mi tío anuncia con solemnidad que “la artista de la familia” nos va a deleitar, y yo termino cantando frente a todos mientras mis primos hacen coros espantosos y mi mamá me mira con una mezcla de orgullo y sorpresa que me da más pena que los aplausos.

Canto una. Luego otra. Luego una tercera porque mi familia no conoce la moderación.

Para cuando por fin logro escapar, tengo la garganta cansada, los pies adoloridos y el corazón lleno de esa nostalgia bonita que solo aparece cuando sabes que un momento se va a convertir en recuerdo.

Me duermo tarde.

O temprano, más bien.

Al abrir los ojos, la poca luz que alcanza a entrar por mi ventana me molesta demasiado. Los efectos del exceso de comida, alcohol y uso de mi voz los siento de inmediato. Traigo la boca seca, muero de sed y me siento fatal del estómago.

Al mismo tiempo, me lleno de emoción porque hoy llega Joseán. Así que más vale que, después de empinarme un litro de agua, un sal de uvas, un buen baño y un desayuno cura-crua, pueda volver a la vida.

La ansiedad me carcome la piel. Me he cambiado de ropa tres veces y finalmente decido usar un suéter largo color guinda, leggings negros y botas a la rodilla del mismo color. Opto por dejarme el cabello suelto, natural, y usar muy poco maquillaje.

Me pregunto qué va a pensar Joseán cuando conozca mi casa. El lugar donde crecí, lleno de lindos recuerdos.

Es una casita blanca, con vigas de madera en los techos, herrería forjada en las ventanas y macetitas que mi mamá mueve de lugar cada dos semanas porque jura que así les da mejor el sol. Por dentro, las paredes son de ladrillo anaranjado y los muebles, de madera rústica con telas coloridas. Nada combina muy exacto, pero todo tiene historia.

El único lugar de la casa que no es rústico es mi recámara. Aunque es muy pequeña, los muebles son blancos y más modernos. Mi escritorio blanco, mis libros, el espejo que tengo desde secundaria y una lámpara que Karla siempre ha odiado. Definitivamente nada que ver con lo que él está acostumbrado.

Mi tren de pensamiento es interrumpido por el sonido de mi celular. Es un mensaje de Joseán avisándome que ya entró a la ciudad. Le mandé mi ubicación desde ayer, pero aun así espero que Maps no lo meta por alguna calle rara, porque con las aplicaciones y las direcciones de este país nunca se sabe.

Joseán: Ya entré a la ciudad.

Joseán: Creo que Maps sí me está llevando bien, pero si termino en un baldío vienes por mí.

Natalia: Jajaja. No exageres.

Natalia: Cuando entres al fraccionamiento mandame mensaje.

Joseán: Sale.

Media hora después

Joseán: Ya casi llego.

Bajo las escaleras como caballo desbocado.

Mi mamá está en la cocina lavando los trastes del desayuno; huele a café recalentado, jabón de limón y tortillas recién guardadas. Me siento en la barra un ratito.

—¿Y mi papá? —pregunto, porque por obvias razones hoy no trabaja y es raro que no esté en la casa al mediodía.

—Fue al súper por leche, bolillos y unas cosas que hacen falta para complementar el recalentado —responde mi madre muy jovial—. ¿Ya viene tu novio?

—Sí, ya no debe tardar. Lo esperaré afuera porque no es fácil dar con la casa cuando entras al fraccionamiento.

—Okey.

No pasan ni diez minutos cuando veo que la camioneta azul de la mamá de Joseán se acerca. Al verme parada frente a la reja de mi casa, se le iluminan los ojos y me saluda muy efusivo. No termino de acostumbrarme a lo que me pasa por dentro cada vez que lo veo. La piel se me eriza y me invade una emoción inexplicable.

En cuanto veo que abre la puerta, corro hacia él. Ni siquiera lo dejo bajar del auto. Me subo en el estribo para quedar a su nivel, me acerco y, como si tuvieran mente propia, mis manos lo toman de la cabeza, enmarañando los dedos en su cabello.

Sin pensarlo, le planto un beso impulsivo que responde con la misma intensidad.

Me toma de la cintura y me levanta hasta dejarme sentada de lado en sus piernas. Siento cómo el volante se me encaja un poco en la cadera, pero no me importa. Prefiero saciar la sed que he tenido durante días, la cual, al parecer, no es solo mía.

Joseán lleva la mano derecha a mi cabello. Siento cómo la enreda y da un ligero tirón que ayuda a separarnos unos centímetros para tomar aire.

—Nat, no quiero arruinar el recibimiento, pero ¿tu papá tiene una pick-up roja? —susurra, aún muy cerca de mis labios.

Inmediatamente abro los ojos y puedo observar que está viendo algo en el espejo retrovisor.

¡Trágame tierra!

—Creo que le estoy estorbando la entrada a la cochera —añade, sin preocupación alguna.

Y además se está riendo.

—¡No manches! Qué horror. Nos vio —refuto, asustada.

—Tú bájate como si nada. Solo dame oportunidad de estacionar la camioneta donde no estorbe porque necesito hacer tiempo.

—¿Tiempo para qué? No me dejes sola, que si no me va a regañar por estar trepada encima de ti en el carro —contesto, ya un poco desesperada.

Joseán sigue riéndose. No me dice nada. Solo toma mi mano y la guía hacia abajo, lo suficiente para que yo entienda perfectamente el problema.

Okey.

Qué pendeja.

Ya entendí.

—Estás loquito. ¿No era más fácil decirme: ‘Natalia, por qué no entretienes a tu papá en lo que se me baja la emoción de tenerte en mis brazos después de tanto tiempo’?

Nada mejor que un chiste de frase dominguera nacido del nerviosismo mientras empiezo mi descenso del carro.

Joseán no deja de reírse. Cierro la puerta de la camioneta, me volteo y, sin deberla ni temerla, muy amablemente comienzo a abrir la reja de la cochera para que mi papá entre con su carro, brindándole una cálida sonrisa que, por supuesto, no devuelve.

Antes de entrar, mi celular vibra.

Karla: “¿Ya llegó?”

Me quedo viendo la pantalla un segundo, con esa mezcla ridícula de nervios y emoción que no pienso admitirle a nadie.

“Ya”, le contesto.

Su respuesta llega casi de inmediato.

“Respira. Y acuérdate de que si te mira bonito, tú también sabes hacerte la digna.”

Me río bajito, niego con la cabeza y bloqueo el celular antes de que se me ocurra contestarle una tontería. Karla siempre tiene la habilidad de hacerme sentir acompañada, incluso cuando no está.

Karla siempre tiene la habilidad de hacerme sentir acompañada, incluso cuando no está.

El motor del carro de mi papá me obliga a guardar el celular. Levanto la vista justo cuando entra despacio a la cochera, con la misma cara seria con la que seguramente manejó todo el camino desde el súper hasta la casa.

Estaciona, apaga el carro y baja sin prisa.

Primero voltea a verme a mí. Luego a Joseán.

—Buenas tardes —dice, extendiéndole la mano.

Joseán, para mi sorpresa, deja de reírse de inmediato y se endereza como si acabaran de pasarle lista.

—Buenas tardes, señor —contesta, estrechándole la mano—. Muchas gracias por recibirme.

Mi papá asiente, serio, midiéndolo de pies a cabeza con una discreción bastante cuestionable. Luego camina hacia la parte trasera de la camioneta,

como si acabara de decidir que el primer filtro de aceptación consiste en cargar bolsas del súper.

—Ayúdame con esto, Natalia.

Claro. Bolsas. Verduras.

Refrescos. Tensión emocional.

Todo junto.

Joseán toma varias bolsas sin que nadie se lo pida, y eso, por alguna razón, parece desconcertar un poco a mi papá. Yo agarro lo primero que encuentro y camino hacia la entrada intentando fingir que no estoy analizando cada gesto de ambos.

Apenas cruzamos la puerta, mi mamá aparece desde la cocina, secándose las manos con un trapo.

—Ya llegaron —dice, y su mirada va directo a Joseán.

Él deja las bolsas sobre la mesa y se endereza otra vez.

—Buenas tardes, señora. Mucho gusto. Gracias por recibirme.

Mi mamá sonríe con esa amabilidad suya que siempre intenta suavizarlo todo.

—Bienvenido, Joseán. Pasa, estás en tu casa.

Y ahí estamos: mi mamá siendo encantadora, mi papá guardando silencio con cara de auditor, Joseán portándose mucho más educado de lo que me conviene admitir y yo parada en medio de todos, sintiendo que cada segundo pesa más de lo normal.

Va a ser un día muy largo.

—¿Lista? —pregunta Joseán al cerrar la cajuela de la camioneta.

Ha terminado de subir nuestras cosas y solo me falta despedirme de mis papás, que están a unos cuantos pasos, de pie frente a la reja de la casa.

A pesar de la accidentada primera impresión que tuvo mi padre sobre Joseán, todo salió de maravilla. Bueno, de maravilla después de que sobrevivimos al interrogatorio disfrazado de comida familiar.

Mi papá le preguntó por la universidad, por su familia, por su edad, por el viaje, por la filmación y por sus planes con una calma tan falsa, que hasta mi mamá le pateó discretamente el tobillo debajo de la mesa. Joseán contestó todo sin ponerse nervioso. No hizo bromas de más, no intentó caerle bien a la fuerza y tampoco se achicó. Cuando mi papá le preguntó qué pensaba hacer con su vida, Joseán habló del corto. De Xilitla. Del concurso. De cine. De lo mucho que le costó decidirse a intentarlo.

La verdad es que hubo química. Más con mi mamá. Creo que la pobre se quedó platónicamente enamorada de su yerno y no la culpo. Mi querido Ángel

suele tener ese efecto. Sin problema alguno puede ser encantador.

Anoche nos quedamos platicando hasta tarde y vaya que valió la pena. Estoy feliz con la forma en que resultó la presentación porque, al menos, veo a mis papás más tranquilos ante mi inminente partida. No he recibido sermones, comentarios incómodos o reproches por el hecho de irme con Joseán. Supongo que la charla con mamá sirvió y ella ayudó a atenuar la situación con papá.

—Lista. Ya tengo todo. Vamos a despedirnos —le digo finalmente, tomándolo de la mano.

Primero abrazo a mi madre. Nos estrujamos con todo el amor que podemos desbordar y, sin separarme de ella, le recuerdo que la quiero y la voy a extrañar.

—Cúidate mucho, Nati —aconseja.

Repito la secuencia con mi papá. Su abrazo resistente muestra el trabajo que le cuesta dejarme ir. Finalmente me da un beso en la mejilla.

Su mirada fija y vidriosa me lo dice todo.

Amo a mi papá.

En serio es lo máximo.

Joseán se despide de ambos. Mi mamá le da un abrazo afectuoso y alcanzo a ver que le susurra algo al oído. En respuesta, él le sonríe y asiente con determinación.

Nota mental: al rato le pregunto qué le dijo, porque así soy de curiosa.

Cuando me subo a la camioneta y los veo por el espejo retrovisor, mi mamá levanta la mano. Mi papá no. Él se queda quieto, con los brazos cruzados, hasta que por fin levanta apenas dos dedos en despedida. Y eso, viniendo de él, es prácticamente una bendición papal.

17. Ente oscuro

—¿Por qué no aprovechas y te duermes? —sugiere Joseán mientras nos incorporamos a la carretera—. Nos vamos a tardar como siete horas en llegar.

La idea no suena mal. Estoy cansada, traigo los ojos pesados y la cruda navideña todavía me cobra intereses. Pero tampoco me late convertirme en copiloto fuera de combate a los veinte minutos de viaje.

—Si me da mucho sueño, tal vez me echo una siesta —contesto, acomodándome el cinturón—.

Pero nada más un ratito. Nunca he tomado este camino y quiero ver los paisajes, los pueblitos, todo. Dicen que la zona de Xilitla es preciosa.

—Lo es.

Lo dice muy rápido.

No como alguien que está repitiendo algo que leyó en internet.

—Además —agrego—, igual descanso un poco y ya después te ayudo a manejar.

Joseán suelta una risa baja.

—Ajá. Claro.

—¿Qué? Sí manejo bien.

—No dije que no.

—Pero lo pensaste.

—Pensé que prefiero conservar la camioneta de mi mamá intacta, eso es todo.

Le doy un manotazo suave en el brazo y él sonríe sin apartar la vista del camino.

—Grosero.

—Realista.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Bueno, entonces entretén a tu copiloto antes de que se quede dormida por ofendida.

Joseán se acomoda mejor en el asiento. Una mano firme en el volante, la otra descansando cerca de la palanca. Por la ventana empiezan a pasar los primeros tramos de carretera, algunos planos y todavía conocidos.

—La Sierra Potosina está muy chingona —dice al fin—. Hay mucho que ver: cascadas, cuevas, reservas naturales, ríos de esos que parecen editados porque el agua se ve súper azul.

Se le suaviza la voz mientras habla, como si el paisaje le importara más de lo que quiere admitir.

—También hay comunidades indígenas, pueblos bien chiquitos, lugares que parecen detenidos en el tiempo. Es una zona que muchos extranjeros conocen mejor que nosotros. Vienen, la recorren, se enamoran... y nosotros, siendo mexicanos, a veces ni idea tenemos de que existe.

Lo dice con interés. Casi con cariño.

Y entonces caigo en la cuenta.

No está hablando como alguien que solo ha visto fotos.

—¿Ya habías venido? —pregunto, intentando sonar casual.

Se queda pensativo unos segundos.

Noto cómo aprieta la mandíbula.

Lo conozco.

Sé perfecto que no me va a gustar la respuesta.

—Sí.

Nada más.

Una sola palabra.

Claro que no me basta.

—¿Hace cuánto?

—Hace como dos años. Más o menos.

No agrega explicación.

Ni modo. Ahora quiero saber.

—¿Y fuiste con tu familia o con amigos?

—No —responde cortante.

Lo noto incómodo. Levanta una mano para pasársela por el cabello. No me voy a distraer con lo apetecible que se ve manejando. No en este momento.

Se da cuenta de que lo miro fijamente.

Me quedo en silencio.

—Fui con Zaira —dice al fin, soltando el aire—. Una de tantas veces en las que me dio un arranque y quise salir de casa por unos días. Estaba hasta la madre, me había encabronado con mi papá, como de costumbre, y me salí en la moto sin rumbo fijo. Acabé pasando por ella y llegamos hasta Xilitla después de andar de pueblo en pueblo como dos días.

Si alguna vez he deseado tener un control remoto para retroceder unos minutos en el tiempo, es ahora.

Preferiría haberme quedado con la duda.

Eso me pasa por fisgona.

Si me hubiera dicho que fue con alguien más, otra chica, quien fuera, probablemente me habría molestado. Pero no así. No con esta punzada ridícula en el pecho.

Tenía que ser Zaira.

La dichosa Zaira.

Justo cuando creí que este lugar podía ser algo especial para nosotros, un sitio nuevo, una especie de inicio, resulta que ya viene cargado de recuerdos que no me pertenecen.

Me hierva la sangre.

Y me da coraje que me hierva, porque sé que Joseán tiene un pasado y sé que es injusto reclamarle por algo que pasó antes de mí.

Pero saberlo no evita que me duela.

Mientras lucho por controlar mis emociones, Joseán estira la mano y toma la mía.

—Princesa, no te enojés, por favor.

Esa súplica casi empeora las cosas.

—Me lo hubieras dicho antes —reclamo, más fuerte de lo que pretendía—. ¿No crees que era importante mencionar que vamos al mismo lugar al que fuiste con ella?

Joseán respira profundo.

—Tal vez sí te lo pude haber dicho, pero ¿para qué? Sabía que no te iba a gustar.

—Ah, entonces mejor ocultarlo. Gran estrategia.

—No lo oculté, Nat. No estaba pensando en eso. Y, además, recuerda que todo este desmadre fue idea tuya. Tú fuiste la que me inscribió en el concurso. No es mi culpa que tengamos que ir justo ahí.

Suelta mi mano para colocar la suya de nuevo en el volante.

Me quedo helada.

No porque no tenga razón.

Sino porque es verdad.

Y aún así me duele.

Opto por no verlo. Giro la cara hacia la ventana y me pierdo en los sembradíos, en las montañas que se ven a lo lejos, en las pequeñas casas rurales que aparecen y desaparecen al borde del camino.

—Natalia —dice después de unos segundos—. No te quedes callada, por favor. Di algo.

Su voz suena exasperada, pero también preocupada.

Me cruzo de brazos y giro hacia la ventana, aunque el cinturón me jala incómodo.

—Me voy a dormir un rato, ¿sí?

Opto por la evasión.

—Nat, no manches.

—Ya, olvídalo.

Pero no lo olvido.

Solo no quiero discutir.

No quiero pensar en Zaira sobre su moto, abrazada a su cintura mientras recorrían pueblos sin rumbo. No quiero imaginarlo deteniéndose con ella en miradores, compartiendo comida en fondas, riéndose de cosas que yo no conozco. No quiero preguntarme si este camino le va a traer recuerdos.

Si Xilitla le va a saber a ella antes que a mí.

Eso es lo que realmente me molesta.

No el viaje.

No el pasado.

Sino la posibilidad de llegar a un lugar hermoso y sentir que estoy pisando una memoria ajena.

Escucho a Joseán soltar un gruñido de frustración, pero no dice nada más.

Así está mejor.

Cierro los ojos y trato de concentrarme en mi respiración. Prefiero dormir un rato, aunque sé que no voy a descansar. Prefiero enfocarme en lo que venimos a hacer, en el corto, en el trabajo que tengo encomendado.

Al final, no venimos de vacaciones. Venimos a filmar. O eso intento repetirme hasta que el ruido de la carretera, el movimiento constante de la camioneta y el cansancio acumulado empiezan a arrastrarme lentamente hacia el sueño.

Y vaya que me traen a trabajar peor que becaria sin derechos. Empezamos a filmar casi de madrugada. Son las siete de la tarde y apenas concluimos la primera parte del corto.

¿Será correcto o normal que me den ganas de ahorcar a mi novio?

Ayer, después de mi siesta berrinchuda, logré despertar a tiempo para admirar la belleza natural que rodea este pedazo mágico de mi México querido. Abrí los ojos, estaba recargada contra el vidrio de la camioneta y, por un instante, se me fue el enojo.

La carretera empezaba a cambiar. Los paisajes planos habían quedado atrás y, poco a poco, el verde empezó a tragárselo todo. Árboles enormes, montañas cubiertas de vegetación, curvas que parecían esconder otro mundo detrás de cada vuelta. Había una neblina ligera atorada entre los cerros, como si alguien hubiera decidido envolver la sierra en una tela transparente. La vastedad del paisaje me dejó sin palabras. El aire se sentía distinto incluso dentro de la camioneta: más húmedo, más limpio, más vivo.

Joseán no hizo comentario alguno sobre la discusión y siguió sin hacerlo. Llegamos en una especie de tregua silenciosa, de esas donde ninguno de los dos quiere abrir la boca porque sabe que, si lo hace, puede salir algo que arruine el momento.

Obviamente, necia que soy, tampoco toqué el tema.

Ni lo pienso tocar.

Cuando llegamos a la Posada El Castillo me quedé boquiabierta.

El lugar parecía sacado de una película: una construcción antigua, imponente, con ese aire de casona detenida en el tiempo, rodeada de plantas, humedad y un silencio extraño, como si las paredes guardaran demasiadas historias. Nos recibió una mujer encantadora, parte de la familia que conserva la historia del lugar, y nos contó algunas anécdotas de Edward James, de la familia Gastélum y de cómo aquella casa terminó convertida en una especie de refugio histórico en medio de Xilitla.

Mientras hablaba, Joseán escuchaba con atención absoluta.

No la atención educada de quien finge interés, sino esa otra, la que se le pone cuando algo lo toca por dentro. Vi cómo sus ojos recorrían los techos, los pasillos, las escaleras, la luz que entraba por las ventanas. Casi podía verlo imaginando encuadres.

Me dio ternura.

También me dio coraje.

Porque justo cuando se pone así, cuando la vida parece encenderlo desde adentro, me pregunto cómo demonios pudo pasar tantos años fingiendo que esto no le importaba.

Los demás ya estaban instalados en sus respectivos cuartos: Omar, Sergio, Alejandra y las chicas que nos ayudarían a filmar. También estaba Diego, el actor que conoceríamos en la locación, un muchacho de San Luis que estudió teatro y que, según Sergio, aceptó ayudarnos porque le encantó el guion y porque “cualquier excusa para ir a Xilitla era buena”.

No estuvimos ni dos minutos dentro de la hermosa alcoba cuando Joseán ya estaba revisando baterías, memorias, lentes, tripié, micrófonos y una lista que traía doblada en la bolsa trasera del pantalón. Su energía cambió de golpe. El novio cariñoso, el hombre que me tomaba la mano en carretera, el sapo intenso de mis desgracias, empezó a transformarse en otra cosa.

Director.

Así, con todas sus letras.

—Tenemos que ir al jardín antes de que se nos vaya la luz —dijo, como si todos hubiéramos firmado un contrato de obediencia absoluta.

—¿Ni siquiera vamos a desempacar? —preguntó Alejandra, cargando una mochila enorme.

—Luego desempacan.

—Qué considerado —murmuró Sergio.

—Gracias, intento mejorar —contestó Joseán sin inmutarse.

Y así, sin mayor ceremonia, salimos rumbo al jardín surrealista.

Al llegar, olvidé todo.

La discusión en carretera.

El cansancio.

El hambre.

A Zaira.

Todo.

La magnificencia de lo que mis ojos presenciaron me hizo el día. En medio de una vegetación impresionante se erguían estructuras imposibles, escaleras que no llevaban a ninguna parte, columnas que parecían crecer entre las plantas, arcos, plataformas, formas que no sabía si eran arquitectura, escultura o delirio.

Más de treinta estructuras levantadas entre musgos, cataratas y palmeras. Un lugar insólito, como el vestigio de una civilización antigua que decidió desaparecer dejando solamente sus sueños.

Ahora entiendo la inspiración de Joseán para el guion. El lugar parece respirar. Parece guardar secretos. Me recordó un poco a la manera en que proyectaron la ciudad de los elfos en ‘El Señor de los Anillos’, pero más salvaje, más húmedo, más mexicano, más imposible.

Tomamos cientos de fotos. Caminamos hasta quedar exhaustos. Joseán no dejaba de detenerse en cada rincón para observar la luz, la textura de las paredes, la forma en que el agua caía sobre la piedra. A veces sacaba la cámara y grababa unos segundos. Otras solo miraba, como si quisiera guardarlo todo en la mente antes de decidir qué hacer con ello.

Alejandra aprovechó para sacar el celular.

—A ver, todos júntense. Voy a subir una “story”.

—No —dijo Joseán de inmediato.

Todos volteamos a verlo.

—¿No qué? —preguntó Ale, con el celular en alto.

—No suban nada del rodaje, ni de las locaciones exactas, ni del vestuario. Nada que pueda verse como parte del corto.

—Relájate, Hitchcock —respondió Sergio—. Solo es una foto de nosotros sudados y con cara de turistas.

—Justo por eso no —insistió Joseán—. Podemos subir fotos normales del viaje, pero nada que anticipe el concepto. Si esto va a concursar, quiero controlar lo que se enseña.

—Ay, ya salió el tirano —dije.

Joseán me miró con esa sonrisa que me pone de malas y de buenas al mismo tiempo.

—Apenas estoy calentando, Natalia.

—Eso suena a amenaza.

—Lo es.

Alejandra bajó el celular, resignada.

—Okey, señor director. Entonces subo una foto de mi café y una palmera borrosa. ¿Eso sí pasa por su comité de censura?

—Aprobado —contestó Joseán, muy serio.

—Qué honor.

Omar, que venía caminando detrás de nosotros, se rió.

—Te dije, Natalia. Este cabrón se pone insoportable cuando trae una cámara cerca.

—Me estoy dando cuenta.

Joseán fingió no escucharlo, pero le vi la sonrisa.

Fuimos a cenar todos juntos al comedor principal y jugamos cartas y billar en el cuarto de juegos. La comida estuvo deliciosa y, para cuando terminamos, todos estábamos más relajados. Sergio y Diego se pusieron a discutir sobre películas, Alejandra se apropió de una mesa para revisar maquillaje y vestuario, y Omar estaba sentado con una cerveza en la mano, observando a Joseán con esa cara de ‘te conozco perfecto y sé que te vas a hacer menso’.

—Por cierto, cabrón —dijo Omar, dejando la botella sobre la mesa—. Tenemos que hablar de la difusión.

Joseán ni siquiera le quitó la vista al cuaderno donde estaba revisando sus notas.

—No.

—Ni sabes qué voy a decir wey.

—Sí sé. Y la respuesta es no.

—No seas ermitaño de social media, Josa. Si vas a meter el corto a un concurso, necesitas moverlo wey. Aunque sea un poquito.

Joseán hizo una mueca de fastidio.

—No soy influencer.

—Nadie te está pidiendo que bailes enfrente de una cámara, pendejo. Solo digo que necesitas una cuenta decente para el proyecto. Fotos del proceso, una sinopsis, algo del rodaje, behind the scenes...

—Qué horror —murmuró Joseán.

Yo solté una risita, más por su cara de sufrimiento que por otra cosa.

—No te rías tanto, Natalia —me advirtió Omar—. Tú también entras en el paquete.

—¿Yo por qué? —pregunté, indignada.

—Porque eres la protagonista.

—Yo soy una víctima circunstancial de las malas decisiones de mi novio.

—Pues la víctima circunstancial va a tener que ayudar.

Joseán alzó la mirada y me observó con una sonrisa muy entretenida.

—No le pidas mucho. Natalia tiene Instagram nada más para stalkear restaurantes, animales, cafeterías y cuentas de postres.

—No es cierto —reclamé.

—Sí es cierto. Tienes como tres fotos.

—Cinco.

—Una es de un tenis.

—Era una foto artística.

—Era tu tenis, Nat.

—Con buena luz.

Sergio soltó una carcajada y Alejandra, desde la otra mesa, levantó la mano sin dejar de revisar unas brochas.

—Confirмо que un tenis con buena luz puede ser arte.

—Gracias, Ale. Alguien entiende.

Joseán seguía riéndose, así que le lancé una servilleta.

—Además tú no tienes derecho a burlarte. Tu Instagram parece una cuenta fantasma. Ni foto de perfil tienes.

—Sí tengo.

—Un círculo negro no cuenta como foto de perfil.

—Es minimalista.

—Es sospechoso mas bien.

Omar señaló a Joseán con la botella, triunfante.

—¿Ves? A eso me refiero. Son dos raritos. Se encontraron porque el algoritmo no sabía dónde más ponerlos.

—No necesitamos redes para vivir —respondió Joseán, recargándose en la silla.

Para vivir, no. Para que alguien vea tu corto y te des a conocer, sí —insiste Omar—. No te estoy diciendo que te vuelvas celebridad de internet. Pero si vas a hacer esto, hazlo bien. Un proyecto también se comunica. Si nadie sabe que existe, se muere en tu computadora, igual que todos tus guiones abandonados.

Eso último lo dijo en tono de broma, pero le pegó a Joseán donde tenía que pegarle.

Lo noté.

Su sonrisa se apagó un poco.

—Podemos hacer una cuenta del corto —intervine antes de que se pusiera demasiado serio—. Nada personal. Solo del proyecto. Subimos algunas fotos de locación, cosas del proceso, sin revelar mucho. Algo sobrio.

Joseán me miró.

—¿Sobrio?

—Sí. Nada de “hola, chicos, acompañenme a grabar mi cortito”. Qué oso.

—Gracias a Dios.

—Pero Omar tiene razón —continué—. Si quieres tomarte esto en serio, también tienes que dejar que exista fuera de tu cabeza.

Se quedó callado unos segundos.

—Odio que digas cosas razonables cuando quiero llevarte la contraria.

—Es uno de mis talentos.

—Uno de muchos —contestó, bajando un poco la voz.

Sentí cómo el calor me subía a la cara y fingí muchísimo interés en el vaso de agua frente a mí.

—Entonces queda —dijo Omar, aprovechando—. Cuenta del corto. Nombre, foto decente, un par de publicaciones del proceso y luego vemos qué más.

—Sin subir escenas —advirtió Joseán.

—Sin subir escenas —aceptó Omar.

—Sin revelar el final.

—Nadie quiere revelar tu final, Nolan.

—Sin ponerme frases motivacionales encima de fotos viendo al horizonte.

—Qué lástima, ya tenía una que decía: “persigue tus sueños, aunque te dé *ansiedad*”.

—Ansiedad, Omar.

—Eso dije.

Me atacó de risa.

Joseán, aunque intentó ocultarlo, también sonrió.

—Está bien —cedió al fin—. Pero si veo una sola publicación cursi, cierro la cuenta.

—No vas a cerrar nada —dije.

—¿Ah, no?

—No. Porque yo voy a tener la contraseña.

—Eso sí me da miedo.

—Debería.

Omar levantó la botella a manera de brindis.

—Por los ermitaños de social media entrando al mundo moderno.

—Qué asco —dijo Joseán.

—Salud —contesté, chocando mi vaso con la botella de Omar.

Y aunque Joseán siguió haciéndose el difícil, pude ver en sus ojos esa chispa de emoción que intentaba esconder. No era solo la cuenta, ni las publicaciones, ni el concurso. Era el hecho de que, poco a poco, su proyecto empezaba a salir del rincón oscuro donde lo había tenido guardado durante años.

Y eso, aunque le diera pánico, también lo estaba haciendo sentir vivo.

Nos fuimos a dormir tarde, con los pies adoloridos, la ropa oliendo a humedad y la cabeza llena de tomas, pendientes y una emoción que nadie decía en voz alta.

Hoy toca levantarme de madrugada para desayunar y prepararme.

Maquillaje, vestuario, peinado y toda la parafernalia que, con mi limitada creatividad, tengo que inventarme. Alejandra me ayuda muchísimo. Tiene muy buen ojo para esas cosas y, aunque al principio me siento disfrazada, termino contenta con el resultado.

—Pareces musa de poeta loco —me dice mientras me acomoda el cabello.

—No sé si eso es bueno o preocupante.

—Ambas. Pero para el corto funciona.

No paramos de trabajar.

Cambio de vestuario dos veces más. Camino descalza sobre piedra húmeda. Me siento en lugares donde seguramente viven insectos con más derechos que yo. Repito escenas una y otra vez. Miro a la nada, corro entre columnas, extendiendo las manos hacia una pared como si estuviera teniendo una revelación mística y, en una toma particularmente ridícula, tengo que quedarme inmóvil mientras Diego camina detrás de mí murmurando líneas que aún no entiendo del todo.

Mi novio se transforma en director.

Y vaya sorpresa.

La única forma que se me ocurre para describirlo es: tirano-genio.

La naturalidad con la que se desenvuelve, la facilidad con la que visualiza cada escena, cada instante, es deslumbrante. Sabe dónde quiere la cámara, a qué hora necesita determinada luz, qué emoción debe tener cada plano. Habla

con Sergio sobre ángulos, con Omar sobre sonido, con Diego sobre intención, con Alejandra sobre continuidad y conmigo...

Bueno.

Conmigo pierde la paciencia.

—Nat, no veas hacia la cámara.

—No estoy mirando a la cámara.

—Sí estás mirando a la cámara.

—Estoy viendo cerca de la cámara.

—Eso es mirar a la cámara.

—Pues cambia la cámara de lugar.

Sergio suelta una carcajada detrás del tripié y Joseán lo fulmina con los ojos.

—Otra vez —ordena.

Exigente en extremo.

Se exaspera al ver que metemos la pata, nos deja descansar muy poco y conmigo es por demás demandante. Hay momentos en que me deja idiotizada, que me hace sentir tanto orgullo y tanta pasión que me dan ganas de secuestrarlo un rato para devorarlo.

Pero cuando saca al dictador, como ahora, me dan ganas de ahorcarlo.

Tengo hambre, estoy cansada y muero de sueño.

Estoy tan metida en mis pensamientos que yo ni me doy cuenta que Omar se sentó junto a mí, con los codos sobre las rodillas, la botella de agua colgando de una mano.

—Tenle paciencia, Natalia. Cuando ese cabrón se para detrás del lente se vuelve un poco loco.

—Ya me voy percatando. De haber sabido le digo que se buscara otra actriz. Además, él sabe perfecto que no tengo ni tantita de experiencia. Era obvio que la iba a regar.

Omar ríe ante mi queja.

—Ese es el problema. Experiencia o no, él te visualizó haciéndolo y, si algo tiene, además de talento y de ser medio mamón, es ojo para encontrar diamantes en bruto.

Lo dice con sarcasmo, pero también con sinceridad.

—Toma. Me imagino que tienes sed.

Me ofrece una botella de agua que saca de su mochila y la acepto agradecida.

—¿Diamante en bruto? ¿En serio? —pregunto incrédula.

Omar sonríe y mueve la cabeza de un lado a otro.

—Ahora lo entiendo. Tienes un aura artística nata de la que de plano no te has percatado. Necesitas acoger lo que naturalmente se te da. Si hoy sentiste que te exigió demasiado es porque puedes dar más. Créeme, lo poco que pude observar del rodaje estuvo mega chingón. Eres una actriz natural. Imagínate lo que podrías hacer con entrenamiento o clases de actuación.

Vaya.

Esto sí que me cae de sorpresa.

Siempre he tenido pánico escénico. Es verdad que últimamente me he soltado y me ha dejado de dar tanta pena, pero de eso a tener madera de actriz, ni al caso. Si estoy haciendo esto ahora es por Joseán, porque así lo quiso. A mí no me llama tanto la atención, pero tengo que aceptar que lo he disfrutado.

—Okey, lo tomaré en cuenta y le tendré más paciencia al director loco — bromeo.

Omar se muestra atento, pero su mirada se va unos segundos hacia donde Joseán está revisando una toma con Sergio.

Aprovecho.

Porque claro.

Natalia y su incapacidad de quedarse callada.

—Por cierto, te quería preguntar algo, si no te molesta. ¿Has hablado con Denisse?

La sonrisa se le borra de inmediato.

También se tensa.

—No. Nunca hablo con ella más que cuando me la topo en casa de Josa y, por obvias razones, no lo he hecho. Ya no vivo en México, ¿recuerdas?

Lo dice a regañadientes.

—Lo sé, Omar. Simplemente creo que deberías hacerlo. Sobre todo, después de...

No puedo terminar la frase porque se levanta de la banca y se planta frente a mí.

Su reacción me toma por sorpresa.

—Sé lo que estás intentando hacer. Olvídalo. No sé qué te haya contado, pero te aseguro que no se va a repetir. Nisi es... es la hermanita de mi mejor amigo. Nada más. No significa nada más.

No sé a quién quiere convencer más.

A mí o a él mismo.

No me gusta la forma en que se expresa. Me preocupa saber que Denisse sufre por él, que está estúpidamente enamorada, aunque no lo acepte, y escucharlo decir que ella no significa nada me da rabia.

—O sea, que para acostarte con ella no fue la hermanita de tu mejor amigo, pero para llamarla, aunque sea una vez y ver cómo está, sí lo es — le reclamo, molesta, cruzándome de brazos—. ¿No se merece ni un segundo de tu tiempo?

Pues qué se cree este wey.

Omar aprieta la mandíbula.

Por un segundo parece que va a contestarme algo horrible. Luego mira hacia otro lado, como si estuviera obligándose a no hacerlo.

—Mira, no tengo por qué justificar mis acciones ante nadie y menos ante ti. Créeme que si tuvieras la película completa no opinarías lo mismo.

Concluye dándose la media vuelta y dejándome ahí sentada.

¿La película completa?

¿A qué se refiere con eso?

En fin.

Últimamente la he cagado de sobremanera por andar de metiche.

—¿Qué le dijiste a Omar que se paró encabronado? —pregunta Joseán al acercarse, mientras revisa si ya terminó de guardar el equipo.

—Nada. Creo que tenía hambre y andaba de mal humor —miento.

—Ay, que no sea mamón. Todos estamos igual de hambrientos —aclara, riendo.

Se acerca a mí, me toma de las mejillas y se inclina para darme un beso.

—Estuviste perfecta, ¿sabes?

Me vuelve a besar.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué me ponías como chancla a cada rato? —pregunto, más en tono de broma que de reclamo.

Sabe que cuando me tiene así, accedo a casi cualquier cosa.

—Precisamente por eso, princesa. Para que estuvieras perfecta.

Me guiña el ojo.

—Anda, ya vámonos. Si no, te me vas a desmayar de hambre.

—¡Por favor! Estoy a punto de comerme una rama o unas ancas de rana gruñona.

—¡Ah, Nat! ¿Tan rápido ya me redujiste a estatus de sapo otra vez?

—Te lo ganaste a pulso, loquito.

Lo regaño con afecto y aprovecho para quitarle la gorra que lleva puesta; se la vuelvo a colocar hacia atrás. Se exaspera cada vez que lo hago porque no le gusta.

—No lo puedo evitar —dice, acomodándose la gorra con fingida resignación—. Cuando hago esto, soy poseído por un oscuro ente que toma las riendas y dirige todo en mi lugar. La verdad es que no lo conozco bien,

pero yo que tú le hacía caso porque sí está medio loquito. Al menos algo así solía decir un director de cine muy reconocido para justificar su mal humor.

Mis ojos dan dos vueltas.

Con razón Omar dice que a Joseán le sale lo mamón.

Pero me encanta.

El último día de filmación empieza incluso más temprano que el anterior.

A las cinco de la mañana ya estamos todos medio vivos, envueltos en chamarras, con termos de café en la mano y cara de arrepentimiento profundo. La humedad se mete por todas partes y el frío de la madrugada no perdona, aunque Joseán insiste en que esa luz azulada, previa al amanecer, es justo lo que necesita para las primeras tomas.

—Lo que necesitas es un exorcismo —murmura Sergio, cargando una mochila con equipo.

—Luego —contesta Joseán, sin siquiera voltear—. Primero filmamos. Definitivamente, el oscuro ente director sigue en posesión.

A estas alturas ya todos lo aceptamos.

Joseán no camina: avanza con propósito.

No pide: indica.

No mira: encuadra.

Todo a su alrededor parece convertirse en parte de una composición que solo él ve completa.

Y, aún y cuando me cueste admitirlo, es impresionante.

Durante el primer día yo había pasado la mayor parte del tiempo tratando de entender qué demonios estaba haciendo. Caminaba cuando me lo pedía, volteaba cuando me lo indicaba, decía frases que me sonaban hermosas, pero también extrañas, y me quedaba quieta en lugares donde cualquier persona normal se habría sentido ridícula. Pero poco a poco empecé a comprender que no se trataba de actuar una historia de forma tradicional.

No era una escena, luego otra, luego otra.

Era más bien una sensación.

Un sueño construido por pedazos.

Diego, por ejemplo, me dejó con la boca abierta. En persona era bastante normal, incluso medio bromista, pero en cuanto Joseán decía “acción”, algo en él cambiaba. Se le borraba lo cotidiano de la cara. Podía verse perdido, agotado, esperanzado o roto en cuestión de segundos. Repetía la misma escena una y otra vez sin que pareciera repetida. Cada toma tenía una pequeña diferencia, una forma distinta de respirar, de mirar, de contenerse.

Yo, en cambio, sigo sintiéndome como una intrusa con vestuario bonito.

—No intentes actuar —me dijo Joseán después de la tercera toma en la que seguramente puse cara de estreñimiento artístico—. No quiero que parezcas actriz.

—Qué alivio, porque no lo soy.

—Exacto. Quiero que parezcas recuerdo.

—Ah, claro. Facilísimo. Ahorita mismo me transformo en concepto abstracto.

Diego suelta una carcajada y Joseán me mira con esa paciencia fingida que usa cuando en realidad está a punto de perderla.

—Nat.

—¿Qué?

—Nat.

—¿Qué?

—Solo camina. No sonrías. No busques a Diego. No busques la cámara. Escucha el agua y piensa en algo que extrañes, aunque aún no lo hayas perdido.

Eso me deja callada.

Porque, sin querer, me da justo en un lugar sensible.

No me gusta sentirme observada. Nunca me ha gustado. Pero hay algo extraño en repetir una escena hasta que dejo de pensar en mí y empiezo a sentir lo que Joseán quiere. Por unos segundos, dejo de ser Natalia.

Y eso me da miedo.

Pero también algo más.

Volvemos a empezar.

Esta vez camino sin pensar tanto en mis manos, en mi cara, en si me veo tonta o si estoy arruinando la toma. Escucho el agua. Siento la piedra fría bajo mis pies. Pienso en mi casa. En mis papás. En Denisse. En la posibilidad absurda de extrañar a Joseán incluso teniéndolo a pocos metros, porque algo dentro de mí sabe que todo lo que estamos viviendo es muy frágil para durar intacto.

—Corte —dice Joseán.

No habla de inmediato.

Solo se queda mirando la pantalla de la cámara.

Luego sonrío.

No una sonrisa enorme, no una de esas con hoyuelos que me derriten. Una sonrisa pequeña, casi privada.

—Esa es.

Siento un calor extraño en el pecho.

No entiendo del todo el corto, y tal vez esa es la idea. Sé que Diego persigue algo. Sé que mi personaje aparece y desaparece como una presencia que lo llama, lo confunde o lo obliga a seguir. Sé que hay agua, escaleras, puertas que no llevan a ningún lado, frases sueltas y silencios larguísimos. Pero todavía no logro entender qué está contando Joseán en realidad.

Y eso me inquieta.

Porque al verlo dirigir, al verlo mirarme detrás de la cámara, empiezo a sospechar que tal vez el corto dice más de él que de cualquier personaje.

Los días de rodaje se vuelven una mezcla de humedad, tomas repetidas, ropa sucia, café tibio y Joseán diciendo “otra vez” con una calma cada vez menos humana.

El veintiocho empezamos a odiar la palabra continuidad.

El veintinueve Sergio amenaza con abandonar el cine para vender tamales.

Y para hoy, último día de filmación, todos tenemos cara de haber sido adoptados por la selva.

A media mañana, mientras Sergio y Alejandra revisan continuidad y Diego intenta quitarse lodo de un zapato, veo a Omar sentado aparte, sobre una piedra, tomando agua en silencio.

Desde nuestra conversación incómoda no hemos vuelto a hablar.

No me gusta dejar las cosas así, aunque a veces debo aprender a cerrar la boca y permitir que los demás administren sus propios desastres. Pero Denisse es mi amiga. Y, aunque Omar me cae bien, eso no me quita las ganas de sacudirlo un poco.

Me acerco con cautela.

—¿Puedo?

Omar levanta la mirada y después señala el espacio junto a él.

—Si vienes a regañarme otra vez, mínimo tráeme café.

—No vengo a regañarte.

—Qué decepción.

Me siento a su lado.

Durante unos segundos ninguno dice nada. El ruido del agua y las voces de los demás llenan el silencio.

—Perdón por meterme —digo al fin—. No era mi lugar.

Omar suelta una risa breve, sin humor.

—No. No era tu lugar.

Okey.

Merecido.

—Pero Denisse es mi amiga —añado—. Y la quiero. Entonces a veces mi boca actúa antes que mi cerebro.

—Eso ya lo noté.

Lo miro feo y él sonrío.

—Yo también me pasé —admite después—. No debí decir que no significaba nada. No fue eso lo que quise decir.

No contesto. Prefiero dejarlo continuar.

—Nisi no es cualquier persona para mí. Ese es precisamente el problema. La forma en que lo dice me hace voltear a verlo.

—¿Entonces?

Omar se pasa una mano por la cara, cansado.

—Entonces es la hermana de mi mejor amigo. La vi crecer. Estuve en su casa mil veces. Josa confía en mí. Y lo que pasó... no fue algo que debió pasar así.

—¿Te arrepientes?

Tarda mucho en contestar.

—Me arrepiento de las circunstancias —dice al fin—. No de ella.

Siento que algo en mi pecho se afloja.

—¿Y por qué no le dices eso?

—Porque si le digo algo, se vuelve real. Y si se vuelve real, la puedo lastimar peor.

—Creo que ya la estás lastimando.

Omar cierra los ojos un momento.

—Lo sé.

Su respuesta es tan baja que casi se pierde entre el ruido del agua.

Por primera vez, no veo al amigo guapo, seguro y medio mamón de Joseán. Veo a un hombre asustado. Uno que tal vez no está huyendo porque no le importa, sino porque le importa en demasía y no sabe qué hacer con eso.

—No voy a decirle nada a Joseán —le aclaro.

Omar abre los ojos y me ve.

—Gracias.

—Pero no la trates como un error. Eso sí no.

Asiente lentamente.

—No lo es.

Y con eso, por ahora, me basta.

No queda todo arreglado. Ni cerca. Pero al menos ya no quiero aventarlo a una cascada.

El resto del día se nos va en una mezcla de cansancio, carreras, tomas repetidas y pequeños momentos de euforia cada vez que algo sale como Joseán lo había imaginado.

Alejandra se convierte en la guardiana oficial del vestuario; Sergio, en el único capaz de decirle a Joseán que está siendo insoportable sin morir en el intento; Diego, en el profesional que todos necesitamos; y Omar, aunque más callado, está pendiente de sonido, equipo y logística con una eficiencia que agradecemos más de una vez.

La última toma es al atardecer.

Estoy descalza, con el vestido húmedo en la parte baja y el cabello hecho un desastre. Diego debe quedarse inmóvil al pie de una estructura mientras yo me alejo lentamente, sin mirar atrás. Joseán quiere que la luz se filtre entre las hojas justo cuando mi figura queda medio oculta por la vegetación.

Lo repetimos cuatro veces.

En la quinta, todo parece alinearse.

El viento.

La luz.

El silencio.

Mi cansancio.

La respiración contenida de todos detrás de la cámara.

—Corte —dice Joseán.

Nadie habla.

Ni siquiera él.

Solo revisa la toma. Una vez. Dos. Tres.

Después baja la cámara.

—Ya estuvo.

Tardo unos segundos en entender.

—¿Ya estuvo qué? —pregunta Sergio.

Joseán levanta la mirada.

Tiene los ojos brillantes.

—Terminamos.

Por un segundo nadie reacciona. Luego Alejandra grita, Sergio aplaude, Diego suelta un “¡por fin!” lleno de alivio y Omar le da un golpe amistoso en la espalda a Joseán, que casi lo manda de boca al piso.

Yo me quedo quieta, observándolo.

Joseán parece feliz, pero también abrumado. Como si no supiera dónde poner tanta emoción. Como si terminar el corto no fuera solo cerrar un proyecto, sino abrir una puerta que llevaba años evitando.

Me acerco a él.

—Lo lograste —le digo.

Me mira como si mis palabras pesaran toneladas.

—Lo logramos.

No sé qué contestar.

Porque ahora entiendo que, aunque el corto sea suyo, aunque la visión sea suya, aunque yo haya llegado a esto por accidente, algo de mí ya está dentro de ese sueño y no solo detrás.

Y tal vez nunca pueda salirme del todo.

Esa noche, después de cenar casi en silencio y fingir que no nos estábamos mirando como dos idiotas, regresamos al cuarto.

El cansancio del día se siente en todo el cuerpo. Tengo los pies adoloridos, la piel húmeda por el clima de Xilitla y llena de imágenes: el jardín, la cámara, Joseán dando instrucciones, Omar confundido, la última toma, todos gritando cuando por fin terminamos.

Aun así, en cuanto se cierra la puerta detrás de nosotros, el silencio cambia.

Ese tipo de silencio que una debería reconocer como peligroso y, aún así, decide ignorar porque aparentemente la inteligencia también se cansa.

No sé en qué momento la conversación sobre el rodaje se convierte en besos. Tampoco sé en qué momento los besos se vuelven esto.

Piernas entrelazadas. Mis manos en su cabello, alentando el descenso de su boca hacia mi pecho desnudo. Una de sus manos acaricia mi cintura y la otra merodea por debajo de mis shorts, jugando con ese límite que ya conoce demasiado bien.

El cansancio desaparece.

El sentido común también.

Llevamos cuatro noches jugando a lo mismo: él me enloquece, yo me deshago, él se detiene antes de cruzar la línea y yo termino preguntándome si voy a sobrevivir a tanta consideración.

Siento que se me apaga la parte del cerebro encargada de tomar buenas decisiones.

Y no entiendo por qué.

—José Ángel, por favor —imploro, desesperada, con la voz entrecortada.

—¿Por favor qué? —responde en un hilo de voz que me eriza la piel.

—Más.

Puedo sentir su reacción antes de verla. La vibración de una risa sofocada contra mi piel. En un instante, sus manos están deslizándose los últimos restos de mi ropa. El movimiento lo obliga a levantarse hasta quedar hincado frente a mí.

Siento cómo todo el color se me sube a la cara ante la intensidad de su mirada. No de esas tiernas. No del todo. Es deseo puro, una forma de verme

que me hace sentir expuesta y poderosa de golpe.

Despojada frente a él.

De la misma forma lo observo.

Sus manos empiezan a acariciarme lentamente desde los pies, subiendo por mis piernas hasta la parte posterior de las rodillas, ese lugar absurdamente sensible que provoca una revolución en cada poro de mi piel. Cada músculo de su pecho y abdomen se contrae con el movimiento. Cada contorno de sus brazos se marca cuando me toma con fuerza de las pantorrillas y me jala hacia él, dejándome a centímetros de sus rodillas entreabiertas.

Puedo ver la forma en que lo afecta. Quisiera verlo igual. Todo. Sin tela, sin límites, sin esa paciencia suya que me está volviendo loca.

—Deja de verme así, Natalia —murmura con voz grave—. Estoy a un segundo de perder el control.

—¿Y quién dice que no lo puedes perder?

Lo siento.

No puedo creer que eso salió de mi boca.

Él solo sonríe muy entretenido y vuelve a colocarse sobre mí, pero no me toca. Se queda suspendido, con los brazos a cada lado de mi cabeza. Me besa con fervor. Respondo, pero no me deja disfrutarlo suficiente porque comienza a descender, trazando un camino con la lengua desde mi cuello hasta mi pecho, bajando por mi estómago, mi ombligo, hasta que siento el calor de su aliento sobre el hueso de mi cadera.

Está muy cerca.

Me tenso por completo ante la inminencia de un acto aún desconocido. Me invade la mortificación de pensar en hacer eso. En dejarme ver así. En permitir algo tan íntimo.

Joseán lo nota de inmediato.

—Relájate, Nat —murmura.

Apenas lo escucho cuando toma mi pierna derecha y la coloca sobre su hombro. Por instinto flexiono la otra, y en un segundo se me borra la sensatez al sentir su boca.

La vergüenza intenta aparecer, pero no le doy oportunidad. El placer la aplasta sin pedir permiso.

Mis manos, que como de costumbre parecen tener mente propia, sueltan las sábanas que habían empuñado con fuerza y terminan en su nuca. Mis dedos desesperados se enredan en su pelo, urgiéndolo a no detenerse. El contraste de su cabello negro y despeinado contra mi piel clara es algo digno de apreciarse, pero no tengo capacidad de contemplar nada. No ahora.

Entonces necesito verlo.

Abro los ojos con esfuerzo y me concentro en él. Joseán ya me está viendo.

No sonrío. No juega. Solo me mira con una intensidad que me deja completamente expuesta, como si estuviera memorizando cada reacción, cada temblor, cada respiración que se me escapa.

Quiero cerrar los ojos, pero no puedo.

Y cuando nuestros ojos se encuentran, es cuando entiendo que está ahí conmigo, viéndome deshacerme sin burlarse, sin esconderse, sin apartarse, algo dentro de mí termina de rendirse.

Sé que estoy cerca de la cúspide por la forma en que mi cuerpo empieza a contraerse, por la fuerza con la que se me escapa la respiración, por la forma en que todo se concentra en un solo punto hasta volverse insoportable.

—¡Ah...! —se me escapa un gemido roto cuando el orgasmo me toma por sorpresa.

Cada oleada, cada sacudida, es recibida sin reserva por esa boca que, claramente, vino a arruinarme la vida.

Otra risa sofocada, seguida de besos ligeros en la parte interna de mi muslo, me devuelve poco a poco la lucidez. Entonces me percato de que aún tengo los dedos aferrados a los mechones de su cabello y lo suelto de volada.

Pobre.

Lo voy a dejar calvo.

—Perdón —murmuro, tímida y apenada.

Él levanta la cabeza, arquea una ceja y lentamente pasa la lengua por su labio inferior antes de morderlo y sonreír con esa arrogancia triunfante que debería estar prohibida.

Ay, dioses del Olimpo y cualquier otro panteón.

Qué bello y sexy.

No puedo más.

Lo necesito.

Lo quiero completo.

Tomo valor y me incorporo hasta quedar sentada. Con mis manos lo tomo de los bíceps y lo jalo repentinamente hacia mí, con toda la intención de besarlo. Él titubea. Entiendo la razón, pero no me importa dónde estuvo hace unos instantes. La modestia ya la eché por la ventana.

Cierro el espacio que queda entre nosotros y lo beso sin pensar en nada más. Ni en vergüenza, ni en pudor, ni en lo que debería hacer una señorita decente en esta situación. La señorita decente se fue hace rato.

Me dejo caer llevándolo conmigo.

Labios.

Lenguas.

Respiraciones entrecortadas al borde de un abismo.

Mis piernas se enredan en su cintura y recuerdo la primera vez que lo tuve así, en una alberca a la luz de la luna. Mis traviosos pies encuentran el resorte de sus bóxers y empiezan a tirar de él para removerlos, pero siento sus manos detener la travesía.

Y, con ello, detenerlo todo.

—José Ángel, no —reclamo, intentando recuperar el aliento.

De nuevo me va a dejar así.

No entiendo.

Es evidente que él también necesita desfogarse. Lo siento en la tensión de su cuerpo, en su respiración, en la forma en que tiene los ojos oscurecidos de deseo y aún así se obliga a poner distancia.

—¿Confías en mí? —pregunta, mirándome fijamente.

—Sabes que sí —afirmo sin titubear.

—Entonces date un baño y descansa. Mañana te tengo una sorpresa, así que necesitamos dormir bien.

Lo dice con una naturalidad ofensiva.

¿Qué?

¡Pero si mañana nos regresamos!

Es el último día del año y quedamos de pasarla con la familia.

—¿Qué sorpresa? —pregunto, incorporándome un poco.

—No seas curiosa. No te voy a decir nada más.

Me da un beso suave en la frente, como si eso compensara algo.

No compensa nada.

Lo miro, indignada.

Él solo sonríe, tal cual si acabara de ganar una batalla que yo ni siquiera sabía que estábamos peleando.

No quiero arruinar el momento. Tampoco quiero verme como una desesperada. Así que Natalia, muy obediente, se levanta para darse un baño, decidiendo que, a pesar de la sorpresita, está completamente satisfecha.

Bueno.

Casi completamente.

Y vaya que satisfecha en muchos sentidos.

Me da un gusto tremendo ver a Joseán relajado, contento. El orgullo que reflejó al concluir exitosamente el arduo trabajo de estos días se me quedó grabado. También la forma en que todos lo felicitaron, la manera en que Sergio le dio una palmada en la espalda, en que Omar le dijo algo en voz baja

que lo hizo sonreír, en que Alejandra gritó “¡se logró!” como si acabáramos de filmar una superproducción.

Y, aunque no lo diga en voz alta, sé que para él sí lo fue.

Su primer cortometraje terminado.

Su primer sueño materializado.

También me siento feliz al recibir elogios por mi trabajo. No termino de sorprenderme de lo rápido que encuentro cierta paz frente a la cámara, segura de mí misma, en sintonía con lo que Joseán necesita, aun con mi pánico escénico respirándome en la nuca.

Mucho tiene que ver la persona que está detrás de ella, claro. Sus exigencias, su forma de mirar, esa certeza insoportable con la que parece saber qué puedo dar incluso antes de que yo lo sepa. Pero también entiendo algo que apenas estoy descubriendo: puedo hacerlo.

No sé si será igual en otras circunstancias.

Ya lo averiguaré, porque me late explorarlo como pasatiempo.

Recapitulando este año, me doy cuenta del giro inesperado que ha tomado mi vida y lo recibo con gratitud.

No puedo pedir más.

O quizá sí.

Pero, por ahora, no me quejo.

18. La sorpresa

Hoy se acaba el año.

Nos despedimos de todos con abrazos, agradecimientos y esa torpeza bonita de la gente que compartió demasiadas horas de cansancio, humedad y caos como para simplemente decir “bye” y subirse a una camioneta.

Me pregunto si aún tengo cuerpo, alma o solo una colección de moretones, sueño y tierra metida en lugares inexplicables. La ropa se me pega a la piel, el cabello me huele a humedad y tengo los pies tan cansados que hasta llegar a la camioneta se siente como una prueba de supervivencia.

Pero el corto está filmado.

O al menos eso dice Joseán.

Después de cuatro días, nadie tiene energía para contradecirlo.

—¿Se va a regresar Omar con nosotros? —le pregunto a Joseán al ver a su querido amigo parado junto a la camioneta, con la maleta lista.

Nada más falta que esa sea la sorpresa.

Después de que me despertaron otra vez de madrugada, cuando mi cerebro todavía no carbura porque le falta cafeína en calidad de emergencia nacional, no creo estar de humor para una broma. De plano ya me perdí porque no entiendo nada.

—No, amor. Omar nos va a llevar al aeropuerto y va a regresar en la camioneta para dejársela a mi mamá —explica Joseán, muy quitado de la pena.

Okey.

Demos un paso atrás porque sigo dormida.

¿Amor?

¿Desde cuándo tan meloso?

¿Aeropuerto?

Me va a dar un colapso mental con tanto cambio. Hasta ese momento, yo seguía convencida de que íbamos a regresar a Ciudad de México para pasar Año Nuevo con su familia. Ese era el plan original, al menos el que me habían vendido. Pero, por supuesto, Joseán tenía otros planes.

Porque aparentemente informar con anticipación no forma parte de sus habilidades románticas.

—Nat, reacciona. No te quedes ahí parada. ¿No se te olvida nada?

—Necesito un café.

—Vamos por uno para llevar, ándale —accede, tomando mi mano—. Aún no me acostumbro a tu falta de coordinación mañanera.

—No es falta de coordinación, es falta de carburación. Y tú estás muy eufórico para ser tan temprano.

—Es por tu sorpresa.

Bendita cafeína.

Gracias, dioses de las plantas de café, por este néctar milagroso.

Me siento mucho mejor. Ahora sí puedo enfrentar cualquier cosa.

Ya estamos en el coche. Omar va manejando, yo de copiloto y Joseán en el asiento trasero.

Omar se ríe de mi patético estado de confusión.

—¿Ya me vas a decir a dónde vamos? —pregunto, volteando hacia atrás.

—Te puedo decir que no vamos a casa, amor. Eso sí. Ya que lleguemos al aeropuerto vas a ver.

Y dale con el “amor”.

Ni hablar, me gusta el jueguito porque aparentemente le divierte demasiado. Supongo que nunca tuvo la intención de pasar Año Nuevo con su familia.

Un buen rato después, dada la lejanía del aeropuerto, nos despedimos de Omar. En dos días regresa a Venezuela para cubrir un reportaje especial sobre un grupo paramilitar en la frontera con Colombia. No sabemos cómo consiguió acceso, pero suena peligrosísimo y no deja de preocuparnos.

Al llegar al mostrador, era inevitable enterarme de nuestro destino. Cuando colocan las etiquetas en las maletas, alcanzo a distinguir las letras MZO.

¿Es en serio?

Joseán me mira de reojo, con una expresión de estar muy orgulloso de sí mismo.

La chica que nos atiende nos entrega los pases de abordar.

—Su vuelo a Manzanillo sale en cuarenta y cinco minutos. Deben pasar a la sala de abordar inmediatamente, por el pasillo de seguridad a su izquierda. Feliz viaje y feliz año.

Al agradecer la amable atención no puedo contener mi emoción. Abrazo a Joseán, feliz, ridícula y completamente emocionada con mi sorpresa.

—¡Gracias, gracias!

—De nada, princesa.

Pobre Joseán. Debe estar exhausto. En cuanto se recarga en el asiento del avión, se queda profundamente dormido. Termino convenciéndolo, de recostarse sobre mis piernas después de despegar. Yo también caigo rendida.

Siento horrible tenerlo que despertar, pero ya anunciaron el descenso. Acaricio lentamente su cabello.

—Despierta, amor. Ya vamos a aterrizar.

¿Amor?

Bueno, ahora yo soy la que está media loca y cursi.

—Joseán —insisto, sacudiéndolo un poco.

Se levanta modorro y se estira como gato. Endereza su asiento y me regala una sonrisa perezosa.

—¿Dormiste rico?

—Como bebé.

—Me da gusto. Ahora espero que despierte mi pierna, porque me la dejaste entumecida.

—Mmm. Ahora mismo lo remediamos.

Sigue sonriendo, ahora travieso. Planta su mano izquierda sobre mi muslo y lo masajea.

Ay, qué rico.

Mi pierna comienza a relajarse. Su mano sube y masajea. Sube más. Masajea de nuevo. Se acerca a terreno peligroso.

—¡Auch! —exclama al sentir el manotazo que le propino.

Se ataca de risa y se soba la mano.

Me abrocho el cinturón, riendo junto con él.

—¡Compórtate!

La última vez que vine a Manzanillo tenía doce años. Recuerdo que me encantó porque no se siente esa vibra de zona turística saturada como en otros destinos playeros. Aún conserva ese dulce sabor a pueblo y, a la vez, algo de moderno centro vacacional.

Lo mejor de dos mundos.

Joseán me comenta que no vamos a la zona hotelera, sino a una exclusiva zona residencial en las colinas. Vamos a una casa que, para mi gran sorpresa, le prestó Charlie.

—Me la ofreció en tregua —explica—. El wey no dejaba de buscarme y pedirme disculpas por lo de Acapulco. La neta accedí a hablar con él porque ya me tenía hasta la madre. La casa la rentan durante el año para vacaciones, estaba disponible y aproveché.

—Pues por lo menos algo sacaste. Y ¿esto quiere decir que ya son amigos de nuevo? ¿Todo olvidado?

Nada más de acordarme se me pone la piel de gallina. En serio ese wey me caga.

—Por supuesto que no. Le dije que tenía que pedirte perdón a ti. Si tú aceptas, entonces ya veremos.

Guau.

—Gracias.

—Nada que agradecer, Nat. Es lo menos que puedo hacer, además de romperle la nariz.

Sonríe al ver que el taxi se está deteniendo.

—Ya llegamos.

La casa es simplemente hermosa. De esas casas que una ve en revistas y piensa: claro, esto existe, pero no para gente como yo.

Estilo mediterráneo y, para variar un poco en la zona, blanca. No es enorme, pero sí es una residencia. La parte de abajo es completamente abierta. La cocina, sala y área de entretenimiento se encuentran a la vista, enmarcadas por un enorme ventanal con puertas corredizas que mira al mar desde lo alto del risco. Se alcanzan a escuchar las olas retumbando contra las piedras. Un sonido imponente y, a la vez, relajante.

Al acercarme a la puerta veo que hay una veranda techada, con una mesa para cuatro personas y dos sillones de jardín. La alberca está completamente volada hacia el risco. Un caso seguro de vértigo si asomas demasiado la cabeza por la orilla.

Simplemente increíble.

Continuamos con el tour tomados de la mano. Joseán, como niño en dulcería, me muestra cada rincón. La recámara principal también tiene un ventanal con una vista espectacular. Una cama king size —o más grande, no sé, pero parece ring— y el baño en plano abierto con lo necesario para privacidad. Hay dos lavabos, una regadera de presión con puerta de cristal y una tina de hidromasaje sobre una plataforma que solo la separa del cuarto un vidrio. Se alcanza a ver desde la recámara.

Este cuarto grita pareja con tiempo, privacidad y malas decisiones.

Qué astuto me salió este muchachito.

—¿Tienes hambre? —pregunta, interrumpiendo mi tren de pensamiento.

De hecho, bastante.

—Sí, algo. ¿Tú?

—No seas modesta. Ya escuché cómo te ruge el estómago.

—Okey, muero de hambre. No te burles de mi pobre solitaria. Es ella la que está rugiendo.

—Estoy seguro de que las lombrices no rugen, Nat —responde, pinchándome la nariz—. Bajo a preparar algo mientras te cambias. ¿Te late comer afuera y aprovechamos el clima y la alberca?

—Me súper late, pero ¿cómo le hago? No traigo traje de baño.

—¿Y?

Silencio.

Está demente.

—Nat, es broma. Aunque me parece la mejor idea. Abre mi maleta mientras hago algo de comer.

Me da un beso y sale de la recámara, dejándome nuevamente confundida.

¿Para qué voy a abrir su maleta? ¿Quiere que me ponga un short suyo o qué?

Al abrirla veo, a un lado, una bolsa rosita y un morralito de colores muy familiar.

Denisse.

Tomo el morral y adentro están mis dos bikinis, las chanclas de piedritas y dos vestiditos de playa.

¡La amo!

En la bolsita rosa, cerrada con cinta adhesiva transparente, hay una notita que dice “disfrútalo :)”, junto con un minúsculo numerito de encaje negro.

Yo la mato.

—Tú y tu hermana son diabólicos —comento antes de darle una mordida al baguette que preparó Joseán.

Jamón serrano, provolone, lechuga, tomate, Dijon, alcaparras y aceitunas. Una grosería de sándwich.

—Yo no fui. Por mí te tendría aquí sentada como Dios te trajo al mundo. Fue todo ocurrencia de Nisi.

Le doy otra mordida a mi baguette y emito un gemido de satisfacción.

—Me vas a echar a perder si me sigues consintiendo.

—Esa es la idea, princesa. Esa es la idea —responde, terminándose su bocado—. Por cierto, ¿qué traía la bolsa rosa?

—Es sorpresa. No te voy a decir.

La venganza es dulce.

Joseán pone los ojos en blanco ante mi comentario infantil, y ahí entonces me doy cuenta de que lo pensé en voz alta.

Terminamos de comer y, dos copas de tinto después, nadamos. Cachondeamos en el agua. Nos recostamos en los camastros a tomar el sol y dormimos un rato. Así continuamos hasta admirar la puesta de sol.

El sol nos seca la piel, el vino me suelta la risa y el mar sigue retumbando abajo como si tuviera algo que decir.

Sin expresarlo con palabras, con solo una mirada, lo decidimos.

Joseán se acerca con esa sonrisa peligrosa que ya conozco demasiado bien. Antes de que pueda decir algo, me toma de la cintura y me carga en brazos, obligándome a rodearle el cuello para no perder el equilibrio.

—¿Siempre tienes que hacer entradas dramáticas? —pregunto, riendo.

—Solo cuando la escena lo amerita.

Avanza hacia la recámara con una seguridad que me hace sentir ligera, deseada, inevitable. Me baja al cruzar la puerta y lo veo venir con esa calma peligrosa de quien ya decidió exactamente qué quiere hacer.

Lo detengo con un gesto de negación, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Ahora se espera.

—Déjame quitarme el cloro de la alberca. Me baño de volada, ¿sí?

—¿Te alcanzo? —pregunta, iluso.

—Cuando salga, entras tú. Déjame preparar tu sorpresa.

¡Jal! Ahora a ver quién está frustrado.

—No juegues con fuego, Nat. Mejor apúrale.

Me desabrocho el cordón del top y lo dejo caer al tiempo que camino exagerando el movimiento de la cadera hacia la regadera. Siento que mantiene su atención en mí hasta cerrar la puerta.

Si soy honesta, todo este jueguito en parte tiene que ver con el nerviosismo que siento.

Sé que estoy lista y no me voy a echar para atrás. Aunque, si quisiera hacerlo, también sería válido. Sé que me entendería y no habría problema. Aun así, el miedo a no cumplir las expectativas sigue ahí, residual, escondido debajo de todo lo que ya hemos hecho.

Joseán ya conoce mi cuerpo muy bien y yo el suyo, pero no tanto como quisiera. Sé que lo afecto tanto como él a mí.

Son muchas emociones a la vez.

Respiro profundo, cierro la llave del agua, abro la puerta para tomar la bata de baño y salgo rumbo a la recámara.

Ya basta de vacilaciones.

—Todo tuyo —señalo la regadera con el dedo, mientras camino hacia donde dejé la maleta.

—Me tardo cinco minutos máximo.

Esa fue una advertencia.

Lo sé.

—Okey.

Me miro de medio visto con el numerito negro que, ya puesto, puedo decir que está de buen gusto. Modesto y muy sexy. El short a media pompa se me ve algo bien y la camiseta trae soporte al frente.

Perfecto.

Aprovecho para secarme el cabello con la toalla. Busco si de casualidad hay un cepillo en el buró y me encuentro con una enorme caja de preservativos.

La saco y no he terminado de leer la parte trasera cuando siento a Joseán muy cerca.

Levanto la mirada con la caja en la mano y no sé cómo la quijada se me mantiene en su lugar.

Gotas de agua le escurren por el pecho y los brazos. El cabello hacia atrás, con algunos mechones necios que se asoman. La toalla amarrada a la cintura, peligrosamente baja, me deja apreciar esa línea oscura que desciende desde su ombligo.

Sus ojos me recorren ahí sentada hasta aterrizar en mi mano. Arquea una ceja y noto que se está aguantando la risa.

—Qué pretencioso. Una caja con sesenta, ¿en serio? —rompo el hielo.

—Los compré en el Costco —confiesa, con una sonrisa apenas contenida—. Ven aquí.

Me pongo de pie y me acerco a él.

Me quiere ahí, frente a él, mientras me observa como si llevara días con hambre y yo acabara de aparecer en charola de plata.

—Fuera de broma, los vamos a usar. Sé que te estás tomando las pastillas, pero empezaste hace poco y no quiero arriesgarte.

—Okey.

Me puede pedir lo que sea y se lo doy.

Me sigue observando con una intensidad desconcertante. Como si tuviera una revolución dentro de la mente y tratara de encontrar las palabras correctas. Toma mis mejillas, levantando mi cara. Una de sus manos se queda ahí y la otra baja a mi cuello.

Internamente sé lo que me está diciendo solo con la forma en que me mira.

No necesita palabras porque puedo ver el amor desbordado en sus ojos.

Lo sé porque siento lo mismo.

—Quiero que me prometas que, si en cualquier momento no te sientes cómoda o quieres parar, me lo vas a decir. Porque no estamos aquí para que te sientas presionada.

—No te preocupes. Eso lo sé —respondo con seguridad.

—Sí, pero necesito que sepas algunas cosas que no he podido expresarte con palabras. Sabes que no soy un wey empalagoso. No hablo mucho y sé que a veces soy hosco.

La mano que está en mi mejilla juega ahora con mi cabello.

—Nunca creí que una mujer pudiera darme ganas de verla todos los días. De estar con ella simplemente por disfrutar su compañía. Nunca creí que me iba a morir de ganas por decirle a una mujer “amor”, “mi amor” o incluso

“princesa”. Nunca creí que fuera posible enamorarme como un idiota de alguien hasta que te conocí.

Se me llenan los ojos porque desde la primera palabra sé lo que me quiere decir.

—Nunca creí sentir la necesidad de decir “te amo”. Y eso es lo que siento. Necesito que sepas que te amo a ti. Solo a ti, Natalia.

Lo dice como si por fin soltara algo que llevaba meses atorado.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo esto? —pregunta con una mueca coqueta en los labios—. Que me estoy muriendo de nervios y a la vez de ganas de hacerte el amor. Me da pánico no poder hacer esto especial y placentero para ti.

Concluye mostrando una tímida sonrisa, al tiempo que seca mis lágrimas con los dedos.

Ya no puedo más.

Levanto los brazos para enredarlos en su cuello. Tengo que pararme de puntas y él me abraza de la cintura para ayudarme a quedar a su altura. Quiero decirle que no importa, que no hay forma de que esto no sea especial, que desde el primer momento en que lo vi me dejó completamente encantada. Que llevo meses pensando en cómo sería entregarme por completo a él.

Que necesito ser suya por fin.

—José Ángel, estás aquí. Conmigo. Me estás diciendo justo lo que yo ya venía sintiendo en cada cosa que haces por mí. Eso es más que suficiente —le digo, tratando de que mi voz no tiemble tanto—. Yo también te amo. Sin reservas y con todo lo que soy. Lo demás... lo demás es algo que quiero vivir contigo. Porque también me quema. Porque también lo necesito.

Le devuelvo el sentimiento con sinceridad.

Ahora, completamente vulnerables, comprendo que ambos tenemos miedo.

Y, aún así, ninguno quiere irse.

No hay nada más que decir.

Cerramos el espacio que queda entre los dos y nos encontramos en un beso desbordante. Por primera vez, siento que ya no estamos llegando al borde de nada.

Lo estamos cruzando.

El beso se torna urgente. Mis manos acarician su espalda y descienden hasta encontrar el borde de la toalla que en este instante me estorba de sobremanera. Sin pensarlo, tiro de ella y cae al suelo.

El beso se detiene y es reemplazado por una sonrisa de triunfo sobre mis labios.

—Tramposa —murmura, divertido con mi atrevimiento.

Joseán da un paso hacia atrás. Lo miro a los ojos. No me atrevo dejar de hacerlo aún.

Él sonríe, malévolo y travieso a la vez.

—Voltéate —me ordena con voz seductora.

No cuestiono.

Obedezco.

Le doy la espalda y siento el calor de su cuerpo tras de mí en un instante. Sus manos bajan lentamente desde mis hombros hasta las muñecas, para luego volver y rodear mi cintura. Sube mi camiseta con cuidado hasta removerla por completo y dejarla acompañando la toalla en el suelo.

Me quedo así, de espaldas a él, con tan solo el ridículo pedacito de encaje cubriéndome.

Cada caricia se siente lenta, cuidadosa, casi devota. Cada beso en mi hombro y cuello provoca que mi respiración se torne más agitada.

No soy la única afectada.

Puedo sentir la cálida piel de Joseán adherida a la mía. Me siento pequeña, a duras penas le llego a la clavícula, pero no me importa. Estoy tan perdida en el calor que me provoca, en la atención paciente que presta a mi cuerpo, que ni cuenta me doy de que avanzamos lentamente hasta el pie de la cama.

Él me voltea y besa mi boca con desesperación, tirando suavemente de mi pelo suelto. Mis manos exploran su espalda hasta llegar a la firmeza de sus glúteos. Lo aprieto sin medida, con dedos y uñas, empujando su pelvis hacia mí para sentirlo más cerca.

Un sonido bajo, salido del fondo de su garganta, me lo dice todo.

Que pierda el control.

No importa.

Cuando mis dedos buscan acariciarlo, me separa provocando que me siente en la cama. Joseán se queda de pie y lo observo completo, ante mí, sin una sola barrera.

Se me escapa el aire al apreciar lo bello y fascinante que es.

Quien haya dicho la atrocidad de que un hombre desnudo es feo y grotesco nunca tuvo a este espécimen como modelo. Simplemente se me hace agua la boca mientras me invade el temor de pensar en lo que viene.

¿Qué predominará?

¿El dolor?

¿El placer?

No lo sé.

—Natalia.

Mi nombre en sus labios hace que vuelva a verle a los ojos. Su mirada carnal, acompañada de una sonrisa que expresa haberme leído el pensamiento, me estremece.

—Acuéstate.

Me rindo ante la instrucción.

Al parecer le gusta eso de jalar las riendas porque no deja de mandarme. Quedo recostada en medio de la cama. Me siento extraña al no saber qué hacer. Decido sostenerme con los codos para levantarme un poco.

—Quítate los —dice, señalando las sobras de mi ropa interior con un gesto de la cabeza y los ojos. Esta vez no suena a orden.

Suena a súplica.

Modestia a un lado, deslizo el delicado encaje por mis piernas. Al llegar a los tobillos, él termina de hacerlo por mí y lo avienta al piso, su expresión de obvia anticipación.

Comienzo a reír nerviosa.

—¿Vas a darme órdenes toda la noche? —rompo el hielo.

—¿Te molesta?

—No.

—Entonces sí.

Lo dice como amenaza y promesa al mismo tiempo. Luego sube a la cama, acechándome, hasta quedar colocado sobre mí para besar, lamer y mordisquear cada centímetro de mi piel.

Como ya conoce el camino de sobra, no tarda en llevarme otra vez a ese punto donde dejo de pensar con claridad.

Mientras recupero el aire y bajo de la nube orgásmica en la que me encuentro, Joseán aprovecha para sacar un preservativo de la caja que dejé olvidada en el buró. En cuestión de segundos lo abre y se lo coloca sin dejar de mirarme.

Observo cada movimiento con una curiosidad que casi no puedo disimular.

Nerviosa, muerdo mi labio inferior.

Joseán me cubre de nuevo con su cuerpo, reverente, cuidadoso. Me besa con dulzura, despacio. Mis manos exploran todo lo que está a su alcance y no es suficiente.

Puedo sentirlo ahí, justo donde mi cuerpo ya lo espera.

Su boca sigue en la mía, más urgente ahora, como si tuviera miedo de que me arrepienta. Su mano traza un camino que ya sabe de memoria. El placer se enreda, sube, se complica, y cuando me abre poco a poco —cuidadoso,

paciente, terriblemente paciente— dejo de pensar en cualquier otra cosa que no sea él.

Y entonces vuelvo a caer.

Con tanta fuerza que apenas me doy cuenta del momento en que empieza a acomodarse entre mis piernas.

Me quedo sin aliento.

—¿Estás bien? —pregunta, afligido, al escucharme ahogar un sonido de desconcierto.

Puedo ver su esfuerzo en la forma en que su cuerpo se contrae, en cada músculo tenso y marcado, en las venas de su cuello.

Asiento.

Uso la mano derecha para hacer a un lado los mechones de su cabello. Quiero verlo a los ojos. No pienso perderme sus expresiones.

—Sigue, por favor —lo urjo, moviendo un poco la cadera.

El sonido que sale de mi boca al sentirlo entrar en mí es una mezcla de sorpresa, dolor y entrega. El malestar me invade de golpe, intenso y punzante, al cruzar esa barrera que mi cuerpo no conocía.

Pero en cuestión de segundos empieza a disiparse.

Como cuando te quitan de golpe un curita de una herida, pero más profundo. Más íntimo. Más abrumador.

Joseán se queda inmóvil.

Me espera.

Su rostro se ve atormentado y su respiración, trabajosa. Gotas de sudor le escurren por la frente.

Lo amo tanto.

Mando el dolor y el miedo al rincón más remoto de mi mente para poder concentrarme en cada exquisito centímetro de piel que puedo sentir dentro de mí.

—Estoy bien —adviento.

Respiro profundo.

Necesito expresar lo que quiero.

—Ya pasó... muévete, por favor.

Sonríe con una mezcla de alivio y deseo.

—Lo que tú digas, princesa.

Entre besos, caricias y miradas, el ritmo empieza lento, tortuoso, provocador. Todo rastro de dolor e incomodidad se va esfumando hasta transformarse en un cúmulo de sensaciones nuevas, extrañas y placenteras.

Le pido más.

Le pido que no se detenga. Que se deje llevar. Que me deje seguir repitiendo su nombre como si fuera lo único que sé decir.

Lo recibo sin medida. Cada movimiento me lleva más cerca de una cima que no creía posible, hasta que uno de sus dedos encuentra ese punto que me hace perder la razón.

Mi cuerpo se rinde a una intensidad que no puedo explicar con palabras.

Nunca creí lograrlo.

No la primera vez.

Me siento extasiada.

Eufórica.

Joseán no tarda. Pero sé —lo sentí en cada músculo tenso, en cada respiración contenida— que esperó. Que se obligó a esperar.

Verlo perderse así, después de tanto, me deja sin palabras. Es el tipo de cosa que uno quisiera fotografiar en la memoria y guardar para siempre: él, completamente deshecho, completamente mío por un segundo.

Se derrumba sobre mí con todo su peso. Se acomoda en el hueco de mi cuello y ahí se queda, respirando agitado, recuperándose. Lo abrazo con todo lo que tengo —brazos, piernas, lo que sea— sin importarme que me aplaste ni que me cueste trabajo respirar.

No me importa nada de eso.

Le digo que lo amo una y otra vez.

Finalmente, miramos el techo, sin poder desacelerar la respiración. Las palpitaciones de mi corazón están aceleradas como si hubiera corrido un maratón.

Estoy feliz.

Completamente satisfecha.

Sin remordimiento alguno.

—No manches, Natalia —me dice risueño, asombrado—. Eso estuvo...

Lo interrumpo emocionada.

—¡Intenso! ¡Genial!

—Sí, eso también, pero iba a decir súper chingón.

Me guiña el ojo y, en respuesta, pongo los míos en blanco.

Me toma de la mejilla con una seriedad dulce. Sus ojos siguen entretenidos, pero intensos.

—Ya en serio. Gracias, Nat.

Le respondo con un beso.

—Espérame tantito. —Me dice con ternura.

Se levanta en dirección al baño. Obviamente aprovecho para admirarle el trasero, muy discreta yo. Dejo salir un suspiro y me estiro deliciosamente,

sintiendo de inmediato mi cuerpo sensible, magullado y usado, lo cual recibo con gusto al recordar la causa de dicho mal.

Escucho el agua de la llave correr y lo alcanzo a ver de espalda, ligeramente, a través de los vidrios.

Al regresar trae una toalla pequeña en la mano, pero me distraigo al admirar cada paso que da en dirección a la cama.

Es mío.

Mío y solo mío.

Se sienta a mi lado y, sin decir nada, se acerca para colocar con suavidad la toalla entre mis piernas.

¡Ay, qué vergüenza!

Me limpia con ternura, sin morbo, sin comentario alguno. Luego se levanta y deja la toalla en el baño. De vuelta en la cama se acuesta a mi lado, me besa la frente y me abraza de cucharita.

—Te amo, Natalia.

Es lo último que escucho antes de quedarme profundamente dormida. El agotamiento acumulado de tantos días ocupados nos arrastra sin pedir permiso.

Me despierto al sentirme acalorada. El reloj marca las dos de la mañana.

¡Ya es Año Nuevo y ni siquiera nos acordamos de festejar!

Bueno, puedo decir que festejé con mi primera vez, y eso es más divertido que cualquier otra cosa.

Ya me imagino las caras de Javi y Pablo cuando les cuente que ya no hay “patrimonio histórico”.

Me río internamente ante lo cagada que va a estar esa conversación

No me arrepiento. Ni un poquito. Tal vez amar también se trate de eso: confiar. En la otra persona, sí, pero también en una misma. En la voz interna que, aunque tiemble, sabe cuándo algo se siente correcto.

Comienzo un año nuevo con muchas diferencias. No sé qué se avecina, pero por primera vez no quiero adelantarme al miedo.

Quiero estar aquí.

En este cuerpo.

En esta cama.

En este instante.

El calor es incómodo. Estoy sudando y no ayuda en nada que Joseán esté apergollado de mí. Tampoco ayuda que nos hayamos quedado cuajados sin un ápice de ropa. Lentamente comienzo a zafarme, deslizándome con cautela, hasta terminar de desenredarme de Joseán. Recojo mi ropa del suelo y camino

a la regadera. Aprovecho para lavarme los dientes y atender a mi abandonada vejiga, que puedo escuchar dándome las gracias por aliviarla.

Abro la regadera y aprovecho para inspeccionarme en el enorme espejo que está a un lado, mientras sale el agua caliente. Mi cabello está todo enmarañado. Los labios hinchados. El cuello y otras partes del cuerpo enrojecidas. En efecto, sí he quedado un poco magullada, por lo que le sonrío triunfante a mi reflejo.

No llevo ni cinco minutos bajo la deliciosa cascada de agua hirviendo cuando, abruptamente, se abre la puerta de la cabina y, muy quitado de la pena, entra Joseán.

Cierra la puerta y me observa.

—¿Por qué no invitas? —pregunta sonriente.

—No quise despertarte —le miento descaradamente.

Ni siquiera pasó por mi mente sugerirle que nos bañáramos juntos. Mucho menos a las dos de la madrugada.

—Mmm. Qué mala.

Se acerca con determinación. El agua lo cubre también y...

—¡Agh! No mames, está como para pelar pollos —exclama, aturdido.

Me ataco de risa y me volteo para regular la temperatura con la manija. La tenía a todo lo que da. Bañarme con agua muy caliente es una mala costumbre que tengo desde pequeña. Lo sé. No lo puedo evitar y nunca creí tener que preocuparme por no quemar a alguien más.

—Listo. Así está mejor.

—Estás loca. Se te va a caer la piel. ¿O qué? ¿De plano te querías desinfectar? Así, como cuando hierves el agua diez minutos.

Se burla mientras toma el jabón y comienza a hacer espuma.

—Claro que no. Es relajante y así me gusta.

—No creo que sea muy bueno para la circulación —me advierte, acercándose.

Sus manos comienzan a enjabonar mis hombros, luego mi cuello, hasta llegar a mis pechos, que recorre lentamente con las palmas.

Lo observo de pies a cabeza.

Se me escapa una sonrisa pícaro cuando mi mente conjura una travesura algo atrevida.

—Mmm. Veo que ya despertaste —murmuro, intentando sonar seductora.

Lo tomo con la mano y lo acaricio lentamente. Un gruñido de apreciación me invita a continuar.

Al ver que sus ojos se cierran, me coloco en cucullas.

No tengo la menor idea de cómo hacer esto.

Pero quiero hacerlo.

Quiero darle lo mismo que él me ha dado tantas veces: placer sin reservas, sin pena, sin miedo.

Él se inclina para verme. Su respiración se corta. Me observa.

Es todo lo que necesito para atreverme.

Al principio me guía el instinto. La lengua, los labios, la presión cuidadosa. Mis manos acompañan el movimiento mientras él, con los dedos enredados en mi pelo, marca un ritmo lento, paciente, como si no quisiera asustarme ni dejarse ir en exceso.

No es fácil.

La quijada me duele un poco, pero no me importa.

Probarlo, sentir cómo reacciona, escuchar la forma en que su respiración se rompe por mi culpa, me fortalece. Me da una seguridad nueva. La certeza de que puedo desarmarlo de la misma forma en que él me desarma a mí.

Mis ojos lo buscan.

Las miradas se conectan.

No hay palabras para describir la expresión de su rostro. Es fascinante. Bella. La expresión de un hombre que está a punto de perder la poca cordura que le queda. El ritmo cambia.

Escucho mi nombre.

Una advertencia.

Me detengo.

Él me ayuda a levantarme y, con cierta brusquedad, termina por recargarme contra la pared fría para plantarme un beso completamente obsceno. Una de sus manos me sostiene. La otra termina lo que empecé.

Siento cómo se estremece contra mí, cómo toda esa fuerza que siempre parece tener bajo control se le escapa de golpe. Por un segundo deja de ser el hombre que manda, que cuida, que se contiene. Es solo José Ángel, vulnerable y mío, perdiéndose por completo.

Ay, Dios.

Esta Natalia atrevida me está cayendo bien.

19. Feliz año

Al despertar al día siguiente, lo primero que siento es una paz extraña.

No de esas que llegan porque todo está resuelto. Mi vida claramente no funciona así, sino de esas que aparecen después de cruzar una puerta importante y darte cuenta de que sigues siendo tú. La misma. Pero no exactamente igual.

Empieza un año nuevo.

Uno lleno de expectativas, incógnitas y cosas que aún no sé nombrar.

Joseán duerme a mi lado, profundamente. Está boca abajo, con un brazo debajo de la almohada y el cabello cayéndole sobre la frente. La sábana le cubre hasta la cintura y su espalda, amplia y relajada, sube y baja con cada respiración lenta.

Se ve pacífico.

Sin defensas.

Hermoso de una manera tan íntima que me da ternura y pudor al mismo tiempo.

No puedo evitar quedarme mirándolo. Hay algo en esta escena que estoy segura, se va a quedar guardado en mi memoria para siempre. No por perfecta. Sino por real.

La noche anterior marca una línea invisible entre la Natalia que llegó a la Ciudad de México con una maleta, miedo, sueños y más preguntas que respuestas, y esta otra que despierta en una casa frente al mar, enredada en las sábanas con el hombre que ama.

Me quedará marcada para siempre.

Y agradezco que el recuerdo no me pese. Que no venga con miedo, ni culpa, ni ganas de borrarlo. Al contrario. Me deja tibia por dentro.

Me entristece pensar en cuántas mujeres no pueden recordar su primera experiencia con cariño. Cuántas la vivieron con miedo, presión, arrepentimiento o dolor. Cuántas la vivieron sin querer del todo, por impulso, por borrachera, por obligación, por complacer a alguien más. Cuántas, peor aún, ni siquiera tuvieron opción.

No quiero detenerme demasiado en eso porque se me hace un nudo en la garganta.

Soy afortunada.

De verdad lo soy.

La luz del sol empieza a entrar por el enorme ventanal como si el mar la estuviera devolviendo en pedazos. Todo el cuarto se baña en tonos dorados y azules. Las cortinas se mueven con la brisa que logra colarse por alguna rendija

y, a lo lejos, las olas revientan contra las rocas con una fuerza constante, profunda, casi hipnótica.

Por un momento, el mundo parece recién estrenado.

Con muchísimo cuidado, me escurro de la cama para no despertarlo. Me quedo inmóvil unos segundos cuando Joseán se mueve, pero solo acomoda la cara contra la almohada y sigue dormido.

Sonrío.

Entro al baño, me lavo los dientes, me recojo el cabello de cualquier forma y me pongo una bata blanca que encuentro colgada detrás de la puerta. No traigo nada debajo y esa simple conciencia me provoca una sonrisa tonta frente al espejo.

Definitivamente algo cambió.

Bajo a la cocina procurando no hacer ruido. La casa está en silencio, apenas acompañada por el sonido del mar y el zumbido leve del refrigerador. Preparo café, sirvo jugo de naranja, corto papaya y busco algo para cocinar. Encuentro huevos, jamón, pan de caja, mantequilla y un poco de queso.

Perfecto.

No soy chef, pero unos huevitos con jamón y pan tostado los hago con los ojos cerrados.

Me tomo mi tiempo. Pongo todo en una charola grande: dos platos, cubiertos, servilletas, café, jugo, fruta, pan tostado con mantequilla y los huevos recién hechos. La idea es subir, despertarlo y desayunar en la terraza de la recámara viendo el mar.

Qué buen plan el mío.

Cuando entro al cuarto, con mucho cuidado de no tirar nada, Joseán ya está despierto.

Está sentado en la cama, despeinado, con la sábana sobre la cadera y cara de pocos amigos.

—Qué bonito —dice, con voz ronca de recién despertado—. Me abandonas en nuestra primera mañana del año.

Me detengo a media habitación con la charola en las manos.

—Buenos días para ti también.

—No. Nada de buenos días. Me desperté y no estabas.

—Fui a preparar el desayuno.

Se fija en la charola y su expresión se suaviza de inmediato.

—Okey. Eso ayuda a tu caso.

—Qué considerado.

—Pero igual me quitaste la ilusión.

—¿Cuál ilusión?

La sonrisa que me dedica es lenta, perezosa y completamente indecente.

—La del mañanero.

Casi tiro el café.

—José Ángel.

—¿Qué? Es una tradición muy respetable.

—¿Según quién?

—Según yo, que soy un hombre de costumbres.

—Pues qué rápido te llenaste de costumbres. Apenas llevas unas horas con vida sexual formal.

Se ataca de risa y se levanta para ayudarme con la charola.

—Ven acá, insolente.

—Cuidado con el café, hombre de costumbres.

Llevamos todo a la terraza. El aire está fresco, pero no frío. La vista es espectacular: el mar extendido frente a nosotros, el cielo limpio, la alberca brillando abajo como si alguien hubiera puesto un espejo líquido sobre el risco. Nos sentamos en la mesa pequeña, aún con esa torpeza feliz de quienes acaban de compartir algo enorme y no saben bien cómo volver a la normalidad. Una servilleta se me quiere volar dos veces y tengo que atraparla con el codo, muy fina yo.

Nos reímos.

Joseán prueba el café primero.

—Está buenísimo.

—Gracias.

Por lo menos de algo sirve mi trabajo mal pagado preparando cafés ajenos.

Luego prueba los huevos con jamón y cierra los ojos.

—Y esto también.

—No exageres. Son huevos con jamón.

—No estoy exagerando. Me gusta que me cocines.

Lo dice de forma tan sencilla que me calienta el pecho.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

Desayunamos un rato en silencio, pero no es incómodo. Es de esos silencios llenos de cosas. De miradas que se encuentran y se sostienen un segundo más de lo necesario. De sonrisas pequeñas. De recuerdos frescos que todavía viven en la piel.

Joseán deja el tenedor sobre el plato y me mira con atención.

—¿Estás bien?

Sé exactamente a qué se refiere.

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Te duele algo?

Me sonrojo.

—Un poco. Pero nada grave.

Su expresión cambia de inmediato, preocupado.

—Nat...

—Estoy bien —lo interrumpo con suavidad—. En serio. Solo me siento... diferente.

—¿Diferente cómo?

Observo mi taza, buscando una respuesta que no suene como una canción de Luis Miguel.

No quiero decir algo cursi. Tampoco quiero minimizarlo.

—Como si hubiera hecho algo importante. Algo que quería, pero que me daba miedo. Y ahora que ya pasó, no me siento arrepentida. Me siento tranquila.

Joseán suelta el aire despacio, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Es lo único que me importa.

—¿Qué?

—Que no te arrepientas. Que no hubieras despertado pensando que fue mucho o que te dejaste llevar por mí.

Me estiro sobre la mesa y le tomo la mano.

—No me dejé llevar por ti. Bueno, sí, un poquito —admito, sonriendo— pero porque yo también quería. Mucho.

La forma en que me mira me deja sin aire.

—Yo también quería mucho —murmura.

—Sí, eso me quedó claro.

Se ríe, pero enseguida se pone serio otra vez.

—Gracias por confiar en mí.

—Gracias por cuidarme.

Nos quedamos así unos segundos, tomados de la mano sobre la mesa, con el desayuno a medio terminar y el mar haciendo ruido debajo de nosotros.

No sé en qué momento exacto el ambiente cambia.

Quizá cuando su pulgar empieza a acariciar mis nudillos.

Quizá cuando me acuerdo de su estúpida queja formal.

Quizá cuando tomo conciencia de que no tengo nada debajo de la bata y, que por primera vez, esa conciencia no me da vergüenza.

Me da poder.

Termino el último sorbo de café y dejo la taza sobre la mesa.

—Entonces... —digo, intentando sonar casual.

Joseán levanta una ceja.

—¿Entonces qué?

—¿Eso del mañanero era una queja formal o solo un comentario dramático?

Su sonrisa aparece de inmediato.

—Era una queja formalísima.

—Ah.

Me pongo de pie.

—¿Ah?

—Mueve la silla un poco hacia atrás.

Me mira con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Para qué?

—Tú muévela.

—Mmm. Qué mandona amaneciste.

—Estoy probando cosas nuevas.

Eso le borra un poco la sonrisa.

Obedece.

Empuja la silla hacia atrás, quedando de frente a mí. El aire fresco me roza las piernas desnudas bajo la bata y siento cómo el corazón se me acelera, pero no retrocedo.

No quiero retroceder.

Me paro frente a él y llevo las manos al lazo de la bata.

Joseán entiende un segundo antes de que lo haga.

Su mirada cambia.

Se oscurece.

—Natalia...

—¿Qué?

—Estás jugando sucio.

—No. Estoy siendo considerada con tu queja formal.

Desato el nudo lentamente.

La bata se abre lo suficiente para que se dé cuenta de que no llevo nada debajo. El viento intenta mover la tela y yo la sostengo cuidadosamente con los dedos, lo justo para no descubrirme por completo todavía.

La mandíbula de Joseán se tensa.

—Tramposa —murmura.

—Puede ser.

Doy un paso hacia él.

—¿Te molesta?

—Me preocupa que estés descubriendo muy rápido lo fácil que puedes desarmarme.

La frase me atraviesa entera.

Siento nervios, sí. Pero ya no son los de antes. No son miedo ni pena. Es expectativa. Curiosidad. Deseo.

Me acerco más hasta quedar entre sus piernas. Joseán levanta las manos, pero no me toca de inmediato. Espera, como si aún pidiera permiso en silencio.

Eso me derrite más que cualquier caricia. Tomo sus manos y las llevo a mi cintura.

—Puedes tocarme.

Sus dedos se cierran sobre la tela de la bata y después sobre mi piel. Despacio. Con cuidado. Como si no quisiera romper el momento por precipitarse.

Yo no tengo tanta paciencia.

Me siento sobre él, acomodándome a horcajadas en sus piernas. La bata se abre por completo entre nosotros y el aire me acaricia la espalda, el pecho, los muslos. Debería darme vergüenza estar así, expuesta en plena terraza, aunque nadie pueda vernos.

Pero no me da.

Me siento viva.

Deseada.

Dueña de mí.

Joseán me mira como si no supiera si rezar o perder la cabeza.

—Princesa...

—No me digas que me comporte.

—Ni loco.

Sonrío y lo beso.

Al principio lento, disfrutando el sabor a café en su boca, la tibieza de sus labios, la forma en que sus manos se deslizan por mi espalda y me atraen más hacia él. Luego el beso cambia, se vuelve más profundo, más húmedo, más urgente.

Esta vez soy yo quien marca el ritmo.

Soy yo quien lo busca, quien lo provoca, quien se mueve sobre él hasta sentir cómo su cuerpo responde debajo del mío. La sensación me roba el aire y, simultáneamente, me da una seguridad nueva. Una parte de mí, la que ayer

temblaba de nervios, observa desde lejos a esta Natalia que no se esconde, que no espera instrucciones, que no pide permiso para querer.

Joseán intenta besarme el cuello, pero tomo su cara entre mis manos y lo obligo a mirarme.

Quiero verlo.

Quiero verlo mientras entiende que no soy tan frágil como cree.

Su respiración se rompe.

—Nat...

Mi nombre suena como advertencia y súplica.

Me muevo otra vez, más despacio, midiendo la presión, aprendiendo de su reacción. Él cierra los ojos un instante y aprieta los dedos sobre mi cintura.

Eso me enciende más.

El poder de provocarle eso me recorre entera. No porque quiera dominarlo. Sino porque por primera vez entiendo que esto también puede nacer de mí. De mis ganas. De mis manos. De mi decisión.

También puedo dar.

Buscar.

Decidir.

El mundo se reduce al roce de nuestros cuerpos, al sonido del mar, a su respiración contra mi boca, a mis manos en su cabello, a las suyas bajando por mi espalda hasta aferrarse a mí con una mezcla de deseo y contención.

No hay cama.

No hay noche.

No hay miedo.

Solo esta mañana luminosa, el año recién nacido y nosotros dos encontrando una manera distinta de hablarnos. Cuando el placer empieza a crecer, lento y profundo, apoyo la frente contra la suya. Joseán no deja de observarme. Me sostiene con fuerza, pero deja que sea yo quien decida cuánto, cómo, cuándo.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me hace sentir poderosa. No era solo lo que él me hacía sentir. Era darme cuenta de que mi cuerpo también tenía memoria, voluntad y una voz que yo apenas estaba aprendiendo a escuchar.

No sé cuánto tiempo pasa.

Solo sé que, cuando todo se desborda, lo hace sin prisa, como una ola que sube hasta cubrirlo todo. Me aferro a él, temblando, y él me sigue unos segundos después, escondiendo el rostro en mi cuello mientras dice mi nombre con una voz que no le había escuchado antes.

Nos quedamos así, abrazados, respirando con dificultad.

La bata sigue abierta, el café ya se enfrió y la papaya seguramente se está calentando con el sol.

Me río bajito.

Joseán levanta la cabeza, aún agitado.

—¿De qué te ríes?

—De que tu queja formal fue atendida en tiempo y forma.

Tarda medio segundo en entender.

Luego se ríe conmigo, fuerte, libre, con esa risa suya que me afloja el corazón.

—Excelente servicio —dice, dándome un beso en el hombro—.

Definitivamente voy a levantar otra queja mañana.

—Abusivo.

—Hombre de costumbres, princesa.

Le doy un golpe suave en el pecho, pero no me muevo de encima de él.

No todavía.

Porque por primera vez en mucho tiempo no tengo prisa por llegar a ningún lado.

Joseán me abraza con fuerza, aún con la respiración desordenada. Sus manos suben y bajan por mi espalda con una suavidad que me adormece. Cierro los ojos un instante, recargada en su hombro, dejándome envolver por el calor de su cuerpo y el ruido constante del mar.

Entonces lo siento tensarse. No mucho. Apenas.

Pero ya empiezo a conocerlo lo suficiente como para notarlo.

—¿Qué pasa? —pregunto dejando de apartar la vista.

Joseán me mira. La expresión de hace unos segundos, juguetona y satisfecha, se transforma en una preocupación inmediata.

—Nat...

Ese tono.

Ay, no.

—¿Qué?

Traga saliva y baja la mirada un segundo, como si estuviera armando la frase con cuidado.

—No usamos condón.

El comentario cae entre nosotros como un balde de agua fría.

Por supuesto.

¿Cómo no me di cuenta?

Me quedo inmóvil, aún sentada sobre él. Toda la escena luminosa y perfecta se llena, de golpe, de realidad.

—Ay, Dios —murmuro.

—Perdón —dice de inmediato—. Perdón, Nat. Me dejé llevar. No debí. Yo tenía que...

—José Ángel —lo interrumpo, tocándole la cara—. Respira.

—No. No me digas que respire. La cagué.

Su angustia es tan evidente que, en lugar de asustarme más, me entenece.

—No la cagaste solo tú. Yo también estaba aquí, ¿te acuerdas? Bastante participativa, por cierto.

No sonrío. Ni un poquito.

Okey. Esto sí le preocupa.

—Estoy tomando mis pastillas —le digo con calma—. Las tomo todos los días. Religiosamente. No se me ha pasado ninguna.

—¿Segura?

—Segura.

—¿A la misma hora?

Lo miro, levantando una ceja.

—Mira nada más al señor interrogatorio.

—Nat.

—Sí. A la misma hora. Tengo alarma en el celular y todo. No soy tan irresponsable.

Joseán cierra los ojos y suelta el aire despacio, pero no parece relajarse del todo.

—De todos modos, no estuvo bien —dice—. Anoche usamos. Hoy debimos usar también.

—Lo sé.

Y lo sé de verdad.

Porque una cosa es que no haya peligro real, o que al menos yo me sienta tranquila con mi método, y otra muy distinta es que actuáramos como si no importara. Importa. Claro que importa. Mi cuerpo, mi salud, mi tranquilidad. Todo importa.

—No quiero que pienses que me vale madre —añade, mirándome con una seriedad que me aprieta el pecho—. No me vale. Nada de esto me vale.

—Lo sé.

—No quiero arriesgarte.

—También lo sé.

Me acomodo un poco la bata, no por vergüenza, sino porque el mood cambió. Ya no estamos jugando. Joseán lo nota y me ayuda a cerrarla con cuidado, como si ese gesto fuera una disculpa silenciosa.

—A partir de ahora, sin excepción —dice—. Aunque tú tomes pastillas. Aunque estemos muy seguros. Aunque me vea muy bonito y te distraigas.

Eso último logra arrancarme una risa.

—Qué humilde.

—Estoy tratando de bajar la tensión.

—Te sale pésimo.

—Pero funcionó ¿no?

Sonrío tímida.

Luego le tomo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Estoy bien, ¿sí? No me arrepiento. No estoy asustada. Pero sí tienes razón. Hay que cuidarnos. Siempre.

Joseán asiente.

—Siempre.

Se queda mirándome unos segundos, aún serio.

—¿Me prometes que si algo te preocupa me lo vas a decir? Lo que sea. Aunque sea incómodo.

—Te lo prometo.

—Y yo prometo no volver a dejar que el hombre de costumbres tome decisiones sin consultar al adulto responsable.

—¿Y quién es el adulto responsable?

—Claramente tú.

—Buena respuesta.

Ahora sí sonrío.

Me acerco y le doy un beso suave, distinto a los de hace rato. Más tranquilo. Más nuestro. Uno que no busca encender nada, sino acomodar las cosas otra vez en su lugar. Cuando me separo, Joseán apoya la frente contra la mía.

—Feliz Año Nuevo, princesa.

—Feliz Año Nuevo, sapo irresponsable.

Se ríe, al fin.

—Responsable en rehabilitación.

—Más te vale.

Nos quedamos abrazados un ratito más, con la brisa entrando desde el mar y el resto del desayuno ya completamente frío.

No me importa.

Creo que esto también cuenta como intimidad: hablar de lo incómodo, aceptar que la regamos y cuidarnos sin que el mundo se acabe. O tal vez sí se rompe un poco la fantasía. Pero no de mala manera. A veces romperla es justo lo que permite que algo sea real.

Después de nuestra “conversación responsable” y de terminar el desayuno frío, decidimos que lo más lógico es darnos un baño, vestirnos y salir

a conocer un poco. La casa es maravillosa, sí, pero tampoco vamos a pasar todo el día encerrados ahí como par de recién casados en luna de miel.

Aunque ganas no faltan.

Me pongo un vestido ligero de algodón, sandalias cómodas y lentes de sol. Joseán opta por shorts, camiseta blanca y gorra. Lo odio un poco porque se ve bien con absolutamente todo. Incluso despeinado, medio bronceado y con cara de no haber dormido lo suficiente.

O tal vez precisamente por eso.

Pedimos un taxi para movernos sin estar batallando y, mientras esperamos frente a la casa, no puedo evitar mirar hacia el mar otra vez. Desde lo alto, Manzanillo se extiende como una mezcla curiosa de puerto, cerros, palmeras y mar azul intenso. No es un destino de postal perfecta como otros lugares turísticos que salen en anuncios, pero tiene algo muy suyo. Algo más real.

El taxi llega por fin y Joseán le pide al chofer que nos lleve hacia la zona de playa, evitando el centro y el área del puerto. Yo apenas estaba aprendiendo a ubicarme, así que me dediqué a mirar por la ventana como perrito en coche, pero con más dignidad.

Manzanillo me sorprende.

Hay partes que se ven muy sencillas, incluso descuidadas, y otras que de pronto se abren hacia vistas preciosas. Cerros verdes, casas blancas trepadas en las laderas, buganvillas cayendo sobre bardas, hoteles escondidos entre palmeras y ese mar que aparece y desaparece entre vueltas y calles como si jugara con nosotros.

El aire huele a sal, a sol, a bloqueador, a pescado frito y a humedad. Un olor que, por alguna razón, me hace sentir en vacaciones de verdad.

Llegamos a una playa muy tranquila. No está vacía, por supuesto, porque es primero de enero y temporada alta, pero tampoco es un caos imposible. Hay familias bajo sombrillas, niños corriendo hacia el agua, parejas caminando por la orilla y vendedores ofreciendo de todo: cocos, camarones, pulseras, pareos, mangos con chile.

Rentamos dos camastros y una sombrilla.

Por un rato no haremos nada.

Y es glorioso.

Solo estar ahí, con los pies enterrados en la arena, el sonido del mar al frente y el sol pegándome en la piel, me hace sentir una felicidad absurda. De esas que no necesitan explicación.

—Te estás riendo sola —me dice Joseán, recostado en el camastro de al lado.

—Estoy feliz.

La respuesta sale tan sencilla que hasta yo me sorprendo.

Él voltea a verme. Sus ojos se suavizan.

—Qué bueno.

No dice más.

Y eso me gusta.

Después entramos al mar. Al principio me da un poco de miedo porque las olas tienen más fuerza de la que aparentan desde la orilla. La espuma me golpea las pantorrillas y la arena se me hunde bajo los pies, como si el mar quisiera jalarme hacia adentro.

Joseán me toma de la mano y camina conmigo hasta que el agua nos llega a la cintura.

—No me sueltes —le advierto, apretándole los dedos.

—Ni loco.

Una ola nos golpea más fuerte de lo esperado y me hace perder el equilibrio. Joseán me jala hacia él antes de que termine tragando agua salada. Me quedo pegada a su pecho, riéndome y tosiendo con el pelo en la cara y la honra completamente ahogada.

—Muy heroico de tu parte —le digo, escupiendo un poco de agua.

—Te dije que no te iba a soltar.

—Casi me ahogo. No manches.

—Exagerada. Fue una olita nada mas.

—Para ti, que mides lo mismo que un poste.

—Poste protector.

—Sapo poste.

—Cada vez me pones nombres peores.

—Te los ganas.

Nos quedamos un rato jugando entre olas, besándonos a escondidas cuando el agua nos cubre un poco más, riéndonos como si no tuviéramos que volver a ningún lado. Como si la universidad, el trabajo, la casa de Rosa, Denisse, su familia, mis papás y todo lo demás pertenecieran a otra vida.

Spoiler: sí tenemos que volver.

Pero no todavía.

Más tarde, muertos de hambre y con la piel salada, caminamos hacia un changarro de mariscos que está a unos metros de la playa. Tiene mesas de plástico, mantelitos de colores, sillas medio chuecas con logo de chela y una vista espectacular.

Exactamente mi tipo de lugar.

—Aquí se come rico —asegura Joseán, como si fuera experto local después de llevar menos de veinticuatro horas en Manzanillo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque huele bien.

—Ah, bueno. Gran criterio gastronómico.

—A huevo. El olfato nunca falla.

—Qué profundo, Joseán. Qué hombre tan de mundo.

—Búrlate, pero ahorita vas a ver.

Pedimos ceviche, pescado zarandeado, tostadas de camarón y una orden de ostiones que Joseán pide con demasiada emoción para mi gusto. Cuando llegan, los veo con desconfianza.

—No manches.

—¿Qué?

—Eso se ve como algo que el mar decidió expulsar por una muy buena razón.

Joseán suelta una carcajada.

—No seas dramática. Pruébalos.

—No.

—Uno.

—No.

—Natalia.

—No me digas Natalia para obligarme a comer babas marinas.

—Son ostiones.

—Son babas marinas con limón y Valentina.

—Ay, por favor. No seas niña.

—No soy niña. Soy una mujer con instinto de supervivencia.

—Dicen que son afrodisíacos.

Lo veo fijamente.

—¿Perdón?

Se encoge de hombros, bastante entretenido.

—Eso dicen.

—Después de anoche y esta mañana, ¿en serio crees que necesitas ayuda de un ostión?

Joseán se atraganta con la risa.

— *Touché* .

—No, no. A ver. Me preocupa tu nivel de ambición.

—¿Mi nivel de ambición?

—Sí. O sea, ¿qué sigue? ¿Pedir un licuado de víbora, chochos milagrosos y una veladora?

—No seas payasa.

—Tú eres el que está pidiendo babas marinas con supuestos poderes sexuales, no yo.

—No son babas marinas.

—Lo son.

—No lo son.

—Son babas marinas premium, si quieres. Pero babas marinas.

Joseán toma uno, le pone limón y salsa, y me lo acerca como si me estuviera ofreciendo la solución a todos mis problemas.

—Ándale. Uno.

—Ni de chiste.

—Confía en mí.

—Confío en ti con muchas cosas. Con esto, no.

—Qué poca fe.

Se ríe y se lo come él, sin dejar de mirarme.

—Mmm.

—No hagas sonidos raros para convencerme.

—Está buenísimo.

—Qué bueno. Entonces cómete los demás tú y yo observo resultados.

Joseán levanta las cejas.

—Eso suena como experimento científico.

—Soy una mujer de investigación.

—Dominguera y científica. Qué peligro.

—Y tú, sapo con complejo de poste protector. Cómete tus babas marinas.

Se come tres, solo por llevarme la contraria. Yo me mantengo firme en mi postura y me dedico al ceviche, que está espectacular. El pescado zarandeado llega después, servido con tortillas calientes, salsa, arroz y ensalada. Comemos como si no hubiéramos desayunado. Bueno, en realidad sí desayunamos, pero después de la mañana que tuvimos, mi cuerpo decide que necesita compensación calórica inmediata. Sin preguntas. Sin juicios.

Mientras esperamos la cuenta, me llega un mensaje de Denisse.

Denisse: Feliz Año Nuevo, desaparecida.

Denisse: ¿Mi hermano sigue vivo o ya lo aventaste al mar?

Sonrío como tonta.

Natalia: Sigue vivo. Por ahora.

Denisse: Eso suena sospechoso.

Natalia: Todo suena sospechoso cuando eres metiche.

Denisse: Soy tu mejor amiga. Es mi derecho.

Natalia: Luego te cuento.

Denisse: Ese “luego te cuento” viene cargado de pecado.

Natalia: Adiós, Denisse.

Denisse: ME URGE QUE REGRESES.

Bloqueo el celular con una sonrisa imposible de ocultar.

—¿Nisi? —pregunta Joseán.

—Sí.

—¿Me está quemando?

—Poquito.

—Qué raro.

—Dice que le urge que regrese.

—Me imagino. Le debes chisme.

—Muchísimo.

—¿Chisme que me involucra?

—No seas egocéntrico.

Joseán ladea la cabeza, mirándome con una sonrisa muy segura.

—O sea, sí.

—O sea, cállate y pide la cuenta.

Se ríe y levanta la mano para llamar al mesero.

Regresamos a la casa por la tarde, con la piel caliente por el sol, el cabello lleno de sal y esa flojera deliciosa que solo da pasar horas en la playa. Durante el camino de vuelta me recargo contra la ventana del taxi, viendo cómo la ciudad cambia de color con la caída del sol. Las calles se ven más tranquilas, las palmeras se mueven con la brisa y el mar, a lo lejos, parece una lámina oscura llena de destellos.

Me siento contenta.

De verdad contenta.

No eufórica ni nerviosa ni acelerada. Contenta. Serena. Parece como que por un día entero la vida hubiera decidido decirnos: “ándenle, no la caguen, ahí les va tantita paz”.

Al llegar a la casa, nos bañamos para quitarnos la sal y la arena. Yo me pongo ropa cómoda mientras Joseán revisa su celular en la cama, tirado boca abajo, con el cabello húmedo y cara de estar tramando algo.

—Tenemos reservación para cenar —dice de pronto.

—¿Tenemos?

—Ajá.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de venir.

—No manches. Qué organizado me saliste.

—Tengo mis momentos.

—¿Y a dónde vamos?

—A un lugar bonito. En Las Hadas.

Eso me llama la atención.

—¿Las Hadas? ¿El hotel?

—Sí. Hay un restaurante ahí. Se llama Legazpi. Es más formal, así que ponte guapa.

—¿Más guapa que esto? —pregunto, señalándome con total descaro.

Joseán deja de ver el celular y me recorre arriba a abajo. Yo estoy en shorts, camiseta floja y el cabello hecho un desastre húmedo.

—Punto válido —dice, muy serio—. Entonces ponte igual de guapa, pero con zapatos.

—Qué idiota.

Le aviento una toalla y él la esquiva riéndose.

Aun cuando es primero de enero, muchas cosas siguen abiertas por la temporada alta. Eso me sorprende un poco, pero supongo que en lugares de playa las vacaciones mandan más que el calendario.

Me arreglo con más cuidado del que pensaba. Elijo un vestido sencillo, color arena, que había metido a la maleta “por si acaso”, sandalias altas y aretes pequeños. Me dejo el cabello suelto, con las ondas naturales que me deja el mar, y solo me pongo un poco de maquillaje.

Cuando salgo del baño, Joseán ya está listo.

Camisa azul marino, pantalón claro, cabello todavía un poco húmedo, reloj en la muñeca y esa expresión suya de “sé perfectamente lo que estoy provocando”. Se ve guapísimo. También se ve insoportablemente fresa, como de esos hombres que seguramente aprendieron a manejar lancha antes que estándar y que usan relojes tan caros que una prefiere no preguntar.

—¿Qué? —pregunta al notar que me quedo viéndolo.

—Nada.

—Ajá.

—Te ves bien.

—Tú te ves increíble.

Lo dice sin burla.

Eso lo hace peor.

Las Hadas de noche parece otro lugar. Todo blanco, curvas, luces cálidas y mar oscuro al fondo, como si alguien hubiera diseñado el hotel para que una se sintiera dentro de una película vieja.

El restaurante tiene ese aire elegante de hotel clásico, con vistas hacia la bahía y una iluminación tenue que hace que todo se sienta más íntimo. No es ostentoso de una forma incómoda, sino bonito, cuidado, como si cada mesa

estuviera puesta para que la gente hablara más bajito y se mirara más de la cuenta.

Pedimos para compartir una entrada de mariscos, luego pescado para mí y un filete para él. Tomamos dos drinks, nada fuerte, nada de borrachera. Yo pido algo con frutos rojos y espumoso que se ve más bonito de lo que sabe, aunque está rico. Joseán pide un whisky, porque claro, el hombre tiene que recuperar su reputación después de aceptar que a veces se le antojan piñas coladas.

—No te juzgo —le digo, levantando mi copa.

—Sí me juzgas.

—Un poquito.

—Te pasas, qué cruel.

—Soy honesta.

Platicamos de todo. Del corto, de Xilitla, de mis papás, de lo mucho que Denisse iba a interrogarme cuando regresáramos. También hablamos de cosas más simples: películas malas que nos gustan, canciones que nos dan pena, comidas que no soportamos, lugares que queremos conocer.

Mientras habla, juega con el borde del vaso. Cuando se ríe, baja la mirada primero, como si todavía le diera pena estar tan tranquilo.

Me gusta escucharlo hablar cuando no está defendiéndose de nada. Me gusta verlo relajado.

Me gusta saber que, aunque tiene sombras, también tiene esta parte luminosa que no siempre deja salir.

Cuando regresamos a la casa, ya es tarde. El aire está fresco y el cielo despejado. Desde la terraza se alcanzan a ver algunas luces lejanas y el mar suena más fuerte, invisible en la oscuridad. Me arden un poco los hombros por el sol y tengo arena en lugares donde no debería seguir habiendo arena.

No me importa.

Estoy feliz.

Decimos muy poco y no hace falta más.

Joseán me toma de la mano y me lleva hacia la recámara. Esta vez no hay prisa ni juegos de poder ni bromas para disimular los nervios. Solo esa certeza silenciosa de dos personas que ya se conocen un poco más que la noche anterior.

La puerta se cierra detrás de nosotros.

Y el resto de la noche se quedó entre el sonido del mar, las sábanas revueltas y la forma en que supe, sin necesidad de pensarlo mucho, que algo en mí había cruzado una frontera de la que no quería volver.

Al día siguiente, dos de enero, nuestro vuelo salía al mediodía.

Teníamos que regresar.

A la universidad.

Al trabajo.

A la casa de Rosa.

A los pendientes, los horarios, la vida real.

Pero por unas horas más, aún éramos solo nosotros.

Manzanillo, el mar y este pequeño paréntesis que ya empezaba a dolerme de tanto saber que se estaba terminando.

20 . De vuelta a la realidad

Regresar a la Ciudad de México después de Manzanillo se siente como despertar de golpe mientras sueñas algo padre, sin café y con alguien gritándote que ya se acabó lo bueno.

No uno de esos sueños raros que se olvidan a los cinco minutos, sino de esos que permanecen pegados a la piel, aunque abras los ojos y vuelvas a escuchar tráfico, cláxones, voces, pendientes y la vida normal exigiendo su turno.

El vuelo es tranquilo. Corto, sin sobresaltos y con una vista preciosa cuando dejamos atrás el mar. Joseán se queda despierto esta vez, sentado a mi lado, con mi mano entre las suyas y el pulgar acariciándome los nudillos de vez en cuando.

No hablamos demasiado.

Tampoco hace falta.

A ratos lo veo de reojo y me da una especie de ternura incómoda darme cuenta de que, después de todo lo que vivimos en esos dos días, sigue siendo él. El mismo sapo arrogante, distraído, intenso y hermoso de siempre. Y yo sigo siendo yo. Solo que con una cantidad absurda de recuerdos nuevos que no sé dónde acomodar.

Al aterrizar, recogemos las maletas y pedimos un taxi rumbo a casa de Rosa. El trayecto se me hace eterno y muy corto al mismo tiempo. Eterno porque el tráfico de regreso a la ciudad se empeña en recordarnos, con cláxones y enfrenones, que las vacaciones terminaron. Corto porque cada minuto nos acerca más la inminencia de despedirnos.

Cuando llegamos, Joseán baja primero para sacar mis cosas de la cajuela. Yo me quedo unos segundos dentro del coche, mirando la fachada de la casa de Rosa como si fuera distinta, aunque no haya cambiado absolutamente nada. Gracia

La que cambió soy yo.

—¿Lista? —pregunta Joseán, abriéndome la puerta.

—No.

Sonríe apenas.

—Qué bueno. Yo tampoco.

Me ayuda a bajar y toma mi maleta como si no pesara nada. Caminamos hasta la entrada en silencio. Las rueditas de la maleta hacen mucho ruido sobre el piso, como si también quisieran arruinar el momento.

Al llegar a la puerta, se detiene y me mira de esa forma que ya empiezo a reconocer demasiado: como si quisiera decir mil cosas, pero ninguna le

alcanzara.

—Te voy a extrañar —dice finalmente.

Siento un nudo en la garganta.

—Me vas a ver mañana, exagerado.

—No es lo mismo.

No.

No lo es.

Porque mañana volvemos a la vida real. A clases, trabajo, horarios, mensajes robados entre pendientes, besos breves y ganas guardadas para después. Ya no habrá mar, ni terraza, ni una casa prestada en la que podamos fingir que el mundo se detiene para nosotros.

—Yo también te voy a extrañar —admito.

Joseán deja la maleta a un lado y me toma de la cintura. Me acerca a él con cuidado, como si aún estuviera midiendo cuánto me duele el cuerpo después del viaje. Me da un beso suave. Uno de esos que no buscan empezar nada, solo dejar algo guardado.

—Descansa, Nat.

—Tú también.

—Te escribo llegando.

—Más te vale.

Sonríe y me da un último beso en la frente antes de soltarme.

Lo veo subir al taxi y esperar a que arranque. Me quedo parada en la entrada, con la maleta a un lado, hasta que el coche se pierde al final de la calle.

Patético.

Pero feliz.

Apenas entro a la casa, escucho pasos apresurados desde la sala.

—¡Por fin! —exclama Denisse, apareciendo como si hubiera estado escondida detrás de un sillón esperando mi llegada.

Trae pants, una sudadera enorme y el cabello recogido en una coleta mal hecha. Su cara es la representación exacta de una persona desesperada por chisme y privada injustamente de sus derechos humanos.

—Hola a ti también —contesto, cerrando la puerta.

—¿Ya se fue?

—Qué directa, no manches —le digo riendo.

—Wey, llevo horas aquí esperando. Abu ya me dio café, galletas, fruta y hasta me ofreció sopa. O sea, la pobre ya agotó el menú de contención emocional. Necesito que mi hermano desaparezca oficialmente para que tú y yo podamos hablar como Dios manda.

—Ya se fue.

Denisse abre los ojos, emocionada.

—Perfecto. Sube tus cosas y bajas. O mejor, las subo contigo. O no, espera, primero dime algo: ¿sigues siendo una mujer pura e inocente o ya tengo que prender una veladora por tu alma pecadora?

—¡Denisse!

—¿Qué? Pregunta válida.

—No voy a contestarte eso. Menos donde tu abuela podría aparecer cargando sopa, wey.

—Entonces sí hay algo que contestar.

Le lanzo mis mejores ojos de advertencia, pero se limita a sonreír como una desquiciada.

Rosa aparece desde el comedor antes de que Denisse pueda seguir con su interrogatorio. Al verla, la sonrisa se me suaviza.

—Natalia, qué gusto que ya estás de regreso, hija.

—Gracias, Rosa. Feliz Año Nuevo.

Me acerco para abrazarla. Ella me recibe con cariño, pero algo en su abrazo se siente distinto. No es la Rosa firme de siempre, la que huele a crema de manos y manda sin alzar la voz. Esta vez se siente más ligera. Más cansada. Al separarme, la observo con atención. Trae ojeras, el rostro un poco apagado y el cabello, aunque perfectamente peinado como siempre, no logra ocultar que se ve agotada.

—¿Todo bien? —pregunto sin pensarlo.

Rosa sonríe, pero su sonrisa no llega del todo a los ojos.

—Claro, niña. Nomás cansancio. Estos días han estado movidos y he ido mucho a Cuernavaca. Ya sabes cómo es una: deja pendientes, luego se le juntan y después anda corriendo como loca.

Denisse la mira también, con una preocupación que intenta disimular.

—Abu, deberías descansar más. Últimamente te vas a Cuernavaca a cada rato.

—Ay, Denisse, no empieces. Estoy bien.

Pero no suena bien.

O tal vez soy yo, que después de lo ocurrido con Laura y todo lo que he visto en esa familia, ya escucho alarmas donde antes no las habría escuchado.

—Sube a dejar tus cosas, Natalia —dice Rosa, cambiando el tema—. Más tarde, si tienes hambre, le digo a Cristina que te prepare algo.

—Gracias, pero comí en el aeropuerto. Solo quiero ordenar mis cosas y descansar.

—Eso. Descansa —dice Rosa, acariciándome el brazo con ternura.

Denisse me ayuda a subir la maleta, aunque más que ayudar, parece escoltarme para asegurarse de que no escape de darle el reporte completo. En cuanto cerramos la puerta de mi cuarto, se avienta sobre mi cama.

—Habla wey.

—Ni siquiera he abierto la maleta.

—La maleta puede esperar. Mi paz mental no.

Me río y empiezo a sacar ropa sucia para ponerla en una bolsa.

—La pasamos muy bien.

—Eso ya lo sé por tu cara de “me fui dos días y regresé casada por la Iglesia”.

—No manches.

—Es la neta, wey. Traes cara de mujer realizada.

—Denisse.

—Nati.

Nos quedamos viendo y las dos soltamos la carcajada.

Termino contándole una versión editada de Manzanillo. La casa, la playa, la comida, la cena en Las Hadas, lo hermoso que estuvo todo. No entro en detalles íntimos. No porque no confíe en ella, sino porque hay cosas que, por ahora, quiero conservar solo para mí. Como si hablar demasiado pudiera quitarles algo de magia.

Denisse, por supuesto, entiende perfectamente que hay huecos en mi relato.

Y, por supuesto, decide no respetarlos del todo.

—Okey, entonces no me vas a contar todo.

—No.

—Pero ¿estás bien?

La pregunta me toma por sorpresa porque ya no suena burlona. Suena genuina.

—Sí —contesto—. Estoy muy bien.

Denisse sonrío, más tranquila.

—Entonces con eso me basta. Por ahora.

—Qué generosa.

—No te acostumbres, amiga. Nomás me estoy conteniendo porque es mi hermano y no quiero películas mentales.

Guardo unas sandalias en el clóset y, mientras doblo un vestido, recuerdo algo que me ha estado dando vueltas desde Xilitla.

—Oye... ¿has sabido algo de Omar?

Denisse se tensó un poco.

Lo suficiente para notarlo.

—¿Omar? No. ¿Por qué?

Decido no contarle lo que él me dijo. No la conversación completa. No era mía para repetirla y, además, sentí que, si abría esa puerta, iba a meterme en un lugar que no me correspondía.

—Nada. Solo que Joseán comentó que se va a Colombia por algo de investigación periodística. En una zona complicada, cerca de la frontera. Me dio pendiente.

Denisse bajó la mirada.

—Omar siempre anda buscando meterse donde no debe.

Lo dijo con molestia, pero había miedo debajo. Mucho.

—¿Te preocupa?

—No —respondió muy rápido.

Ajá.

Claro.

—Solo digo que es un idiota. Eso es todo.

—Sí. Un idiota muy valiente, al parecer.

Denisse se quedó callada.

Por un instante pensé que diría algo más, algo verdadero, pero no lo hizo. Se levantó de la cama y empezó a revisar una pulsera que había dejado sobre mi buró como si de pronto fuera el objeto más interesante del mundo.

—Ya veremos si regresa completo —murmuró.

No supe qué contestar. Así que no dije nada. A veces el silencio también es una forma de acompañar.

Al día siguiente me despierto tardísimo.

Tardísimo de verdad.

De esos despertares en los que abres un ojo, ves la hora en el celular y durante tres segundos tu cerebro se niega a aceptar la realidad.

Me siento de golpe.

—¡No manches!

Tengo menos de una hora para bañarme, arreglarme, comer algo y llegar al trabajo. Por supuesto, el universo decidió que ese era el momento perfecto para que mi cabello amaneciera con voluntad propia, mi ropa limpia estuviera ahí adentro de la maleta y mi cara pareciera la de alguien que había sido atropellada por las vacaciones.

Logro llegar a la cafetería a tiempo.

Javi está recargado en la barra, cruzado de brazos, observándome con una amplia sonrisa. Pablo, a su lado, tiene la misma cara.

Qué miedo.

—Buenos días —saluda Javi, con voz de quien ya trae veneno preparado.

Antes de que pueda contestarle, los dos se me vienen encima. Nos abrazamos, nos decimos “Feliz Navidad”, “Feliz Año” y todo el show atrasado, con más escándalo del socialmente aceptable para una cafetería a esa hora. Algunos clientes voltean a vernos como si estuvieran a punto de pedir que nos canalicen a un manicomio.

—Ya, ya, qué intensidad —digo, separándome para ponerme el delantal—. Ni que me hubiera ido a la guerra.

—Peor —responde Javi, mirándome de arriba abajo—. Te fuiste con el novio.

—Y regresaste sospechosamente luminosa —agrega Pablo.

—Ay, no. Ni empiecen.

—Ay, no, mana. Yo ni he dicho nada —responde, llevándose una mano al pecho—. Pero tú vienes caminando como si hubieras tenido una revelación espiritual.

—O varias —agrega Pablo, sin perder la oportunidad.

—Los dos son unos corrientes, de verdad.

—Y tú eres una ingrata —dice Javi—. Te desapareces y regresas con cara de “año nuevo, vida nueva” y pretendes que no preguntemos nada. O sea, no manches.

Me termino de acomodar el delantal demasiado rápido, como si amarrar el nudo pudiera salvarme de ellos.

—No voy a contarles detalles.

Javi suelta un grito ahogado.

—¡Entonces sí hay detalles!

—Yo no dije eso.

—Lo dijiste con los ojitos —interviene Pablo—. Además, traes un brillo sospechoso. Eso no lo da dormir ocho horas, hija. Eso lo da otra cosa.

—Ya cállense o les aviento leche caliente.

—Mírala —dice Javi, encantado—. Amenazando con violencia doméstica laboral. Qué cambiada volvió nuestra niña.

—Sigo siendo la misma.

Los dos se miran.

—No —dicen al mismo tiempo.

Les aviento dos sobres de azúcar.

—Bueno, suficiente. Tengo que trabajar.

—Está bien, amix —dice Javi, levantando las manos—. No te presionamos.

—Gracias.

—Pero cuando estés lista para hablar de tu despertar sensual y otras tragedias de cama, aquí estaremos.

—Javier.

—¿Qué? Le puse título elegante.

Pablo suelta una carcajada.

A pesar de la vergüenza, no puedo evitar reírme con ellos. Los extraño. A sus comentarios impropios, a sus caras de metiches, a esa forma que tienen de hacerme sentir acompañada incluso cuando me dan ganas de desaparecer de la pena.

Javi y Pablo no son solo mis compañeros de trabajo. No sé en qué momento se volvieron esa clase de personas que una empieza a buscar con la mirada cuando entra a un lugar. Javi con sus mil planes imposibles para dejar de servir cafés y volverse empresario creativo de quién sabe qué. Pablo con su cara de pocos amigos, su humor filoso y esa ternura que se le escapa cuando cree que nadie lo está viendo.

Los dos hacen mucho ruido.

Y, aun así, la cafetería se siente más hogar cuando están cerca.

El turno se va rápido. Entre clientes, cafés, bromas y mi intento de no quedarme dormida de pie, la tarde termina antes de lo esperado.

Cuando salgo, ya está oscuro y hace frío.

En cuanto llego a casa de Rosa, subo a mi cuarto, me pongo la pijama y me tiro a la cama como costal.

Apenas estoy cerrado los ojos cuando suena mi celular.

Joseán: ¿Sobreviviste al regreso a la realidad?

Sonrío.

Natalia: Apenas. Javi y Pablo me interrogaron como si trabajaran para la policía judicial.

Joseán: ¿Y confesaste?

Natalia: Obvio no. Soy una mujer de principios.

Joseán: Nat.

Natalia: Bueno, casi.

Joseán: ¿Qué tanto les dijiste?

Natalia: Nada comprometedor.

Joseán: Eso suena comprometedor.

Natalia: Dije que la pasamos bonito.

Joseán: ¿Bonito?

Natalia: Ajá.

Joseán: ¿Eso fue todo?

Natalia: También que eres un sapo fresa, arrogante, intenso y con complejo de poste protector.

Joseán: Ah, bueno. La verdad, ante todo.

Natalia: Exacto.

Joseán: Qué lástima. Me hubiera gustado saber cómo describes mis otras habilidades ante terceros.

Ay, Dios.

Natalia: No manches, ¿así o más arrogante? Jajaja.

Joseán: ¿Eso fue descripción o diagnóstico?

Natalia: Ambas.

Joseán: Qué dura eres conmigo, Nat.

Natalia: Pobrecito. ¿Quieres que te mande flores?

Joseán: Prefiero que me mandes otra cosa.

Me muerdo el labio sin poder evitarlo.

Natalia: José Ángel.

Joseán: Me encanta cuando me regañas por mensaje. Casi puedo verte poniendo esa cara de niña seria.

Natalia: No tengo cara de niña seria.

Joseán: Sí tienes.

Natalia: Qué necio.

Joseán: Necio y enamorado.

Me quedo viendo la pantalla unos segundos, sintiendo cómo se me afloja algo en el pecho.

Natalia: No juegues sucio.

Joseán: No estoy jugando.

Natalia: ¿Qué haces entonces?

Joseán: Pensar en ti.

Natalia: ¿En mí o en Manzanillo?

Joseán: En ti en Manzanillo.

Joseán: En ti en la terraza.

Joseán: En ti usando mi camiseta.

El calor me sube al cuello.

Natalia: Ya.

Joseán: ¿Ya qué?

Natalia: Ya compórtate.

Joseán: No puedo. Llevo todo el día intentando y me está yendo del nabo.

Natalia: Pues esfuérzate más.

Joseán: Me esfuerzo. Pero luego me acuerdo de tu cara cuando te despiertas y se me arruina el avance.

Natalia: Me voy a dormir.

Joseán: Ajá.

Natalia: En serio.

Joseán: Claro, amor.

Me quedo viendo la pantalla como tarada.

Amor. Otra vez.

Natalia: Descansa tú también, sapo.

Joseán: Sueña conmigo.

Dejo el celular sobre mi pecho, sonriendo como tonta.

El mes apenas empieza y ya se siente cargado de cosas. En unos días regresamos a clases. Yo tengo que retomar el ritmo de la universidad, el trabajo, los proyectos, las lecturas pendientes y esa vida que parece no detenerse por nada ni por nadie.

Joseán, por su parte, tiene que terminar de editar el corto y enviarlo antes del treinta y uno de enero para entrar oficialmente al concurso.

Eso me emociona y me pone nerviosa.

No he visto casi nada. Apenas pedazos, escenas sueltas, imágenes que no entiendo del todo. Sé lo que filmamos, por supuesto, pero no sé cómo se verá desde su perspectiva. Desde su mente. Desde esa parte de él que a veces parece cerrada para todos.

Me da curiosidad.

También miedo.

Porque, de alguna forma, yo estoy ahí.

Mi voz. Mi cara.

Mi cuerpo caminando entre estructuras imposibles.

Una versión de mí que aún no conozco.

Cierro los ojos.

El futuro inmediato se anuncia pesado, lleno de pendientes y rutinas. Pero algo dentro de mí sabe que enero no va a ser un mes cualquiera.

Hay cosas esperando.

El concurso. El corto.

Rosa y sus viajes cada vez más frecuentes a Cuernavaca.

Y Joseán.

Siempre Joseán.

De vuelta a la realidad, sí.

Pero una realidad que ya no se parece en nada a la que tenía antes de él.

Regresar a clases es exactamente tan brutal como esperaba.

El cuerpo aún me pide playa, sol, mar y mañanas lentas, pero la universidad no tiene consideración alguna con mis recientes revelaciones existenciales ni con mi corazón enamorado. Desde el primer día nos dejan lecturas, trabajos en equipo, exposiciones y un par de tareas que, estoy segura, los maestros inventan solo para recordarnos que las vacaciones terminaron.

Mi horario vuelve a devorarme.

Clases por la mañana. Trabajo en la tarde. Tareas en la noche. Mensajes de mis papás. Mensajes de Joseán. Mensajes de Denisse. Javi y Pablo opinando de mi vida sentimental como si fueran miembros honorarios de un consejo consultivo no solicitado.

Y, en medio de todo, Joseán empieza a desaparecer poco a poco dentro de su propio mundo.

No de mí.

Eso lo entiendo.

Pero sí del mundo normal.

Está como loco con la edición del corto. Tiene que entregar la versión final antes del treinta y uno y, conforme se acerca la fecha, cada hora disponible de su vida parece tragársela la computadora.

Lo veo poco.

Mucho menos de lo que quiero.

Algunos fines de semana voy a su casa con la excusa de pasar tiempo con Denisse, aunque todos sabemos que no es la única razón. Me quedo un rato con ella en su cuarto, rodeadas de papas, cargadores, ropa que no piensa doblar y conversaciones que saltan entre chismes de la universidad, series pendientes en streaming y la vida en general.

A veces Joseán aparece después de horas encerrado, despeinado, con la barba un poco crecida y los ojos cansados de tanto mirar la pantalla. Baja a comer algo con nosotras o nos alcanza en la sala para ver media película antes de quedarse dormido a mi lado.

No siempre hablamos mucho.

He recurrido a sentarme cerca de él mientras revisa tomas, corta escenas o escucha el mismo fragmento de audio una y otra vez. Los audífonos parecen ya algo permanente en su cabeza. Yo hago tarea en un rincón o leo, fingiendo que no me muero de ganas de que cierre la laptop y me mire.

Pero no lo presiono.

Hay algo hermoso y frustrante en verlo así: completamente entregado a algo suyo. Concentrado, obsesivo, insoportable por momentos, pero vivo.

Muy vivo.

—Te vas a quedar ciego —le digo una tarde, sentada en el piso del cuarto de televisión de su casa, rodeada de apuntes.

—No puedo. Todavía tengo que corregir color.

—No sé qué significa eso, pero suena a enfermedad.

—Un poco sí.

—¿Ya comiste?

—Ajá.

—¿Qué comiste?

Se queda callado.

—José Ángel.

—Café.

—No manches. El café no es comida.

—Depende de qué tan desesperado estés.

—No, depende de si tienes o no ganas de vivir.

Le lanzo un cojín del sillón.

Él apenas alcanza a esquivarlo y se ríe

Así transcurren los días. Entre mi vida ordinaria y su caos creativo. Opto por darle la mayor cantidad de espacio posible y concentrarme en mis tareas y trabajo.

Denisse decía que Joseán estaba poseído por un demonio con conocimientos básicos de edición y complejo de director europeo. Yo no podía contradecirla. Había momentos en que lo veía pausar una escena, regresar tres segundos, volver a pausarla, cambiar algo mínimo y quedarse mirando como si acabara de mover una montaña. Que si el audio no le convence, que si una escena está muy larga, que si los cortes.

—¿Ya puedo verlo? —le pregunto más de una vez.

—No.

—No manches, qué grosero.

—Cuando esté terminado.

—Eso dijiste hace una semana.

—Y sigue sin estar terminado.

—Yo actué ahí, ¿sabes? Tengo derechos.

—Tienes créditos.

—No es lo mismo.

—Es más elegante.

Quise insistir, pero no sirvió de nada. La verdad es que me moría de curiosidad. Quería saber cómo se veía todo junto. Quería entender qué había hecho con esas tomas que durante el rodaje me parecieron tan extrañas. Quería verme a través de su mirada, aunque también me daba miedo.

Tal vez por eso, cuando finalmente terminó, no insistí de más.

Ya es treinta de enero. El tiempo pasó volando.

Me avisa por mensaje en la tarde, justo cuando estoy saliendo del trabajo.

Joseán: Ya quedó.

Me detengo a media banquetta.

Natalia: ¿El corto?

Joseán: Sí.

Natalia: ¿Ya lo entregaste?

Joseán: Lo estoy subiendo ahorita.

Natalia: ¿Y?

Pasan varios minutos.

Demasiados.

Sigo parada afuera de la cafetería, con la mochila colgada al hombro y el ruido de la ciudad moviéndose alrededor de mí como si nada importante estuviera pasando. Pero para él sí está pasando.

Y para mí también.

Joseán: Listo.

Joseán: Enviado.

Sonrío como idiota.

Natalia: Estoy muy orgullosa de ti.

Esta vez tarda menos en contestar.

Joseán: No lo digas aún. Capaz y lo salas.

Natalia: Qué supersticioso.

Joseán: Cero. Solo respeto el lado oscuro de la fuerza.

Natalia: ¿Entonces ya puedo verlo?

Joseán: No.

Natalia: ¿Cómo qué no?

Joseán: No quiero enseñártelo todavía.

Natalia: ¿Por qué?

Joseán: Porque si lo ves y haces una cara rara, voy a querer editarlo otra vez.

Natalia: Yo no hago caras raras.

Joseán: Natalia.

Okey. Tal vez sí hago caras.

Joseán: Además quiero que lo veas completo, bien, como se debe. No en mi laptop, no con audífonos chafas, no con Nisi interrumpiendo cada tres segundos.

Natalia: ¿Y cuándo sería eso?

Joseán: Si quedamos seleccionados, en la muestra.

Natalia: ¿Y si no?

Joseán: Entonces lo vemos tú y yo. Pero después.

Me quedo mirando la pantalla, con una mezcla de ternura, frustración y nervios.

Natalia: Está bien.

Joseán: Gracias por no pelearte conmigo.

Natalia: No te acostumbres.

Joseán: Jamás.

Joseán: No alcanzo a pasar por ti, pero te caigo en un rato. ¿Está bien?

Natalia: Perfecto.

Guardo el celular en la bolsa y sigo caminando. No lo he visto. No tengo idea de si pasará a la siguiente ronda ni de si los jueces entenderán lo que él quiso contar. Pero ya está hecho. Joseán terminó algo. Algo suyo que durante años permaneció guardado, casi escondido, como si no mereciera existir fuera de su mente.

Y ahora ya está allá afuera.

Enviado.

Irreversible.

Por primera vez en semanas, siento que puedo respirar.

Llego a casa con ganas de verlo, de abrazarlo, de hacerle burla por su superstición ridícula y de decirle en la cara que estoy orgullosa, aunque según él eso pueda salar el resultado. Subo a mi cuarto, dejo la mochila sobre la cama y cuando estoy quitándome los zapatos mi celular empieza a sonar en llamada.

Es Joseán.

Contesto de inmediato.

—¿Ya te arrepentiste y me vas a enseñar el corto? —digo en tono de broma.

Del otro lado no hay risa.

Solo silencio.

Me incorporo despacio.

—¿José Ángel?

Escucho su respiración. Pesada. Rota.

—Nat...

La forma en que dice mi nombre me hiela la sangre.

—¿Qué pasó?

Tarda un segundo en contestar. Pero ese segundo se siente larguísimo.

—Es mi abuela.

El corazón se me va al estómago.

—¿Rosa?

—Está en el hospital.

Me quedo sin aire.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—No sé bien. La encontraron en su casa de Cuernavaca. Se desmayó o... no sé. La trasladaron para acá. Vamos para el hospital ahorita.

Su voz suena contenida, como si estuviera haciendo un esfuerzo brutal por no quebrarse.

—Voy para allá —digo sin pensarlo.

—No, Nat. No tienes que...

—Voy para allá —repito.

Esta vez no discute.

—Te mando la ubicación.

Cuelgo con las manos temblando.

Durante unos segundos me quedo inmóvil en medio de mi cuarto, mirando mis zapatos tirados en el piso, la mochila abierta, los apuntes asomándose por un lado. Hace apenas unos minutos, el mundo giraba alrededor de un corto, un concurso y la emoción de algo que empezaba.

Ahora todo eso parece lejano.

Pequeño.

Irrelevante.

Tomo mi chamarra, la bolsa y el celular.

Bajo corriendo las escaleras.

Y mientras salgo de la casa, con el corazón golpeándome el pecho, solo puedo pensar en la sonrisa cansada de Rosa, en sus viajes cada vez más frecuentes a Cuernavaca y en esa sensación horrible de que todos habíamos visto las señales muy tarde.

21 . Buenas noticias

Hay sustos que no terminan en tragedia, gracias a Dios, pero igual te dejan el cuerpo raro. Como si alguien hubiera movido algo por dentro y no supieras bien dónde acomodarlo.

Lo de Rosa es uno de esos.

Durante las primeras horas nadie entiende bien qué pasó. La información llega a pedazos, como si alguien hubiera roto un espejo y cada persona tuviera en la mano un fragmento distinto. Que se desmayó. Que la encontraron en la casa de Cuernavaca. Que estuvo desorientada. Que habló raro por un momento. Que se le durmió un lado del cuerpo. Que cuando llegó la ambulancia ya estaba más consciente, pero muy débil.

Llego al hospital sintiendo que el corazón se me quiere salir del pecho. El olor a desinfectante me golpea cuando cruzo la entrada y de pronto todo se siente demasiado blanco, muy frío, demasiado real.

Joseán está en la sala de espera, de pie, inmóvil, con los brazos cruzados y la mirada clavada en un punto del piso. Denisse llora sentada junto a Laura, quien la tiene abrazada contra su costado, pasándole una mano por el cabello con movimientos lentos, casi automáticos.

Al verme, Denisse se levanta de golpe y prácticamente se me viene encima.

No me dice nada. No hace falta.

La abrazo con fuerza, como si pudiera sostenerla de alguna forma, aunque por dentro yo también esté temblando.

Joseán se acerca después. Me mira con los ojos rojos, cansados, y me toma la mano sin decir una sola palabra. Su mano está fría. La aprieta con tanta fuerza que casi me duele, pero no me quejo. Entiendo que en ese momento necesita aferrarse a algo.

A alguien.

Y si ese alguien soy yo, ahí voy a estar.

Horas después, el médico habla con la familia. Dice que Rosa tuvo un accidente isquémico transitorio. Un AIT. Lo explica como una especie de alerta, un episodio neurológico breve, algo parecido a un mini derrame que, gracias a Dios, no dejó daño permanente. Tienen que hacerle estudios, vigilarla, controlar presión, revisar arterias, ajustar medicamentos y, sobre todo, hacer cambios en su ritmo de vida.

Laura asiente con una libreta en la mano. Denisse no deja de apretar las mangas de su sudadera. Joseán no parpadea.

No es poca cosa. Pero tampoco es el final. Cuando escucho eso, siento que el aire me regresa al cuerpo. Rosa nos ha dado un susto horrible, pero aquí sigue.

Frágil.

Cansada.

Pero aquí.

Los días siguientes son una mezcla extraña de hospital, escuela, trabajo y preocupación. La vida tiene esa manera tan injusta de seguir funcionando, aunque una sienta que todo debería detenerse. Los camiones siguen pasando, los maestros siguen dejando tareas, los clientes siguen pidiendo cafés con leches vegetales, endulzantes raros y especificaciones imposibles, como si no existiera gente sentada en una sala de hospital esperando noticias y tratando de no desmoronarse.

Yo intento estar lo más presente posible.

No podía hacer gran cosa, pero a veces acompañar ya es algo. Me quedo con Denisse cuando Laura tiene que hablar con doctores o hacer llamadas. Le llevo café a Joseán, aunque casi nunca se lo termina y siempre acaba tibio, olvidado junto a su silla. Me siento a su lado en silencio cuando no quiere hablar. Le aviso a Rosa, por mensaje, que la casa está bien, que Cristina está pendiente, que no se preocupe por las huéspedes ni por nada.

Como si Rosa pudiera no preocuparse.

Denisse intenta hacerse la fuerte, pero se le quiebra la voz cada vez que dice “mi Abu”. Joseán, en cambio, se vuelve por demás silencioso. No es su silencio normal, ese que a veces usa para hacerse el interesante o evitar hablar de lo que siente. Es otro. Uno más pesado. Uno que se le queda pegado en los hombros.

Y yo no sé cómo quitárselo.

Cada vez que una enfermera sale al pasillo, Denisse levanta la cabeza de golpe. Joseán también. Laura no, pero le veo los dedos tensarse sobre el vaso de café. El hospital no es un lugar agradable para nadie, pero para ellos parece remover demasiadas cosas. La última vez que la familia estuvo tan pendiente de una emergencia fue por Laura. Por su crisis, por su depresión, por esas heridas que nadie decía en voz alta, pero todos cargaban de alguna manera.

Esta vez era Rosa.

La raíz. La que sostiene mucho más de lo que cualquiera aceptaba.

Salvador aparece. Con ese paso suyo de hombre acostumbrado a que le abran puertas, aunque esta vez nadie parece tener energía para hacerlo

Yo estoy con Denisse en la sala de espera cuando lo vemos entrar. Camina rápido, serio, vestido todavía con ropa de oficina y con ese paso suyo de

hombre acostumbrado a que le abran puertas, aunque esta vez nadie parece tener energía para hacerlo.

Por un instante siento que el ambiente se tensa igual que aquella mañana en su cocina, cuando lo conocí.

Joseán también lo ve.

Se pone de pie de inmediato.

Yo ya estoy preparando el cuerpo para el madrazo emocional. Reclamamos, comentarios filosos, una de esas discusiones secas que empiezan con una mirada y terminan dejando a todos incómodos.

Pero no.

Salvador se detiene frente a sus hijos y, por primera vez desde que lo conozco, no se ve imponente. Se ve viejo. No por la edad, sino por el cansancio. Por la culpa, quizá. Por ese tipo de miedo que no se puede disimular con dinero, carácter o arrogancia.

—¿Cómo está? —pregunta.

Joseán traga saliva antes de contestar. Se nota que la respuesta le pesa, aunque sea buena.

—Estable. Le van a hacer más estudios mañana.

Salvador asiente.

Después mira a Denisse. Ella está rígida, con los brazos cruzados y la cara cerrada, como si no supiera si abrazarlo o reclamarle. Él tampoco parece saber qué hacer. Al final solo le pone una mano en el hombro.

—Va a estar bien, hija.

Denisse no contesta, pero tampoco se aparta.

Eso ya es algo.

Laura sale unos minutos después del pasillo que lleva a los cuartos. Al ver a Salvador, se detiene. Durante un segundo pienso que también se va a tensar. Con todo lo de la separación aún fresco, casi puedo ver las palabras no dichas formarse entre ellos.

Pero Salvador se encoje.

—Gracias —dice.

Laura frunce un poco el ceño, sorprendida.

—¿Por qué?

—Por estar aquí. Por mi mamá. Por todo lo que haces por ella.

Laura no contesta de inmediato.

—Rosa también es mi familia —dice al fin.

—Lo sé.

La frase es breve, pero pesa.

Salvador se pasa la mano por la cara y, aunque no se disculpa ni hace un discurso, algo en él se quiebra un poco. O al menos eso me parece. Tal vez es remordimiento. Tal vez miedo. Tal vez la conciencia incómoda de saber que, si sigue empujando a todos lejos, un día va a quedarse solo con sus negocios, sus oficinas y ningún lugar al cual volver.

Pero por primera vez lo veo tratar a sus hijos con cuidado. Le pregunta a Denisse si ha comido. Le dice a Joseán que se vaya a descansar un rato. Le ofrece a Laura encargarse de algunos pagos del hospital y, cuando ella le dice que ya están cubiertos, no insiste como si eso fuera una competencia de poder.

Solo asiente.

Es raro. Tenso. Pero alentador.

Como ver una grieta pequeña en una pared que parecía imposible de atravesar.

Rosa permanece hospitalizada varios días. Le hacen estudios, le ajustan medicamentos y le dan una lista de indicaciones que ella, por supuesto, intenta minimizar al ya empezar a sentirse mejor.

—No exageren, por favor. Solo fue un susto —dice cuando por fin podemos verla con más calma.

—Un susto que te mandó al hospital, Abu —contesta Denisse, con los ojos todavía hinchados.

—Bueno, pero ya estoy aquí.

—Precisamente por eso te vamos a cuidar —dice Joseán, sentado al lado de la cama.

Rosa lo mira con ternura.

—Ay, Ángel. Tú ni sabes cuidarte solo.

—No desvíes el tema.

A pesar de todo, nos reímos.

Y esa risa, pequeña y cansada, es como abrir una ventana.

Rosa sigue viva.

No queda paralizada.

No pierde la memoria ni la voz ni esa forma suya de mirarnos como si pudiera leer todo lo que intentábamos esconder.

Pero sí quedó advertida.

Y nosotros también.

Hay personas que una da por sentadas porque siempre parecen estar ahí. Como si vinieran incluidas con la casa, con las paredes, con la rutina. Rosa era eso para todos. La abuela. La dueña de la casa. La señora elegante que toma café en el comedor, que viaja a Cuernavaca, que regaña a Joseán con dulzura y que sabe exactamente cuándo alguien necesita sopa, silencio o un abrazo.

Verla en una cama de hospital, con una vía en el brazo y el rostro cansado, me hace pensar en lo fácil que se rompe todo. La vida. Los cuerpos. Las familias. Los planes.

Una cree que siempre habrá tiempo. Para visitar. Para preguntar. Para perdonar. Para decir gracias. Para decir te quiero. Para dejar de hacerse menso con lo importante. Pero a veces el cuerpo da un aviso. Una alarma. Un “hasta aquí”. Y si uno tiene suerte, alcanza a escucharla antes de que sea demasiado tarde.

En medio de todo ese caos, la rutina sigue.

Yo voy a la universidad, corro al trabajo, salgo cansada, mando mensajes, hago tareas de madrugada y trato de no quedarme dormida sobre los apuntes. Denisse falta algunos días, luego regresa con cara de no haber descansado en semanas. Joseán, por suerte, ya terminó el semestre anterior. Solo le faltan trámites para titularse, así que puede estar más presente en el hospital sin tener que preocuparse por clases.

Eso ayuda.

También ayuda que el corto ya estuviera enviado.

Aunque, durante esos días, nadie habló demasiado de eso.

El concurso quedó en pausa dentro de nuestras cabezas, arrinconado por algo más urgente. Joseán ni siquiera revisaba correos con la misma obsesión de antes. O tal vez sí lo hacía, pero en secreto. Yo no le preguntaba. No quería ponerle encima otra expectativa cuando lo veía agotado.

Rosa sale del hospital casi una semana después.

No regresó de inmediato a su casa como ella quería. Laura insistió en que se quedara unos días con ella, en la recámara de visitas de la planta baja, para no subir escaleras y tenerla vigilada. Rosa obviamente protesta. Dice que no es inválida, que no quiere dar molestias, que tiene pendientes, que Cristina puede ayudarla.

Nadie le hace caso.

Fue hermoso.

Y un poco divertido.

Porque Rosa, acostumbrada a mandar, se encontró de pronto rodeada de gente que no pensaba obedecerla.

—Esto es un secuestro familiar —sentencia desde el sillón de la sala, con una cobija sobre las piernas.

—Sí, Abu —contesta Denisse, acomodándole una almohada—. Y si te portas bien, te damos gelatina.

—Qué falta de respeto.

—Con amor.

Rosa pone los ojos en blanco, pero sonríe. Esa sonrisa basta para tranquilizarnos un poco.

Los días empiezan a acomodarse lentamente. No del todo, pero sí lo suficiente para que podamos respirar. Joseán ya vuelve a bromear de vez en cuando. Denisse ya deja de llorar cada vez que alguien menciona hospitales. Laura se ve cansada, pero más firme. Salvador aparece a ratos, pregunta por su madre, habla poco y se va sin generar incendios.

Eso, en esa familia, ya es algo de progreso.

La segunda buena noticia llega un martes por la tarde.

Estoy en la cafetería, limpiando la barra después de una avalancha de clientes, cuando mi celular vibra en el bolsillo del mandil. Lo saco con la intención de verlo rápido y seguir trabajando.

Es un mensaje de Joseán.

Joseán: Natalia.

Solo eso.

Siento algo raro en el estómago.

Natalia: ¿Qué pasó?

No contesta de inmediato.

Mi ansiedad, por supuesto, decide interpretar el silencio como tragedia. Después de lo de Rosa, cualquier pausa se siente peligrosa.

Joseán: No grites.

Ay, Dios.

Natalia: José Ángel.

Joseán: Quedamos seleccionados.

Me quedo mirando la pantalla.

Una vez. Dos. Tres.

Como si las letras pudieran cambiar si las observo demasiado.

Natalia: ¿Qué?

Joseán: El corto.

Joseán: Pasó a la muestra de seleccionados.

Joseán: Van a proyectarlo el 15.

El corazón se me dispara. El trapo húmedo se me queda detenido en una mano.

—¿Qué pasó? —pregunta Javi desde la caja, al verme congelada con el celular en la mano.

No puedo contestar.

Pablo se asoma también.

—¿Quién se murió o qué?

—Nadie —digo, con la voz temblorosa.

Y entonces sonrío.

—El corto de Joseán quedó seleccionado.

Javi abre la boca como si acabara de anunciar que me voy a casar.

—¡No manches!

Pablo suelta un grito que espanta a dos señoras sentadas cerca de la ventana.

—¡Eso, amix!

Yo sigo viendo la pantalla mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

No sé por qué me emociona tanto.

Bueno, sí sé.

Porque he visto a Joseán dudar. Lo he visto esconderse detrás de su sarcasmo, de sus pretextos, de su supuesta indiferencia. Lo he visto terminar algo que le importa más de lo que está dispuesto a admitir. Y ahora alguien más lo ve también. Alguien más decide que ese sueño merece pasar a la siguiente etapa.

Natalia: Estoy muy orgullosa de ti.

Tarda un poco en contestar.

Joseán: Ahora sí lo puedes decir.

Me río, limpiándome una lágrima antes de que Javi la vea y se ponga insoportable.

Natalia: Estoy MUY orgullosa de ti.

Joseán: Gracias.

Joseán: No sé qué hacer con esto.

Natalia: Disfrutarlo.

Joseán: Me da pánico.

Natalia: También.

Joseán: Qué útil eres.

Natalia: Muchísimo.

Joseán: Te quiero ver.

Natalia: Salgo a las ocho.

Joseán: Paso por ti.

Guardo el celular con el corazón todavía acelerado.

Javi me mira con los brazos cruzados y una sonrisa enorme.

—A ver, a ver. ¿Entonces ya somos familia de cineasta?

—No empieces.

—Perdón, pero voy a necesitar outfit para esa muestra. No pienso ir a aplaudir vestido como cualquier plebeyo.

—¿Quién te invitó?

—El destino.

Pablo asiente con solemnidad.

—Y el destino dice que tú vas a llorar cuando veas tu carita en pantalla gigante.

Siento un hueco en el estómago.

Porque en medio de la emoción, recuerdo algo importante.

Yo aún no he visto el corto. Ni completo. Ni terminado.

Nada.

Y ahora la primera vez que lo vea será en una sala, con otras personas, sentada junto a Joseán, descubriendo al mismo tiempo que todos qué hizo con mi voz, mi cara, mi cuerpo y esa versión de mí que él vio desde detrás de la cámara.

Me da miedo.

Pero también emoción.

Una enorme.

Después de tantos días de hospitales, cansancio y preocupación, esa noticia se siente como una bocanada de aire fresco. Como si la vida, después de recordarnos lo frágil que puede ser todo, también quisiera decirnos: “tranquila, no todo viene a romperte la madre”.

A veces también llegan cosas buenas.

Cosas inesperadas.

Luminosas.

Noticias que no curan los sustos, pero sí ayudan a creer que todavía vale la pena emocionarse.

Y esta tarde, mientras preparo cafés con una sonrisa idiota en la cara, entiendo que tal vez seguir viviendo también es eso: sostener a los que amas cuando el mundo se tambalea y celebrar, sin culpa, cuando por fin llegan las buenas noticias.

2 2 . Cisne negro

Febrero llega sin pedir permiso.

Después del susto con Rosa, la vida empieza a acomodarse poco a poco en una especie de normalidad vigilada. No la normalidad tranquila de antes, sino una más consciente, más frágil, como si todos camináramos bajito dentro de la casa para no espantar la buena suerte.

Rosa ya está de vuelta en casa, aunque todos la cuidamos como si fuera de cristal. Cristina le prepara comida baja en sal, Laura le habla a diario, Denisse la visita más de lo normal y Joseán se aparece con cualquier pretexto para asegurarse de que esté tomando sus medicamentos, como si Rosa no fuera perfectamente capaz de mentirle en la cara con una sonrisa elegantísima.

Rosa, por supuesto, dice que todos exageramos.

Nadie le hace caso.

Yo vuelvo de lleno a mi rutina: universidad, trabajo, tareas, lecturas, proyectos en equipo y cafés preparados para personas que no deberían tener tanto poder de decisión. Los días se van apilando uno encima del otro hasta que, de pronto, faltan solo dos para la proyección del corto.

Dos días.

Cuarenta y ocho horas.

Nada.

Y aun así, suficiente tiempo para que Joseán esté a punto de perder la razón.

No lo dice, claro. Joseán jamás aceptaría en voz alta que está nervioso. Pero lo está. Lo noto en la forma en que revisa el correo cada diez minutos, en que se queda callado de repente, en que no termina las frases y en que se le olvidan cosas tan básicas como comer.

También lo noto en sus mensajes.

Joseán: ¿Tú crees que debí cortar más la escena del agua?

Natalia: No he visto la escena del agua, genio.

Joseán: Cierto.

Natalia: Pero seguro está bien.

Joseán: No eres de gran ayuda ahorita la verdad.

Natalia: Soy apoyo moral, no editora.

Joseán: Apoyo moral con cero información técnica.

Natalia: Exacto. El mejor tipo de apoyo moral. Cero datos, pura fe.

A veces me da ternura. A veces me dan ganas de zarandearlo.

El hecho de que yo aún no haya visto el corto completo lo hace todo más extraño. Ya no solo estoy nerviosa por él, sino por mí. Por verme en pantalla.

Por escuchar mi voz. Por descubrir qué había hecho con esas tomas en las que yo caminaba entre piedras, escaleras y agua sin entender del todo qué estaba contando.

Joseán insistía en que no quería que lo viera antes; se niega rotundo porque, según él, si lo veo antes ‘se sala’, lo cual me da muchísima risa. En algún momento le dije que en lugar de director ya estaba hablando como brujo. Pero me resigno a esperar.

A medio día, saliendo de la universidad, recibo un mensaje suyo.

Joseán: Hoy tenemos date.

Me detengo a mitad de la banqueta, con la mochila colgada al hombro.

Natalia: ¿Tenemos?

Joseán: Sí.

Natali: ¿Desde cuándo?

Joseán: Desde que decidí que necesitamos salir antes de que me dé un colapso mental.

Natalia: Ah, bueno. Por salud pública.

Joseán: Exacto. Ponte guapa.

Natalia: Siempre.

Joseán: Más guapa.

Natalia: Cuidado, sapo.

Joseán: Elegante, pero cómoda. Algo para estar al aire libre.

Leo el mensaje dos veces. Elegante. Cómoda. Al aire libre.

Con Joseán, esas tres cosas juntas pueden significar cualquier cosa. Desde una cena en una terraza hasta caminar por un bosque a medianoche porque “la luz está interesante”.

Natalia: ¿Me vas a decir a dónde vamos?

Joseán: No.

Natalia: No me sorprende.

Joseán: 7:30. Paso por ti.

Y ya. Cero explicación.

Me paso toda la tarde en el trabajo imaginando escenarios posibles. Javi y Pablo, por supuesto, no ayudan. Me apuro para llegar una hora antes y poder salir temprano.

—Igual te va a proponer matrimonio —dice Pablo mientras sirve leche en una jarra.

—No digas tonterías.

—O te va a cortar —agrega Javi, muy serio.

—Javier.

—¿Qué? También es sorpresa. De mal gusto, pero sorpresa.

—Los odio.

—No es cierto —dice Pablo—. Somos tus guías espirituales.

—Son dos plagas.

—Plagas con intuición romántica, chula. Respeta.

No les cuento mucho más porque, honestamente, yo tampoco sé nada.

Llego a casa de Rosa con el tiempo justo para bañarme y arreglarme. Elijo un vestido negro, sencillo, de manga larga y tela ligera, que me llega arriba de la rodilla. Me pongo botas cómodas, una chamarra bonita y aretes pequeños. Me ondulo un poco el cabello, me maquillo más de lo normal y, cuando me veo al espejo, decido que sí.

Me veo guapa. No exagerada. No disfrazada. Guapa.

Rosa me encuentra en el vestíbulo justo cuando bajo.

—Qué bonita te ves, niña.

—Gracias, Rosa.

—¿Sales con Ángel?

—Sí. Pero no me dijo a dónde. Muy normal todo.

Rosa hace cara de complicidad.

—Eso suena a él.

—¿Debería preocuparme?

—Un poco.

Nos reímos.

Joseán llega puntual. Cuando abro la puerta, lo encuentro parado del otro lado con pantalón oscuro, camisa negra, chamarra y esa expresión suya de hombre que pretende estar tranquilo cuando en realidad trae algo perfectamente calculado y probablemente carísimo.

Me mira de arriba abajo. Despacio. Con descaro.

—¿Qué? —pregunto, fingiendo molestia.

—Nada.

—Ajá.

—Te ves hermosa.

Lo dice sin juego. Sin burla. Así, directo. Me deja sin defensa.

—Tú también te ves... bastante decente.

—Qué generosa.

—No te emociones.

Me toma de la mano y me lleva al coche. No sin antes darme un beso super prometedor.

—¿Ahora sí me vas a decir?

—Vamos a Chapultepec.

—¿A Chapultepec?

—Ajá.

—¿A caminar? ¿Al castillo? ¿A ver ardillas? ¿A que me secuestre un mimo?

—No le atinas. No seas impaciente.

—Me estás pidiendo demasiado.

—Ya verás.

No suelta más información hasta que llegamos.

El Castillo de Chapultepec iluminado de noche me deja sin palabras. Hay algo mágico en verlo así, elevado sobre el bosque, con esa mezcla de historia, piedra, luces y ciudad respirando alrededor.

Cuando veo los anuncios y la gente formada, entiendo.

—¿Vamos a ver ballet?

Joseán solo se limita a sonreír.

—El cisne negro.

Me quedo mirándolo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Tú me trajiste a ver ballet?

—No pongas esa cara. También tengo cultura.

—No es eso. Es que...

No sé cómo explicarlo. Me conmueve. Tal vez porque no es un plan obvio. Tal vez porque sé que está nervioso por el corto y, aun así, piensa en hacer algo distinto, algo bonito. Tal vez porque elige una historia de música, cuerpo, escena y oscuridad justo cuando estamos a punto de enfrentarnos a otra pantalla, otra sala y otra manera de ver arte.

O tal vez porque se acuerda de aquella conversación camino a Acapulco, cuando le dije que siempre había querido ver ballet, y mi corazón de pollo no estaba preparado para ese nivel de memoria.

Entramos tomados de la mano.

La noche está fresca y el ambiente tiene algo distinto a cualquier función tradicional. No se siente como ir a un teatro cerrado, sino como entrar a una especie de ritual al aire libre, con el Castillo de fondo y el bosque envolviéndolo todo. La gente habla en voz baja. Las luces guían la mirada y, cuando empieza la música, siento que todo alrededor cambia.

No es exactamente El lago de los cisnes que una imagina. El de la princesa encantada y el príncipe enamorado. Esta versión como que tiene algo más oscuro, más retorcido. Se siente contada desde otro lugar, como si el centro de la historia no fuera la pureza del cisne blanco, sino la sombra que siempre estuvo acechando alrededor.

El cisne negro. La tentación. La manipulación. El deseo de poseer algo que no se puede tener sin destruirlo.

No entiendo cada decisión artística, por supuesto. No soy experta en ballet. Pero no hace falta. Hay imágenes que hablan solas: cuerpos moviéndose entre luz y oscuridad, brazos que parecen alas, giros que cortan el aire, miradas cargadas de amenaza y deseo. La música se mete en el pecho y, a ratos, el silencio del público es tan intenso que parece parte de la coreografía.

Joseán está completamente atento y eso me encanta. No está viendo el espectáculo como alguien aburrido que llevó a su novia por quedar bien. Lo ve igual que lo que le importa: buscando encuadres, símbolos, movimiento, intención. A veces siento su pulgar acariciar mi mano, pero no aparta los ojos del escenario.

Cuando termina, tardo unos segundos en reaccionar.

—Guau —murmuro.

—¿Te gustó?

—Muchísimo.

Su sonrisa es pequeña, casi aliviada.

—Qué bueno.

—No sabía que te gustaba el ballet.

—Me gusta cualquier cosa que cuente algo sin tener que explicarlo todo.

Lo miro.

—Eso sonó muy tú.

—Gracias, supongo.

—Fue cumplido.

Salimos caminando despacio, con el eco de la música en el cuerpo. El aire frío me pega en la cara y me hace aferrarme a su brazo.

—¿Estás menos nervioso? —pregunto.

—No.

—Pésima respuesta.

—Estoy peor.

—No manches, José Ángel. Se supone que esto era para relajarte.

—Ya sé. Me salió mal.

Se queda callado un momento.

—Porque viendo esto me cae el veinte de que, cuando alguien crea algo, en realidad se expone. Aunque no quiera. Aunque intente esconderse detrás de técnica, luces, música o lo que sea. Al final, algo tuyo queda ahí, enfrente de todos.

No sé qué decir. Porque tiene razón.

—Tal vez eso es lo que lo hace valer la pena —respondo.

Joseán me mira de reojo.

—¿Quién te dio permiso de decir cosas profundas?

—Me salen sin querer.

Me río y me acurruco en sus brazos.

Más tarde, después de la función, me lleva a cenar a Polanco. Cuando el coche se detiene frente a Harry's en Masaryk, levanto una ceja.

—¿Así o más discreto?

—Hoy no quería discreción.

El lugar es elegante sin ser silencioso. Tiene esa energía de restaurante caro donde todo el mundo parece saber exactamente cómo sentarse, cómo pedir y cómo mirar alrededor sin parecer impresionado. Yo, por supuesto, intento no parecer impresionada y fracaso por dentro.

Nos dan una mesa bonita.

Joseán pide vino y yo un drink que se ve súper coqueto para lo fuerte que está. Pedimos una entrada para compartir, luego él ordena carne y yo pescado. Todo está delicioso, aunque sospecho que, me gustaría cualquier cosa porque la noche ya viene cargada de demasiadas emociones.

—Gracias por traerme —digo mientras parto un pedazo de pan.

—¿Al ballet o aquí?

—A todo.

Joseán prefiere ver su copa.

—Necesitaba hacer algo que no tuviera que ver con el corto.

—Pero terminó teniendo que ver con el corto. ¿Verdad?

—Porque mi cerebro ultimamente es un lugar insoportable. —Me dice con preocupación.

—Eso ya lo sabía.

Se ve preocupado.

—Estoy aterrado, Nat.

La confesión me toma desprevenida.

—Lo sé.

—No. No creo que lo sepas. No es solo si gusta o no. Es verlo afuera. Que otros lo vean. Que tú lo veas. Que tal vez lo entiendas demasiado.

Siento un hueco en el estómago.

—¿Te preocupa que lo entienda?

—Me preocupa que veas más de mí de lo que sé decirte.

La frase queda entre nosotros. Pesada. Hermosa. Peligrosa.

—José Ángel —digo, tomando su mano sobre la mesa—. Yo ya veo mucho de ti.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Y aquí sigues.

—Aquí sigo.

No dice nada más. Solo gira mi mano para besarme los nudillos.

Joseán empieza a respirar distinto, como si haberlo dicho le hubiera quitado una piedra del pecho.

La cena continúa más ligera después de eso. Hablamos de la coreografía, de la gente demasiado perfumada de la mesa de al lado, de si Javi fingiría desmayarse cuando viera a Joseán en traje para la proyección, de lo mucho que Denisse iba a llorar, aunque negara estar emocionada.

Por un rato, los nervios bajan. No desaparecen, pero bajan.

Cuando terminamos de cenar, pienso que va a pedir la cuenta y que vamos a regresar a casa. En lugar de eso, Joseán deja una tarjeta sobre la mesa. No es una tarjeta de crédito. Es una de esas tarjetas de hotel.

La veo. Luego a él.

—¿Qué es eso?

Su expresión cambia. Se pone serio. Eso me pone nerviosa.

—Una habitación.

—Eso lo deduje.

—En el Ritz.

Me quedo inmóvil.

—¿Perdón?

—Reservé una noche.

—¿Otra sorpresa?

—La última de hoy.

—Ajá. Porque eres una persona medida.

—Nunca he presumido serlo y lo sabes.

Tomo la tarjeta entre los dedos y la observo como si fuera evidencia de un crimen.

—¿Y si digo que no?

—Entonces te llevo a casa.

Lo dice sin titubear. Sin presión. Sin afán de conquista. Solo verdad. Eso me desarma un poco.

—¿Así nada más?

—Así nada más. Pero quería tener un lugar donde no tuviéramos que estar contando minutos, ni cuidando que alguien nos escuche, ni fingiendo que no me estoy volviendo loco cada vez que te veo.

El calor me sube por el cuello.

—Joseán...

—No tienes que decir que sí.

—No estoy diciendo que no.

Ahora sí sonríe. Lento. Oscuro. Exactamente como no debería hacerlo en público.

—Entonces vámonos.

El Ritz-Carlton se alza sobre Reforma como una torre de cristal suspendida sobre la ciudad. Desde el lobby todo huele a lujo discreto: madera, flores, perfume caro, aire limpio. Yo intento caminar como si perteneciera a ese lugar, pero por dentro voy pensando que mis botas probablemente cuestan menos que una copa en el bar.

Joseán, por supuesto, parece perfectamente cómodo. Eso me molesta un poco. Y me gusta mucho.

Subimos en silencio. No de esos silencios incómodos, sino de los que vibran. De los que se llenan con todo lo que ninguno se atreve a decir porque decirlo sería encender algo antes de tiempo.

Cuando entramos a la habitación, lo primero que veo es la ciudad.

Una vista inmensa.

Luces extendidas hacia todas partes, Reforma abajo, Chapultepec oscuro a un lado, edificios brillando como si alguien hubiera regado estrellas sobre el concreto.

Me acerco al ventanal sin poder evitarlo.

—Está increíble —murmuro.

Escucho la puerta cerrarse detrás de mí.

Después, el seguro.

No me muevo.

Veó su reflejo acercarse en el cristal. Joseán aparece detrás de mí, despacio, como si no quisiera romper el *mood*, aunque claramente quiera romperme la compostura.

—Te traje aquí porque necesitaba una noche sin interrupciones —dice, muy cerca de mi oído.

Mi respiración cambió.

—¿Para descansar?

Su risa fue baja.

—No.

Sus manos encontraron mi cintura.

No me jaló.

No me apresuró.

Solo me sostuvo ahí, frente a la ciudad, mientras sus dedos se cerraban sobre la tela de mi vestido con una seguridad que me hizo cerrar los ojos.

—También porque llevo semanas portándome muy bien.

—Eso es discutible.

—No para mis estándares.

Me río, pero la risa se me corta cuando sus labios rozan mi cuello.

Una vez.

Luego otra.

—Hoy estás muy callada, princesa.

—Estoy pensando.

—Mala idea.

—¿Por qué?

—Porque cuando piensas de más, te me escapás.

Abro los ojos y lo veo en el reflejo.

Su mirada no tiene nada de juguetona.

Había deseo, sí. Muchísimo. Pero también tensión. Nervios. Todo lo que no había podido soltar durante semanas. El corto, la proyección, Rosa, la familia, el miedo, la espera, nosotros. Todo parecía reunido en sus manos.

Me doy la vuelta lentamente.

—No me estoy escapando —le aseguro. Aunque el corazón me salta en el pecho.

Joseán fija los ojos en mi boca.

—Más te vale.

El beso no es suave.

Tampoco brusco.

Es contenido durante apenas un segundo, como si todavía intentara recordar sus propias reglas.

Después algo cede.

Me toma de la nuca con una mano, enredando los dedos en mi cabello, y me besa.

Dios, el beso.

No tiene nada de paciencia. Me abre la boca con la suya, reclamándome con una intensidad que me deja sin aire. Mis manos suben a su cuello y me aferro a él mientras su otra mano baja por mi costado, subiendo la tela ligera del vestido hasta encontrar la piel desnuda de mi muslo.

Me aprieta con fuerza, me sube la pierna y la engancha a su cadera.

La ciudad queda a mi espalda.

Él al frente.

Todo lo demás desaparece.

Hay una urgencia nueva en sus movimientos. Un desfogue puro. Todo el miedo de los últimos días, la espera, el hospital, el corto, la proyección, la familia, nosotros, concentrado en sus manos. Hay algo distinto en él esa noche.

Una necesidad más oscura, más mandona, más segura. Como si todo el control que intenta mantener durante el día se le fuera en un instante.

Sus ojos están encendidos.

—Si algo no te gusta, me lo dices.

Trago saliva, completamente entregada a la forma en que me sostiene con la mirada.

—Te lo digo.

—Bien.

Esa sola palabra me recorre entera.

Lo hago.

Me besa de nuevo, más lento ahora, pero no menos intenso. Como si estuviera marcando un ritmo que no piensa abandonar. Me quita la chamarra con calma, dejándola caer sobre una silla, y después vuelve a mí.

Cada movimiento suyo tiene una intención precisa.

Cada pausa parece calculada para desesperarme.

—Estás insoportable —murmuro.

—Aún no.

Ay, Dios.

Me toma de la mano y me lleva hacia la cama, pero no me deja sentarme. Me detiene frente a él, baja el cierre de mi vestido con una lentitud cruel y lo desliza por mis hombros hasta dejarlo caer al suelo.

Me quedo quieta.

No por miedo.

Por anticipación.

Él me observa como si estuviera frente a algo que no piensa tocar sin antes memorizarlo.

—No sabes lo que me haces —dice.

La voz le sale grave, casi rota.

—Creo que sí.

—No. No tienes idea.

Y entonces me besa otra vez.

A partir de ahí, la cordura de Joseán termina de romperse. Su manera de perder el control no es volverse descuidado, sino volverse implacable. Sigue siendo él, pero más intenso. Más seguro. Más decidido a sacarme de mí misma.

No hay prisa, pero sí urgencia.

No hay brusquedad, pero sí fuerza.

Me habla bajo al oído, me guía, me gira, me busca la reacción con una paciencia que tiene muy poco de inocente. Todo es nuevo y fascinante. La

forma en que me mira. La forma en que espera. La forma en que disfruta cada sonido que me arranca como si fuera una respuesta que necesitara escuchar.

Y yo, que había creído conocer su intensidad, descubro que aún le quedan rincones nuevos.

Más tarde, cuando por fin quedamos tendidos entre sábanas revueltas y la ciudad sigue brillando detrás del ventanal, entiendo que esa noche no fue solo deseo.

Fue descarga.

Refugio.

Una forma de decir sin palabras: tengo miedo, pero contigo puedo soltarlo un rato.

Joseán está recostado boca arriba, con un brazo alrededor de mí. Yo tengo la cabeza sobre su pecho y escucho su corazón bajar poco a poco de ritmo.

—¿Estás bien? —pregunta, acariciándome el cabello.

Sonrío contra su piel.

—Más que bien.

—¿Segura?

—Sí.

—Me puse un poco intenso.

Suelto una risa bajita.

—¿Un poco?

—Okey. Si. Mucho.

Levanto la cara para verlo.

—Me gustó.

La sonrisa que aparece en su rostro es lenta, satisfecha y por demás arrogante.

—No me digas eso.

—¿Por qué?

—Porque lo voy a tomar como autorización para repetirlo.

—Tal vez lo fue.

Sus ojos se oscurecen de nuevo.

—Natalia.

—¿Qué?

—Duérmete.

Me río y vuelvo a recargarme en su pecho.

—Mandón.

—Por tu bien.

Cierro los ojos, aún sonriendo. Faltan dos días para la proyección. Dos días para ver el corto. Dos días para ver, en una pantalla y frente a otras personas, la parte de Joseán que más miedo le da mostrar.

Esa noche, sin embargo, no quiero pensar en eso.

Ni en el concurso.

Ni en la gente.

Ni en el resultado.

Solo en la ciudad brillando allá afuera, en su respiración debajo de mi oído y en la sensación extraña de estar justo en el borde de algo importante.

Algo que aún no sé si va a abrirnos una puerta.

23 . Surreal

El día de la proyección llega demasiado rápido.

O tal vez muy lento.

No sé.

Las cuarenta y ocho horas posteriores a nuestra noche en el Ritz se sienten rarísimas. Por un lado, la rutina sigue como si nada: clases, trabajo, tareas, cafés, clientes imposibles, mensajes de mis papás y pendientes acumulados. Por otro lado, una parte de mí sigue viviendo en esa habitación suspendida sobre Reforma.

Bueno.

Varias partes de mí.

Porque sigo adolorida.

No de una forma terrible, ni mucho menos preocupante, pero sí de esas molestias sutiles que aparecen cuando me agacho, cuando subo escaleras, cuando me siento muy rápido o cuando cruzo las piernas sin pensar. Y cada vez que eso pasa, me sonrojo como idiota. En plena clase. En el trabajo. En mi cuarto.

Es absurdo.

Me basta sentir un tirón leve en los muslos o un dolorcito discreto en la espalda para acordarme de Joseán en esa habitación, de la ciudad detrás del ventanal, de su voz baja, de sus manos, de esa manera suya de dar órdenes sin levantar la voz y hacerme perder cualquier intento de dignidad.

Sigo impactada. No porque no sepa que es intenso, eso es algo que ya se.

Sino porque esa noche descubrí una versión de él más peligrosa, más contenida y, en el mismo instante, más desbordada. Como si todas las semanas de nervios, cansancio y espera se hubieran convertido en algo físico. Algo que me dejó temblando, agotada y con una sonrisa estúpida imposible de borrar.

Por supuesto, Javi y Pablo notan mi estado.

No voy a entrar en detalles porque son dos corrientes y no merecen más material. Basta decir que Javi me pregunta si necesito una dona para sentarme cómoda y Pablo casi se ahoga de risa con su propio café.

Los odio.

Mucho.

Pero el día de la proyección nada de eso importa.

Desde que despierto tengo el estómago hecho nudo. La muestra será en la Cineteca Nacional, en una sala donde se proyectarán los cortos seleccionados. No es una alfombra roja de esas que salen en televisión, pero sí habrá un

registro, un pequeño photocall con los logos del concurso, jurado, invitados, familiares, amigos y los equipos participantes.

Para mí es suficiente para sentir que voy a desmayarme.

No solo por Joseán.

También por mí.

Porque yo aún no he visto el corto.

Ni un segundo editado.

Nada.

He confiado en él por completo y ahora la primera vez que vea el resultado será sentada en una sala llena de desconocidos. Mi cara, mi voz y mi cuerpo estarán en pantalla, ocupando un lugar que yo no sé si estoy lista para mirar.

Denisse llega a casa de Rosa desde temprano con una energía insoportable.

—Hoy somos gente importante —anuncia, entrando a mi cuarto sin tocar, como siempre.

—Buenos días a ti también.

Trae una bolsa enorme colgada del brazo y una sonrisa sospechosa.

—Mi mamá te mandó esto.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

La miro con desconfianza.

—Denisse.

—Natalia.

—¿Qué hicieron?

—Nada ilegal. Ábrelo.

Dentro de la bolsa hay una caja blanca, perfectamente envuelta con papel delgado y un listón negro. Me empieza a dar pena antes de tocarla. Cuando abro la caja, me quedo sin palabras.

Es un vestido.

Oscuro, de una tela suave y pesada al mismo tiempo, como si cayera con intención propia. No es escandaloso ni exagerado. Es ceñido en el torso, pero suelto en la caída; elegante, sutil. Tiene un escote discreto y una abertura lateral que no grita “mírenme”, pero no pasa desapercibida.

—No —digo de inmediato.

—Sí.

—No puedo aceptar esto.

—Ya es tuyo.

—Denisse, esto se ve carísimo.

—Porque lo es.

—¡Peor!

—Mi mamá dijo que quería regalártelo. Que tú también eres parte de esto y que mereces sentirte hermosa hoy.

Se me aprieta la garganta.

—No puedo.

—Sí puedes. Además, ya le atinó a tu talla, a tu altura y a tu complejo de “ay, no, qué pena, no merezco cosas bonitas”. Así que te lo pones y te callas.

—Qué delicada eres.

—Es parte de mi encanto.

Toco la tela con cuidado.

—Dile gracias de mi parte.

—Se lo dices tú cuando la veas.

Me pruebo el vestido con miedo de que no me quede. Pero me queda perfecto. Perfecto de verdad. Como si lo hubieran hecho para mí. La tela se ajusta donde tiene que ajustarse y cae donde tiene que caer. No me hace sentir disfrazada, ni exagerada, ni incómoda. Me hace sentir elegante. Segura.

Distinta.

Cuando me veo al espejo, no puedo hablar.

Denisse aparece detrás de mí, cruzada de brazos.

—Pareces princesa.

Me río, nerviosa.

—No empieces.

—Lo digo en serio.

Yo también lo siento.

Por primera vez, ese apodo que Joseán me dice desde el inicio no suena como burla, ni como juego, ni como algo suyo. Frente al espejo, con ese vestido oscuro y el cabello cayéndome en ondas suaves sobre los hombros, me siento un poquito así.

Como princesa.

Una con nervios, claro.

Pero princesa al fin.

Joseán pasa por mí una hora después. Cuando bajo las escaleras, él está en el vestíbulo hablando con Rosa. Trae traje oscuro, camisa blanca, corbata negra y el cabello peinado con ese desastre controlado que solo él puede lograr. Se ve tan bien que por un segundo olvido cómo bajar el último escalón.

Él voltea al escucharme.

Y se queda quieto.

Completamente quieto.

Su mirada me recorre de arriba abajo, pero esta vez no es descarada. Es lenta. Como si estuviera viendo algo que no esperaba. Como si, por primera vez en mucho tiempo, yo hubiera logrado dejarlo sin comentario inmediato.

Eso me encanta.

—¿Qué? —pregunto, porque si no digo algo voy a morirme de nervios.

Joseán da un paso hacia mí.

—Ahora sí —murmura—. Princesa de verdad.

El calor me sube a la cara.

—No te emociones, sapo. A ti ya te besaron y, aun así, no se te quitó lo arrogante.

Rosa suelta una risa discreta detrás de él.

Joseán sonríe.

—Pero me veo bien en traje.

—Eso no pienso discutirlo.

—Qué generosa.

—No te acostumbres. Hoy es una excepción.

Se acerca para tomar mi mano y besarme los nudillos. El gesto es tan suyo, tan elegante y tan insoportablemente efectivo, que tengo que fingir que no me tiemblan las piernas.

—Te ves hermosa, Nat.

No dice “sexy”. No dice nada bromista.

Hermosa.

Y eso, viniendo de él, me deshace. .

—Tú también —contesto en voz baja.

—¿Hermoso?

—No abuses.

Llegamos a la Cineteca casi todos a la misma hora. El tráfico pesado, una amenaza constante pero llegamos.

Laura se ve preciosa y bastante más tranquila que en semanas anteriores. Denisse, por supuesto, va espectacular, con un vestido verde oscuro que le hace ver las piernas interminables. Rosa insiste en ir, a pesar de las protestas de todos, y aparece elegantísima, con un conjunto azul marino y una mascarada clara. Cristina casi llora al verla bajar, como si estuviera mandando a su hija al altar.

Salvador también va.

Eso me sorprende.

Llega separado, serio, impecablemente vestido. No hace gran entrada ni trata de llamar la atención. Saluda a Rosa con un beso en la frente, a Laura con

una cordialidad extraña pero decente, y a sus hijos con una torpeza que parece nueva en él.

—Felicidades, Ángel —le dice a Joseán.

Joseán se queda rígido un segundo.

—Todavía no gano nada.

—Terminaste algo. Eso ya merece felicitarse.

No es un discurso. No es una reconciliación.

Pero es algo.

Y lo sé por la forma en que Joseán baja la mirada y asiente.

—Gracias.

También están Javi y Pablo, por supuesto, porque se auto-invitan de una manera tan agresiva que nadie tiene fuerza para decirles que no. Javi lleva un saco color vino que, según él, es “cineasta queer de festival europeo”, y Pablo va de negro completo porque dice que así se ve “misterioso y mamado”.

No voy a comentar más al respecto.

Alejandra, Sergio, Diego y parte del equipo de filmación también llegan. Omar no puede ir. Sigue fuera de México por el reportaje en Colombia, y aunque nadie lo dice en voz alta, noto cómo Denisse revisa el celular cada ciertos minutos.

La entrada al evento tiene una alfombra sencilla y un muro con logos del concurso, patrocinadores y la palabra “selección oficial” repetida varias veces. Hay fotógrafos, no muchos, pero suficientes para hacerme sentir que no sé dónde poner las manos.

Joseán posa con el equipo.

Luego lo llaman para otra foto con los directores seleccionados.

Yo intento hacerme a un lado, pero él me toma de la mano antes de que pueda escapar.

—Tú vienes conmigo.

—No, yo no—

—Sí.

—Joseán.

—Natalia.

Esa es toda la discusión.

Acabo en la foto, muerta de pena, entre él y Diego, con Alejandra acomodándome un mechón de cabello como si fuera mi representante artística y Javi gritando desde atrás que levante la barbilla porque “la musa no se encorva”.

Qué oso.

Qué bonito.

Después nos hacen pasar a la sala. No podemos sentarnos todos juntos, por supuesto. El equipo queda en una fila, la familia un poco más atrás y Javi y Pablo terminan tres lugares a la izquierda de Denisse, cosa que seguramente es obra del destino para desesperarla.

Joseán se sienta a mi lado. No me toma la mano al principio. Tiene ambas apoyadas sobre las piernas, los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Está muy quieto.

Demasiado.

—Respira —le susurro.

—Estoy respirando.

—Pareces estatua.

—Estatua que respira.

—José Ángel.

Me mira de reojo.

—Estoy bien.

Mentira.

Pero no insisto.

La presentación empieza con unas palabras breves de los organizadores. Explican que los cortos seleccionados serán proyectados esa noche, que el jurado ya evaluó una parte, pero que la respuesta del público también contará para la decisión final. No entiendo exactamente el sistema de votación porque mis nervios están haciendo ruido, pero sí entiendo algo: aún puede pasar cualquier cosa.

Proyectan el primer corto.

Es bueno. Dramático, muy bien fotografiado, de esos que te dejan con un nudo en la garganta aunque no estés del todo segura de por qué. El segundo es más experimental. Tiene animación mezclada con imagen real y una música extraña que a Joseán seguramente le gusta más que a mí.

Yo apenas puedo concentrarme.

Sé que el suyo es el tercero.

Cuando la pantalla se queda en negro después del segundo corto, siento que el corazón se me sube a la garganta.

Joseán se tensa a mi lado. No dice nada. Solo permanece inmóvil, con la mirada fija al frente, como si en vez de estar viendo su corto estuviera esperando una sentencia.

Entonces aparece el título.

Un sueño surrealista.

No sé qué espero ver.

Tal vez una sucesión de escenas bonitas, tomas del jardín, planos raros, música intensa y una historia medio incomprensible de esas que a Joseán le encantan. Algo bueno, sí, porque sé lo talentoso que es, pero no algo que me haga olvidar que estoy sentada en una sala llena de desconocidos, con las manos heladas y el corazón golpeándome las costillas.

La primera imagen es del jardín al amanecer. Neblina, piedra húmeda, vegetación creciendo por todas partes. La cámara avanza despacio entre columnas imposibles, como si alguien caminara dentro de un lugar que no debería existir. No hay música aún. Solo agua, pájaros, viento.

Luego aparece Diego, sentado al pie de una escalera que no lleva a ninguna parte. Se ve perdido, cansado, como si hubiera caminado durante años. En la mano sostiene una libreta vacía.

Una voz en off, es solo un susurro, y dice:

—Todo sueño empieza cuando alguien decide cerrar los ojos.

Se me eriza la piel.

La voz es mía.

No recuerdo haber dicho esa frase así. No de esa forma. Durante el rodaje me pareció una línea extraña, una de tantas que Joseán me pidió repetir hasta cansarse. En pantalla, en cambio, suena como una advertencia.

No quería verme.

Pero tampoco podía negar que una parte de mí, mínima, traicionera y muy curiosa, necesitaba saber qué había encontrado él cuando me miraba detrás de la cámara. Qué había visto en mí para insistir tanto. Qué parte de mí conocía él que yo aún no.

La cámara sigue a Diego mientras camina por el jardín. Cada tanto, aparezco yo.

No yo.

Otra.

Una versión de mí que no sabía que existía.

Primero entre dos columnas cubiertas de musgo, con el vestido claro moviéndose suavemente a causa del viento. Luego reflejada en el agua, tan borrosa que parece un recuerdo. Después corriendo por una escalera, descalza, con el cabello suelto y una cinta roja amarrada a la muñeca.

Nunca permanezco mucho tiempo en pantalla.

Aparezco y desaparezco como una idea que se niega a ser atrapada.

Siento un nudo en la garganta. Porque hasta ese instante entiendo la razón por la que Joseán me exigió tanto. Por qué me pedía que no actuara bonito, que no sonriera, que no intentara verme bien. Quería que pareciera inalcanzable. Triste. Viva. Como si guardara un secreto.

Como si yo fuera el sueño.

Diego me sigue por el jardín, pero cada vez que está a punto de alcanzarme, el lugar cambia. Una puerta da al mismo sitio. Una escalera termina en el vacío. Un arco lo lleva de regreso al inicio. Todo es hermoso y desesperante.

Y entonces comprendo.

El corto no trata de una pareja.

Ni siquiera trata de una mujer.

Trata de perseguir algo que uno mismo abandonó.

Una vocación.

Un deseo.

Una parte del alma.

Me atrevo a mirar a Joseán de reojo. Sigue inmóvil, pero tiene la mandíbula tensa y los ojos brillantes. No sé si está nervioso, emocionado o aterrado de que todos en esa sala vean mucho de él.

En la pantalla, Diego por fin me alcanza cerca de una estructura altísima, rodeada de vegetación. Yo estoy de espaldas. Cuando volteo, no parezco feliz de verlo.

Parezco esperarlo.

—¿Por qué me sigues? —pregunta mi voz.

—Porque eres lo único que reconozco —contesta él.

Mi personaje sonríe apenas.

—No. Me sigues porque no te atreves a reconocerte a ti.

La sala está en silencio absoluto.

Diego baja la mirada y entonces yo le entrego una cámara antigua. No recordaba que esa toma hubiera quedado tan bella. Mis manos, las suyas, el objeto entre ambos, la luz filtrándose por las hojas. Todo parece suspendido.

—No me despiertes a mí —dice mi voz—. Despierta tú.

La imagen cambia. Diego abre los ojos al pie de la primera escalera. La libreta sigue vacía, pero la cámara está en sus manos. Esta vez no se ve perdido. Se levanta despacio, mira alrededor y, por primera vez, sonríe.

La última toma es desde su punto de vista, a través del lente. Yo aparezco una vez más, a lo lejos, entre los árboles. Pero esta vez no huyo. Solo lo miro.

La pantalla se va a negro.

Durante un segundo nadie se mueve.

Yo tampoco.

Siento un hueco en el pecho, como si acabara de ver algo demasiado íntimo. Algo que no me pertenece por completo, aunque mi cara, mi voz y mi cuerpo estén ahí, ocupando la pantalla.

Entonces empiezan los aplausos.

Primero pocos.

Luego más.

Después toda la sala.

Joseán suelta el aire que al parecer contenía desde el inicio. Yo lo miro, aún incapaz de decir algo. Él gira su rostro hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja.

No sé cómo contestarle.

Porque sí.

Y no.

Porque acabo de verme como él me ve.

No como Natalia, la estudiante, la barista, la hija de Ricardo y Elena, la amiga de Denisse, la novia que aún no sabe bien qué hacer con tanto sentimiento.

Me veo convertida en símbolo.

En sueño.

En musa.

Y eso es hermoso, pero también aterrador.

—Ahora entiendo —susurro.

Joseán frunce un poco el ceño.

—¿Qué cosa?

Vuelvo a ver hacia la pantalla, aún negra, mientras los aplausos siguen llenando la sala.

—Lo que viste cuando me pediste que lo hiciera.

No me contesta.

Solo me toma la mano por debajo del descanso del asiento y entrelaza sus dedos con los míos.

Los demás cortos pasan después, pero yo ya no puedo verlos igual. Algunos son muy buenos. Uno incluso me parece técnicamente impecable. Pero yo sigo atorada en la imagen de Diego despertando con la cámara en las manos. En mi voz diciendo “despierta tú”. En Joseán sentado a mi lado, intentando fingir que no se conmovió frente a una sala llena de gente.

Al terminar la última proyección, encienden las luces.

La gente empieza a moverse, a comentar, a votar desde sus celulares con un código que aparece en pantalla. Yo voto con manos temblorosas. No sé si está permitido votar por el corto en el que salgo, pero no pienso preguntarlo. Obviamente voto por él.

Después viene una pausa eterna.

Los organizadores suben al escenario. Agradecen a los participantes, al jurado, a los patrocinadores, al público. Yo no escucho casi nada. Tengo la mano de Joseán atrapada entre las mías y él sigue quieto.

—Pase lo que pase —le digo en voz baja—, ya ganaste.

Me mira.

—No digas eso.

—Es verdad.

—Nat...

—Terminaste algo tuyo. Lo enseñaste. La gente lo vio. Eso ya es ganar.

Su expresión se quiebra.

—Gracias.

Entonces anuncian una mención especial.

No es él.

Aplaudimos.

Luego anuncian el tercer lugar.

Tampoco.

Segundo lugar.

Tampoco.

Siento que el estómago se me va al suelo.

Joseán suelta mi mano y se recarga en el asiento, como si ya hubiera aceptado el resultado antes de escucharlo. Yo estoy a punto de decirle algo cuando la presentadora vuelve al micrófono.

—Y el primer lugar de esta edición, elegido por la valoración del jurado y el voto del público, es para...

Pausa dramática.

Muy innecesaria.

Cruel, incluso.

— *Un sueño surrealista*, de José Ángel Cuén Garay.

No sé qué pasa primero. Si el grito de Denisse. El aplauso brutal de Javi y Pablo. El sonido de Laura cubriéndose la boca. O mi corazón explotando en el pecho.

Joseán se queda sentado.

Literalmente.

No se mueve.

—José Ángel —digo, riendo y llorando al mismo tiempo—. Ganaste.

Me mira como si no hubiera entendido el idioma.

—Ganaste, amor.

Entonces reacciona.

Se pone de pie y yo hago lo mismo, pero intento hacerme a un lado para dejarlo pasar. No me deja. Me toma de la mano con fuerza.

—Vienes conmigo.

—No. Tú sube.

—Vienes conmigo, Natalia.

—Joseán, no—

—Sin ti no.

No lo dice fuerte.

No lo dice dramático.

Lo dice como una verdad simple.

Y no puedo discutir.

Caminamos juntos hacia el escenario entre aplausos que parecen no terminar. Yo siento que las piernas no me responden. Él me tiene de la mano con tanta fuerza que estoy segura de que me va a dejar marcados los dedos, pero no me importa.

Suben también Sergio, Alejandra y Diego.

El equipo.

Su equipo.

Al llegar al escenario, le entregan un reconocimiento y un sobre con la información del premio. Hay fotos. Aplausos. Luces. Gente diciendo su nombre.

José Ángel Cuén Garay.

Joseán... Mi sapo.

El hombre que me dijo meses atrás que no sabía qué hacer con su vida. El que tenía guiones guardados. El que no se atrevía a terminar. El que ahora está ahí, frente a todos, con un premio en las manos y los ojos brillantes.

Le acercan el micrófono.

Por un segundo pienso que no va a decir nada. Pero lo toma. Respira hondo.

—Gracias —dice, con la voz un poco más baja de lo normal—. La verdad no preparé nada porque estaba convencido de que no iba a ganar.

La sala ríe. Él también pero con timidez.

—Gracias al jurado, al público, a la organización y a todos los que hicieron posible esta muestra. Gracias a Sergio, Alejandra, Diego y a todos los que se dejaron arrastrar a Xilitla para filmar con cero presupuesto, muchas desveladas y demasiada humedad.

Más risas.

Joseán mira al equipo.

Luego a su familia.

—Gracias a mi familia por estar aquí. A mi madre y a mi abuela, porque si algo aprendí de ellas es que los sueños también necesitan casa para no morir de frío.

Rosa y Laura empiezan a llorar.

Yo también.

Joseán traga saliva y cierra los ojos un segundo. Después voltea para verme a mí.

Ay, no.

No.

—Y gracias a Natalia.

Siento que toda la sangre se me sube a la cara.

—Porque este corto existe porque ella no me dejó seguir escondiéndolo. Porque mandó un guion que yo no me atreví a enviar. Porque creyó en algo mío antes de que yo tuviera el valor de hacerlo. Y, aunque ella no lo sabía, terminó siendo el centro de ese sueño. Mi musa.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

No puedo moverme.

—Este premio también es tuyo, Natalia.

La sala aplaude.

Yo quiero desaparecer.

Y quedarme ahí para siempre.

Todo simultáneo.

Joseán suelta el micrófono y me mira con una sonrisa pequeña, nerviosa, hermosa. No hace falta que diga nada más.

Cuando bajamos del escenario, todo es caos. Abrazos, felicitaciones, fotos, gritos, lágrimas. Denisse prácticamente se le cuelga del cuello a su hermano y después me abraza a mí como si también hubiera ganado algo. Laura llora sin intentar disimularlo. Rosa le toma la cara a Joseán entre las manos y le dice algo tan bajito que no alcanzo a escuchar, pero veo cómo él cierra los ojos un instante.

Salvador se acerca al final.

Por un momento, nadie habla.

Luego le extiende la mano.

—Felicidades, Ángel.

Joseán la mira.

Después, en lugar de estrechársela, Salvador lo abraza.

Es torpe.

Breve.

Pero es un abrazo.

Joseán tarda en reaccionar, pero termina levantando una mano para darle una palmada en la espalda.

No sé si eso arregla algo.

Probablemente no.

Pero tampoco es nada.

Y en esa familia, a veces un gesto pequeño parece cargar años enteros.

—Tenemos que celebrar —declara Javi, limpiándose una lágrima que finge no tener—. Pero celebrar bien. Nada de cafecito y galletas.

—Obvio —dice Pablo—. Hoy somos artistas premiados por asociación.

—¿Por asociación? —pregunto.

—Sí. Nosotros somos amigos de la musa.

—Qué horror.

—Respeta tu título.

Todos hablan simultáneamente. Alguien propone ir a cenar. Denisse dice que quiere brindar. Alejandra grita que necesita fotos para Insta. Sergio abraza el reconocimiento como si fuera suyo. Diego sonríe con esa calma de actor que parece que ya sabía el final antes que todos.

Joseán sigue a mi lado.

No me suelta.

Ni siquiera cuando la gente se acerca a felicitarlo.

Y yo, en medio de toda esa alegría, de los aplausos aún resonándome en el cuerpo, de la emoción enorme de verlo ganar, siento una punzada fría atravesarme el pecho.

Porque con todo y el ruido de la celebración, entiendo por completo lo que significa.

Ganó.

El corto ganó.

Su sueño acaba de abrir una puerta.

Y esa puerta no lleva a la universidad, ni a la casa de Rosa, ni a los desayunos improvisados, ni a los mensajes robados entre clases y trabajo.

Porque entre las felicitaciones, las fotos y el sobre del premio, hay una palabra que empieza a crecer hasta taparlo todo.

Nueva York.

Dos años.

Dos años lejos.

Dos años o tal vez más, en una ciudad que yo apenas puedo imaginar, haciendo lo que siempre quiso hacer, persiguiendo por fin esa parte de sí mismo que despertó en pantalla.

Me siento egoísta por pensarlo.

Horrible.

Injusta.

¿Cómo puede dolerme algo que debería hacerme feliz?

Joseán se inclina hacia mí, aún sonriente, todavía abrumado.

—¿Estás bien?

La misma pregunta.

Otra vez.

Lo miro.

Veo al hombre que acaba de ganar. Al que tembló en silencio antes de ver su corto. Al que me subió con él al escenario porque, de alguna forma, entiende mejor que yo que esto nos pertenece a los dos.

Y sonrío.

Porque no puedo hacer otra cosa.

—Sí —miento, o tal vez no del todo—. Estoy feliz por ti.

Su sonrisa se suaviza.

—Por nosotros.

Asiento.

Por nosotros.

Sí.

Pero mientras todos empiezan a caminar hacia la salida, buscando dónde celebrar, siento que algo dentro de mí se queda quieto.

Nueva York aún no es una despedida.

Todavía.

Pero ya empieza a sentirse como una pregunta.

Una que no quiero hacerme.

¿Qué voy a hacer sin él?

Sobre la autora

Ces IL es mamá, abogada y lectora desde que tiene memoria. Apasionada de los videojuegos, las historias románticas, los finales felices y esos personajes que se quedan dando vueltas en la cabeza mucho después de cerrar el libro.

Detrás de un Sueño nació hace más de diez años y pasó mucho tiempo guardada, esperando el momento correcto —o tal vez el valor suficiente— para salir a la luz. Publicarla es una forma de animarse, pero también de aportar una opción más al romance escrito desde México: con personajes, lenguaje y emociones cercanas a nuestra propia realidad.

No se presenta como escritora solemne ni aspira a la gran obra literaria del siglo. No tiene formación formal en escritura creativa y muchas veces escribe como puede, cuando puede y con Dios ayudándole a no morir en el intento. Pero sí cree en contar historias que entretengan, emocionen y acompañen; historias románticas, sensuales e intensas, donde el amor no borra los problemas pero sí ayuda a enfrentarlos. Esas donde el lector puede escapar, imaginar, sentir, y volver a sí mismo con un poquito más de ilusión.

Escribir, por ahora, es un hobby que se abre paso entre desvelos, trabajo y vida diaria. Pero mientras sigan apareciendo historias, seguirán llegando más novelas.

Puedes encontrarla en:

[Facebook.com/cesilbooks](https://www.facebook.com/cesilbooks)

[instagram.com/cesilbooks/](https://www.instagram.com/cesilbooks/)

TikTok: CesILBooks

cescilbooks@gmail.com

Spotify

Playlist: Detrás de un Sueño en Spotify
